

Equipo editorial

Director: Abdón Mateos (UNED/CIHDE)

Secretario de Redacción: Gutmaro Gómez Bravo (U. Complutense)

Consejo de Redacción: Juan Avilés (UNED); Montserrat Duch (U. Rovira i Virgili); Ángeles González (U. Sevilla); Abdón Mateos (UNED/CIHDE); Javier Muñoz Soro (U. Complutense/CIHDE); Gutmaro Gómez Bravo (U. Complutense); Ismael Saz (U. Valencia); Xosé M. Núñez Seixas (U. Santiago); Rosa Pardo (UNED); Ricardo Martín de la Guardia (U. Valladolid); Álvaro Soto (U. Autónoma de Madrid/CIHDE);

Comité Asesor (2011-2012): Enrique Moradiellos (U. Extremadura); Rubén Vega (U. Oviedo); Julio Aróstegui (U. Complutense); Ángel Bahamonde (U. Carlos III); Martin Baumeister (U. Ludwig-Maximilian, Múnich); Alfonso Botti (U. Modena); Rafael Quirosa (U. Almería); Julián Casanova (U. Zaragoza); Ángel Castro (UNED, Melilla); Francisco J. Caspistegui (U. Navarra); José Luis de la Granja (U. País Vasco); Jesús de Juana (U. Vigo); Encarna Lemus (U. Huelva/CIHDE); José María Marín (UNED/CIHDE); Carme Molinero (U. Autónoma de Barcelona); Conxita Mir (U. Lleida); Feliciano Montero (U. Alcalá); Mary Nash (U. Barcelona); Carlos Navajas (U. Rioja); Manuel Ortiz Heras (U. Castilla-La Mancha); Paul Preston (London School of Economics); Raanan Rein (U. Tel Aviv); Glicerio Sánchez Recio (U. Alicante); César Tcach (U. Nacional de Córdoba); Lola de la Calle (U. Salamanca); Julio Pérez Serrano (U. Cádiz); Antonio Cazorla (Trent University); Agustín Sánchez Andrés (U. Michoacana); Carmen González (U. Murcia)

Asistentes secretaría: Luis Hernando (UNED/CIHDE) y Emanuele Treglia (LUISS/CIHDE)

Editan: Asociación de Historiadores del Presente y Editorial Eneida

www.historiadelpresente.blogspot.com/

www.chide.es

www.editorialeneida.com

Colabora: Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española, Departamento de Historia Contemporánea (UNED)

La redacción no comparte necesariamente las opiniones de los autores

Depósito Legal: M-29600-2002

ISSN: 1579-8135

Historia del Presente es indexada por: HISTORIAL ABSTRACTS, LATINDEX, ULRICH, DICE, DIALNET, ISOC.

Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2011.



DOSSIER: *Americanization and francoism*. Lorenzo Delgado and Pablo León (eds.)

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Pablo León Aguinaga: *Americanization of Europe, Cold War and historical studies: milestones of a trajectory. Introduction*

Adoración Álvaro Moya: *Cold War and formation of the human capital during the francoism. A balance about the North American Program of Technical Aid, 1953-1963*

Óscar J. Martín García: «Walking on Eggs». *The public diplomacy of United States and the student protest in Spain, 1963-1969*

Iván Iglesias: «Vehicle of the best friendship»: *The jazz as american propaganda in the Spain of the fifties*

Francisco J. Rodríguez Jiménez: *Missionaries of the Americanism? Promotion and diffusion of the American Studies in Spain, 1969-1975*

EGOHISTORY

Enrique Moradiellos: *Between the gender and the ritual. Interview with Giuliana Di Febo*

THE PAST OF THE PRESENT

Jorge Marco: *Partisan echos. The memory of the resistance as conflictive memory*

MISCELLANY

Antonio Muñoz Sánchez: *Europeanization is democratization. The SPD and the Spain of the Late Francoism*

Giulia Quaggio: *Cultural policy and transition to democracy: the case of the UCD's Ministry of Culture (1977-1982)*

Oscar Rodríguez Barreira: *Social assistance and daily attitudes in the Years of the Hunger, 1937-1943*

DEBATE

Pedro C. González Cuevas: *The Paul Preston's Holocaust*

Gutmaro Gómez Bravo: *An exterminationist vision of the spanish past*

Ismael Saz: *Deal with revisionism*

MEMORY

Felipe Nieto: *Jorge Semprún (1923-2011): between the politics and the writing, the fights for freedom*

READING

AUTHORS

ABSTRACTS

EXPEDIENTE: <i>Americanización y Franquismo</i> . Lorenzo Delgado y Pablo León (eds.)	5
Adoración Álvaro Moya: <i>Guerra Fría y formación de capital humano durante el franquismo. Un balance sobre el programa estadounidense de ayuda técnica, 1953-1963</i> .	27
Óscar J. Martín García: «Walking on Eggs». <i>La diplomacia pública de los Estados Unidos y la protesta estudiantil en España, 1963-1969</i>	27
Iván Iglesias: «Vehículo de la mejor amistad»: <i>el jazz como propaganda estadounidense en la España de los años cincuenta</i>	41
Francisco J. Rodríguez Jiménez: ¿«Misioneros de la Americanidad»? <i>Promoción y difusión de los American Studies en España, 1969-75</i>	55
EGOHISTORIA	
Enrique Moradiellos: <i>Entre el género y los ritos. Entrevista con Giuliana di Febo</i>	71
EL PASADO DEL PRESENTE	
Jorge Marco: <i>Ecos partisanos. La memoria de la resistencia como memoria conflictiva</i>	79
MISCELÁNEA	
Giulia Quaggio: <i>Política cultural y transición a la democracia: el caso del Ministerio de Cultura UCD (1977-1982)</i>	93
Antonio Muñoz Sánchez: <i>Europeizar es democratizar. El SPD y la España del tardofranquismo</i>	109
Óscar Rodríguez Barreira: <i>Auxilio Social y las actitudes cotidianas en los Años del Hambre 1937-1943</i>	127
DEBATE	
Pedro C. González Cuevas, <i>El Holocausto de Paul Preston</i>	149
Gutmaro Gómez Bravo, <i>Una visión exterminista del pasado español</i>	155
Ismael Saz, <i>Va de revisionismo</i>	161
MEMORIA	
Felipe Nieto, <i>Jorge Semprún (1923-2011): entre la política y la escritura, los combates por la libertad</i>	165
LECTURA	175
AUTORES	184
RESÚMENES	186

LIBERTAD PARA LA HISTORIA

La Asociación de Historiadores del Presente, constituida hace diez años, ha organizado cinco congresos biennales, otorga un premio anual a historiadores noveles y publica la revista semestral *Historia del Presente*. Reúne a más de dos centenares de historiadores asociados y colaboradores, contando a lo largo del tiempo con el apoyo permanente de la Universidad Nacional de Educación a Distancia a través de diversas instancias como el Vicerrectorado de Medios Impresos, el Centro Asociado de Melilla, el Departamento de Historia Contemporánea y el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española.

Su campo de interés es la historia contemporánea en sentido estricto, la coetánea a nuestros días, es decir, el tiempo que recorre el corto siglo XX español y europeo. La *Historia del Presente* es, por tanto, un periodo cronológico de especialización en el área de conocimiento de la Historia Contemporánea diferenciándose de otros periodos históricos por la coexistencia con otras disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades por la presencia de testigos, de memoria viva, y por constituir un tiempo con un uso público del pasado más intenso.

Uno de sus principales propulsores, Javier Tusell, decía que la historia más reciente es una historia en «libertad vigilada» debido a la presencia de protagonistas coetáneos a los hechos y de sus descendientes directos que, a menudo, actúan como «guardianes de la memoria» ante la reconstrucción de los historiadores.

Es también una Historia con una mayor demanda social por lo que, frecuentemente, el historiador tiene que participar en el uso público del pasado y salir al espacio público a través de diversas tribunas, en especial, de los medios de comunicación divulgando sus conocimientos. Dentro de esos usos públicos del pasado ocupa un lugar principalísimo el uso político de la historia. La Asociación de Historiadores del Presente considera que los historiadores hacemos historia, por lo que nuestras interpretaciones y nuestros esclarecimientos pueden resultar lejanos de las conmemoraciones y de la memoria.

La *Historia del Tiempo Presente* está aún más alejada del uso político del pasado. En ese sentido, la Asociación considera fuera de lugar que los partidos políticos enjuicien la obra de los historiadores, por mucho que sus productos estén influidos por ideologías lejanas a las de las instituciones políticas democráticas. La obra de los historiadores la deben evaluar otros historiadores, es decir, la comunidad científica de la que forman parte.

En ese sentido, el *Diccionario Biográfico* de la Real Academia de la Historia es una obra monumental que ha recibido financiación pública, en la que han colaborado centenares de historiadores y de profesionales cercanos a los biografiados. Sin duda, las biografías deben ser objeto de revisión y evaluación externa en su versión digital. De manera especial, resulta impresentable que las biografías de ciertas personalidades se hayan encargado a familiares, instituciones a las que el biografiado pertenece o perteneció y a historiadores especialistas en materias ajenas a su especialización. Estas discutibles cualidades hacen que buena parte de las biografías más contemporáneas encargadas a historiadores miembros de instituciones dedicadas a la memoria del biografiado sean cautivas de intereses espurios y que sus resultados sean sospechosos de servir a diversas clientelas.

Sin embargo, consideramos que el *Diccionario Biográfico* es uno de los productos más ambiciosos de la historiografía española en los últimos tiempos. La aparición de los primeros volúmenes debe ser vista como un importante logro de la RAH que no debería quedar empañado por la existencia de algunas entradas biográficas discutibles por su carácter hagiográfico. La Asociación considera que en la Real Academia de la Historia tienen una presencia marginal los historiadores contemporaneístas lo que, sin duda, ha contribuido a que el proceso de elaboración y control de las biografías de personajes, hombres y mujeres, de la España del siglo XX, sea objeto de polémica y debate público. La *Historia Contemporánea* se hace en las Universidades y asociaciones de historiadores y no en la RAH, que más que un sujeto de estudio debe ser objeto de investigación de la historiografía. No obstante, este debate resultará enriquecedor para la revisión del producto final. A modo de conclusión, queremos independencia para los historiadores, pero también historiadores independientes y representativos de la historiografía del siglo XX. Biografías como la de Franco constituyen un caballo de troya de los peores aspectos de nuestro pasado reciente en el desempeño de nuestra actividad científica.

Abdón Mateos
Presidente de la Asociación de Historiadores del Presente

AMERICANIZACIÓN DE EUROPA, GUERRA FRÍA Y ESTUDIOS HISTÓRICOS: JALONES DE UNA TRAYECTORIA. INTRODUCCIÓN¹

El debate sobre la eventual *americanización* de Europa surgió en el viejo continente entre finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Para entonces se habían desvanecido definitivamente las dudas sobre la viabilidad de la primera república independiente americana, que habían alcanzado su punto álgido durante la Guerra de Secesión (1861-1865). La creciente fortaleza del país se apreció en el espectacular crecimiento económico y de población que siguió a aquel conflicto, en la plena delimitación de sus fronteras continentales y en una presencia exterior cada vez más asertiva –intervenciones militares en México, Centroamérica y el Caribe; anexión de Hawái; guerra hispano-estadounidense de 1898; incremento exponencial de las inversiones en el extranjero, etc. Todo ello generó al otro lado del Atlántico una mezcla de curiosidad, admiración y recelo –dependiendo del observador–, al tiempo que se abría paso en algunos sectores la idea de que aquel país reunía todos los ingredientes para convertirse en el modelo de progreso y desarrollo más exitoso en el porvenir inmediato.²

Las reflexiones sobre la *americanización* o «modernización a la americana» de Europa, en cualquier caso, pertenecían todavía al terreno de la especulación periodística y literaria.³ Aunque el desdén hacia la antigua colonia ya estaba presente entre las élites europeas, y la dura experiencia vital de los millones de emigrantes europeos que cruzaron el Atlántico en aquella época arrojaba sombras sobre la imagen dorada del sueño americano, la cuestión aún no había adquirido ni la

densidad ni los ribetes eminentemente negativos que la caracterizarían algo más tarde.

El desenlace de la Gran Guerra (1914-1918) puso de relieve una tendencia que venía aflorando con antelación en diversos terrenos: Estados Unidos estaba llamado a erigirse en la principal potencia del mundo occidental, como acababa de demostrar con su decisiva intervención de última hora en el conflicto. En el transcurso de los años veinte, un nuevo escenario fue ganando terreno en las relaciones transatlánticas: el grueso de las influencias, transferencias e inversiones cambió radicalmente de dirección. Las sociedades europeas se convirtieron en las receptoras y consumidoras por excelencia de los estímulos y productos procedentes de la nación americana. Por primera vez también, éstos llegaban directamente al conjunto de los ciudadanos continentales gracias a la expansión y el impacto de un medio de entretenimiento y expresión que simbolizaba como ninguno la *modernidad* y atractivo de la cultura estadounidense: el cine, convertido en elemento central del ocio cultural de los europeos desde entonces. De su mano, el desembarco americano parecía acelerarse al ritmo del *jazz* y los *dance halls*, se hacía patente en la transformación de una sociedad urbana donde la parsimonia de los antiguos cafés cedía su lugar al dinamismo de las barras americanas, y mostraba su capacidad de irradiación mediante las estrategias persuasivas de las nuevas técnicas de publicidad que modulaban las pautas de consumo en la emergente sociedad de masas.⁴

En un contexto de progresiva radicalización socio-política auspiciado por el auge de las ideologías nacionalistas y de izquierdas, la creciente influencia de Estados Unidos en la Europa de entreguerras despertó reacciones de procedencia y argumentos diversos, pero coincidentes en sus reticencias y su postura crítica.⁵ Tanto el consumo masivo de productos culturales americanos como la dependencia de los créditos procedentes del otro lado del Atlántico fueron señalados como amenazas a la independencia e identidad nacional o de clase –dependiendo de la posición ideológica–, una lectura interesadamente apoyada por aquellos sectores económicos afectados por la competencia estadounidense –desde productores cinematográficos hasta agricultores. También añadieron más leña al fuego tanto la impronta del *darwinismo* social sobre la concepción del devenir de las relaciones internacionales y la filosofía histórica del momento –que invitaba a interpretar que el auge de los países extraeuropeos (por Estados Unidos y Japón) acarrearía la decadencia europea–, como el predicamento que ganaron las corrientes de pensamiento críticas hacia una *modernidad* simbolizada por los Estados Unidos –su democracia de masas, su cultura para el consumo, su tecnología deshumanizadora, su materialismo animado por el afán de lucro, etc. El *antiamericanismo* se había instalado en el subconsciente europeo como un socorrido argumento al que recurrir a la hora de buscar causas externas a los problemas que provocaba la incapacidad de articular sociedades más pluralistas políticamente, más dinámicas económicamente y con mayor movilidad social.⁶ Los años treinta agravaron esa desconfianza como consecuencia de la profunda crisis de la economía americana, su repliegue diplomático y el auge de los estados totalitarios en Europa. A las puertas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), sólo las omnipresentes películas de Hollywood parecían mantener viva la «amenaza» de la *americanización* del continente.⁷

La polémica sobre la *americanización* de Euro-

pa occidental alcanzó nuevas cotas en el marco de la Guerra Fría. Estados Unidos fue la única nación beligerante que salió victoriosa y económicamente reforzada de la última contienda mundial. Sólo la Unión Soviética, rehabilitada internacionalmente por su decisiva contribución al triunfo aliado –aunque brutalmente golpeada por los estragos de la contienda–, parecía capaz de rivalizar con la hegemonía estadounidense. En Europa, podía hacerlo tanto en el escenario militar –sus tropas ocupaban la mitad del continente e intimidaban al resto–, como en el ideológico. La escalada de la tensión entre Washington y Moscú, a partir de 1947, llevó al engrasado aparato propagandístico soviético a difundir el mensaje de que los horrores de la reciente guerra eran la consecuencia última de la brutal crisis económica iniciada con el derrumbe de la bolsa de Nueva York en 1929, o en otras palabras, a asignar la responsabilidad del enfrentamiento y sus secuelas a las contradicciones autodestructivas del sistema capitalista salvaguardado por el gigante norteamericano. Los principales destinatarios de aquel mensaje no eran otros que los ciudadanos que habían quedado al oeste del «telón de acero», bajo el paraguas de Estados Unidos, donde la memoria de la crisis económica estaba muy viva y los movimientos comunistas gozaban de una reforzada popularidad gracias a su destacada participación en la resistencia al fascismo. La versión antipitalista obtuvo una notable repercusión entre los simpatizantes de movimientos de izquierdas en Europa occidental, que ponían el foco en los progresos sociales de la Unión Soviética dejando al trasluz los excesos autoritarios y la ausencia de libertades que componían la otra cara de la moneda. Pero incluso entre sectores más conservadores y nacionalistas europeos causaba malestar la evidente pujanza que había adquirido el modelo americano, frente al cual la Unión Soviética no dejaba de ser una referencia lejana, salvo para aquellos países que comparaban su frontera con su área de influencia.⁸

Ante los múltiples desafíos del conflicto

bipolar, Estados Unidos realizó un despliegue en el escenario europeo sin precedentes en tiempos de paz, tanto por su alcance como por su significado. La potencia americana tuvo un papel fundamental en el diseño de un sistema de seguridad concebido para contener el expansionismo soviético; apoyó la reconstrucción económica y la difusión de nuevos métodos de gestión y organización empresariales; dio su respaldo a los proyectos de convergencia europea; fomentó las transferencias culturales y científicas de diversa índole y la formación de capital humano, además de asumir un protagonismo de primer orden en la extensión de la sociedad de consumo. Todos esos procesos contribuyeron a acrecentar la popularidad de América entre muchos europeos, pero también movilizaron a sectores críticos con su influencia. Entre estos últimos se daban cita desde el tradicional temor conservador a la modernización *americanizada* de las pautas de comportamiento social y cultural, hasta la oposición ideológica de raíz filomarxista. El pensamiento de la *Escuela de Frankfurt* fue el exponente más prestigioso en la inmediata posguerra de la síntesis interpretativa de esa corriente de opinión crítica con los Estados Unidos.⁹

A lo largo de los años sesenta y setenta el debate sobre la *americanización* se incorporó plenamente al ámbito académico. La aplicación de teorías neomarxistas a los análisis sociales y el considerable desgaste internacional de la imagen estadounidense —debido al eco de la guerra de Vietnam y a la crisis de legitimidad interna provocada por el movimiento de los derechos civiles, la violencia racista y política o el escándalo *Watergate*—, llevaron a un conjunto de sociólogos, antropólogos culturales y teóricos de la comunicación a adoptar una posición muy crítica y militante frente a las implicaciones de la hegemonía económica y política americana a nivel global.¹⁰ Sus conclusiones, amplificadas a través de algunos organismos como la UNESCO, iban más allá de la denuncia de las teorías del desarrollo que pretendían trasladar

los presupuestos políticos y económicos de esa hegemonía a las nuevas naciones en gestación tras la oleada de la descolonización. También se señalaban los riesgos de homogeneización y empobrecimiento de las prácticas culturales intrínsecos al proceso de *americanización*, que llevaban a muchos autores a referirse al mismo como el paradigma del *imperialismo cultural*.¹¹

Los historiadores se sumaron a aquel debate algo más tarde, si bien durante las dos últimas décadas sus contribuciones a la comprensión del fenómeno han ido adquiriendo mayor vitalidad y riqueza interpretativa. Las causas concretas de su interés pueden rastrearse en la conjunción de varios factores a finales de años ochenta y principios de los noventa. El primero y más importante tuvo que ver con el desplome de la Unión Soviética, que dio lugar a la aparición de un nuevo ámbito de análisis sobre los factores que condujeron a ese derrumbe y, por contraposición, que permitieron el triunfo de los Estados Unidos y su modelo de organización social. El interés por la fortaleza y expansión del modelo americano conectaba, a su vez, con otro terreno de investigación histórica también emergente, que afectaba a la globalización y al liderazgo e influencia americanos en ese proceso —frente al cual el modelo soviético se había mostrado incapaz de adaptarse, lo que habría precipitado su caída.

Desde el ámbito de la historia económica comenzaron a desarrollarse estudios sobre el grado de integración y convergencia de la economía transatlántica, que llevaron a su vez a examinar el influjo americano en la modernización y transformación de los métodos y prácticas empresariales europeos. Las sensibles diferencias todavía detectadas les hicieron valorar los límites y la heterogeneidad del proceso, así como la autonomía de los receptores, dando lugar a interpretaciones de la *americanización* sustentadas en conceptos como *adaptación*, *negociación* o *hibridación* de las influencias.¹² Tales aproximaciones y planteamientos fueron asumidos y profundizados en paralelo por historiado-

res y especialistas en *American y Cultural Studies*, la mayor parte de los cuales buscaban superar las limitaciones explicativas de las lecturas en clave *imperialista*. En esa línea se produjeron toda una serie de aportaciones que abordaron la difusión y transformación de la huella americana en diversos escenarios, como vía para explorar nuevas facetas de de tan heterogéneo fenómeno.¹³

En aquel contexto de revisión de los moldes analíticos e interpretativos precedentes, con el telón de fondo de la caída del muro de Berlín y las especulaciones sobre la posterior emergencia de un mundo unipolar o multipolar, el politólogo americano Joseph Nye formuló su teoría del *soft power*. En ella cuestionaba la eficacia de las fuentes tradicionales de poder —militar y económico— para ejercer por sí solas el liderazgo mundial. La expansión de los medios de información y comunicación, el protagonismo adquirido por actores transnacionales ajenos a los Estados y la globalización habían transformado las claves de las relaciones internacionales, de tal modo que la capacidad de persuasión y seducción cultural e ideológica se había convertido en un factor de primer orden en aquel escenario. El potencial persuasivo de un país emanaba del respeto que despertaba su sistema socio-político, del atractivo de su cultura popular y el prestigio de su política exterior, que a través de su transmisión al exterior favorecían la asimilación voluntaria de las posiciones propias por parte de otros interlocutores internacionales.¹⁴ La resonancia que adquirió aquella teoría sobre el «poder blando» vino a reforzar los argumentos de los historiadores críticos con la escuela *realista*, para quienes era preciso vincular el colapso económico soviético con un proceso paralelo de erosión de la legitimidad del modelo socialista, que habría sido acelerado por la expansión de expectativas y prácticas socio-culturales occidentales, con un marchamo «típicamente» americano.

La convergencia de ese cúmulo de elementos llevó también a poner el foco en el estudio de

la acción informativa y cultural desplegada por los Estados Unidos en Europa —y más tarde en el resto del mundo— para extender su influencia o contrarrestar la alcanzada por la Unión Soviética. Ese factor iba a ganar espacio y predicamento en los análisis sobre la Guerra Fría, al tiempo que impulsaba un replanteamiento de las investigaciones desarrolladas en este campo.¹⁵ Diversas obras examinaron las iniciativas emprendidas por la diplomacia pública y los servicios de inteligencia estadounidenses con el objetivo propagandístico de ganar la simpatía de los europeos, transmitirles las ventajas de su modo de vida y obtener su confianza en el liderazgo de Estados Unidos.¹⁶ Del mismo modo, otra serie de trabajos prestaban una singular atención a las repercusiones culturales y de opinión pública asociadas a aquel fenómeno, al papel de actores y estímulos transnacionales de todo tipo, desde el turismo hasta los productos culturales y el deporte, pasando por las transfereencias científicas o la promoción del consumo de masas por parte de intereses económicos.¹⁷ El horizonte de aquel conjunto de investigaciones era disponer de una panorámica más amplia que intentase abarcar el fenómeno en toda su complejidad. Tal expansión temática estuvo asimismo ligada a la creciente receptividad de los historiadores de las relaciones internacionales, estadounidenses y europeos, respecto a la renovación metodológica derivada del *cultural turn*, que promovió el interés por nuevos objetos de investigación y enfoques analíticos.¹⁸

La multiplicación y diversidad de los sujetos de estudio que confluían en torno a la *americanización* dio lugar a una reflexión sobre cómo abordar las distintas vertientes de aquel proceso global sin caer en conclusiones apresuradas, o qué estrategias de investigación resultaban más pertinentes para indagar en su pluralidad de manifestaciones. En tal sentido, uno de los pioneros en este campo de estudios, el historiador Richard Kuisel formulaba una serie de consideraciones a finales de los años noventa donde apelaba al rigor analítico, al esfuerzo de

reconstrucción documental y a la realización de investigaciones monográficas como herramientas para ir desbrozando el terreno y facilitando una comprensión más precisa de aquel fenómeno:

[...] el objeto de investigación histórica debe ser lo particular, no lo general: *Disneyland Paris*, no la «cultura americana»; *Nike*, no «el estilo americano»; *Mc Donald's*, no la «comida americana»; los turistas americanos, no los «americanos». Muchos de esos productos, empresas, programas, instituciones, formas culturales o comunidades tienen su propia historia: han dejado una estela documental y poseen un itinerario institucional. En algunos casos, el proceso de transmisión puede ser cuantificado. Podemos calcular la cuota de pantalla y los beneficios en taquilla de las películas de Hollywood, o enumerar dónde, cuándo y cuántos McDonald's fueron construidos. Podemos estudiar las comunidades de turistas y expatriados. Y podemos prestar atención al préstamo de prácticas y tecnologías americanas, como por ejemplo durante el Plan Marshall. Es posible entender la propagación de América si particularizamos el fenómeno. Desde lo particular podemos captar lo general.¹⁹

Aunque la historiografía española se incorporó con cierto retraso a este frente analítico, a lo largo de la última década y tanto desde la historia de las relaciones internacionales como desde la historia económica son perceptibles los sensibles avances obtenidos en la investigación, en buena medida en sintonía con las pautas expuestas en la cita previa de Richard Kuisel. Los estudios realizados en nuestro país se han enriquecido con las contribuciones precedentes y con los nuevos trabajos que se desarrollan en Estados Unidos y en otros países europeos. Actualmente, se dispone ya de un conjunto de aportaciones sobre el despliegue de la diplomacia pública americana en España, sus principales canales y agentes de difusión, la relevancia que alcanzaron distintas producciones culturales americanas —como el cine, los *American Studies* o algunas corrientes musicales—, o la conexión de esa promoción oficial con las demandas e

iniciativas de la sociedad civil de ambos países.²⁰ Todo ello ha permitido, además, afrontar las relaciones entre España y los Estados Unidos durante el franquismo desde otra dimensión analítica e interpretativa, susceptible de complementar y matizar el enfoque político-estratégico que era predominante y casi exclusivo con antelación.²¹

Los artículos incluidos en este dossier son una buena muestra de la nueva senda emprendida. En los textos se examinan diversas facetas de la presencia americana en la España franquista: los programas de asistencia técnica y formación de capital humano integrados en la ayuda económica derivada de los pactos militares de 1953 (Adoración Álvaro); la expansión del jazz en la sociedad española a través de la diplomacia pública y la iniciativa privada (Iván Iglesias); la estrategia para atraerse a la juventud universitaria desde que en los años sesenta se configuró como un agente esencial de erosión del franquismo (Óscar M. García); y la promoción de los *American Studies* entre la universidad y la intelectualidad española a finales de la dictadura (Francisco J. Rodríguez). En todas esas vías potenciales de *americanización* desempeñaron un papel determinante las actitudes y demandas de la sociedad receptora. Sin esa dinámica de acción-reacción, que en parte estuvo en relación con la postura asumida por los responsables políticos españoles, pero que en medida aún mayor fue fruto de la propia dinámica de sectores más amplios de la sociedad española, es imposible entender las claves locales de un fenómeno histórico de alcance global.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla
Pablo León Aguinaga

NOTAS

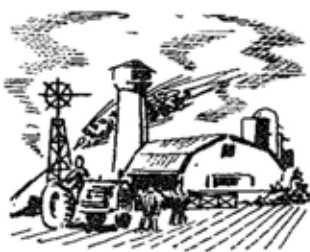
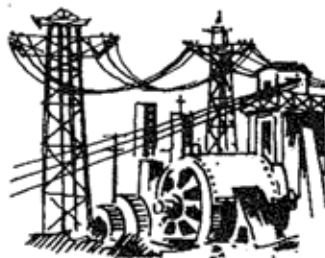
¹ Este dossier ha sido realizado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá). Es

- también fruto de la mesa «La difusión del modelo americano en España durante el franquismo» del X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (septiembre 2010). Aprovechamos esta ocasión para reiterar nuestro agradecimiento a todos los que participaron en aquella reunión científica.
- 2 ZUNZ, Olivier, *Why the American Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998; PORTES, Jacques, *Fascination and Misgivings. The United States in French Opinion, 1870-1914*, Nueva York, Cambridge University Press, 2000.
 - 3 Ver, a título ilustrativo, las obras de los británicos STEAD, William, *The Americanization of the World or the Trend of the Twentieth Century*, Londres, 1902; y WELLS, Herbert. G., *The Future in America: A Search after Realities*, Nueva York, 1906.
 - 4 ROSENBERG, Emily S., *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, Nueva York, Hill & Wang, 1982; COSTLIGLIOLA, Frank, *Awkward Dominion, American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1939*, Londres, Cornell University Press, 1984.
 - 5 Sirvan de ejemplo ARAQUISTÁIN, Luis, *El peligro yanqui*, Madrid, Publicaciones de España, 1921; y DUHAMEL, Georges, *Scenes de la Vie Future*, París, Mercure de France, 1931.
 - 6 Para un estudio pionero, STRAUSS, David, *Menace in the West: the Rise of French Anti-Americanism in Modern Times*, Westport, Greenwood, 1978.
 - 7 DE GRAZIA, Victoria, «Mass Culture and Sovereignty: the American Challenge to European Cinemas», *Journal of Modern History*, 61 (1989), pp. 53-87.
 - 8 JUDT, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
 - 9 GIENOW-HECHT, Jessica, «Shame on US? Academics, Cultural Transfer, and the Cold War - A Critical Review», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), pp. 470-479.
 - 10 Especialmente representativos de esta vertiente interpretativa fueron las obras de GUBACK, Thomas, *The International Film Industry*, Bloomington, Indiana University Press, 1969; DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*, Chile, Ediciones Universitarias de Valparaíso 1971; SCHILLER, Herbert, *Communication and Cultural Domination*, White Plains, International Arts and Sciences Press, 1976.
 - 11 «Shame on US...», *art. cit.*, pp. 470-479.
 - 12 Entre una larga nómina de estudios podrían destacarse: DUIGNAN, Peter y GANN, Lewis H., *The United States and the New Europe 1945-1993*, Oxford-Cambridge, Blackwell, 1994; DJELIC, Marie-Laure, *Exporting the American Model. The Postwar Transformation of European Business*, Oxford, Oxford University Press, 1998; STRASSER, Susan, MCGOVERN, Charles y JUDT, Matthias (eds.), *Getting and Spending: European and American Consumer Societies in the Twentieth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1998; GOURVISH, Terry y TIRATSOO, Nick (eds.), *Missionaries and Managers: American influences on European management education, 1945-69*, Manchester-Nueva York, Manchester University Press, 1998; KIPPING, Mathias y BJARVAR, Ove (eds.), *The Americanisation of European Business: The Marshall Plan and the Transfer of US Management Models*, Londres, Routledge, 1998; ZEITLIN, Jonathan y HERRIGEL, Gary (eds.), *Americanization and its limits. Reworking US technology and management in post-war Europa and Japan*, Oxford, Oxford University Press, 2000; DAUNTON, Martin y HILTON, Matthew (eds.), *The Politics of Consumption: Material Culture and Citizenship in Europe and America*, Oxford, Berg, 2001; KIPPING, Matthias y TIRATSOO, Nick (eds.), *Americanisation in 20th Century Europe: Business, Culture, Politics*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique, LESCENT-GILES, Isabelle y FERRIÈRE LE VAYER, Marc de (eds.), *L'américanisation en Europe au XX^e siècle: économie, culture, politique*, Lille, CHREN-Université Charles de Gaulle, 2002; BARJOT, Dominique (ed.), *Catching up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the Second World War*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002; BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press, 2003; SCHRÖTER, Harm, *The Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since the 1880s*, Dordrecht, Springer, 2005.
 - 13 Una obra fundamental en la crítica de las lecturas imperialistas es la de TOMLINSON, John, *Cultural Imperialism. A Cultural Introduction*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1991. Tras ella fueron apareciendo una serie de estudios que cuestionaban las tesis imperantes hasta el momento sobre el sentido y significado de la americanización de Europa: KROES, Rob y WILTERDINK, Roby N. (eds.), *Within the U.S. Orbit: Small National Cultures vis-à-vis the United States*, Amsterdam, V.U. University Press, 1991; KROES, Rob, RYDELL, Robert W. y BOSSCHER, Doeko F. J. (eds.), *Cultural Transmissions and Receptions. American mass culture in Europe*, Amsterdam, V.U. University Press, 1993; KUISEL, Richard, *Seducing the French. The Dilemma of Americanization*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1994; ELLWOOD, David y KROES, Rob (eds.), *Hollywood in Europe: Experiences of a Cultural Hegemony*, Amsterdam, V. U. University Press, 1994; MORELY, David y ROBINS, Kevin, *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscapes and Cultural Boundaries*, Londres, Routledge, 1995; KROES, Rob, *If You've Seen One You've Seen the Mall*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1996; PELLIS, Richard, *Not Like Us. How Europeans Have Loved, Hated, and Transformed American Culture since World War II*, Nueva York, Basic Books, 1997.
 - 14 NYE, Joseph, «Soft Power», *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171. Una versión actualizada en NYE, Joseph, *The Paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
 - 15 BRUCE, Gregory, «Public Diplomacy: Sunrise of an Academic Field», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 616/1 (2008), pp. 274-290.
 - 16 WAGNLEITNER, Reinhold, *Coca-Colonization and the Cold War: The Cultural Mission of the United States in Austria after the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994; HIXSON, Walter L., *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, Nueva York, St. Martin

- Press, 1997; GIENOW-HECHT, Jessica, *Transmission Impossible: American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999; STONOR-SAUNDERS, Frances, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Debate, 2001; SCOTT-SMITH, Giles, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and the Post-War American Hegemony*, Londres-Nueva York, Routledge, 2002; KRABBENDAM, Hans y SCOTT-SMITH, Giles (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Londres-Portland, Frank Cass, 2003; VON ESCHEN, Penny, *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006; BELMONTE, Laura A., *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold War*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2008; SCOTT-SMITH, Giles, *Networks of Empire: the U.S. State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-1970*, Bruselas-Nueva York, Peter Lang, 2008; CULL, Nicholas J., *The Cold War and the United States Information Agency: American Propaganda and Public Diplomacy*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2008; TOBIA, Simona, *Advertising America. The United States Information Service in Italy, 1945-1956*, Milán, LED Edizioni Universitarie, 2008; CUMMINGS, Richard H., *Cold War Radio: The Dangerous History of American Broadcasting in Europe, 1950-1989*, Jefferson-NC, McFarland, 2009; OSGOOD, Kenneth y ETHERIDGE, Brian C. (eds.), *The United States and Public Diplomacy. New Directions in Cultural and International History*, Leiden-Boston, Martinus, 2010.
- ¹⁷ Entre ellas WAGNLEITNER, Reinhold y TYLER MAY, Elaine (eds.), *'Here, There, and Everywhere': the foreign politics of American popular culture*, Hanover-Londres, University Press of New England, 2000; FEHRENBACH, Heide y POIGER, Uta G. (eds.), *Transactions, Transgressions, Transformations. American Culture in Western Europe and Japan*, Nueva York, Berghahn Books, 2000; GEMELLI, Giuliana (ed.), *American Foundations and Large-Scale research: Construction and Transfer of Knowledge*, Bolonia, CLUEB, 2001; RAMET, Sabrina y CRNKOVIC, Gordana (eds.), *Kazaam! Splat! Ploof!: the American Impact on European Popular Culture since 1945*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003; BERMAN, Russell A., *Anti-Americanism in Europe: A Cultural Problem*, Palo Alto, Hoover Institution Press, 2004; DE GRAZIA, Victoria, *El imperio irresistible. Un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre Europa*, Barcelona, Belacqva, 2006; KRIGE, John, *American Hegemony and the Postwar Reconstruction of Science in Europe*, Cambridge, MIT Press, 2006; STEPHAN, Alexander (ed.), *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy and Anti-Americanism after 1945*, Nueva York, Berghahn, 2006; WAGGN, Stephen y ANDREWS, David L. (eds.), *East Play West: Sport and the Cold War*, Londres-Nueva York, Routledge, 2007; OLDENZIEL, Ruth y ZACHMAN, Karin (eds.), *Americanization, Technology and European Users*, Cambridge, MIT Press, 2009; SHAW, Tony y YOUNGBLOOD, Denis J., *Cinematic Cold War: The American and Soviet Struggle for Hearts and Minds*, Lawrence, University Press of Kansas, 2010.
- ¹⁸ La influencia del *cultural turn* entre los historiadores de las relaciones internacionales y transatlánticas en Estados Unidos y Europa es perfectamente rastreable en los artículos publicados durante las últimas dos décadas en *Diplomatic History*, la revista editada por la *Society of Historians of American Foreign Relations*.
- ¹⁹ KUISEL, Richard, «Americanization for Historians», *Diplomatic History*, 24/3 (2000), p. 512.
- ²⁰ Sin ánimo de exhaustividad, pueden mencionarse las contribuciones incluidas en obras colectivas como las de DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María, D. (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005; NIÑO, Antonio (coord.), «La ofensiva cultural americana durante la Guerra Fría», *Ayer*, 75 (2009); y NIÑO, Antonio y MONTERO, José A. (eds.), *La Guerra Fría Cultural, 1945-1960*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, *en prensa*. Entre los estudios monográficos: DELGADO, Lorenzo, «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la guerra mundial a los pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 35-59, *Viento de Poniente. El Program Fulbright en España*, Madrid, Comisión Fulbright-AECI-LID Editorial, 2009, y «After Franco, what? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del posfranquismo», en MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel (eds.), *Claves internacionales de la transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 99-126; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración: «La educación de los empresarios españoles. La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España», *Revista de Historia Económica*, 22/2 (2004), pp. 387-424; LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC, 2010; y RODRÍGUEZ, Francisco J., *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, PUV, 2010.
- ²¹ Una revisión de la evolución historiográfica sobre las relaciones bilaterales durante el franquismo en DELGADO, Lorenzo y LEÓN, Pablo, «De la primacía estratégica a la difusión del modelo americano: Estados Unidos y la España del franquismo», *Nuevos horizontes del pasado: culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Publican, 2011, *en prensa*.

ESQUEMA DE COOPERACIÓN

ENERGÍA ELÉCTRICA.—Las modernas ciudades industriales se construyen con acero, pero es la energía eléctrica la que les da vida. Los programas de cooperación han ayudado a construir centrales hidráulicas y térmicas, han suministrado generadores para la producción de electricidad y ayudado al tendido de las líneas de alta tensión, que llevan la electricidad a los lugares en que es necesaria... También han suministrado estos programas materias primas como el cobre, indispensable para la fabricación de equipos eléctricos. Más de 83 millones de dólares y 754 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han destinado a centrales eléctricas y distribución de energía.



AGRICULTURA.—Los programas de cooperación han financiado la importación de tractores y otra maquinaria agrícola que facilita las labores del campo y aumenta el rendimiento. También estos programas están ayudando a financiar la construcción de fábricas de abonos que el campo español necesita con urgencia. Pero acaso una de las más importantes iniciativas sea el Servicio de Extensión Agrícola, dedicado a hacer conocer a los campesinos españoles los métodos más adecuados para la explotación de sus fincas. En el campo de la cooperación técnica se han establecido proyectos de lucha contra epizootias, producción y distribución de leche, estudios de fertilizantes, mejora del ganado, etc.

REGADÍOS.—El riego de tierras permite la obtención de tres cosechas anuales en tierras que normalmente producen una cosecha cada dos o tres años. Esto significa no solamente mayor producción, sino también trabajo durante todo el año en vez de trabajo estacional. Los programas de cooperación se han interesado en este aspecto dedicando fondos y personal técnico a la construcción de canales, acequias, presas y pozos; nivelando tierras y creando bancales, y hasta levantando nuevos pueblos para alojar familias campesinas. Casi 4.400 millones de pesetas procedentes de los fondos de cooperación se han dedicado a riegos, obras hidráulicas y proyectos afines.



REPOBLACIÓN FORESTAL.—La repoblación forestal persigue varios fines: ayuda a la formación de bosques que en el futuro proporcionarán maderas para la construcción de viviendas y muebles; impide la erosión del suelo no sólo preservando la superficie exterior dedicada al cultivo, sino impidiendo que los embalses se llenen y encenaguen con tierras de aluvión. Los bosques, por otra parte, retienen el agua en el suelo, evitando las inundaciones y permitiendo el establecimiento de sistemas de riego, así como el suministro de agua a las ciudades. Unos 650 millones de pesetas se han dedicado a este importante apartado de la economía española.

GUERRA FRÍA Y FORMACIÓN DE CAPITAL HUMANO DURANTE EL FRANQUISMO. UN BALANCE SOBRE EL PROGRAMA ESTADOUNIDENSE DE AYUDA TÉCNICA (1953-1963)

Adoración Álvaro Moya
CUNEF

Las décadas que siguieron al final de la Segunda Guerra Mundial fueron de indiscutible liderazgo estadounidense, tanto en términos económicos como políticos, militares y tecnológicos.¹ Este liderazgo sentó las bases para que su influencia sobre Europa Occidental alcanzara máximos, al tiempo que la economía americana se internacionalizaba con una fuerza renovada, tanto en términos de comercio como de inversión directa. Todo ello coincidió con la labor de las agencias oficiales encargadas de gestionar el *European Recovery Program*, más conocido como Plan Marshall, y con la ambiciosa política de ayuda exterior que le siguió, también bajo los auspicios de Estados Unidos. Bien a través de cauces privados, bien a través de los programas oficiales de ayuda internacional, la Administración y la empresa estadounidenses difundieron ideas, técnicas y conocimientos alrededor del mundo y, en particular, en Europa occidental.

En las páginas que siguen se aborda uno de estos cauces de difusión del modelo americano, los programas de ayuda internacional. En concreto, se examinan las características del programa de ayuda técnica incluido en los acuerdos firmados entre España y Estados Unidos en 1953, vigente hasta 1963, y se valora su impacto en la formación del capital humano de las empresas españolas. Todo ello se compara, además, con lo acaecido en el caso de Europa occidental.

El modelo americano y la ayuda técnica en Europa occidental

El creciente liderazgo económico de Estados Unidos a lo largo del siglo XX descansó en múltiples factores, como una adecuada dotación de recursos naturales, un vasto mercado interior y un gran esfuerzo inversor en innovación y formación, tanto por parte del Estado como de la iniciativa privada.² A nivel empresarial, Estados Unidos terminó convirtiéndose en referente también por otro motivo: una gestión de los recursos innovadora que coadyuvó a generar las ganancias de productividad necesarias para estimular la subida de los salarios y, por ende, del consumo. A ese cúmulo de elementos –y su valedor, la gran empresa moderna– ha atribuido la historia empresarial el liderazgo estadounidense.³

Ahora bien, ni los métodos asociados a la gran empresa moderna eran los únicos existentes –ni siquiera en Estados Unidos– ni tenían por qué ser los mejores en cualquier otro contexto empresarial, como los investigadores han ido poniendo de relieve.⁴ En cualquier caso, dados sus visibles buenos resultados, constituyeron un referente para empresarios y gobiernos de otros países en diferentes momentos del siglo XX. De ahí que habitualmente se hable de «modelo americano» y de la «americanización» de la empresa europea, entendiéndose por ello más

que un único tipo de empresa a la americana, una serie de ideas, principios y técnicas que se desarrollaron de forma pionera en el país anglosajón y de los que cada empresa u organización adoptó, adaptó o imitó aquello que se ajustaba mejor a sus características y su entorno tecnológico, económico, político y sociocultural.⁵

¿Y de qué ideas, principios y técnicas estamos hablando? A nivel gubernamental, la defensa de la competencia, que terminó poniendo fin al clima de concertación que había predominado en la empresa europea durante el periodo de entreguerras. A nivel de firma, técnicas ligadas a la producción y distribución en masa; formas de organización del trabajo como la tradicional Organización Científica del Trabajo, pero también la nueva escuela de las Relaciones Humanas; estructuras corporativas como la gran empresa gerencial y multidivisional; y nuevos hábitos, como el asesoramiento externo –vía consultoras y formación en escuelas de negocios– o la aplicación de técnicas de marketing y publicidad. La difusión de todo ello tuvo lugar a través de dos vehículos: la empresa multinacional y la ayuda internacional. Veamos cómo se desarrolló el segundo.

Al igual que en la primera, tras la Segunda Guerra Mundial la posición estadounidense en el escenario político internacional se había fortalecido con el conflicto, al haber sido su entrada y sus recursos claves en la victoria aliada. Fruto del abandono del aislacionismo que hasta entonces había caracterizado la política exterior americana nació la ayuda internacional, en sus inicios dispensada por Estados Unidos y contando con Europa como principal receptora.⁶ El primer programa, *United Nations Relief and Rehabilitation Program* (UNRRA), fue lanzado cuando aún no había concluido la guerra (en noviembre de 1943) para cubrir las necesidades más urgentes de la población civil de los países aliados. Cuando finalizó, cuatro años más tarde, era evidente su insuficiencia tanto para garantizar la recuperación europea y el propio crecimiento de la economía americana, como

para asegurar la victoria de la democracia en el Viejo Continente ante los cada vez más claros visos de expansionismo de la Unión Soviética. En este contexto se gestó el *European Recovery Program* (Programa de Recuperación Europea), más conocido como Plan Marshall.⁷

El Plan Marshall desempeñó un papel clave en la recuperación europea. Su éxito no radicó tanto en la cuantía de las ayudas concedidas, pues aún aliviando los estrangulamientos más graves fue más bien escasa, como en que ayudó a los gobiernos europeos a controlar la inflación y el caos financiero, estabilizar sus balanzas de pagos, dismantelar los controles sobre la producción y el comercio, y cooperar entre ellos.⁸ Con ello se pretendía proporcionar la estabilidad necesaria para reactivar el comercio y la inversión privada, tanto nacional como extranjera. Y para la consecución de tales objetivos era preciso, entre otros factores, un uso correcto de la ayuda prestada y un gobierno adecuado, esto es, que implementara el modelo industrial americano basado en la producción y el consumo de masas en un entorno de libre mercado.⁹ No obstante, para ello no era suficiente con proporcionar ayuda y asesoramiento en términos de política económica. También, había que dar a conocer a las empresas europeas cómo operaban sus homólogas americanas. Con este objetivo se diseñó el Programa de Asistencia Técnica, financiado por una pequeña parte de la ayuda (1,5% del total) y gestionado de forma independiente por la *US Technical Assistance and Productivity Mission* (USTA&P).¹⁰

Como su propio nombre indica, la Asistencia Técnica Estadounidense y Misión de Productividad perseguía como objetivo primordial el aumento de la productividad de las empresas europeas. Esta fórmula, al permitir el alza simultánea de salarios y beneficios empresariales, reactivaría el consumo, a la par que, como antes había sucedido en Estados Unidos, limaría las asperezas internas por el reparto del poder entre los distintos grupos sociales e ideologías políticas. El movimiento de la productividad, como

terminaría denominándose a las diferentes iniciativas desarrolladas, contaba con antecedentes en el Viejo Continente, en particular entre aquellos foros que se habían sentido atraídos en el periodo de entreguerras por la Organización Científica del Trabajo en sus distintas variantes (*taylorismo*, *fordismo* o sistema Bedaux). Así pues, con anterioridad se habían desarrollado diferentes programas de intercambio técnico, aunque la fórmula estadounidense aplicada tras la guerra presentaba fundamentalmente dos diferencias. Por un lado, se trataba del primer programa sistemático, patrocinado por los gobiernos de los países implicados y gestionado por agencias gubernamentales.¹¹ Por otro, el objetivo a alcanzar iba más allá de los posibles cambios que hubiera que realizar a nivel de planta o de gestión empresarial. Se pretendía reconvertir las democracias europeas a las bondades de la sociedad de consumo estadounidense, la base del denominado «contrato social» americano.¹²

Claramente, las aspiraciones estadounidenses no podían alcanzarse en los cuatro años que duró el Plan Marshall. Una vez finalizado éste, y recuperados los niveles de producción europeos, su gestión pasó en 1953 de la Organización para la Cooperación Económica Europea a la recién creada *European Productivity Agency* (EPA).¹³ A instancias de Estados Unidos, se constituyeron asimismo centros de productividad nacionales, con los que se pretendía contar con una mayor participación de los gobiernos europeos en la gestión del programa de asistencia técnica. Estos centros, financiados parcialmente con fondos americanos, estaban constituidos por representantes gubernamentales y empresariales, a los que se unían en muchos casos cámaras de comercio y asociaciones de diversa índole.

El programa de asistencia técnica descansó básicamente en tres tipos de actividades. En primer lugar, en el envío de especialistas estadounidenses a Europa para proporcionar formación y asesoramiento en temas concretos. Segundo, en estancias de investigación en centros de

formación americanos para expertos europeos, ingenieros generalmente. Y, por último, la organización de las «misiones de productividad», donde realmente se concentraron los recursos y con las que se pretendía formar a grupos de europeos en aspectos específicos ligados a un sector o en materias más generales propias del modelo americano observándolas *in situ*. Heredando el espíritu de concertación del *New Deal*, las misiones de productividad debían estar constituidas tanto por altos directivos como por mandos intermedios, ingenieros y operarios, y, en menor medida, representantes estatales y educadores.¹⁴ Sin embargo, al menos en Francia y Alemania los centros nacionales de productividad, que eran los encargados de gestionar todas las actividades englobadas en el programa de asistencia técnica, no siempre siguieron las recomendaciones de las agencias americanas.¹⁵ Estos centros podían, asimismo, proponer los temas y actividades que consideraran más pertinentes, pero en la práctica la iniciativa estuvo en manos americanas.¹⁶ La formación empresarial ocupó la atención primordial de la EPA a lo largo de todos los años de su funcionamiento, como también lo había sido en los años precedentes dentro de los programas auspiciados por la USTA&P.¹⁷ Para ello contaron con el asesoramiento del *National Management Council* —una federación de diferentes asociaciones profesionales difusoras de la Organización Científica del Trabajo— y prestigiosas universidades norteamericanas —como el Massachusetts Institute of Technology, Standford o Columbia, entre otras—.¹⁸ La Fundación Ford, que recogió la batuta en los años sesenta, financió parte de las actividades de la EPA en este campo. A educación le siguieron desarrollo agrícola y sindicatos.¹⁹ La importancia prestada inicialmente a otros temas, como construcción y distribución, se diluyó al poco tiempo de iniciarse la ayuda técnica. El cambio más significativo tuvo lugar a mediados de los cincuenta, cuando se gestó, tras la insistencia estadounidense, el programa de ayuda a los países europeos menos desarrollados, como Grecia, Turquía y Portugal.²⁰

La trayectoria de las economías europeas en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial nos indica que Estados Unidos consiguió su propósito de incrementar la productividad de la industria europea. Hasta qué punto el programa de asistencia técnica contribuyó a ello es, sin embargo, difícil de cuantificar. Disponemos de mayor información sobre los cambios que propició en las empresas europeas. Los estudios disponibles, que se concentran en Europa noroccidental (Reino Unido, Francia, Italia, Alemania y los países escandinavos), muestran cómo el influjo estadounidense fue *in crescendo* y cómo, en general, los empresarios, ingenieros y educadores europeos, entre otros, se admiraban de la gran empresa americana, por su tamaño, pero también por su más eficiente organización.²¹ Ahora bien, en ningún momento hubo una traslación directa del modelo americano, sino que se trató de un proceso de adaptación selectiva de los métodos, técnicas e ideas activamente exportadas desde Estados Unidos. Dado que el modelo americano había respondido a unas condiciones económicas e institucionales propias, no es sorprendente que fuera preciso remodelarlo a tenor de la realidad europea. Además, la intensidad de este proceso varió significativamente de unos países a otros en función de su estructura industrial y de mercado, pero también del grado de aceptación mostrado por los actores locales, desde empresarios, sindicatos, gobiernos y partidos políticos, hasta el entramado educativo y científico. Sin obviar que tan sólo con estudios de caso puede determinarse el impacto real de todas estas iniciativas, diversos factores se han apuntado como explicativos de la receptividad dispensada, como la independencia económica y financiera respecto de Estados Unidos, la existencia o no de buen entendimiento (también lingüístico) entre las agencias americanas de cooperación y los aliados europeos, y las relaciones económicas, diplomáticas y culturales existentes con anterioridad a la guerra. Pero más interesante y controvertido resulta un último factor: el grado

de atraso percibido por los agentes económicos respecto de Estados Unidos o, dicho de otro modo, la confianza depositada en la tecnología y estructura económica e institucional propias como base para la reconstrucción y el desarrollo futuro.²²

A partir de diversos estudios de caso, Jonathan Zeitlin y Gary Herrigel han señalado la gran receptividad mostrada por Francia e Italia en contraposición a Suecia y Reino Unido, situando a Alemania en una situación intermedia.²³ En función de su participación en los proyectos desarrollados por la EPA, Bent Boel agrupa a sus miembros en cuatro categorías: 1) «fantasmas», por su prácticamente nula participación (Portugal, Islandia, Irlanda y Luxemburgo); 2) «escépticos» (Reino Unido, Suecia y Suiza); 3) «moderados» (Bélgica, Holanda, Francia, Dinamarca y Austria); y 4) «partidarios» (Italia, Grecia, Turquía, Alemania y Noruega).²⁴ No obstante, esto no quiere decir que, aun siendo ciertas estas conclusiones generales, no hubiera distintas percepciones entre diferentes grupos de cada país. Luciano Segreto y Giuliana Gemelli han mostrado las reticencias por parte del gobierno italiano, no compartidas por diferentes empresarios e instituciones educativas, como Ruggero Ranieri también observa en la siderurgia.²⁵ A juicio de Boel, la receptividad italiana se desvaneció desde 1957, cuando la EPA viró sus objetivos hacia el desarrollo económico de las zonas más deprimidas, contrariando así tanto al gobierno como a algunos grandes empresarios.²⁶ Los gobiernos socialdemócratas británico y sueco, frente a la desidia general, sí fueron más proclives a colaborar al considerar el aumento de productividad clave en el sostenimiento del Estado del Bienestar.²⁷ En Francia, la influencia estadounidense tuvo un rotundo eco en la planificación macroeconómica de los años cincuenta, en el sector de la construcción e ingeniería civil, así como la estandarización de criterios de elaboración de estadísticas y de contabilidad —aspecto que se generalizó en buena parte de Europa—.²⁸ En el caso de las misiones

de productividad, su efectividad fue mayor cuando ya existían intercambios técnicos anteriores a iniciativa de las propias empresas²⁹ o, incluso, tras la adquisición de tecnología más moderna con cargo a los fondos del Plan Marshall —como en el caso de la siderurgia italiana.³⁰ Jonathan Zeitlin y Gary Herrigel son contundentes en este sentido. A su juicio, la transferencia de conocimientos desde el Nuevo Mundo descansó, más que en los cauces oficiales, en las empresas estadounidenses, léase exportadores, filiales de multinacionales, consultoras, instituciones educativas o fundaciones, entre otros ejemplos.³¹

La guerra de Corea mitigó el mesianismo que había caracterizado la ayuda económica y la ayuda técnica en sus inicios. El propio programa de asistencia técnica, que había sido hasta entonces el último reducto de los políticos estadounidenses del ala más progresista, pasó a convertirse en un instrumento más de los grupos más conservadores, junto con la ayuda económica y militar, para contener la expansión del comunismo en el mundo.³² Si bien los recursos destinados al programa de asistencia técnica se intensificaron, la convergencia de intereses entre políticos y empresarios que había dominado hasta entonces se rompió para siempre, pues los planes a favor del desarrollo global del Viejo Continente se sustituyeron frecuentemente por garantizar la seguridad estratégica del bloque occidental en el seno de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Paradójicamente, este viraje en la política exterior norteamericana explica por qué poco más tarde desde la EPA se prestó una mayor atención al fomento de las áreas económicas europeas más deprimidas, donde era más probable que la inestabilidad económica y política diera paso a gobiernos de corte comunista. Dado que los estudios existentes se han concentrado en la Europa más adelantada, no sabemos si la mayor actividad de la EPA se tradujo en más americanización. Precisamente por el retraso económico, político y tecnológico que caracterizaba a la periferia mediterránea, era esperable una mayor acogida

a las técnicas estadounidenses. Veamos qué ocurrió en el caso de España.

La ayuda técnica en España

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial situó al régimen franquista en una delicada situación internacional. Con las crecientes discrepancias entre los otrora aliados como telón de fondo, los países occidentales orientaron sus esfuerzos políticos a consolidar un bloque democrático alternativo al comunismo y al fascismo. Los guiños del Régimen a las potencias del Eje durante el conflicto no pasaron desapercibidos y España, considerada el último reducto fascista, fue objeto del aislamiento diplomático occidental en 1946.³³ Un año más tarde se quedaba fuera, además, del Plan Marshall y de los distintos organismos europeos gestados al calor de la ayuda americana. No obstante, el recrudecimiento de la Guerra Fría se encargó de que este ostracismo durara poco tiempo. En agosto de 1950, dos meses después del estallido de la Guerra de Corea, España recibía un crédito del *Export Import Bank (Eximbank)*, entidad financiera ligada al gobierno estadounidense. Su importancia radicó, más que en su cuantía (62,5 millones de dólares), en ser el primer gesto de reconocimiento del bloque occidental hacia el Régimen. El definitivo llegaría tres años más tarde, con la firma de los Pactos de Madrid.³⁴

En virtud de estos acuerdos, la potencia americana se comprometía a conceder durante diez años ayuda económica, técnica y militar a cambio de la construcción de bases militares en suelo español.³⁵ El programa de asistencia técnica fue gestionado por el Ministerio de Agricultura, en lo concerniente al sector primario, y por la Comisión Nacional de Productividad Industrial (CNPI), para la industria y los servicios. Como había ocurrido en Europa, el grueso de los fondos se canalizó a través de la segunda, el centro de productividad local, donde vino a confluír la ayuda americana con el movimiento de la productividad propugnado desde distintas

esferas de la administración local.³⁶ La Comisión se había creado en 1952, adquiriendo carácter permanente en 1958. Con el fin de la ayuda estadounidense, en 1964 esta institución se transformó en el Servicio Nacional de Productividad Industrial.³⁷

Al contrario de lo sucedido en otros países, la Comisión fue esencialmente punto de encuentro de representantes de diferentes instancias de la Administración, incluyendo, además de los ministerios, Presidencia de Gobierno, la Delegación Nacional de Sindicatos, el Consejo de Economía Nacional y el Alto Estado Mayor.³⁸ El sector privado, aunque invitado a participar en ella, fue relegado a las denominadas Comisiones Regionales y a los centros regionales de productividad. Las primeras fueron creadas a instancias de la propia CNPI con el fin de observar de cerca los problemas a los que se enfrentaban las empresas españolas en aquellos lugares de mayor concentración industrial –Cataluña, Guipúzcoa, Asturias, Vizcaya y Andalucía–. Los centros regionales, en cambio, se crearon por iniciativa y financiación de las empresas de la zona –en Alicante, Sevilla, Vigo, Albacete, Zaragoza y Palma de Mallorca–. Desconocemos la composición de estos últimos, pero en el caso de las delegaciones regionales y, en menor medida, la CNPI, participaban ingenieros, técnicos y empresarios que comenzaban a destacarse por sus obras sobre la materia, por aquel entonces novedosa, de organización de empresas, como Fermín de la Sierra, José Orbaneja, Juan Manuel Elorduy, José Luis Pinillos, Alberto Pintado Fe o Patricio Palomar, entre otros. Todos ellos simultanearon su actividad con cursos de formación en distintos centros y empresas. En sus propuestas de mejora de la productividad de la industria española se hacían eco de los métodos a debate en Europa bajo el influjo estadounidense, como la Organización Científica del Trabajo (OCT) y la nueva escuela de las Relaciones Humanas.³⁹

El objetivo último de las actividades desarrolladas por la CNPI y sus delegaciones era aumentar la productividad de la industria es-

pañola. Para ello se realizaron actividades de diversa índole, parcialmente financiadas por la ayuda americana, que perseguían mejorar la dirección a todos sus niveles, como estudios técnicos sobre distintos sectores, novedosas actividades de consultoría,⁴⁰ programas de formación de mandos medios y de directivos, y la organización del programa de asistencia técnica estadounidense.⁴¹ El grueso de sus esfuerzos se concentró en estos últimos puntos. En relación a la formación de directivos, se fundó la pionera Escuela de Organización Industrial (EOI).⁴² Enfocados en los mandos medios se diseñaron el Plan Nacional de Adiestramiento de Mandos de la Empresa (Plan AME) y el Plan Nacional de Adiestramiento de Mandos Intermedios (Plan AMA), programas que englobaron más del 60% de los cursos impartidos por la Comisión y a los que se unió un «Diploma de Ingenieros Especialistas en Producción», certificado similar a los que se estaban diseñando en centros como la EOI o el Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo (INRT).⁴³ El Plan AMA, con el que se pretendía enseñar a «saber instruir», «saber mejorar los métodos de trabajo» a partir de los recursos de los que se dispone y «saber mandar» o «tener relaciones humanas»,⁴⁴ se basaba en el popular programa *Training Within Industry* (TWI), desarrollado en Estados Unidos antes de la Segunda Guerra Mundial y caracterizado por el gran peso otorgado a la práctica en el aprendizaje, así como a la labor y discusión en grupo. Conocer su alcance precisa de un análisis en mayor profundidad a partir de estudios de caso. No obstante, sí disponemos de una relación de aquellas empresas que implantaron este Plan, entre las cuales se encontraban tanto empresas públicas como privadas de sectores tan diversos como alimentación, artes gráficas, transporte, banca, calzado, construcción, producción y transporte de electricidad, química, siderurgia y textil, entre otros.⁴⁵

EQUIPOS PARTICIPANTES EN LAS MISIONES A ESTADOS UNIDOS, 1954-1962
(Número de equipos y participantes por materias)

Materias	Equipos		Participantes	
	Número	Porcentaje respecto del total	Número	Porcentaje respecto del total
Acero	1	0,7	11	1,1
Alimentación	7	4,9	64	6,6
Artes gráficas	1	0,7	6	0,6
Banca y bolsa	1	0,7	10	1,0
Calzado	1	0,7	9	0,9
Cámaras de comercio	1	0,7	9	0,9
Carbón	1	0,7	9	0,9
Construcción y urbanismo	12	8,4	105	10,8
Curtidos	2	1,4	15	1,5
Electricidad	5	3,5	42	4,3
Electrónica	1	0,7	7	0,7
Embalaje	2	1,4	17	1,8
Entretención preventivo	2	1,4	10	1,0
Escuelas empresariales	13	9,1	37	3,8
Estudios técnicos especiales	5	3,5	5	0,5
Fabricación de muebles	2	1,4	15	1,5
Frío industrial	1	0,7	14	1,4
Fundición	3	2,1	21	2,2
Gas	1	0,7	7	0,7
Generales	14	9,8	74	7,6
Investigación de mercados y publicidad	9	9,1	52	5,3
Organización y dirección de empresas	32	22,4	228	23,5
Papel	1	0,7	11	1,1
Química	6	4,2	39	4,1
Soldadura	2	1,4	18	1,9
Textil	8	5,6	64	6,6
Transformados de caucho	1	0,7	10	1,0
Transformados metálicos	4	2,8	39	4,0
Transporte por carretera	1	0,7	7	0,7
Universidades	3	2,1	17	1,8
TOTAL	143		972	

Nota: El número de participantes ha de ser menor, pues es muy probable que algunos de ellos tomaran parte de varias misiones. Un desglose detallado de los equipos incluidos en cada categoría en ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos y la modernización de la economía española*, trabajo de investigación inédito, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2001, pp. 61-62.

Fuente: *Productividad*, 124 (septiembre), 1963.

Como en el resto de Europa, dentro del programa americano de asistencia técnica los esfuerzos de la CNPI se concentraron en las misiones de productividad a Estados Unidos, a las que se unieron estancias de investigación tanto en el país americano como en otros europeos —de las que se beneficiaron particularmente ingenieros aeronáuticos del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica y de la Junta de Energía Nuclear—⁴⁶ y la llegada de especialistas estadounidenses para proporcionar formación en diferentes materias —la gran mayoría ligada a la industria y los servicios (50%), seguido de obras públicas (20%)—.⁴⁷ En total se organizaron 143 misiones de productividad, un número sensiblemente inferior a las 300 formadas en Francia y las 200 enviadas por Noruega entre 1949 y 1954.⁴⁸ Recordemos, no obstante, que ambos países se encontraban entre aquéllos más receptivos a la labor de la EPA.

El Cuadro I recoge las misiones organizadas en el ámbito industrial. Puede observarse que, aun teniendo cabida materias muy diversas, todos los temas relacionados con la dirección y organización empresarial (incluyendo mercadotecnia, publicidad y controles de calidad y seguridad en planta) sobresalieron tanto por número de equipos como de participantes. Independientemente de la temática específica a abordar por la misión, todos los equipos recibían formación sobre las características de la gran empresa americana y de la *American way of life*. Las misiones, por tanto, presentaron las mismas características que en el resto de Europa occidental. Ahora bien, lo observado y aprendido en Estados Unidos, ¿se trasladó a la empresa española? Esta cuestión se discute en el siguiente apartado.

El impacto de la ayuda económica y técnica estadounidense en España

La finalidad última de la ayuda económica y técnica fue conseguir un uso eficiente del dispositivo militar estadounidense en España, un

objetivo al que tampoco fueron ajenas en mayor o menor medida otras iniciativas de intercambio cultural y científico como el programa Fulbright.⁴⁹ Lograr tal propósito pasaba por mejorar las infraestructuras existentes, estabilizar la economía española y contar con el beneplácito del gobierno, la población y los empresarios españoles. Es decir, promover cierto grado de desarrollo a la par que se ensalzaba el modelo económico y social norteamericano.

Existen pocas dudas sobre la contribución de la ayuda americana a la recuperación de la economía española en los años cincuenta. Ciertamente, la cuantía percibida fue limitada, pero, dados los graves estrangulamientos existentes en el aprovisionamiento de materias primas y otros *inputs*, tuvo efectos multiplicadores sobre el sistema productivo.⁵⁰ Ahora bien, a juicio de Óscar Calvo no se presionó simultáneamente para alcanzar la liberalización progresiva de la economía española, tal y como tradicionalmente había postulado la historiografía.⁵¹ En lugar de condicionar su ayuda a grandes cambios en política económica, Estados Unidos esperó a que las mismas fuerzas internas los llevaran a cabo desde dentro. Sus propios servicios de inteligencia se hacían eco, en 1954, del deseo de colaborar de los empresarios españoles, aunque, obviamente, su postura hacia la liberalización iría acorde a su percepción sobre los beneficios que de ella se derivarían.⁵² De hecho, a pesar de la denuncia continua por parte de las agencias estadounidenses del intervencionismo estatal y del peso del Instituto Nacional de Industria en la empresa española, el *holding* público y otros organismos oficiales se beneficiaron de los créditos concedidos por el *Eximbank* y el *Development Loan Fund*, organismos que en principio ofrecían sólo préstamos a empresas privadas.⁵³

Lourenzo Fernández Prieto, en una investigación más amplia sobre la innovación agraria durante el franquismo, señala que el programa de asistencia técnica proporcionó el soporte financiero y tecnológico necesario para la creación y funcionamiento del Servicio de Extensión

Agraria (SEA); institución creada a imagen y semejanza de su homóloga estadounidense para aumentar la productividad del sector agrario español. El Servicio, organismo que en Estados Unidos había nacido en pleno *New Deal* y que se difundió por toda Europa tras la Segunda Guerra Mundial, fue en España el principal cauce de difusión de los métodos ligados a la *revolución verde*. Estos métodos habían sido previamente aprendidos por los técnicos del SEA en misiones de productividad tanto a Estados Unidos como a otros países europeos y, en menor medida, gracias a estancias de formación en los primeros.⁵⁴

Buena parte de la investigación reciente sobre los efectos de los convenios de 1953 se ha concentrado en su impacto sobre las empresas españolas y la formación de sus trabajadores. Óscar Calvo ha sugerido que la firma de los Pactos de Madrid, al dotar de mayor credibilidad al Régimen, sirvió de estímulo a la inversión privada.⁵⁵ Núria Puig, por su parte, ha demostrado la conexión entre la asistencia técnica americana y la creación de las primeras escuelas de negocios en España.⁵⁶ La Asociación para el Progreso de la Dirección (APD), una de las primeras asociaciones de empresarios españoles, fue creada en 1956 por varios de los participantes de una de las primeras misiones a Estados Unidos. Su actividad para fomentar la profesionalización de la gestión empresarial y la comunicación entre empresarios y directivos —rasgos típicos de la gran empresa gerencial— le valió el reconocimiento de las agencias americanas.⁵⁷ No obstante, el contenido de las obras publicadas por los gurús españoles en dirección de empresas demuestra que los directivos españoles apostaron, como en otros países europeos, por una gestión donde se conjugara el modelo americano con la cultura nacional, todo ello sazonado por una temprana admiración hacia Alemania y Japón.⁵⁸

En cuanto al intercambio técnico, tenemos constancia de diversas misiones de productividad que se tradujeron en la aplicación con

éxito de lo aprendido en Estados Unidos, como en la firma galletera Fontaneda, la empresa de transformados metálicos Rivière y en distintos fabricantes de calzado mallorquines.⁵⁹ Precisamente el calzado, sector para el que el mercado estadounidense resultaba central, recibió mucha atención por parte de la CNPI y de los centros regionales de Alicante y Palma de Mallorca. Sin embargo, parece que los resultados concretos de sus actividades, ligadas a la mejora de la productividad y al fomento de la exportación, fueron muy pobres. Mayor éxito tuvieron los cursos de formación desarrollados por la Comisión, al menos en el distrito industrial catalán de Manresa.⁶⁰ En cualquier caso, pese a que todavía conocemos muy poco sobre su aplicación práctica por sectores, los estudios realizados hasta la fecha matizan el papel que algunos autores habían concedido al Estado como impulsor del movimiento de la productividad en España,⁶¹ enfatizando, en cambio, el dinamismo de la iniciativa privada.

Sin desviar la atención de la empresa española, una mirada más atenta a la gestión de la ayuda americana —en sus dimensiones militar, económica y técnica— nos abre nuevas líneas de investigación, hasta ahora poco exploradas en la historiografía. Así, es posible apreciar el vínculo entre las misiones de productividad a Estados Unidos y la construcción de las bases militares con el desarrollo de los sectores de la construcción y de la consultoría técnica en España. Las misiones permitieron que ingenieros y dirigentes españoles observaran las técnicas y métodos que caracterizaban a las empresas americanas, mientras la construcción de las bases facilitó la asimilación de unas y otros gracias a la colaboración con los contratistas estadounidenses encargados de su supervisión.⁶² La ayuda americana tuvo dos efectos más, no directamente ligados con la formación de su capital humano, sobre los empresarios españoles: proporcionó nuevas oportunidades de negocio y amplió las conexiones, o reforzó las existentes, entre diversas multinacionales y

sus socios locales. Un buen ejemplo de ello nos los brinda, de nuevo, la construcción de las bases militares estadounidenses. Dicha construcción constituyó el punto de arranque de uno de los grupos más destacados de consultoría técnica, el Urquijo.⁶³ Por otro lado, las maniobras de la administración franquista para allegar recursos del exterior permitieron trabar relaciones entre personalidades de ambos países que se prolongarían en el tiempo. Tal fue el caso de Alfred Barth, representante en España del *Chase National Bank*, y Antonio Garrigues Díaz-Cañabate, futuro embajador en Washington y fundador, junto con su hermano Joaquín, del despacho de abogados Garrigues, íntimamente ligado a la inversión estadounidense durante el desarrollismo.⁶⁴ Desconocemos el origen de la relación entre ambos, pero probablemente se gestó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Barth, a través de la *United States Commercial Company* en Madrid, formó parte de la estrategia de guerra económica desplegada por Estados Unidos en España;⁶⁵ o tras el conflicto, pues, como vicepresidente del departamento internacional del *Chase*, entidad colaboradora en las gestiones financieras ligadas a los programas de ayuda americanos, Barth actuó como interlocutor de España y Portugal.⁶⁶ En cualquier caso, sí tenemos constancia de que tanto Antonio Garrigues como el *Chase* asesoraron al gobierno franquista en las gestiones que condujeron al crédito del *Eximbank* de 1950 y de la relación fluida entre el primero y Barth.⁶⁷

Conclusiones

De manera tardía y más modesta, la ayuda técnica estadounidense funcionó en España como en el resto de la Europa occidental. Se persiguió el mismo objetivo y se pusieron en marcha los mismos instrumentos, si bien más tarde, con menores recursos económicos, con un trasfondo militar más pronunciado y sin los mecanismos intraeuropeos de cooperación. Ello

no impidió que también aquí la ayuda americana estimulara el crecimiento del país, facilitara la transferencia de conocimientos desde el otro lado del Atlántico y difundiera el modelo económico y empresarial americano.

Al igual que en el resto de Europa, los empresarios españoles no imitaron sin reservas el modelo americano, sino que adoptaron y adaptaron a la realidad nacional parte de las ideas, métodos y técnicas exportadas desde los Estados Unidos. Lógicamente, sólo más estudios de caso nos permitirán reafirmar esta conclusión, conocer la extensión de este proceso y comprender su impacto real sobre la empresa española. La investigación realizada en los últimos años, empero, permite señalar algunos aspectos a los que la historiografía había prestado escasa atención y que se vislumbran de gran relevancia para entender cómo se transfieren conocimientos en la práctica. En primer lugar, sin obviar el papel, ya conocido, del Estado, la iniciativa privada desempeñó un papel esencial en la difusión del modelo americano. En segundo lugar, la ayuda militar y económica, y la construcción de las bases en particular, intensificaron los efectos de la ayuda técnica en dicho proceso. A ello se unirían otros cauces fuera del ámbito de estudio de este trabajo, como la inversión directa, asociaciones educativas y empresariales, y la acción cultural.⁶⁸ Y, finalmente, tanto el atraso relativo español como la conciencia de que la propia ayuda generaba oportunidades de negocio diversas a corto y largo plazo alimentaron la receptividad mostrada por los actores locales. El estudio de otros países de la periferia económica europea, con rasgos estructurales similares y receptores de la ayuda americana por las mismas fechas que España, así como la inclusión de otros factores de índole social y cultural, que proporcionen más detalles sobre cómo se percibían las ideas foráneas, permitirán, no obstante, profundizar en estas cuestiones.

NOTAS

- ¹ Agradezco los comentarios de los evaluadores anónimos de la revista, de Núria Puig y de los participantes en la Mesa 8 («La difusión del modelo americano en España durante el franquismo») del X Congreso de Historia Contemporánea, coordinada por Lorenzo Delgado y Pablo León Aguinaga. La investigación se ha beneficiado de los proyectos ECO2009-10977 y HAR2009-07571, dirigidos por Núria Puig y Jordi Catalan, respectivamente.
- ² MOWERY, David C., y ROSENBERG, Nathan, *Paths of Innovation. Technological change in 20th century America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- ³ CHANDLER, Alfred Jr., *Strategy and Structure*, Cambridge, Harvard University Press, 1962; CHANDLER, Alfred Jr., *The Visible Hand*, Cambridge, Harvard University Press, 1977; CHANDLER, Alfred Jr., *Scale and Scope*, Cambridge, Harvard University Press, 1990.
- ⁴ En los últimos años ha aparecido una amplia literatura enfatizando las ventajas de estructuras organizativas distintas a la gran empresa moderna, como la especialización flexible, los distritos industriales, la empresa familiar y los grupos y redes empresariales. Una síntesis en VALDALISO, Jesús María, y LÓPEZ, Santiago, *Historia económica de la empresa*, Madrid, Síntesis, 2007, pp. 282-289 y 343-350.
- ⁵ La celebración del cincuentenario del Plan Marshall dio aliento a numerosas obras y proyectos internacionales sobre la difusión del modelo americano de organización económica y empresarial. Una síntesis en ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera y formación de capacidades organizativas locales. Un análisis del impacto de Estados Unidos en la empresa española (1918-1975)*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, capítulo 2. Una síntesis para el siglo XX en SCHRÖTER, Harm, *The Americanization of the European Economy. A compact survey of American economic influence in Europe since the 1880s*, Dordrecht, Springer, 2005. Centrado en la inversión directa estadounidense, BONIN, Hubert, y DE GOEY, Ferry (eds.), *American Firms in Europe, 1880-1980. Strategy, Identity, Perception and Performance*, Ginebra, Droz, 2009.
- ⁶ Anteriormente se habían concedido ayudas puntuales, pero no respondían a un programa tan amplio, por envergadura, composición y duración, como el Plan Marshall. BROWN, William A. y OPIE, Redvers, *American Foreign Assistance*, Washington DC, The Brookings Institution, 1953.
- ⁷ En las ayudas americanas enviadas a Europa habría que contabilizar también los fondos con los que se financió la administración de las zonas alemanas bajo control aliado (1945-1948), las ayudas a los Aliados durante el conflicto (1942-1945) y un crédito especial concedido al Reino Unido en 1946. CENTRAL OFFICE OF INFORMATION, *Western Cooperation. A reference handbook*, Londres, Central Office of Information, 1956.
- ⁸ DELONG, Bradford y EICHENGREEN, Barry Eichengreen, «The Marshall Plan: History's Most Successful Structural Adjustment Programme,» en DORNBUSCH, Rüdiger; NÖLLING, Wilhelm y LAYARD, Richard (eds.), *Postwar Economic Reconstruction and Lessons for the East Today*, Cambridge, MA, MIT Press, 1993, pp. 189-230.
- ⁹ BOSSUAT, Gérard, *L'Europe occidentale à l'heure américaine. Le Plan Marshall et l'unité européenne, 1945-1952*, Bruselas, Complexe, 1992.
- ¹⁰ DJELIC, Marie-Laure, *Exporting the American Model. The Postwar Transformation of European Business*, Oxford, Oxford University Press, 1998; SCHRÖTER, Harm, ob. cit., p. 50; MCGLADE, Jacqueline, «The US Technical Assistance Program: From Revolutionary Vision to Production Drive», en BARJOT, Dominique (ed.), *Catching up with America. Productivity Missions and the Diffusion of American Economic and Technological Influence after the Second World War*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002, pp. 78-79.
- ¹¹ CROUZET, François, «Conclusions» en BARJOT, Dominique, *Catching up*, p. 427.
- ¹² ZUNZ, Olivier, *Why the American Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, capítulo 4.
- ¹³ Esta agencia terminó englobando a todos los aliados de Europa occidental cuando se disolvió en 1961, al pasar sus actividades a ser por la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE).
- ¹⁴ DJELIC, Marie-Laurie, p. 207; CROUZET, François, ob. cit, p. 432.
- ¹⁵ DJELIC, Marie-Laurie, pp. 207-208.
- ¹⁶ SCHRÖTER, Harm, ob. cit., p. 51.
- ¹⁷ BOEL, Bent, «The European Productivity Agency. A faithful prophet of the American model», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove (eds.), *The Americanisation of European Business: The Marshall Plan and the Transfer of US Management Models*, London, Routledge, 1998, p. 50; BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press, 2003, p. 289.
- ¹⁸ MCGLADE, Jacqueline, «The US Technical», en BARJOT Dominique, *Catching up*, p. 79.
- ¹⁹ GEMELLI, Giuliana (ed.), *The Ford Foundation and Europe (1950s-1970s). Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management*, Bruselas, European Interuniversity Press, 1998.
- ²⁰ BOEL, Bent, *The European Productivity Agency and Transatlantic Relations, 1953-61*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press, 2003, capítulo 7.
- ²¹ SCHRÖTER, Harm, ob. cit., p. 51.
- ²² DJELIC, Marie-Laurie, ob. cit.
- ²³ ZEITLIN, Jonathan y HERRIGEL, Gary (eds.), *Americanization and its limits. Reworking US technology and management in post-war Europe and Japan*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- ²⁴ BOEL, Bent, *The European Productivity*.
- ²⁵ SEGRETO, Luciano, «Sceptics and ungrateful friends vs. Dreaming social engineers: The Italian business community, the Italian government, the United States and the Comitato Nazionale per la Produttività», en GOURVISH, Terry y TIRATSOO, Nick (eds.), *Missionaries and Managers: American influences on European management education, 1945-1969*, Manchester, Manchester University Press, 1998, pp. 77-94; SEGRETO, Luciano, «The impact of the US Productivity Philosophy in Italy after the Second World War»,

- en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 135-147; GEMELLI, Giuliana, *ob. cit.*; RANIERI, Ruggero, «The Wide Strip Mill in Western Europe: Transferring American Technology», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 251-264.
- ²⁶ BOEL, Bent, *The European Productivity*.
- ²⁷ MOEN, Eli, «The American Productivity Gospel in Norway: A Matter of Politics», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 99-112; SCHRÖTER, Harm, *ob. cit.*, pp. 52-53.
- ²⁸ BARJOT, Dominique, «Catching up with America: The story of productivity missions in the French public works industry after the Second World War», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 359-383; TOUCHELAY, Beatrice, «L'Etat, l'INSEE, le CNPF et l'américanisation entre 1945 et 1961», en BARJOT, Dominique, y RÉVEILLARD, Christophe (eds.), *L'américanisation de l'Europe occidentale au XX siècle*, Paris, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, 2002, pp. 227-251.
- ²⁹ RANIERI, Ruggero, «Learning from America: The remodeling of Italy's public sector steel industry in the 1950s and 1960s», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove, *ob. cit.*, pp. 208-227; RANIERI, Ruggero, «The Wide Strip Mill»; CAILLUET, Ludovic, «Selective adaptation of American management models: The long-term relationship of Pechiney with the United States», en KIPPING, Matthias y BJARNAR, Ove, *ob. cit.*, pp. 190-207; FELDENKIRCHEN, Wilfried, «Productivity Missions and the German Electrical Industry», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 285-300; LANTHIER, Pierre, «France and US Know-How: The Case of Electrical Engineering, 1945-60», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 301-313; LEROUX-CALAS, Muriel, «The Influence of the Productivity Missions on R&D in France: The Case of AFC-Pechiney», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 395-404; BARJOT, Dominique, «Catching up», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 359-383.
- ³⁰ RANIERI, Ruggero, «The Wide Strip», en BARJOT, Dominique, *Catching up*, pp. 251-264.
- ³¹ ZEITLING, Jonathan y HERRIGEL, Gary, *ob. cit.*
- ³² MCGLADE, Jacqueline, *ob. cit.*; MCGLADE, Jacqueline, «Americanization: Ideology or Process? The Case of the United States Technical Assistance and Productivity Programme», en ZEITLING, Jonathan y HERRIGEL, Gary, *ob. cit.*, pp. 53-75.
- ³³ PORTERO, Florentino, *Franco aislado, la cuestión española (1945-1950)*, Madrid, Aguilar, 1989. Sobre las relaciones económicas franquistas con las potencias del Eje durante el conflicto, CATALAN, Jordi, *La economía española y la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995; VIÑAS, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza, 2001.
- ³⁴ VIÑAS, Ángel, «La primera ayuda económica norteamericana a España», en MINISTERIO DE COMERCIO, *Lecturas de economía española e internacional, Homenaje al 50 aniversario del cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado*, Madrid, Ministerio de Comercio, 1981, pp. 49-90.
- ³⁵ Estudios recientes y exhaustivos al respecto son los de VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003; y POWELL, Charles, *El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2011.
- ³⁶ GIL PELÁEZ, José, «Los EE.UU. en el movimiento español de la productividad», *Información Comercial Española*, 409 (1967), pp. 145-148; BUESA, Mikel y MOLERO, José, «Cambio técnico y procesos de trabajo: una aproximación al papel del Estado en la introducción de los métodos de la organización científica del trabajo en la economía española durante los años cincuenta», *Revista de Trabajo*, 67-68 (1982), pp. 249-268.
- ³⁷ ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos y la modernización de la economía española. El régimen y los empresarios españoles ante la Ayuda Técnica: la Comisión Nacional de Productividad Industrial, 1945-1964*, Trabajo de investigación presentado en la Universidad Complutense de Madrid, 2001, p. 42.
- ³⁸ Archivo General de la Administración (AGA), Actas de la CNPI, Cajas 9488-9490.
- ³⁹ Su trayectoria puede consultarse en GUILLÉN, Mauro, *Guía bibliográfica sobre organización de la empresa española hasta 1975*, Documento de Trabajo 9502, Programa de Historia Económica, Madrid, Fundación Empresa Pública, 1995.
- ⁴⁰ La consultoría, de crecimiento exponencial en los sesenta, era poco conocida una década antes. KIPPING, Matthias y PUIG, Núria, «Entre influencias internacionales y tradiciones nacionales: las consultoras de empresa en la España del siglo XX», *Cuadernos de Economía y Dirección de Empresas*, 17 (2003), pp. 45-66; KIPPING, Matthias y PUIG, Núria, «De la teoría a la práctica: las consultoras y la organización de empresas en perspectiva histórica», en ERRO, Carmen (ed.), *Historia empresarial. Pasado, presente y retos del futuro*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 101-131.
- ⁴¹ ÁLVARO MOYA, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 58-59 y 47-55; MIRANDA, José Antonio, «La Comisión Nacional de Productividad Industrial y la «Americanización» de la industria del calzado en España», *Revista de Historia Económica*, 22/3 (2004), pp. 642-646.
- ⁴² PUIG, Núria, «Educating Spanish Managers: the United States, Modernizing Networks, and Business Schools in Spain, 1950-1975», en AMDAM, Rolv Peter; KVALSHAU-GEN, R. y LARSEN, E. (eds.), *Inside the Business Schools: The Content of European Management Education*, Oslo, Abstrakt Press, 2003, pp. 58-86.
- ⁴³ Información recopilada a partir del Boletín y la Revista *Productividad* (1952-1964). Relación exhaustiva en ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 58-59.
- ⁴⁴ *Productividad*, 45 (febrero), 1957.
- ⁴⁵ ÁLVARO, Adoración, *Estados Unidos*, pp. 78-81.
- ⁴⁶ DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural y científica en clave política: Crear un clima de opinión favorable para las bases U.S.A. en España», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, M^a. Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 211-214.
- ⁴⁷ FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA, Gabriel, «España-USA, 1953-1964», *Economía Financiera*, 6 (1964).
- ⁴⁸ KUISEL, Richard, *Seducing the French: The Dilemma of Americanization*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1996, p. 80; MOEN, Eli, *ob. cit.*, p. 101.
- ⁴⁹ DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural»; DELGADO, Lorenzo, *Viento de Poniente: el Programa Fulbright en España*, Madrid, LID, 2009.

- ⁵⁰ CLAVERA, Joan et al., *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1978; FANJUL, Enrique, «El papel de la ayuda americana en la economía española, 1951-1957», en *Información Comercial Española*, 577 (1981), pp. 159-165; GARCÍA DELGADO, José Luis, «Crecimiento industrial y cambio en la política española en el decenio de 1950. Guía para un análisis», *Hacienda Pública Española*, 100 (1986), pp. 287-296. Fernando Guirao minimiza este hecho, pues, a su juicio, la clave estuvo en los intercambios comerciales con Europa, que habrían constituido la puerta de acceso a los motores de crecimiento de las economías más desarrolladas. GUIRAO, Fernando, *Spain and the Reconstruction of Western Europe, 1945-57. Challenge and Response*, Oxford, Macmillan in Association with St. Antony's College, 1998.
- ⁵¹ CALVO, Óscar, «Neither a Carrot nor a Stick: American Foreign Aid and Economic Policymaking in Spain During the 1950s», *Diplomatic History*, 30/3 (2006), pp. 409-438.
- ⁵² National Archives and Records Administration (NARA), *Records of the US Foreign Assistance Agencies, Entry 387*, Caja 31. Juan Muñoz et al. también mencionan las tensiones al respecto que se fueron generando entre el capital financiero nacional en los años cincuenta y que desembocarían en el Plan de Estabilización. MUÑOZ, Juan, ROLDÁN, Santiago, y SERRANO, Ángel, *La internacionalización del capital en España, 1959-1977*, Madrid, Edicusa, 1978, pp. 21-26.
- ⁵³ FERNÁNDEZ DE VALDERRAMA, Gabriel, ob. cit.; VIÑAS, Ángel, *En las garras*; VIÑAS, Ángel, «La primera ayuda económica norteamericana a España», en MINISTERIO DE COMERCIO, *Lecturas de economía española e internacional, Homenaje al 50 aniversario del cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado*, Madrid, Ministerio de Comercio, 1981, pp. 49-90; GÓMEZ MENDOZA, Antonio (ed.), *De mitos y milagros. El Instituto Nacional de Autarquía (1941-1963)*, Barcelona, Fundación Duques de Soria y Edicions Universitat de Barcelona, 2000, capítulos 1 y 7.
- ⁵⁴ FERNÁNDEZ PRIETO, Lorenzo, *El apagón tecnológico del franquismo*, Barcelona, Tirant lo Blanch, 2007, pp. 323-324 y 334-344.
- ⁵⁵ CALVO, Óscar, «¡Bienvenido, Mister Marshall! La Ayuda Económica americana y la economía española en la década de 1950». *Revista de Historia Económica*, 19, n.º extraordinario (2001).
- ⁵⁶ PUIG, Núria, ob. cit.
- ⁵⁷ PUIG, Núria, y ÁLVARO, Adoración, «La Guerra Fría y los empresarios españoles: La articulación de los intereses económicos de Estados Unidos en España, 1950-1975», *Revista de Historia Económica*, 22/2 (2004), p. 409.
- ⁵⁸ GARCÍA RUIZ, José Luis, «Estados Unidos y la transformación general de las empresas españolas», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), pp. 131-153.
- ⁵⁹ MORENO LÁZARO, Javier, «La dulce transformación. La fabricación española de galletas en la segunda mitad del siglo XX», *Revista de Historia Industrial*, 19-20 (2001), p. 211; FERNÁNDEZ PÉREZ, Paloma, *Un siglo y medio de trefilería en España. Historia de Moreda (1879-2004) y Rivière (1854-2004)*, Barcelona, MRT Moreda-Rivière Trefilerías SA, 2004; MIRANDA, José Antonio, ob. cit.
- ⁶⁰ VIRÓS I PUJOLÀ, Lluís, *La difusió de noves tècniques d'organització del treball en la indústria dels anys 60. El cas del districte industrial de Manresa*, trabajo de investigación de Máster del doctorado interuniversitario en historia e instituciones económicas (UB/UAB), Bellaterra, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2007.
- ⁶¹ GIL, José, ob. cit.; BUESA, Mikel y MOLERO, José, ob. cit.; 982; GUILLÉN, Mauro, *Models of Management. Work, Authority and Organization in a Comparative Perspective*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994, capítulo 4.
- ⁶² ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, ob. cit., capítulo 6.
- ⁶³ PUIG, Núria, y TORRES, Eugenio, *Banco Urquijo*, Madrid, Banco Urquijo, 2008, pp. 139-140.
- ⁶⁴ ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, capítulo 3.
- ⁶⁵ LEÓN AGUINAGA, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1950*, Madrid, CSIC, 2010, p. 141.
- ⁶⁶ WILSON, John Donal, *The Chase: The Chase Manhattan Bank, NA, 1945-1985*, Cambridge, Harvard University Press, 1986, p. 35.
- ⁶⁷ Así se desprende de la correspondencia depositada en el Archivo Suanzes (AS). Véanse AS R594, R599, R603, R664, R732, R752, R764, R765, R796, R840, R3044, R3047 y R3100. También, la carta enviada por Garrigues al IEME sobre los honorarios del Chase en la asistencia al crédito concedido por la ECA. Archivo Histórico del Banco de España (AHBE), Fondo del Departamento Extranjero/IEME, Secretaría, Caja 35, Expediente 1.
- ⁶⁸ ÁLVARO, Adoración, *Inversión directa extranjera*, capítulo 3; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración, ob. cit.; PUIG, Núria y ÁLVARO, Adoración, «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles, 1950-1975», *Historia del Presente*, 1 (2002), pp. 8-29; DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural».

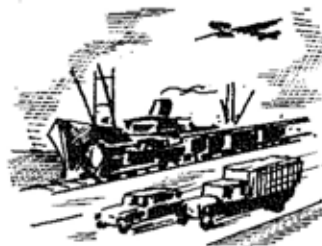
ESQUEMA DE COOPERACIÓN

PROGRAMA DE CÁRITAS.—Cada año, más de cuatro millones de españoles de las clases más modestas reciben ayuda con arreglo al programa de Cáritas. Las donaciones de productos agrícolas con cargo a los Títulos II y III de la Ley Pública 480 han alcanzado ahora un total de 136 millones de dólares. Se han suministrado más de 135 millones de kgs. de leche en polvo, 56 millones de kgs. de queso, 10 millones de kgs. de mantequilla y 15 millones de kgs. de judías. Con arreglo a este programa los Estados Unidos hacen donación de productos agrícolas que se distribuyen en España a familias necesitadas por las organizaciones *American National Catholic Welfare Conference* y Cáritas española.



INDUSTRIA DEL ACERO.—Se puede decir que, en muchos aspectos, las modernas comunidades están construidas con acero. Los edificios, las fábricas, la maquinaria y el material de transportes no pueden ser hechos sin acero. Con arreglo a los programas de cooperación se han construido nuevos altos hornos y laminadoras. Más de 30 millones de dólares de fondos de cooperación económica han sido dedicados a equipo esencial de la industria del acero. Para aumentar la producción de acero ha sido también necesario importar chatarra y coque, y los fondos de cooperación económica han facilitado 60 millones de dólares para financiar las importaciones de estas dos materias primas esenciales.

INDUSTRIA TEXTIL.—Casi la mitad del algodón que ha sido utilizado por la industria textil española en los últimos años, aproximadamente 1.300.000 balas, por un valor de 215 millones de dólares, ha sido suministrado con arreglo a los programas de cooperación. Estos programas han facilitado tipos de algodón que España no produce y han ayudado a cubrir las diferencias entre la producción algodonera española y el consumo. Este año se está suministrando nuevo equipo industrial textil para ayudar a modernizar esta importante industria. Con arreglo a los programas de cooperación técnica, varios consultores asesorarán a la industria española sobre técnicas modernas.



TRANSPORTES.—Unos 24 millones de dólares y unos 2.313 millones de pesetas, procedentes de los fondos de cooperación se han dedicado a la mejora de carreteras y caminos españoles. Nuevas locomotoras y vagones de pasajeros y mercancías han sido suministrados a la RENFE, habiéndose construido igualmente los oportunos talleres para la reparación y mantenimiento de este material... Nuevos firmes y modernos puentes han contribuido a la mejora de la red de carreteras.

También la Aviación Civil ha sido objeto de atención: 400 millones de pesetas de los fondos citados se han empleado en mejoras de aeropuertos y sistemas de control.

WALKING ON EGGS. LA DIPLOMACIA PÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA PROTESTA ESTUDIANTIL EN ESPAÑA, 1963-1969¹

Óscar J. Martín García
CSIC

Introducción

Las páginas siguientes analizan la diplomacia pública desplegada por el gobierno Johnson con el fin de proyectar una imagen positiva de los Estados Unidos entre los estudiantes universitarios españoles. Entendemos por *public diplomacy* el conjunto de actividades –campañas de relaciones públicas, iniciativas culturales, intercambios educativos, formación del capital humano, información radiofónica, etc.– promovidas por un determinado actor estatal para comunicarse y conseguir el apoyo de la opinión pública de otros países. Por tanto, el presente trabajo se encuentra entre aquéllos que estudian el despliegue del *poder blando* por parte de los Estados –mediante la difusión internacional de su cultura, su organización sociopolítica e instituciones o los fundamentos de su acción exterior– para conseguir una influencia política internacional cimentada sobre la empatía ideológica y la atracción cultural más que en el poderío económico o militar.²

La diplomacia norteamericana comenzó a prestar atención a los estudiantes en España cuando las algaradas universitarias producidas en 1956 desencadenaron el primer estado de excepción bajo la dictadura. En los años siguientes, el papel estudiantil en los levantamientos contra los regímenes autoritarios de Corea del Sur y Turquía incrementó el interés estadounidense por los jóvenes españoles. La emergencia entre éstos, según constataron fuentes diplomá-

ticas en 1959, de signos de disidencia frente al franquismo, mezclados con un incipiente anti-americanismo, representó uno de los factores que alentaron la reflexión en Washington sobre la postura norteamericana ante el futuro político de España. El resultado fue la aprobación por parte del *National Security Council* (NSC) en octubre de 1960 de la revisión de política española de la administración republicana de Dwight D. Eisenhower (1953-61).³ Las orientaciones de esta directiva pivotaron sobre dos coordenadas que marcaron la línea de actuación seguida durante el resto de la década por los gobiernos demócratas de John F. Kennedy (1961-63) y de Lyndon B. Johnson (1963-69). Por una parte, se decidió mantener unas buenas relaciones con el régimen franquista que asegurasen la estabilidad política del país y el acceso fluido a las bases militares en España. Por otra, se dispuso preparar con cautela el terreno para un eventual cambio político hacia un gobierno más representativo y favorable a las prioridades estratégicas de los Estados Unidos.⁴

La combinación de ambos objetivos supuso una tarea muy complicada para el servicio exterior norteamericano. A juicio del embajador Angier B. Duke, dicha maniobra diplomática era tan difícil como *andar entre huevos sin romperlos* porque requería mantener «contactos con la oposición pero sin molestar al gobierno en el poder». El ejecutivo americano pretendió solventar este dilema mediante una actuación con «pies de plomo» que consiguiese un «delicado

equilibrio» entre el mantenimiento de los privilegios militares y la preparación de una futura transición moderada, pacífica y coincidente con sus intereses. Desde Washington se encomendó a la sección en España del *United States Information Service* (USIS) un papel de primer orden en esta peliaguda estrategia. La labor de dicho organismo fue la de dirigir la política informativa y cultural de los Estados Unidos para, sin colisionar con el Régimen, influir sobre los opositores no comunistas de la dictadura.⁵

El USIS planificó sus actividades a través de *country plans* anuales encargados de adaptar las directrices propagandísticas de Washington a las metas específicas de la superpotencia en España. El *Country Plan* de 1961 incluyó a los estudiantes entre los *target groups* de la diplomacia pública americana por considerar «esencial que los jóvenes y líderes de los próximos cinco o diez años mirasen hacia Estados Unidos como una guía de conducta».⁶ La habitual inclusión durante el resto de la década de los estudiantes entre los blancos prioritarios de la actividad cultural estadounidense obedeció a varias razones relacionadas con la evolución demográfica y política de la España del momento. El movimiento universitario eclosionó en un contexto de despegue económico que propició el avance en la institucionalización del franquismo. Pero las contradicciones e insuficiencias fruto del desordenado desarrollismo encontraron una de sus principales manifestaciones en la masificación de la enseñanza superior.⁷ La expansión cuantitativa y la diversificación social del cuerpo escolar, unida a las carencias estructurales y a la ausencia de libertades, alimentaron un enconado conflicto en los *campus* del país. Desde aproximadamente 1962, hasta el estado de excepción de 1969, los recintos universitarios experimentaron continuos desórdenes que consiguieron derribar al Sindicato Español Universitario (SEU), crear sindicatos democráticos y contribuir «sustantivamente al desgaste y deterioro del Régimen».⁸

El crecimiento de los disturbios universitarios fue paralelo al avance de un Partido Comu-

nista de España (PCE) que, mediada la década de los sesenta, se había convertido en la fuerza de oposición más disciplinada, numerosa y respetada en los ambientes estudiantiles del país. A ojos de la legación estadounidense tan preocupante como la presencia de los comunistas en las facultades fue el aumento del antiamericanismo en las aulas. Conforme ascendió la agitación en las universidades se incrementaron los ataques, por parte de grupos estudiantiles cada vez más influidos por los movimientos anticoloniales y las teorías tercermundistas, contra el gobierno americano a causa de su apoyo a Franco, su intervención en América Latina (Cuba, República Dominicana, etc.) y la guerra de Vietnam.⁹ La espiral de protestas y manifestaciones antiamericanas en los *campus* españoles preocupó a la Embajada pues esa erosión de la imagen de Estados Unidos en el colectivo estudiantil podía enajenarle las simpatías de «los líderes del mañana». Por todos estos motivos, parece relevante analizar las iniciativas promovidas por los representantes de aquel país en el terreno de las ideas y de las palabras con la finalidad de modular las ansias de cambio de aquellos grupos sociales, como los estudiantes, entre los que podían «presentarse dificultades significativas que perturbaran una transición pacífica durante el posfranquismo».¹⁰

La conveniencia de reaccionar ante la situación española se enmarcó, a su vez, en un contexto más amplio de pérdida de capital simbólico por parte del país americano. En 1962 varios estudios elaborados por la *United States Information Agency* (USIA), la agencia encargada de conducir la propaganda estadounidense en el exterior, revelaron el desplome de la imagen exterior americana durante el primer año de Kennedy en el Despacho Oval. Una tendencia desfavorable que se hizo más pronunciada bajo la presidencia de Johnson. La causa fue el serio quebranto del prestigio americano ocasionado por la guerra de Vietnam y los disturbios raciales en los Estados Unidos. Esta creciente impopularidad del *amigo americano* estuvo jaleada por la ascendencia política de

una nueva «generación rebelde», auténtica caja de resonancia de las tensiones en el convulso escenario global y del enfriamiento en las relaciones trasatlánticas.¹¹ Al calor de la bonanza económica, la expansión de la sociedad de consumo, el desarrollo de los medios de comunicación y la extensión de los sistemas educativos y sanitarios, emergió en los años sesenta un intenso ciclo transnacional de revueltas estudiantiles que llegó a amenazar, según el propio Departamento de Estado, la presencia militar americana en diversos territorios, los intereses comerciales estadounidenses, el orden interno de algunos países aliados de la superpotencia y el sistema económico de libre empresa.¹²

El Youth Program en España y la apuesta por la Exchange Diplomacy

Para responder a tales desafíos, la administración Kennedy activó diferentes canales culturales e informativos, de intercambio de personas y de irradiación propagandística, con el propósito de ganar las mentes y los corazones de los jóvenes hostiles a América. Ya desde la segunda mitad de los cincuenta, con Eisenhower en el gobierno, los universitarios habían ocupado un lugar preferente en la programación de la USIA. Pero el principal paso para contrarrestar la desafección estudiantil se produjo en 1962 con la creación del *Inter-Agency Committee on Youth Affairs*. Este grupo de trabajo puso en funcionamiento –en colaboración con la USIA, la CIA y otros departamentos y agencias gubernamentales– el programa *Emphasis on Youth*, encargado de transmitir a los jóvenes del mundo un mayor conocimiento de las instituciones y de los valores americanos con el fin de conseguir su apoyo y comprensión.

El Departamento de Estado confirió a esta operación un nivel prioritario y pidió el máximo celo en su aplicación. Desde Washington se enviaron en 1963 instrucciones a más de un centenar de embajadas para que establecieran secciones dedicadas a mejorar la imagen

americana entre los jóvenes. Ese mismo año la Embajada en Madrid constituyó su propio *Youth Committee*, que tuvo como presidente al *Deputy Counselor* de la Misión, y como secretario ejecutivo al *Students Affairs Officer*. Este grupo estuvo formado por once oficiales en Madrid y un *youth officer* destacado en cada consulado. En su composición se encontraron representadas todas las secciones de la Embajada, el servicio de agregadurías, las fuerzas armadas desplegadas en España y el USIS a través del *Cultural Affairs Officer*. El *Youth Committee* puso en marcha en 1964, ya bajo mandato de Johnson, un *Youth Program* consagrado a «identificar a los Estados Unidos con las aspiraciones constructivas del importante sector juvenil», al tiempo que a convencer a los «jóvenes líderes de hoy y potenciales líderes de mañana» que los objetivos de su política exterior resultaban «compatibles con las aspiraciones del pueblo español».¹³

Durante los años siguientes la maquinaria de la persuasión estadounidense trató de incidir sobre aquellas percepciones y actitudes de los estudiantes españoles susceptibles de interferir en las preferencias americanas en favor de una España estable, anticomunista e integrada en las estructuras defensivas y económicas del mundo occidental. Para conquistar el respaldo universitario el USIS intentó hacer ver a los líderes estudiantiles:

1. Que el acceso norteamericano a las bases militares era de vital importancia para la defensa del «mundo libre» y la seguridad de España,
2. Que los Estados Unidos representaban la principal potencia mundial, un líder fuerte y responsable, estandarte de la paz y del progreso humano,
3. Que una Comunidad Atlántica fuerte y cohesionada era el mejor dique de contención contra el comunismo.
4. Que cualquier expectativa de un futuro esperanzador para España debería combinar un mayor pluralismo social y polí-

tico con la economía de libre mercado, como demostraba el progreso alcanzado por América en todos los órdenes de la vida.

El *Youth Program* en España concentró su trabajo en cuatro ámbitos: la promoción de intercambios educativos dirigidos a líderes estudiantiles, la organización de conferencias en colegios mayores y universidades, la programación de actividades culturales que incluyesen exposiciones, proyecciones, actuaciones musicales, representaciones teatrales, etcétera, y, finalmente, el impulso de la enseñanza del inglés y de los *American Studies* en las universidades españolas.¹⁴ En adición, otras operaciones regulares del USIS en España, como la distribución de libros o las emisiones radiofónicas, también recibieron «una orientación hacia la juventud» para acercar la imagen del país americano a las ambiciones de libertad de los estudiantes españoles.¹⁵

En la práctica la aplicación del *Youth Program* en España se vio lastrada por una serie de factores estratégicos que implicaron dificultades económicas y políticas. Por una parte, los años sesenta contemplaron una considerable disminución en la intensidad propagandística de los EE UU en Europa occidental y, consecuentemente, en España. La irrupción de movimientos revolucionarios y anticolonialistas en Asia, Latinoamérica y África hizo que el foco de la Guerra Fría se desplazase de Europa a otras partes geográficas. El máximo exponente de este cambio fue Vietnam. Pero antes, desde finales de los años cincuenta, los recortes efectuados por el Congreso sobre las dotaciones de la USIA provocaron la reducción de los programas propagandísticos en el viejo continente y la progresiva concentración de los menguantes recursos en el frente ideológico del Tercer Mundo. Esta tendencia no tardó en dejarse sentir en España, donde en 1962 el USIS previno de que el cierre de bibliotecas y la disminución de personal iba a suponer «que no fuesen aprovechadas muchas oportunidades excelentes» para avanzar en el trabajo informativo.¹⁶

Por otra parte, uno de los principales cometidos del *Youth Program* consistió en identificar, contactar y cultivar a «aquellos estudiantes brillantes con una orientación básicamente democrática y con excepcionales cualidades de liderazgo». Empero, esa política de relaciones públicas tropezó con un obstáculo mayor: la prelación de mantener la operatividad de las bases militares norteamericanas en España y, en consecuencia, la necesidad de entenderse con la dictadura y no incomodar a sus dirigentes. De igual forma, los requerimientos de la Guerra Fría obturaron los cauces de intermediación entre los representantes americanos y los grupos izquierdistas, precisamente en un periodo en el que creció con rapidez el «apoyo a los líderes comunistas entre el cuerpo estudiantil». Ambas limitaciones impusieron un estrecho margen de maniobra a los oficiales estadounidenses, quienes sólo pudieron acercarse de forma cautelosa y vacilante a grupos minoritarios de estudiantes aperturistas, liberales, democristianos y socialdemócratas. Además, sucesos como el accidente de Palomares en 1966 hicieron que sectores escolares moderados expresasen su «desconfianza sobre la buena fe» de la política de defensa de los Estados Unidos, o incluso rechazasen «dialogar con estudiantes, profesores y representantes de cualquier organización americana» cuando en 1967 se destapó la política de infiltración de la CIA en el movimiento estudiantil europeo.¹⁷

Durante los años cincuenta el ejecutivo norteamericano había apostado por el frente informativo como mecanismo preferente de sus campañas propagandísticas en Europa. En la década siguiente se puso el acento en la acción cultural. Entonces se dio prioridad a los intercambios educativos como vía para favorecer la comunicación internacional y al entendimiento mutuo entre sociedades. La apuesta americana por los intercambios tuvo que ver con las nuevas condiciones políticas, sociales y culturales de los aliados europeos, que hicieron innecesaria, e incluso contraproducente, una actuación

psicológica tan directa como la desarrollada en el decenio anterior. En teoría, el impulso conferido a estos programas en los años sesenta aspiraba a fomentar el intercambio recíproco y neutral de conocimientos y experiencias entre ambos lados del Atlántico. En la práctica, la *Exchange Diplomacy* también tuvo una finalidad política, pues fue diseñada para crear a largo plazo entornos exteriores favorables a los intereses americanos, mediante el establecimiento y cultivo de redes de líderes en el extranjero. Los objetivos de la política exterior estadounidense imprimieron una mayor intensidad a la corriente de desplazamientos hacia Estados Unidos que desde este país hacia otros lugares, aunque esta tendencia también fue fruto de la mayor demanda formativa existente en ese sentido. Para llegar a los jóvenes se tomaron diversas iniciativas encaminadas a que estudiantes de universidades americanas en España actuasen como embajadores no oficiales del *American way of life*. A partir de 1963 el USIS seleccionó y asesoró a unos pocos estudiantes norteamericanos para participar en campamentos de verano del SEU basándose en su conocimiento del idioma y en su capacidad de argumentación y defensa de las políticas de gobierno estadounidense. El cometido de dichos estudiantes fue transmitir el mensaje americano a los universitarios españoles. Pero esta experiencia fue suspendida en 1966 debido al generalizado desprestigio de las actividades de un SEU agonizante entre el cuerpo estudiantil y a la falta de recursos del USIS en España.¹⁸

Mejores resultados se cosecharon en las visitas y estancias formativas de estudiantes extranjeros en Estados Unidos, financiadas por Washington para fortalecer los vínculos con los aliados políticos de América. En este sentido, los intercambios buscaron familiarizar a los jóvenes de las clases dirigentes con los valores americanos como parte de su educación política. La «alta prioridad» conferida en el caso español a las figuras emergentes del Opus Dei fue un buen ejemplo de la apuesta por aquellas opciones de bajo riesgo político, localizadas en los círculos de influencia pro-americanos.¹⁹

La ilustración positiva de la vida al otro lado del Atlántico contó con el concurso de estudiantes, profesores, decanos y periodistas españoles que habían llevado a cabo estancias en aquel país financiadas por el Departamento de Estado. Además de escribir algún artículo en la prensa, ofrecieron charlas para públicos universitarios acerca de sus gratificantes vivencias *made in USA*. Este tipo de colaboraciones también permitió a la Embajada establecer lazos con directores de colegios mayores, dirigentes del SEU, estudiantes democristianos, grupos europeístas, círculos orteguianos en torno a la *Revista de Occidente* y profesores e intelectuales liberales y anticomunistas, como Julián Marías, José Luis Sampedro, José Ortega Spottorno, Xavier Zubiri, Pedro Laín Entralgo o José Luis López-Aranguren, etcétera.²⁰ Dichos contactos posibilitaron que los argumentos estadounidenses fuesen expuestos en foros universitarios y cívicos como el Seminario Americanista de la Universidad de Madrid, el Instituto de Estudios de Asuntos Europeos o la Asociación Española de Cooperación Europea.

A pesar de los recortes que sufrieron a partir de 1966, los ciclos de conferencias representaron una de las pocas actividades del *Youth Program* en España que disfrutaron de cierta continuidad. Sin embargo, su clara vinculación con el frente informativo del gobierno de los Estados Unidos los puso en el punto de mira de los estudiantes más críticos con la política exterior de Washington. Cuando se produjeron las filtraciones sobre las operaciones de la CIA en el mundo cultural e intelectual europeo y se revelaron sus conexiones con algunas iniciativas del movimiento juvenil internacional, las conferencias y otras actividades similares del USIS tropezaron con «resistencias y pérdida de efectividad» entre los estudiantes. En ocasiones, las intervenciones de los representantes americanos fueron recibidas con silbidos, pataleos e imprecaciones. Para contrarrestar tales manifestaciones de rechazo, el USIS trató de camuflar la etiqueta oficial de algunos de sus productos informativos con el ánimo

de soslayar la desconfianza que la impronta de Washington despertó en ciertos sectores universitarios e intelectuales.²¹

Fue práctica habitual de la Embajada introducir contenidos de forma reservada en canales informativos españoles para aumentar la credibilidad y capacidad persuasiva del mensaje americano. Aquella dispuso de «excelentes contactos» con editores y periodistas españoles, algunos de ellos antiguos *leader grantees* o participantes en visitas a los EE UU sufragadas por el gobierno americano. Circunstancia que facilitó la difusión del punto de vista estadounidense de manera velada en rotativos como *La Vanguardia*, *Nuevo Diario*, *Madrid*, etcétera. Aun así, en 1965 la Embajada se quejó a las autoridades españolas porque el tratamiento dado por los periódicos del país a la guerra de Vietnam en nada ayudaba a contener el antiamericanismo en las universidades. Cuando el *Public Affairs Officer* trasladó al ministro de Información español «su consternación por el tono» de la prensa en este asunto, unas cuantas gestiones bastaron para que la crítica directa fuese rápidamente sustituida por el silencio cómplice.²²

Esas actuaciones tuvieron un efecto limitado, ya que los estudiantes más críticos con la dictadura no eran asiduos lectores de una prensa ahormada por la censura franquista. El férreo control gubernamental sobre la información deslegitimó a ojos de una cantidad creciente de estudiantes las noticias de la prensa tolerada. Por esta razón, para que sus contenidos alcanzasen al menos a estudiantes pro-americanos, el USIS prestó materiales informativos a revistas estudiantiles del entorno del Opus Dei, como *Gaceta Universitaria* o *Diagonal*, cuya dirección trasladó a los diplomáticos americanos su voluntad de identificar la «publicación y su posición con los Estados Unidos y recibir algún tipo de apoyo americano, bien económico o moral». En otros casos de publicaciones muy críticas con la superpotencia, como *Cisne* (perteneciente al SEU vallisoletano), el *Student Affairs Officer* mantuvo conversaciones con los editores para «procurar

facilitarles una imagen» del país americano «más justa y objetiva». Pero estos esfuerzos posiblemente sólo fueron efectivos ante una minoría de estudiantes, dado el crecimiento durante este periodo de una militancia estudiantil altamente refractaria con los organismos oficiales o sus correas de transmisión como el Opus Dei.²³

En el transcurso de los años sesenta el servicio exterior estadounidense detectó un aumento en la audiencia de la propaganda comunista a través de las ondas. Este hecho abrió desde 1962 un debate en el USIS sobre la posibilidad de reanudar las emisiones en castellano a España de la *Voice of America* (VOA), canceladas en 1955. En opinión de algunos diplomáticos estadounidenses, la transmisión de contenidos atractivos para los estudiantes posiblemente colisionaría con la censura e irritaría al Régimen. Además, la identificación de la VOA como portavoz de la postura oficial de Washington levantaría el rechazo de los numerosos estudiantes de izquierdas. Finalmente, se decidió no restablecer esas emisiones e impulsar la colaboración ya existente desde los años cuarenta con *Unión Radio* y con *Radio Nacional de España*. Si bien desde mediados de los años sesenta algunos materiales de la VOA sobre la política exterior americana fueron introducidos en el *Diario Hablado* de esta segunda cadena.²⁴

En esta línea de utilizar intermediarios locales para llegar al público español, a partir de 1964 unas 70 emisoras retransmitieron programas radiofónicos de factura estadounidense dirigidos a estudiantes universitarios, intelectuales y profesionales. El objetivo de tales iniciativas fue el de promocionar entre estos grupos una mayor «receptividad a las ideas americanas y un conocimiento más amplio de los Estados Unidos». Cabe destacar —entre otros— programas como *Perfiles de América*, *Usted que estuvo allí* o *Charlas al Viento*. Este último pretendió estimular el interés de los «jóvenes y los profesores por sus homólogos americanos mediante discusiones amigables y la comparación de instituciones, costumbres, economía y cultura en general».²⁵

Aunque a mediados de la década hubiese aumentado el volumen de oyentes de las emisoras clandestinas, la Embajada consideró que el mantenimiento de Franco en el poder garantizaba la orientación anticomunista de España. Por esta razón, y por la debilidad de la oposición, la diplomacia estadounidense apenas se había molestado en contraatacar la propaganda comunista durante la década de los cincuenta.²⁶ No obstante, en 1965 la propia Misión reconoció que «numerosos sectores de las universidades españolas» se sentían «atraídos por la filosofía marxista». Una mala noticia porque los diplomáticos estadounidenses concibieron la ideología comunista como el arma más peligrosa del arsenal soviético, el «virus» que amenazaba con subvertir las sociedades occidentales desde dentro. En esta tesitura, el USIS buscó fomentar la acción doctrinal para evitar el contagio entre los estudiantes españoles de esta infección procedente ya no sólo de Europa oriental sino también de Cuba, China y otros rincones del planeta.²⁷

Los libros y las publicaciones periódicas con contenidos positivos acerca de la democracia liberal o la economía de mercado encarnaron la punta de lanza del combate contra el marxismo. Durante el tramo final de la década de los cincuenta, el *Informational Media Guarantee Program* facilitó un repunte en el número de libros comercializados en el mercado editorial español tras el visto bueno del gobierno estadounidense. Entonces tuvo lugar un notable aumento de los fondos bibliográficos estadounidenses disponibles en las universidades españolas.²⁸ En la década siguiente la reducción de las partidas presupuestarias afectó considerablemente a dicho programa. Si en 1960 la actuación del USIS facilitó la traducción de 42 obras, en los años sucesivos la cifra descendió drásticamente hasta suspenderse la actividad en 1965. En contrapartida, se pudo contar con una cantidad importante de libros procedentes del programa de traducción de América Latina. Sólo en 1965 el USIS en España recibió una media mensual

de un millar de ejemplares procedentes del programa latinoamericano, que posteriormente se repartieron entre bibliotecas universitarias, colegios mayores, instalaciones de la Organización Sindical, bibliotecas de la Juventud Obrera Católica y de la Hermandad Obreras de Acción Católica, etcétera.²⁹

Las publicaciones periódicas propias representaron otra herramienta ideológica en manos del USIS para divulgar el credo americano. Sin embargo, entre 1963 y 1969 apenas se realizaron avances en este campo. Durante dicho periodo la legación en Madrid insistió una y otra vez en la creación de una revista dirigida específicamente a los estudiantes universitarios. Pero la falta de medios descartó tal empresa. Una de las soluciones contempladas para rellenar este vacío fue la de perfilar ciertos contenidos de *Atlántico* con el fin de suscitar un mayor interés estudiantil por esta revista de alta cultura. La propuesta no cuajó, pues la revista desapareció en 1964 debido a los severos recortes presupuestarios y a su fracaso para calar entre las audiencias deseadas. Un año después apareció *Cátedra y Aula*, un proyecto fallido sin apenas trascendencia, editado durante poco más de un año. Entonces las únicas publicaciones americanas que abarcaron el espectro universitario fueron *IEN Seven Days*, editada por el centro binacional de Barcelona y el *Boletín Cultural Hispano-Norteamericano*, que comenzó a publicar su centro homólogo de Madrid en 1967. El insuficiente número de revistas propias dirigidas a un colectivo tan importante como los estudiantes aumentó el interés del USIS por hacer llegar *Problemas del Comunismo* (la versión española de *Problems of Communism* creada en 1952) a los «líderes estudiantiles que la respetan como una publicación académica seria». Aun así, hubo que esperar a los últimos meses de la presidencia de Johnson para asistir a la publicación de *Facetas* (equivalente de *Dialogue* para el mundo hispanohablante), la revista juvenil de producción estadounidense que disfrutó de una mayor difusión en las universidades españolas. A

la postre, la debilidad del frente de publicaciones estudiantiles propias fue claro exponente de la declinante intensidad del esfuerzo propagandístico norteamericano en la España de los años sesenta.³⁰

También fue paralizado por los reajustes económicos uno de los principales proyectos juveniles de la Embajada desde 1963: la creación en el *campus* madrileño de una residencia estudiantil que, además de alojar estudiantes, promoviese actividades educativas y culturales que orientasen a los escolares «hacia objetivos democráticos y moderados con una disposición favorable hacia los Estados Unidos».³¹ Pero esta ambiciosa aspiración quedó definitivamente archivada en 1966 por su elevado coste. En su lugar, el USIS organizó diversas Semanas o Ciclos Americanos en ciudades como Pamplona, Oviedo, Salamanca, Valladolid o Santiago. Estas jornadas estuvieron destinadas a acercar la vanguardia y madurez de la creación cultural americana a los estudiantes de provincias. De esta forma, la diplomacia pública estadounidense intentó refutar los prejuicios de algunos sectores estudiantiles que, a menudo influidos por la propaganda comunista, menospreciaron a la cultura americana por su carencia de valores espirituales.

Para reducir el antiamericanismo cultural dichas Semanas incluyeron varias actividades: conferencias, conciertos, cine, teatro o *radio shows*, como el protagonizado en mayo de 1964 por un grupo de música *folk* de la *New York University* en los estudios de RNE en Oviedo. Ciertamente, uno de los objetivos principales de estas iniciativas fue el de generar una publicidad favorable en los medios locales. Por eso, el USIS celebró que en marzo de 1964 la Semana de Teatro Americano en la Universidad de Valladolid hubiese sido «afectuosamente recibida» por la prensa pucelana. Incluso se hizo eco favorable del evento una revista universitaria que hasta entonces sólo se había preocupado por los Estados Unidos cuando tenía algo «extremadamente crítico que decir».³²

El mayor peso de los jóvenes dentro de la programación cultural para España alentó la creación de centros binacionales en Valencia (Centro de Estudios Norteamericanos-CEN, 1958), Barcelona (Instituto de Estudios Norteamericanos, IEN 1959) y Madrid (Instituto Hispano-Norteamericano de Cultura-IHNC, 1961). Su principal actividad hasta entonces había consistido en la enseñanza del inglés y en la promoción de diversas manifestaciones de la cultura estadounidense. En lo sucesivo, su programación cultural se hizo eco del mayor protagonismo que adquirieron los jóvenes para la diplomacia pública norteamericana. Conforme avanzó la década y crecieron los desórdenes en los *campus*, los institutos binacionales procuraron llenar el vacío artístico y cultural provocado por el cierre de facultades y por la continua presencia policial en las universidades. Los tres centros estadounidenses existentes en España acogieron eventos con una ascendente demanda entre el público juvenil, como exposiciones de arte, recitales poéticos, certámenes de música *folk* y de *jazz* y cine-clubs. En 1964 el CEN de Valencia y el IEN de Barcelona crearon sus propios grupos de teatro *amateur* y organizaron ciclos teatrales universitarios, como el que en la primavera del año siguiente contó con la actuación de las compañías de varias facultades del *campus* barcelonés.³³

El ascenso del descontento universitario incitó a ampliar el radio de acción de los intercambios hasta incluir a líderes estudiantiles con potencial político para el futuro. La incorporación de los universitarios a estos programas se vio potenciada tras el ingreso español en el Programa Fulbright en 1958.³⁴ Entre el año siguiente y 1965 unos 290 estudiantes españoles pasaron por centros americanos bajo los auspicios de este programa. Al finalizar la dictadura, la cifra de los beneficiarios españoles que ampliaron su formación en el país americano subió de los 1.000, a los que habría que agregar una cantidad algo inferior de estudiantes y profesores norteamericanos que se desplazaron a España.

Simultáneamente se emplearon otros mecanismos para estimular la corriente de intercambio estudiantil. Entre los cursos de 1963-64 y 1966-67 la Embajada propuso al Departamento de Estado que cubriese las estancias breves de unos 160 universitarios bajo el *Foreign Student Program*. El intercambio estudiantil también fue promocionado a través de otras iniciativas como el *Educational Travel Program*, enfocado a jóvenes graduados para que realizasen estudios especializados en EEUU, o el *International Visitors Program* –continuación del *Foreign Leaders Program*–, que en 1967 promovió el viaje a los EE UU de una quincena de líderes estudiantiles de Madrid y Valencia, entre los que se encontraba algún dirigente del Sindicato Democrático de Estudiantes en la capital del Turia.³⁵

Durante este periodo la Embajada introdujo una mayor apertura en los criterios de selección de los elegidos para disfrutar de la experiencia *made in USA*. Se pensó que un mayor contacto con la realidad norteamericana de líderes estudiantiles no comunistas evitaría que su rechazo al Régimen se tradujese en un futuro fortalecimiento de proyectos izquierdistas. A través de los intercambios, los responsables americanos buscaron cauces de interlocución discreta con aquellos jóvenes más brillantes, activos en los asuntos universitarios e interesados en encontrar soluciones para «una transición pacífica y estable a un eventual gobierno posterior a Franco». Junto al interés estrictamente formativo de las estancias, también se procuró que sirvieran para convencer a aquellos estudiantes de las «ventajas de los cambios evolutivos sobre los cambios traídos a través de la violencia». Washington pretendió que tras su retorno, movidos por sus vivencias al otro lado del Atlántico, actuaran como intermediarios locales del mensaje americano y como portavoces que difundiesen lo aprendido entre sus profesores, compañeros de clase y amigos.³⁶

No siempre la visita a los EE UU hizo desaparecer los recelos y prejuicios de los participantes menos atraídos por el ideal americano.

Aún así, la Embajada valoró favorablemente estos programas. A su juicio, incluso los estudiantes críticos adoptaron «una visión mucho más equilibrada y razonable» de la forma de vida estadounidense después de su estancia en tierras americanas. Por esta razón, la legación en Madrid consideró que los intercambios encarnaban «una de las actividades más efectivas y exitosas que tenemos en apoyo del *Youth Program*». Sin embargo, dichos intercambios no alcanzaron la incidencia deseada, debido en buena medida a los recortes financieros que sólo entre 1966 y 1967 detrajeron en torno al 40 por 100 del presupuesto para estas materias. Aunque se contase con el suplemento de otras iniciativas, como el *American Field Service* o el *Elías Ahuja Scholarship*, la Misión lamentó esa merma de recursos al entender que supondrían un fuerte lastre para su capacidad de atracción de las futuras elites. Más aún por producirse en un «periodo crucial» de «creciente actividad contra el gobierno entre los estudiantes universitarios y los intelectuales disidentes».³⁷

Los instrumentos de la acción informativa e ideológica

El *Youth Committee* en España tuvo la misión de establecer «un diálogo continuo» entre la Embajada y los líderes del porvenir. Una tarea complicada porque dos elementos clave en la comunicación gubernamental con públicos extranjeros, como suelen ser la actuación exterior y las políticas internas de un país, se convirtieron en el transcurso de los años sesenta en fuente de constante desgaste de la reputación americana entre los jóvenes españoles. Por un lado, un número cada vez mayor de estudiantes contrarios a Franco tendió a «equiparar Vietnam con cualquier lucha anticolonial y con su propia situación en España». Por otro, según una encuesta realizada por la USIA en 1965, la mayoría de los escolares españoles encontró en los problemas raciales en Estados Unidos una evidencia clara de la «hipocresía blanca y del

fracaso de la democracia» en el seno mismo del «mundo libre».³⁸

Para amortiguar estas tendencias, el *Youth Program* adoptó diversas iniciativas informativas dedicadas a exponer las «políticas de los Estados Unidos de una forma más clara para que puedan ser entendidas mejor» por los jóvenes españoles. Entre las que gozaron de mayor predicamento estuvieron las conferencias en las que participaron el embajador y otros miembros del cuerpo diplomático entre 1964 y 1969 en colegios mayores de Madrid, Barcelona, Bilbao, Sevilla, Granada, Valencia, Murcia, Salamanca, Santiago, Pamplona y Oviedo. El establecimiento del *Youth Program* hizo que la treintena de actividades de este tipo desarrolladas durante el curso 1961-62 ascendiesen a 40 en 1965. En estos coloquios, los representantes americanos trataron de reconciliar las posturas contradic-

por presentar las facetas de la experiencia estadounidense más relevantes para los escolares españoles en ámbitos como la economía, el mundo del trabajo, la cultura, la ciencia, la música, los procesos electorales o la vida universitaria (cuadro 1). Según un informe de la Embajada en 1964, esta clase de charlas aspiraron a exhibir «lo mejor de la cultura contemporánea» norteamericana.³⁹

A través de la propaganda cultural, los centros binacionales pretendieron proyectar hacia los jóvenes una visión de los Estados Unidos conectada con el mundo de la cultura y del arte para diluir el desagradable rostro americano proyectado por la relación con Franco y la guerra de Vietnam. Pese a ello, dichos centros también se vieron afectados por el desgaste de su «imagen liberal» a causa de la ola internacional de protestas estudiantiles contra la política

Ciclo de conferencias en dos colegios mayores de Madrid (diciembre 1964-enero 1965)

COLEGIO MAYOR BUEN CONSEJO: «LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA»
Las elecciones recientes en los Estados Unidos.
Algunos aspectos de la economía americana en la actualidad.
¿Quién es el americano, este hombre nuevo?
Las relaciones exteriores de los Estados Unidos.
COLEGIO MAYOR EL VISO: «LOS ESTADOS UNIDOS HOY»
«Los Estados Unidos ¿Una civilización o simplemente una colección de pueblos?»
¿Coexisten la cultura y la ciencia en los Estados Unidos?
Aspectos de la economía americana.
Relaciones exteriores de los Estados Unidos.
Proyección del film «John F. Kennedy: Years of Lightning, Days of Drums»

torias de su gobierno en Vietnam y combatir la propaganda comunista sobre la violencia racial en los Estados Unidos. Asimismo, en su papel de portavoces del ideal americano, se esforzaron

de Washington. Al igual que otras instalaciones relacionadas con la irradiación cultural americana en diversas partes del mundo, los centros binacionales de Madrid, Valencia y Barcelona

sufrieron en ocasiones el ataque de algunos grupos estudiantiles.⁴¹

Las operaciones culturales de los centros binacionales, al igual que las Semanas Americanas, vieron mermada su capacidad de impacto por la negativa del gobierno americano a estimular con dólares el interés de los agentes culturales privados por España. En los años sesenta, este país generalmente permaneció fuera del circuito europeo de las figuras del arte y de la cultura norteamericana. Tal ausencia dejó un espacio para la acción de otros actores que, sin formar parte del servicio exterior, pusieron su grano de arena en la conquista de la opinión juvenil en España. Nos referimos a los estudiantes de programas de universidades americanas y a los becarios Fulbright que colaboraron con el USIS en la organización y desarrollo de diversos eventos culturales (charlas, conciertos, teatro, etcétera). En su caso, el compromiso con la Guerra Fría cultural fue el de *diplomáticos de base* dispuestos a derribar barreras culturales a través de la interacción y del «diálogo continuo» con sus semejantes españoles, con los que compartieron actividades, gustos y aficiones.⁴² Por ejemplo, en el IEN de Barcelona estudiantes de ambos países colaboraron en el seno de un comité elegido democráticamente y encargado de concebir y organizar de forma autónoma la actividad cultural juvenil del centro.

Consideraciones finales

En agosto de 1968, cuando la etapa de Johnson en la Casa Blanca apuntaba a su fin, la Embajada en Madrid remitió a Washington un informe sobre la política estadounidense en España, donde se señalaba que tras que tras la muerte de Franco —una hipótesis cada vez más cercana— el ejército posiblemente desempeñaría un papel estabilizador y favorable a los intereses americanos. Sin embargo, dicho memorándum no descartaba que la situación sociopolítica y económica del país condujese a una «transición precipitada» y orientada «hacia la izquierda», que

se tradujese en una «posición pública y oficial más crítica con las bases militares extranjeras». Para sortear los peligros de un futuro político de estas características en España, la Embajada había activado unos años antes diversos programas informativos y culturales con el fin de evitar que colectivos como los estudiantes dificultasen un posfranquismo sin sobresaltos.⁴³

Sin embargo, la primacía conferida a la colaboración militar con el franquismo y la falta de recursos, redujo la capacidad del USIS para ganar política e ideológicamente a una buena parte de los universitarios españoles. Éstos fueron objetivo de «máxima prioridad» en los *country plan* de aquel periodo, pero existieron sensibles diferencias entre lo programado y lo realmente llevado a cabo. La extenuante desviación de recursos hacia las operaciones en Vietnam asestó un «terrible golpe» a la acción juvenil del USIS en España. El dinero destinado a conquistar las mentes y los corazones de los estudiantes españoles fue insuficiente para contrarrestar la desafección producida por la pragmática armonía con el régimen franquista.⁴⁴

La intervención americana en Vietnam no sólo pasó una factura muy elevada a la reputación exterior de los Estados Unidos. Las exigencias bélicas requirieron un sobreesfuerzo económico que extenuó el frente propagandístico en el «mundo libre». Las consecuencias en términos de imagen fueron muy negativas en un periodo de intensas revueltas estudiantiles en Occidente contra el «imperialismo yanqui». En España, la Embajada reconoció en 1968 que los estudiantes seguían manifestando una evidente «insatisfacción con la presencia de bases de los EE UU y con nuestro papel en la guerra de Vietnam». Aunque en los últimos años el puesto en Madrid había «aumentado sus programas con los jóvenes españoles», su inconsistente aplicación no había conseguido evitar que ambas cuestiones se convirtiesen en una fuente inagotable de «sentimiento antiamericano», y que alimentasen una «extendida oposición de los estudiantes» contra la política exterior norteamericana.⁴⁵

Ese rechazo creció en las universidades durante estos años porque un número importante de estudiantes identificaron a los Estados Unidos como «partidarios del *statu quo*» que representaba el «régimen reaccionario de Franco». Ciertamente, la mayoría de los universitarios españoles juzgaron al país americano más por algunos de sus comportamientos que por sus mensajes. Percibidos estos últimos como el mero revestimiento cosmético de intereses estratégicos, no lograron maquillar unas políticas americanas consideradas por los estudiantes como ilegítimas y carentes de autoridad moral por encarnar un «sostén y pilar principal para el régimen de Franco». Las artes de la diplomacia pública no lograron contrarrestar los efectos adversos de su frente armado con la dictadura. El grueso de la opinión universitaria no le concedió credibilidad ante la evidencia de la colaboración americana con un aliado demasiado comprometedor políticamente. Entre 1963 y 1969 esa asimilación de Estados Unidos con el régimen franquista hizo fortuna en una parte sustancial de la comunidad estudiantil española.⁴⁶

La Embajada reconoció que cualquier acercamiento a amplios sectores estudiantiles sería baldío, ya que la identificación con la dictadura persistiría por tanto tiempo como los Estados Unidos «necesitaran las instalaciones militares en España». Por este motivo, los estudiantes dejaron de ser objetivo prioritario de la diplomacia pública estadounidense. A partir de 1970, la administración Nixon, en el poder desde enero de 1969, decidió no dedicar más «esfuerzos para cultivar a los estudiantes universitarios». En su lugar, el USIS trató de reforzar la comunidad de apoyo y afinidad política con los Estados Unidos entre los jóvenes profesionales de la alta burguesía financiera e industrial, del Opus Dei, de la ACNP o del Movimiento.⁴⁷

En un contexto de condiciones internacionales adversas, el nuevo gobierno republicano estimó más conveniente el fortalecimiento de la hegemonía estadounidense entre los aliados leales que la estrategia de persuasión hacia los

detractores de América. Así, el fracasado programa juvenil dejó paso a los esfuerzos por ganar cierta influencia estructural a través de la cooperación en materia educativa con gobernantes amigos. En el caso español, si antes se había buscado la interlocución directa con los líderes estudiantiles, ahora ese objetivo quedaba subsumido en otro más genérico, el apoyo al desarrollo educativo y científico mediante el respaldo a la reforma educativa puesta en práctica con la Ley General de Educación de 1970.⁴⁸ La diplomacia pública norteamericana, una vez más, volvía a recurrir a interlocutores locales para que transmitieran el mensaje de compromiso con la evolución de la sociedad española que, por otros conductos, eran incapaces de hacer pasar con la dosis de credibilidad necesaria.

NOTAS

- ¹ Este artículo ha sido elaborado en el marco del Seminario de Estudios del Franquismo y de la Transición (SEFT) de la UCLM y de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (MICINN, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá).
- ² Este artículo sólo estudia las iniciativas oficiales, aunque la diplomacia pública a menudo cuenta con el concurso de agrupaciones civiles y agentes privados. CULL, Nicholas, *The Cold War and the United States Information Agency*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, pp. 486-504. Para la definición de poder blando aquí aplicada, NYE, Joseph, *La paradoja del poder americano*, Barcelona, Taurus, 2003. Una introducción al tema en NIÑO, Antonio, «Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional», *Ayer*, 75, 2009, pp. 28-30. En el mismo número ver también MONTERO, José A., «Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)».
- ³ *Inspection Report USIS-Spain*, 29-V-1959, National Archives and Record Administration (NARA), Record Group of the US Information Agency (RG306), Inspection Reports and Related Records, 1954-62, Box 8 y *Operations Plan for Spain*, 6-XI-1959, NARA, Record Group of the Department of State (RG59), Bureau of European Affairs (BEA), Country Director for Spain and Portugal, Spain 1956-66, Box 5. LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales. El cine norteamericano, Estados Unidos y la España franquista, 1939-1960*, Madrid, CSIC, 2010, p. 430.
- ⁴ DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What?» La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación del postfranquismo», en MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel (eds.), *Claves in-*

- ternacionales en la transición española, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp. 102-106 y PARDO, Rosa, «Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L. B. Johnson: 1964-1968», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 22, 2004, pp. 138-139. También TERMIS, Fernando, *Renunciando a todo. El régimen franquista y los Estados Unidos desde 1945 hasta 1963*, Madrid, Biblioteca Nuevas, 2005, pp. 176-180.
- ⁵ Memorandum, 14-4-1961 y Frank Ortiz a William Walker, 21-IV-1965, NARA, RG. 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal 1956-1966, Box 5 y 2.
- ⁶ USIS Country Plan for Spain-FY 1961, 25-VI-1960, NARA, RG306, Office of Research. Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4.
- ⁷ RODRÍGUEZ, Sergio, «Los estudiantes y el cambio socio-cultural de los 60», en SÁNCHEZ, Glicerio (coord.), *Eppure si mueve. La percepción de los cambios en España (1959-1976)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 176. Sobre las transformaciones en el mundo juvenil durante los años sesenta, GONZÁLEZ, Damián, MARTÍN, Óscar y ORTIZ, Manuel, «Envenenando a nuestra juventud. Cambio de actitudes y bases de la militancia juvenil durante el segundo franquismo», *Historia Actual Online*, 20 (2009). pp. 19-33.
- ⁸ HERNÁNDEZ, Elena, RUIZ, M. Ángel y BALDÓ, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, p. 23. GONZÁLEZ, Eduardo, *Rebelión en las aulas. Movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008*, Madrid, Alianza, 2009, pp. 260-262.
- ⁹ Sobre la hegemonía comunista en la oposición estudiantil entre 1964 y 1968 ver HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, «Estudiantes en la universidad española (1956-1975): Cambio generacional y movilización antifranquista» en GONZÁLEZ, Damián (coord.), *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008. El antiamericanismo de los sesenta no fue un fenómeno nuevo en la España franquista, como se describe en HERNÁNDEZ, Daniel, «El antiamericanismo en la España del primer franquismo: el Ejército, la Iglesia y la Falange frente a Estados Unidos», *Ayer*, 62 (2006), pp. 257-282.
- ¹⁰ US Policy Assessment, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493; Country Plan for Spain, 3-XII-1964, NARA, RG59, Bureau of Educational and Cultural Affairs (BECA), 1955-66, Box 31; Inspection Report USIS Spain, 29-V-1959, NARA, RG306, Inspection Reports and Related Records, 1954-62, Spain, Box 8.
- ¹¹ HAEFELE, Mark, «John F. Kennedy, USIA and World Public Opinion», *Diplomatic History*, 25 (2001), pp. 64-65; CULL, Nicholas, *The Cold War and the United States Information Agency*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008, p. 285; MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, 1958-1974*, Oxford, OUP, 1998, p. 36. Las diferencias en el seno del «mundo libre» en SCHWARTZ, Thomas, *Lyndon Johnson and Europe: In the Shadow of Vietnam*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, pp. 9-10.
- ¹² Los cambios socioeconómicos de la «edad de oro» de los sesenta en HOBBSAWM, Eric, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 260 y 300, y JUDT, Tony, *Postwar. A History of Europe since 1945*, Londres, William Heinemann, 2005, pp. 390-400. Las consecuencias de las revueltas estudiantiles sobre la política exterior americana en KLIMKE, Martin, *The other Alliance. Student Protest in West Germany and the United States in the Global Sixties*, Princeton, Princeton University Press, 2010, pp. 192-193.
- ¹³ The White House. Memorandum for the Secretary of State, 1963, NARA, RG59, CFP, Box 3254 y Some General Observations on United States Policy Towards Spain, 25-VI-1965. NARA, RG.59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2.
- ¹⁴ Ver RODRÍGUEZ, Francisco J., *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-1969*, Valencia, Universitat de Valencia, 2010.
- ¹⁵ Country Plan for Spain, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31; Country Plan for Spain, 30-IX-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29; Emphasis on Youth. Embassy's Youth Program, 30-VI-1964, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.
- ¹⁶ Sobre los recortes mencionados FREY, Marc, «Tools of Empire: Persuasion and the United State's Modernizing Mission in Southeast Asia», *Diplomatic History*, 27 (2003), pp. 543-548 y HIXSON, Walter, *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War*, Nueva York, Sant Martin's Press, 1997, pp. 215-228. Sobre España: Country Assessment Report, USIS Spain 1961, 15-II-1962. NARA, RG306, Office of Research, Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4.
- ¹⁷ Discussions with Christian Democrat Leaders in Barcelona, 6-VII-1966 y Student Reaction to B52 Crash, 5-III-1966, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Political and Defence, Box 2663; From American Embassy to Secretary of State, 21-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence. Box 2489. Sobre la revelación del apoyo encubierto de la CIA a asociaciones estudiantiles, KOTEK, Joel, «Youth Organizations as a Battle field in the Cold War», en SCOTT-SMITH, Giles y KRABBENDAM, Hans (eds.), *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, Londres, Frank Cass Publishers, 2003, pp. 168-169.
- ¹⁸ Country Plan for Spain, 4-I-1963, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31 y Emphasis on Youth: Pilot University Student Hostel Project, 14-X-1963, NARA, RG59, CFP, Box 3248.
- ¹⁹ SCOTT-SMITH, Giles, *Networks of Empire. The US State Department's Foreign Leader Program in the Netherlands, France and Britain, 1950-70*, Bruselas, Peter Lang, 2008, p. 418; LIMA, Antonio de, «The role of international educational exchanges in public diplomacy», *Place Branding and Public Diplomacy*, 3/III (2007), p. 240.
- ²⁴ Ver DELGADO, Lorenzo, *Viento de poniente. El programa Fulbright en España*, Madrid, Madrid, Comisión Fulbright-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009, pp. 60-68.
- ²⁵ Education and Cultural Exchanges: Country Program Plans and Priorities for FY 66 and 67, 24-VI-1965 y Educational and Cultural Exchange: Submission of FY 1964 Proposed Educational Exchange Program, 12-IV-1962, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 9.
- ²⁶ Country Plan for Spain, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31; Justification for the Present Educational and Cultural Exchange Program in Spain, 23-X-1965, NARA, RG, 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2.

- También DELGADO, Lorenzo, «¿El «amigo americano»? España y Estados Unidos durante el franquismo», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, 21 (2003), p. 264.
- ³⁷ *Embassy Madrid to Department of State*, 30-IX-1966, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.
- ³⁸ *Vietnam Talk*, 23-VI-1966, NARA, RG.59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 9 y *Spain's University Students: Their Views on Domestic and International Issues*, Mayo 1965, NARA, RG306, Office of Research, Reports, 1964-74, Box 25. El efecto de los problemas raciales sobre la imagen de Estados Unidos en DUDZIAK, Mary, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton, PUR, 2000.
- ³⁹ *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29.
- ⁴⁰ Elaboración propia a partir de *Emphasis on Youth*, 23-III-1964, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.
- ²⁰ Varios de estos intelectuales participaron habitualmente en las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura, el frente intelectual financiado por la CIA para contrarrestar el desafío comunista en la Guerra Fría cultural. Ver SCOTT-SMITH, Gilles, *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and post-war American hegemony*, Manchester, Routledge, 2007. Para el caso español: GLONDYS, Olga, «Causas y circunstancias del establecimiento del Comité Español del Congreso por la Libertad de la Cultura», *X Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Santander, Septiembre 2010. Ver también SANTISTEBAN, Fabiola de, «El desembarco de la Fundación Ford en España», *Ayer*, 75 (2009), p. 160.
- ²¹ *From American Embassy to Secretary of State*, 21-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2489 y *Emphasis on Youth. Student Discussion Group Initiated*, 4-V-1964, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.
- ²² *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29.
- ²³ *Opus Dei's views of the university crisis as expressed by the editors of Diagonal*, 22-XII-1965, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 372 y *Theatre Week at the University of Valladolid*, 31-III-1965, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 372.
- ²⁴ Sobre la propaganda radiofónica de los Estados Unidos en España en los años cuarenta y cincuenta ver LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España, 1945-1960», *Ayer*, 75 (2009), pp. 149-152.
- ²⁵ *USIA: Country Program for Spain*, 14-III-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-1966, Box 31.
- ²⁶ DELGADO, Lorenzo, «La maquinaria de la persuasión. Política informativa y cultural de Estados Unidos en España», *Ayer*, 75 (2009), p. 122.
- ²⁷ *Unrest in the University of Barcelona. A Professor's Views*, 17-II-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Culture and Information, Box 355 y *USIA: Country Plan for Spain*, 1-IV-1963, NARA, RG 59, BECA, 1955-1966, Box 31. Sobre la cruzada ideológica contra el comunismo OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War. Eisenhower's Secret propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006, pp. 287-304.
- ²⁸ LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España», cit., pp. 142-143.
- ²⁹ *Annual Assessment Report for Spain*, 27-XII-1965, NARA, RG306, Exhibits Division, Records Concerning Exhibits in Foreign Countries, 1955-67, Box 29.
- ³⁰ *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2489.
- ³¹ *Programming of PL 480 Funds for Madrid Student Center*, 26-XI-1965, NARA, RG. 59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 9.
- ³² *Theatre Week at the University of Valladolid*, 31-III-1965 e *Incident at Salamanca During Cultural Program*, 5-III-1968, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 372 y 328.
- ³³ *Country Plan for Spain*, 3-XII-1964, NARA, RG59, BECA, 1955-66, Box 31; *Evaluation of Binational Centers*, 28-III-1963, NARA, RG306, Office of Research, Foreign Services Dispatches, 1954-65, Box 4. Acerca de la creación de los centro binacionales ver LEÓN, Pablo, «Los canales de difusión del mensaje norteamericano en España», cit., pp. 152-156. Sobre la importancia de los cine-clubs en el programa juvenil del USIS ver LEÓN, Pablo, *Sospechosos habituales*, cit., p. 430.
- ⁴¹ *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493.
- ⁴² Sobre el People-to-People Program ver OSGOOD, Kenneth, *ob. cit.*, pp. 214-216 y 234-252.
- ⁴³ *US Policy Assessment*, 9-V-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493.
- ⁴⁴ *Substantive Comment on Post Performance and Reporting*, NARA, RG59, BEA, Country Director for Spain and Portugal, 1956-1966, Box 2 y *Embassy Madrid to Department of State*, 30-IX-1966, NARA, RG59, CFP, 1964-1966, Culture and Information, Box 402.
- ⁴⁵ *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2489.
- ⁴⁶ *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493 y *Student Unrest*, 28-IX-1968, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2489. Identificación negativa que fue generalizable a amplios sectores de la sociedad española durante los últimos años del franquismo y la transición democrática. PARDO, Rosa, «La política norteamericana», *Ayer*, 49 (2003), pp. 41-43; NIÑO, Antonio, «50 años de relaciones entre España y Estados Unidos», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), p. 14 y ALONSO, Carlos, *Miradas torcidas. Percepciones mutuas entre España y Estados Unidos*, Real Instituto Elcano, Documento de Trabajo, 22 (2003), p. 6.
- ⁴⁷ *US Policy Assessment*, 30-VI-1967, NARA, RG59, CFP, 1967-1969, Political and Defence, Box 2493 e *Impact of Youth and the US National Interest; Mission Youth Program*, 1-IV-1970, NARA, RG59, Political and Defence, 1970-1973, Box 2597.
- ⁴⁸ DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What?», cit., pp. 118-125.

VEHÍCULO DE LA MEJOR AMISTAD: EL JAZZ COMO PROPAGANDA ESTADOUNIDENSE EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS CINCUENTA¹

Iván Iglesias
U.Valladolid

Advirtiendo de los problemas que comportan las frecuentes y naturalizadas consideraciones negativas de la propaganda, Randal Marlin ha definido ésta como «un intento sistemático y organizado de influir mediante la comunicación en el pensamiento o comportamiento de una audiencia amplia en formas que dificultan o sortejan la habilidad del receptor para apreciar la naturaleza de su influencia».² La definición de Marlin tiene como virtudes su neutralidad y su énfasis tanto en la sistematicidad como en el carácter velado de la propaganda. No obstante, me interesa entender ésta, más que como una acción, como un proceso informativo y persuasivo que ha de estudiarse teniendo en cuenta múltiples aspectos como los emisores, los contenidos, los medios de difusión, las técnicas utilizadas, los receptores y los efectos, cada uno de ellos en relación con sus condiciones particulares y cambiantes.

Desde su difusión internacional en los años veinte y treinta, el *jazz* se había erigido en un reconocido símbolo cultural estadounidense y en un emblema de modernidad, igualdad racial, hedonismo y democracia. Con la radicalización de la Guerra Fría, las autoridades norteamericanas se dieron cuenta de que podía ser un efectivo embajador de la cultura y del modo de vida de su país. La utilización de la música «clásica» experimental como propaganda por parte del bloque occidental de la Guerra Fría es un tema estudiado desde hace años por musicólogos e historiadores,³ pero la investigación de las relaciones entre el *jazz* y la política exterior

norteamericana de esa época es mucho más modesta y reciente. En 1970 apareció un breve estudio de Frank Kofsky sobre el tema, encuadrado dentro de su reivindicación de la «música negra».⁴ Más preocupado por la dimensión social del *jazz* que por sus connotaciones políticas, el artículo sólo mencionaba escuetamente la función de la música afro-norteamericana como instrumento de la diplomacia estadounidense en la Guerra Fría, lo cual explica que este aspecto pasase bastante desapercibido en un período en el que muchos norteamericanos aún veían con buenos ojos cualquier estrategia con tal de evitar el avance soviético. De modo que el tema ha permanecido inexplorado hasta muy recientemente, y aún hoy existen numerosos vacíos historiográficos al respecto, sobre todo en lo que se refiere a Europa. Los trabajos de Lisa E. Davenport, Penny M. Von Eschen y Graham Carr han documentado que los Estados Unidos intentaron mejorar su imagen internacional patrocinando el *jazz* norteamericano en África, el Próximo y Medio Oriente, Latinoamérica y la Unión Soviética desde 1956.⁵ Pero el único estudio que trata extensivamente el *jazz* como diplomacia cultural en Europa se limita a Alemania durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial.⁶

Diplomacia cultural a ritmo de jazz

A finales de la década de los cuarenta, la dictadura de Franco, pese a su abierta propaganda norteamericanista y su notable cambio de ac-

titud hacia la música de jazz desde la Segunda Guerra Mundial, contaba con pocas posibilidades de incentivar unilateralmente los intercambios culturales con los Estados Unidos.⁷ Fue la radicalización de la Guerra Fría, a causa del primer ensayo atómico soviético en septiembre de 1949, la victoria militar de los comunistas en China un mes más tarde, y el comienzo de la Guerra de Corea en julio de 1950, lo que hizo que el Estado norteamericano se interesase por reformular las relaciones con el régimen de Franco. Ese cambio estratégico en la política hacia la dictadura fue acompañado de una reactivación del despliegue propagandístico en España. En agosto de 1950, el presidente Harry S. Truman anunció la *Campaign of Truth*, la primera gran ofensiva informativa y cultural de los Estados Unidos dirigida abiertamente a contrarrestar la propaganda comunista.⁸ Al mismo tiempo, Naciones Unidas anuló la condena internacional de la dictadura, en una decisión que motivó fuertes protestas entre los músicos contrarios al régimen: el exiliado violonchelista Pau Casals, por ejemplo, mostró su reprobación al año siguiente, rechazando la invitación de la ONU a tocar en su festival musical, negativa que fue convenientemente silenciada por la prensa franquista.⁹

A principios de 1951, Stanton Griffis tomó posesión del puesto de embajador de los Estados Unidos en España, vacante desde hacía cinco años, iniciando al poco tiempo el proceso negociador destinado a la instalación de bases militares norteamericanas en el país a cambio de reconocimiento político y ayuda militar, económica y técnica. La nueva dinámica bilateral generó la necesidad de «crear un clima de opinión favorable» en España, y la propaganda cultural fue uno de los instrumentos puestos al servicio de tal objetivo.¹⁰

Los principales organismos estatales que participaron en la vertiente musical de esta campaña durante los años cincuenta fueron el Departamento de Estado, la *United States Information Agency* (USIA), el *Operations Coordi-*

nating Board (OCB) y el *United States Information Service* (USIS). Además, la Administración Eisenhower se apoyó frecuentemente en la financiación de algunas organizaciones privadas como la *American National Theater Academy* (ANTA). En el caso español también tuvieron un especial protagonismo la embajada de los Estados Unidos en Madrid, el consulado general de los Estados Unidos en Barcelona, las distintas *Casas Americanas* gestionadas por el USIS y los Centros Binacionales de Valencia y Barcelona.¹¹

Aunque el gobierno estadounidense subrayó la necesidad de difundir en el exterior «creaciones distintivamente norteamericanas», en un principio descartó mayoritariamente la cultura popular. El objetivo era presentar una visión «sofisticada» de su arte, «demostrando a las audiencias internacionales que los gustos norteamericanos eran más refinados de lo que Hollywood y Elvis Presley sugerían». ¹² La *Casa Americana* de Sevilla fue inaugurada en febrero de 1951; un mes después ofreció una serie de audiciones de acceso gratuito con invitación, cedidas por el programa de radio *The Voice of America* (VOA), entre las que se encontraban las obras más representativas de Bach, Beethoven y Handel.¹³ Ahora bien, el jazz, que entonces se encontraba en los Estados Unidos sobre la fina línea que separa lo «popular» de lo «culto», tuvo una presencia nada desdeñable en las grabaciones que la Embajada de los Estados Unidos facilitó a *Radio Madrid* desde la Segunda Guerra Mundial, colaboración que continuó vigente en los años cincuenta.¹⁴ Este género musical encontró un espacio privilegiado en dicha emisora desde 1944, con la «Hora Americana», y, sobre todo, desde 1946 con el programa «Casino Fin de Semana», que supuso un punto y aparte en la recepción del jazz en España.¹⁵

En cuanto a las actuaciones en directo, los Estados Unidos privilegiaron inicialmente el ballet, la ópera o la música sinfónica como parte de su propaganda. El *New York City Ballet* inició su gira de 1952 por Europa, financiada por el Depar-

tamento de Estado,¹⁶ con un ciclo de 21 representaciones en el teatro barcelonés del Liceo entre el 15 de abril y el 8 de mayo. Al estreno asistieron «las primeras autoridades de la Ciudad Condal y alto personal diplomático de los Estados Unidos».¹⁷ El 2 de febrero de 1955 llegó a Barcelona la *Everyman Opera Company*, integrada exclusivamente por afronorteamericanos, para ofrecer una serie de representaciones de la ópera *Porgy and Bess*, de George Gershwin, también en el Liceo. Su gira, que desde diciembre del año anterior había recorrido Venecia, París, Atenas, El Cairo y Tel-Aviv, fue patrocinada conjuntamente por la USIA y la ANTA. Los reporteros fueron puntualmente informados de que el Estado norteamericano se había hecho cargo del transporte «para contribuir a la comprensión entre los pueblos».¹⁸

En el terreno sinfónico y coral, varias orquestas, coros y directores de primer nivel fueron enviadas a España por el Departamento de Estado. La *Philadelphia Orchestra*, dirigida por Eugene Ormandy y con el barítono afronorteamericano William Warfield como solista, dio varios conciertos en Madrid y Barcelona entre el 29 de mayo y el 1 de junio de 1955 como parte de una gira europea bajo los auspicios de la ANTA.¹⁹ La *Robert Shaw Chorale and Orchestra* actuó en el teatro Carlos III de Madrid los días 22 y 23 de abril de 1956 y en el Palacio de la Música de Barcelona cinco días después, financiada por el Departamento de Estado norteamericano, con obras de Bach, Mozart, Schubert, Brahms, Debussy, Barber, Copland, Ives y Gershwin, así como algunas composiciones polifónicas del siglo XVI.²⁰ Leopold Stokowski, considerado entonces el director «más célebre del mundo»,²¹ se puso al frente de la Orquesta Sinfónica de Madrid el 9 de mayo de 1956, en el teatro Monumental. Y la *Cleveland Orchestra*, bajo la batuta de George Szell, ofreció tres conciertos en Madrid los días 13, 14 y 15 de mayo de 1957, patrocinados por la ANTA y la Embajada de Estados Unidos en España;²² el interés por su impacto general fue tal, que uno de ellos

se trasladó a las 11 de la mañana para que no coincidiese con una importante corrida de toros que se celebró más tarde aquel mismo día.²³

La tabla I muestra una relación de aquellos conciertos que tuvieron lugar en España durante los años cincuenta, patrocinados por el Estado norteamericano a través de alguna de sus instituciones, tomando como fuentes los archivos estadounidenses y españoles. Sólo recoge aquellas actividades cuya celebración consta detalladamente en la prensa española, para evitar que puedan ser tenidos en cuenta conciertos que, aunque planteados por la USIA o anunciados por la prensa norteamericana, es probable que no se llevaran a cabo.

A pesar de esta clara orientación inicial hacia la música sinfónica, la ópera y el ballet, la común opinión entre los historiadores y musicólogos estadounidenses de que no hubo actuaciones de jazz patrocinadas oficialmente hasta la primavera de 1956, con la gira del trompetista Dizzy Gillespie, es discutible. El jazz estuvo presente en buena parte de los citados conciertos subvencionados que se celebraron en España, pero sólo si integramos la visión de los destinatarios de aquella diplomacia cultural. Lo ocurrido en España es un buen ejemplo de la distancia, en este caso conceptual, que a menudo separa a los emisores de la propaganda de sus receptores.

En la España de los años cincuenta, el concepto jazz englobó multitud de géneros y estilos musicales diversos de procedencia o influencia norteamericana, desde el *hot* de Louis Armstrong, al *swing* de Benny Goodman, del jazz sinfónico de Paul Whiteman y Jack Hylton al *bebop* de Charlie Parker y Dizzy Gillespie, incluyendo también el *blues* y bailes como el *fox-trot* o el *boogie-woogie*. A pesar de que mucha de esta música era interpretada por blancos, persistía en los medios de comunicación, la crítica musical y la vanguardia artística la identificación del jazz con la cultura negra norteamericana.²⁴ Pero, al contrario de lo que ocurría ya entonces en los Estados Unidos, la transformación del jazz en una música considerada de elevada distinción

social y alto valor artístico por la mayoría de sus aficionados no tendría lugar en España hasta una década después.

Esta laxitud y versatilidad conceptual tuvo sus consecuencias en la recepción del jazz en la España del momento. El *New York City Ballet* representó el 2 de mayo *El clarinete mágico*, un ballet basado fundamentalmente en el *Concierto para clarinete y orquesta de cuerda con arpa y piano* que Aaron Copland había compuesto para Benny Goodman en 1948. Si bien hoy en día puede parecernos una opinión sorprendente, la crítica calificó el concierto como una obra claramente «jazzbandística» (al igual que el propio Copland, dicho sea de paso).²⁵ Mucho más evidente todavía había sido la vinculación de George Gershwin con el jazz en la España de los años treinta y cuarenta, y ni *Porgy and Bess*, interpretado tanto por la *Everyman Opera Company* como por la *Robert Shaw Chorale* y los *Fisk Jubilee Singers*, ni célebres obras suyas como *Rhapsody in Blue* o *An American in Paris*, dirigidas por Lee Everett y tocadas por Philippa Shuyler o Mario Braggiotti, fueron una excepción.

En ello tuvo mucho que ver que el jazz se identificara entonces en España con la música negra norteamericana y que los mandatarios estadounidenses tomaran conciencia en los años cincuenta de que las cuestiones raciales eran un aspecto crítico a tener en cuenta en su política exterior.²⁶ La Unión Soviética utilizó repetidamente la segregación racial estadounidense como argumento propagandístico, así que la Administración Eisenhower se esforzó desde 1955 en proyectar al exterior una imagen de progreso hacia la igualdad racial, a través de varias giras de músicos afronorteamericanos. El éxito en España de la *Everyman Opera Company*, que llenó el Liceo en todas sus representaciones, y de cantantes como William Warfield o la contralto Marian Anderson, que entre el 31 de mayo y el 5 de junio dio un recital en Madrid, otro en Barcelona y dos más en Sevilla, parecieron darle la razón. A finales de junio, la propia USIA interpretó que las giras de artistas negros

por Europa estaban convenciendo a las audiencias extranjeras del «gran progreso logrado por la raza bajo el sistema democrático americano». ²⁷ A su vez, los músicos afronorteamericanos utilizaron las giras financiadas por el Departamento de Estado como una plataforma desde la que proyectar su cultura al exterior, visitar otros países y promover la dignidad de la población negra.²⁸ La frecuente asociación entre música negra y jazz hizo que, desde muy pronto, el segundo fuese concebido como símbolo estadounidense en la Guerra Fría. En 1959, *Porgy and Bess* todavía era para la prensa española un emblema de excelencia artística distintivamente norteamericano y el perfecto ejemplo de diplomacia cultural, porque, como declaró José María Massip, corresponsal del diario ABC en Washington: «Las gentes piensan que si los americanos pueden encontrar admirable al cuerpo de baile del teatro Bolshoi y los rusos a los negros de *Porgy and Bess*, no hay ninguna razón para que sus países tengan que pulverizarse con bombas atómicas». ²⁹

Ciertamente, la USIA no patrocinó las giras de destacados músicos de jazz por Europa hasta finales de los años cincuenta, y siempre dio prioridad a Asia y África sobre el Viejo Continente. En ese sentido, las visitas de muchos de los principales *jazzmen* y *bluesmen* norteamericanos a Barcelona desde 1950 han de atribuirse fundamentalmente a los esfuerzos y gestiones del *Hot Club de Barcelona* y del *Club 49* de Granollers, aunque facilitados por la mejora de las relaciones entre España y Estados Unidos. En la lista de actuaciones se encuentran muchos músicos que, hasta entonces, no habían tocado en España, pese a sus frecuentes giras europeas. La inauguraron el pianista Willie «The Lion» Smith, el 7 de febrero de 1950, el clarinetista Mezz Mezzrow, el 17 y el 18 de diciembre de 1951, y el trompetista Bill Coleman, el 19 de noviembre de 1952. La primera gran visita jazzística fue la del trompetista y figura del *bebop* Dizzy Gillespie, el 10 de febrero de 1953. Aquel mismo año tocaron en Barcelona el guitarrista y cantante

de blues «Big Bill» Broonzy, en mayo, y el cantante Jimmy Davis, en noviembre. No hubo más actuaciones ilustres durante meses, pero el año 1955 marcó una época en la Ciudad Condal con los conciertos del polifacético vibrafonista y líder de orquesta Lionel Hampton, el 19 de enero, el clarinetista y saxofonista Sidney Bechet, el 26 de mayo, y el esperado e idolatrado trompetista y cantante Louis Armstrong, el 23 de diciembre. Al año siguiente, Hampton regresó para tocar el 12 de marzo y el 13 y 14 de julio, la banda de Sammy Price actuó el 4 de mayo, y la famosa orquesta de Count Basie, ganadora en Estados Unidos del premio de la crítica y del público a la mejor banda de jazz en los años 1954, 1955 y 1956, ofreció cuatro conciertos entre el 2 y el 3 de octubre.

Sin embargo, la idea de que los conciertos de jazz no formaron parte de la propaganda cultural norteamericana hasta finales de marzo de 1956 ha de ser matizada incluso cuando analizamos sólo al emisor. Antes de la gira de Gillespie, varias instituciones norteamericanas habían financiado conciertos de jazz en España. Para celebrar la confraternidad de ambos países, el ejército de los Estados Unidos envió a Barcelona en junio de 1953 el portaaviones «Coral Sea», perteneciente a la VI Flota de la marina. Su banda ofreció una audición gratuita en el Ateneo de Sant Boi de Llobregat, Barcelona, con la interpretación de «varias marchas militares y música americana de jazz». ³⁰ Tres meses después, coincidiendo con la inminente firma de los acuerdos militares, atracó en Barcelona otro buque de la marina norteamericana, el «Franklin D. Roosevelt». El Consulado General de Estados Unidos patrocinó el 12 de septiembre de 1953 un concierto con los músicos de jazz del portaaviones en el Club de Ritmo de Granollers. ³¹ El 22 de marzo de 1955, la *Casa Americana* de Madrid financió y organizó la actuación en el Palacio de la Música de una «Orquesta Nacional de Jazz Sinfónico», dirigida por el pianista Antonio Moya y compuesta por más de sesenta músicos. El programa estuvo compuesto por

obras de George Gershwin, «la figura cumbre» del jazz sinfónico según la crítica. ³² Entre enero y febrero de 1956 se repitió varios días otro «Festival Gershwin», esta vez con el patrocinio directo de la ANTA, con el director Lee Everett, la pianista Philippa Schuyler, la soprano Anne Brown y la Orquesta Filarmónica. ³³

El éxito de estos conciertos de jazz, que llenaron los clubes y teatros, fue inesperado y abrumador, sobre todo si se compara su audiencia con la de otros recitales patrocinados por las instituciones norteamericanas en España: el concierto de la soprano Patricia Connor en el Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, en noviembre de 1952, no había logrado congregarse a suficiente público y, además, los fehacientes problemas logísticos habían motivado una severa crítica de Antonio Fernández-Cid a la organización. ³⁴ Escasos espectadores se dieron cita también en los siguientes recitales de la *Casa Americana*, como los de la *mezzosoprano* Leslie Frick, el tenor Edgardo Gierbolini, el pianista Norman Klekamp, el matrimonio Rabinoff, el barítono Gregory Simms, el pianista Daniel Abrams, el violinista Stanley Weiner y su pianista acompañante Edwin Biltcliffe, los pianistas Robert Mueller y Edward Mattos, y la soprano Helen Phillips. ³⁵

La aceptación del jazz en España animó, sin duda, a las autoridades norteamericanas a efectuar un esfuerzo económico aún mayor con el patrocinio de una de sus figuras internacionales más destacadas y polifacéticas, Lionel Hampton. Este vibrafonista, pianista, percusionista y líder de orquesta de Louisville, Kentucky, ha sido generalmente olvidado por los estudios sobre la relación del jazz con la propaganda norteamericana en la Guerra Fría. Sin embargo, puede considerarse a Hampton uno de los músicos más influyentes en la decisión del Departamento de Estado de patrocinar las giras de músicos de jazz como instrumento diplomático. Ya en una entrevista de enero de 1954, concedida al prestigioso crítico Nat Hentoff para la revista de jazz más importante del mundo, *Down Beat*,

Hampton tomó posición amistosa pero firmemente contra un conocido juicio del líder de orquesta Stan Kenton sobre las dificultades de la audiencia europea para asimilar la música negra.³⁶ Hampton, recién llegado de la que se calificó como la gira europea más exitosa de un *jazzman* norteamericano, señaló que en todos los lugares en los que había tocado el público de los conciertos era cada vez más numeroso, y que aquellos empresarios que «contrataban a las orquestas sinfónicas», al ver lo que sucedía, comenzaron a contratar a su banda. Tocó delante de doce mil personas en Estocolmo y en Berlín. La gente, continuaba Hampton, les decía: «Nos gusta vuestra música porque nos dais jazz. El jazz es la única forma artística verdadera que América puede presentar al mundo. Nosotros proporcionamos las sinfonías y los clásicos a la música, pero el jazz tenéis que darlo vosotros». Al año siguiente, *Down Beat* publicó que la gira europea de Hampton estaba siendo todavía más exitosa que la anterior. Había comenzado el 30 de octubre de 1955 con varios músicos nuevos, por el grave accidente de autobús de Hampton y toda su banda en New Mexico un mes antes,³⁷ y se extendió hasta diciembre. Después de algunos conciertos en Estados Unidos, Hampton volvió a Europa a principios de enero. En el curso de este periplo, tocó dos conciertos en Barcelona, la tarde y la noche del 19 de enero de 1956, en un Windsor Palace «a rebosar» y ante un auditorio entregado.³⁸

Fue precisamente a finales de 1955 cuando apareció en el *New York Times* el artículo de Félix Belair Jr., corresponsal del periódico en Estocolmo, que ha sido citado por Von Eschen y Davenport como inicio de la presión mediática para que el gobierno de Estados Unidos patrocinase las giras de los músicos de *jazz* como propaganda. El periodista describía el triunfo de estos conciertos en Europa y señalaba que:

El arma secreta de América es una *blue note* en modo menor. En este momento su embajador más efectivo es Louis (Satchmo) Armstrong [...] Esto no es una quimera de una recóndita *jam ses-*

sion. Es la meditada conclusión de unos cuantos americanos sensatos desde Moscú a Madrid. [...] Lo que muchos europeos no pueden entender es por qué el gobierno de Estados Unidos, con todo el dinero que se gasta en la llamada propaganda para promover la democracia, no usa más para financiar los viajes continentales de las orquestas de *jazz* y de los mejores exponentes de esta música. [...] El *jazz* americano se ha vuelto ahora un lenguaje universal. No conoce fronteras nacionales, pero todo el mundo sabe de dónde viene y dónde buscar más. [...] No hay una gran diferencia entre las mejores orquestas sinfónicas de los Estados Unidos y las de Europa, (...) pero nadie toca *jazz* como un americano.³⁹

El día de Año Nuevo de 1956, el mismo periódico destacó el éxito de la reciente gira de Louis Armstrong por Europa. Había transcurrido una semana desde la actuación del trompetista en Barcelona, y el diario neoyorquino se preguntaba: «¿Puede el *jazz hot* ganar la 'Guerra Fría' para Occidente?». La respuesta estaba clara: «Incluso aquéllos que admiran a Guy Lombardo dirían 'sí' a eso después de oír al hombre que [...] ha cautivado audiencias desde Noruega a España: Louis (Satchmo) Armstrong».⁴⁰ Cuando se publicó este artículo, el Departamento de Estado acababa de aprobar el patrocinio de varias giras de músicos de *jazz*, que comenzarían en la primavera de 1956. La prensa musical norteamericana declaró entusiasmada que «el sueño utópico de que el gobierno de los Estados Unidos pudiera algún día patrocinar oficialmente el *jazz* se ha vuelto una realidad».⁴¹ El retraso no era del todo cierto: meses antes, el Departamento de Estado y la ANTA habían seleccionado a *The Sauter-Finegan Band* para hacer una gira por Europa, Asia y Suramérica como parte de un programa de intercambio desde el 1 de septiembre. Una olvidada gira en la que esta orquesta de *jazz*, compuesta únicamente por músicos blancos, había interpretado el *Concerto for Jazz Band and Symphony Orchestra* de Rolf Liebermann con conjuntos sinfónicos locales.⁴²

En todo caso, la decisión del gobierno incluía en su propaganda por vez primera a las orques-

tas de *jazz* compuestas por afronorteamericanos, lo que también servía como medio de contrarrestar la imagen racista de Estados Unidos en general y de la administración Eisenhower en particular.⁴³ El comité que decidía los patrocinios optó preferentemente por músicos varones, rechazando a algunas mujeres, como Mary Lou Williams, que entonces eran ampliamente admiradas y conocidas en el mundo del *jazz*. Los resultados de las giras de los *jazzmen* se convirtieron en un asunto que preocupaba enormemente a los estadounidenses, tal y como se encargó de dejar claro la revista *Musical America* en un editorial de 1956.⁴⁴ Dicho artículo emplazaba al Estado norteamericano a centrar sus esfuerzos en la música popular, con el fin de promover cambios en la opinión pública internacional «desde abajo».

El efecto Hampton

La visita de Lionel Hampton a Madrid, patrocinada por la *Casa Americana* de la Embajada de Estados Unidos, tuvo lugar en este contexto artístico y político. El 10 de marzo de 1956 se publicó en el periódico *Arriba* una entrevista concedida por John Davis Lodge en la que el embajador norteamericano aseguraba que «las relaciones entre España y Estados Unidos son extremadamente cordiales», y «haré todo cuanto esté a mi alcance para asentar las excelentes relaciones que ya existen entre nuestros dos países».⁴⁵ Como si se tratara de una prueba inmediata de la buena voluntad norteamericana, los conciertos oficialmente financiados de Hampton se celebraron en Madrid el 14 y el 15 de marzo, dos semanas antes de que la banda de Gillespie inaugurara las giras de músicos de *jazz* patrocinadas por el Departamento de Estado.⁴⁶

Hampton había tocado el día 12 de marzo en «la aristocrática sala» del Windsor Palace de Barcelona, ofreciendo «un estallido de ‘jazz’ frenético, delirante e infatigable».⁴⁷ En Madrid, ni la nieve y las temperaturas bajo cero, ni algunos eventos cuya relevancia podía hacer que

muchos, por una mera cuestión económica, tuviesen que elegir (el concierto de la célebre soprano Elisabeth Schwarkopf, dos días antes, en el Teatro de la Comedia, y el clásico partido Real Madrid-Barcelona, en el estadio Santiago Bernabéu, tres días después), hicieron que la afluencia de público se resintiera. Antonio Fernández-Cid escribió:

El espectáculo es alucinante, al borde, a veces, de lo demencial, lindando con lo histérico y lo epiléptico, [...], pero extraordinario, lleno de fuerza, de atractivo, de seducción rítmica, de riqueza instrumental, de color y personalidad. [...] El palomar del Carlos III, en el que se apretaban juveniles filas de admiradores, parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro, que de él podían aterrizar en el patio de butacas los exaltados que, los brazos unidos en el aire, con gestos de boxeadores en triunfo, festejaban así el de su ídolo.⁴⁸

El éxito fue tan apoteósico que «a petición clamorosa», Hampton volvió a España en julio de aquel año para dar dos conciertos en Barcelona (días 13 y 14) y seis en Madrid (25, 26 y 27, dos sesiones por día). Parece que esta vez se trató de una iniciativa principalmente económica: algunos empresarios se vieron atraídos por la fascinación que el ya proclamado en España «Rey del *Jazz*» producía en el público. De hecho, el escenario de los primeros conciertos fue la Monumental, la conocida plaza de toros barcelonesa, con el fin de obtener una recaudación considerable, y se llevó a cabo una intensiva aunque poco cuidada campaña de publicidad. Algún que otro espectador debió sentirse decepcionado cuando vio que Hampton tocaba el xilófono y la batería, porque el anuncio del principal periódico de la Ciudad Condal había señalado erróneamente: «Menudo fuelle tiene Hampton cuando se pone a soplar. Arranca de la trompeta [¡!] unos ‘staccatos’ que arde el pelo».⁴⁹ Este apoyo fundamentalmente empresarial no implicó, sin embargo, una disminución del valor político de la gira. El concierto de Barcelona fue presentado por el embajador Lodge, que agradeció

a los músicos su contribución a la fraternidad hispano-norteamericana.

En Madrid, Hampton grabó un extravagante disco titulado *Jazz Flamenco*, distribuido con éxito en Estados Unidos y en España por la discográfica RCA-Victor.⁵⁰ El director de la división internacional de la RCA, Meade Brunet, declarado anticomunista, había constituido un año antes en Nueva York, junto a otros políticos y empresarios como el diplomático norteamericano Angier Biddle Duke y el influyente político y presidente de la división internacional de Coca-Cola, James A. Farley, la Junta de Comercio Hispano-Norteamericana, destinada a fomentar los intercambios mercantiles y financieros entre España y los Estados Unidos.⁵¹ Cuando la revista *Down Beat*, verdadero juez legitimador del jazz de su época, reseñó el álbum en sus páginas, el crítico señaló que «la importancia diplomática de la gira y del disco de Hampton excede indudablemente el valor de la música misma».⁵²

A este respecto, cabe señalar la creciente relevancia de las grabaciones sonoras en la difusión del jazz en España. El nuevo marco diplomático y económico de los Pactos de Madrid facilitó la definitiva instalación en España de las discográficas norteamericanas más importantes. Por un lado, antes de 1953 había sido prácticamente imposible la importación de equipos de grabación, debido a las regulaciones arancelarias autárquicas, y este problema sólo se solventaría paulatinamente. Por otro, las restricciones regulares de energía eléctrica en la España de principios de los años cincuenta (Madrid, por ejemplo, contaba con racionamiento tres días a la semana) habían disuadido a muchos sellos de instalarse en el país. A principios de 1953, la única gran discográfica internacional que operaba en el mercado español era el sello británico EMI, por medio de su subsidiaria Compañía del Gramófono-Odeón. No debe despistar, como sucede a menudo, la presencia del sello Columbia, una discográfica independiente de

Barcelona que no tenía nada que ver con la Columbia norteamericana (CBS).

Los acuerdos de 1953 implicaron cambios materiales, pero éstos fueron considerablemente lentos; sin embargo, hay que tener en cuenta también que, más allá de esas transformaciones progresivas, establecieron un clima de confianza y una mejora de expectativas de las empresas sobre el crecimiento económico español mucho más inmediatos.⁵³ Pocos días después de la firma, la compañía RCA-Victor rubricó un contrato con los responsables del Régimen para instalarse en Madrid (con el nombre «RCA»). Su objetivo era que su planta estuviera funcionando a principios de 1954. Por delante tenía una tarea compleja y, como se revelaría más tarde, sumamente decisiva para la música en España: distribuir el nuevo disco de vinilo de 7 pulgadas y 45 rpm (el «single» o «sencillo», comercializado por RCA desde 1949, que luego se convertiría en soporte predilecto del *rock'n'roll*), así como los aparatos capaces de reproducirlo, y a continuación las principales grabaciones de sus estrellas, desde las bandas de *swing* de Benny Goodman y Glenn Miller a los *crooners* como Perry Como y Eddie Fischer.⁵⁴ La iniciativa de RCA resultó contagiosa: dos semanas después, la rama norteamericana de la discográfica británica Decca llegó a un acuerdo con Unión Musical Española para utilizar los estudios de la empresa española en Madrid.⁵⁵

El éxito de Hampton en directo y en disco convenció a la USIA de la importancia diplomática de la música popular norteamericana en España. Pocos meses después, John T. Reid, Agregado Cultural de la Embajada de los Estados Unidos, informaba a Antonio Villacieros, Director General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, de «la próxima visita a España de la *U.S. Army Field Band*, la cual tiene proyectado dar una serie de conciertos por varios puntos de España». Reiteraba que todos los gastos corrían a cargo del Departamento de Estado norteamericano

y detallaba las diferentes fechas y lugares de las actuaciones: San Sebastián, 28 de mayo; Sevilla, 2 de junio; Madrid, 4 de junio; Zaragoza, 6 de junio; y Barcelona, 7 de junio.⁵⁶ Llegado el momento, se mantuvieron las ciudades programadas y se le añadió Granada.⁵⁷ La banda, formada por más de un centenar de músicos, creó una enorme expectación, favorecida por la entrada gratuita (en algunos casos, con invitación).⁵⁸ En Madrid, los periódicos anunciaron el 30 de mayo los cinco despachos en los que se podían conseguir invitaciones para el concierto del 5 de junio en la plaza de toros de Las Ventas; dos días después, un comunicado de la Embajada de Estados Unidos a la prensa informó que las entradas se habían agotado.⁵⁹ El programa estuvo compuesto por marchas, bandas sonoras cinematográficas, fragmentos de operetas y jazz. Fue precedido por unas palabras del embajador Lodge con las que expresó «la alegría de poder ofrecer a todos los sectores del pueblo madrileño el mensaje musical de tan viva significación popular que representa la visita de la banda estadounidense», «vehículo de la mejor amistad», y de los himnos de España y Estados Unidos «escuchados por el público puesto en pie y acogidos con grandes aplausos».⁶⁰ Esta «calurosa y franca simpatía» hacia Norteamérica y su cultura evidenciaba un cambio sustancial en las adhesiones políticas públicas desde la Segunda Guerra Mundial. El 5 de octubre de 1940, el mismo coso de Las Ventas había asistido a una manifestación popular de exaltado fascismo y antinorteamericanismo con motivo del concierto de la Banda Militar Alemana, «en atención a los vivos vínculos de amistad entre la Alemania de Hitler y la España de Franco».⁶¹ El acto de 1957, por el contrario, fue un claro precedente de las demostraciones populares de júbilo durante la visita del presidente Eisenhower, el 21 de diciembre de 1959, que refrendó simbólicamente el espaldarazo norteamericano a la dictadura española.

Varios acontecimientos y procesos jalonan el trienio 1959-1961 como período de

profundos cambios en las relaciones hispano-norteamericanas y en la recepción del jazz en España. En primer lugar, en aquellos años quedaron terminadas y operativas las bases militares norteamericanas en suelo español proyectadas en los acuerdos de 1953. Por un lado, sus emisoras comenzaron a radiar programas diarios de jazz en frecuencia modulada; por otro, las bases sirvieron como escenario para la actuación de célebres orquestas, músicos y cantantes que, una vez en Madrid o en Sevilla, podían ser contratados por los clubes de jazz de varias ciudades por sumas que ya no incluían el viaje transatlántico. En segundo lugar, algunas de las discográficas norteamericanas (Vanguard, Reprise, Seeco, Capitol) que entonces controlaban parte del llamado «jazz moderno», el *bebop* y sus derivados, se establecieron en España o firmaron convenios de distribución con sellos españoles, y el catálogo seguiría en aumento en los años siguientes. Por último, este trienio marcó el abandono de la política económica autárquica y los primeros efectos del nuevo programa de reforma económica, el Plan de Estabilización, que sentó las bases para una economía de libre mercado y la difusión en España de una cultura del ocio. Por todo ello, los años sesenta deberían ser objeto de un análisis específico, que excede los límites de este artículo.⁶²

Conclusión

España fue uno de los objetivos de la propaganda musical emprendida por los Estados Unidos para mejorar su imagen exterior y ganar adeptos en el mundo bipolar de la Guerra Fría, que utilizó el jazz como expresión representativa de la cultura norteamericana. De hecho, el jazz formó parte de los conciertos financiados por las instituciones norteamericanas en España desde 1953, mucho antes del inicio de las giras internacionales de *jazzmen* patrocinadas por el Departamento de Estado. Para constatar esto es necesario ir más allá de los informes

generados desde el gobierno y las agencias estadounidenses, y tener en cuenta tanto las actividades de las instituciones norteamericanas en España como la opinión de la prensa y de los oyentes españoles. Como en cualquier proceso informativo, en la propaganda median un conjunto de categorías, experiencias y condiciones materiales de acogida que a menudo adaptan o alteran su significado y alejan las iniciativas e intenciones originales de sus efectos.

Varios de los conciertos que el Departamento de Estado subvencionó en España desde 1953 como representación de la música «clásica» estadounidense fueron identificados como «jazz» por los medios y el público, lo que influyó decisivamente en su favorable recepción y en las

decisiones posteriores de las instituciones norteamericanas. Por el contrario, la serie de giras oficiales iniciada en la primavera y el verano de 1956, que supuso un hito en la diplomacia cultural estadounidense, no tuvo una gran incidencia en la difusión del jazz en España en la segunda mitad de los años cincuenta. La importancia de aquellos viajes, que han sido considerados prácticamente un punto de partida en el jazz como propaganda exterior por musicólogas como Penny Von Eschen o Lisa Davenport y por historiadores como Kenneth Osgood, debería relativizarse a la hora de estudiar la presencia del jazz como diplomacia norteamericana en España y acaso en buena parte de la Europa occidental.

Giras musicales y conciertos de músicos estadounidenses celebrados en España en los años cincuenta que contaron con el patrocinio del Estado norteamericano. Fuentes: NARA RG 59, 84 Y 306, AMAE R., prensa española y norteamericana.

Solista o agrupación	Fechas
New York City Ballet	Abril-mayo de 1952
Patricia Connor (soprano)	Noviembre de 1952
Leslie Frick (mezzosoprano)	Marzo de 1953
Banda del portaaviones «Coral Sea» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Junio de 1953
Orquesta de jazz del portaaviones «Franklin Roosevelt» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Septiembre de 1953
Benjamin Grosbayne (director de orquesta)	Enero de 1955
Everyman Opera Inc. (Compañía de la ópera <i>Porgy and Bess</i> , de George Gershwin)	Febrero de 1955
Orquesta Nacional Sinfónica de Jazz	Marzo de 1955
Philadelphia Orchestra (director: Eugene Ormandy) Solista: William Warfield (cantante)	Mayo-junio de 1955
Edgardo Gierbolini (tenor)	Noviembre de 1955
Norman Klekamp (pianista)	Diciembre de 1955
Sylvia Rabinoff (violinista) y Benno Rabinoff (pianista)	Enero de 1956
Gregory Simms (barítono)	Enero de 1956

Orquesta Sinfónica de Jazz Lee Everett (director de orquesta) Philippa Schuyler (pianista), Anne Brown (cantante)	Enero-febrero de 1956
Daniel Abrams (pianista)	Febrero de 1956
Lionel Hampton (músico de jazz)	Marzo de 1956
Robert Shaw Chorale and Orchestra	Abril de 1956
Joseph Schuster (violonchelista) y Richard Tetley-Cardos (pianista)	Abril de 1956
Leopold Stokowski (director de orquesta)	Mayo de 1956
Robert Mueller (pianista)	Octubre de 1956
Fisk Jubilee Singers	Octubre de 1956
Helen Phillips (soprano)	Febrero de 1957
Stanley Weiner (violinista) y Edwin Biltcliffe (pianista)	Febrero de 1957
Edward Mattos (pianista)	Mayo de 1957
Cleveland Orchestra (director: George Szell)	Mayo de 1957
Mario Braggiotti (pianista)	Mayo-junio de 1957
U.S. Army Field Band	Mayo-junio de 1957
Edith Stearns (pianista)	Mayo de 1959
Banda de música del portaaviones «Essex» (VI Flota de la Marina de los EEUU)	Noviembre de 1959

NOTAS

- ¹ Este artículo se ha elaborado en el marco del proyecto de investigación «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá). Agradezco encarecidamente a Pablo León Aguinaga y a Lorenzo Delgado, editores del monográfico, su atenta lectura y sus valiosas sugerencias.
- ² MARLIN, Randal, *Propaganda and the Ethics of Persuasion*, Peterborough, Broadview, 2002, pp. 22 y 95.
- ³ BEAL, Amy C., «Negotiating Cultural Allies: American Music in Darmstadt, 1946-1956», *Journal of the American Musicological Society*, 53 (2000), pp. 105-39; CARROLL, Mark, *Music and Ideology in Cold War Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003; McCLARY, Susan, «Terminal Prestige: The Case of Avant-Garde Music Composition», *Cultural Critique*, 12 (1989), pp. 57-81.
- ⁴ KOFISKY, Frank, «Black Music: Cold War 'Secret Weapon'», en *Black Nationalism and the Revolution in Music*, Nueva York, Pathfinder Press, 1970, pp. 109-121.
- ⁵ CARR, Graham, «Diplomatic Notes: American Musicians and Cold War Politics in the Near and Middle East, 1954-1960», *Popular Music History* 1/1 (2004), pp. 37-63;

- DAVENPORT, Lisa E., *Jazz Diplomacy: Promoting America in the Cold War Era*, Jackson, University Press of Mississippi, 2009; VON ESCHEN, Penny M., *Satchmo Blows Up the World: Jazz Ambassadors Play the Cold War*, Cambridge, Massachusetts & Londres, Harvard University Press, 2004.
- ⁶ POIGER, Uta G., *Jazz, Rock and Rebels: Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, 2000.
- ⁷ IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados: El jazz y la propaganda franquista de la Segunda Guerra Mundial a la Guerra Fría», en CABANA IGLESIA, Ana, LANERO TÁBOAS, Daniel y SANTIDRIÁN ARIAS, Víctor Manuel (eds.), *VII Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2010, pp. 529-540.
- ⁸ DELGADO, Lorenzo, «Las relaciones culturales entre España y Estados Unidos, de la Guerra Mundial a los Pactos de 1953», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25 (2003), p. 50.

- ⁹ «Casals Rejects United Nations Invitation», *Musical America* (15-XII-1951), p. 29.
- ¹⁰ DELGADO, Lorenzo, «Cooperación cultural y científica en clave política: 'Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España'», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*, Madrid, CSIC, 2005, pp. 207-243.
- ¹¹ LEÓN AGUINAGA, Pablo, «Los canales de la propaganda norteamericana en España, 1945-1960», *Ayer*, 75/3 (2009), pp. 133-158.
- ¹² OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, KS, University Press of Kansas, 2006, p. 225.
- ¹³ «Conciertos de música grabada en la Casa Americana», *ABC (Sevilla)* (9-III-1951).
- ¹⁴ LEÓN AGUINAGA, Pablo, *El cine norteamericano y la España franquista: relaciones internacionales, comercio y propaganda*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008, p. 186.
- ¹⁵ IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados», *ob. cit.*, p. 531; «Casino Fin de Semana de Radio Madrid: Emisiones de Jazz», *Ritmo*, 215 (1948), p. 19.
- ¹⁶ KODAT, Katherine Gunther, «Dancing Through the Cold War: The Case of *The Nutcracker*», *Mosaic*, 33/3 (2000), p. 7.
- ¹⁷ MORAL, Miguel, «El 'New York City Ballet', en el Liceo de Barcelona», *Ateneo*, 10 (7-VI-1952), pp. 6-7.
- ¹⁸ «El enorme bagaje de 'Porgy and Bess'», *La Vanguardia Española* (2-II-1955); ARCO, Manuel del, «Mano a mano: Gloria Davy», *La Vanguardia Española* (3-II-1955).
- ¹⁹ «Philadelphia Ork to Tour Europe», *Down Beat* (6-IV-1955). En diciembre de 1959, en la convención anual de la *National Association of Concert Managers* celebrada en Nueva York, Walfield hizo memoria de aquellas giras y pidió a los artistas norteamericanos que no olvidaran su influencia como embajadores norteamericanos en los países que visitaran: «Concert Managers Discuss Cultural Exchange Program», *Musical America* (1-I-1960), p. 5.
- ²⁰ «Coral norteamericana, a Madrid y Barcelona», *La Vanguardia Española* (21-IV-1956).
- ²¹ «Leopold Stokowski», *Arriba* (9-V-1956).
- ²² «Cleveland Orchestra to Tour Europe», *Musical America* (1-XII-1956), p. 32; «The Cleveland Orchestra», *ABC (Madrid)* (5-V-1957). Más tarde, aquel mismo mes, actuó también en Barcelona.
- ²³ «Cleveland Tour Raises Prestige of Midwest», *Musical America*, agosto de 1957, p. 26.
- ²⁴ IGLESIAS, Iván, «Improvisando aliados», *ob. cit.*, pp. 535-540.
- ²⁵ FERNÁNDEZ ZANNI, Urbano, «Estreno de 'El clarinete mágico'», *La Vanguardia Española* (3-V-1952).
- ²⁶ Sobre este tema resultan imprescindibles: BORTELS-MANN, Thomas, *The Cold War and the Color Line: American Race Relations in the Global Arena*, Cambridge, MA, & Londres, Harvard University Press, 2001; DUDZIAK, Mary L., *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- ²⁷ «Status of the United States Programs for National Security as Part 6 of the USIA Program», 30-VI-1955, *FRUS*, 1955-1957, vol. IX, p. 533.
- ²⁸ VON ESCHEN, Penny Marie, *ob. cit.*, pp. 255-256.
- ²⁹ MASSIP, José María, «ABC en Washington: Pese al viaje de Kruschef, quedan en pie mil problemas», *ABC (Madrid)* (5-VIII-1959).
- ³⁰ «Concierto en San Baudilio de Llobregat», *La Vanguardia Española* (26-VI-1953).
- ³¹ «Concierto de la Banda del Roosevelt en Granollers», *La Vanguardia Española* (12-IX-1953).
- ³² FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «La Orquesta Nacional de Jazz Sinfónico», *ABC (Madrid)* (23-III-1955).
- ³³ FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «La Filarmónica y su 'Festival Gershwin' del Monumental», *ABC (Madrid)* (11-I-1956).
- ³⁴ FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Presentación de la cantante norteamericana Patricia Connor en el Ramiro de Maeztu», *ABC (Madrid)* (7-XI-1952).
- ³⁵ IGLESIAS, Antonio, «Madrid Season Revolves Around Weekly Concerts of Orquesta Nacional», *Musical America* (1-I-1954), p. 25; *Id.* «Stokowski Conducts in Madrid», *Musical America* (15-XI-1956), p. 29; *Id.* «Concerts and Recitals Performed in Madrid», *Musical America* (1-XI-1957), p. 24.
- ³⁶ HENTOFF, Nat, «Hamp Europe Impressions Differ From Stan Kenton's», *Down Beat* (27-I-1954), pp. 1 y 12. Las siguientes citas son de la misma entrevista.
- ³⁷ FEATHER, Leonard, «Crackup Was Close Shave, But Hamp's Still Leaping», *Down Beat* (22-II-1956), p. 13.
- ³⁸ LLAUDER, Manuel R. de, «Lionel Hampton y su orquesta alcanzaron un éxito desbordante en el Windsor Palace, bajo los auspicios del 'Hot Club' y 'Club 49'», *El Noticiero Universal* (20-I-1955).
- ³⁹ «America's Secret Weapon is a blue note in a minor key. Right now its most effective ambassador is Louis (Satchmo) Armstrong. [...] This is not a pipedream of a backroom jam session. It is the studied conclusion of a handful of thoughtful American from Moscow to Madrid. [...] What many Europeans cannot understand is why the United States Government, with all the money it spends for so-called propaganda to promote democracy, does not use more of it to subsidize the continental travels of jazz bands and the best exponents of the music. [...] American jazz has now become a universal language. It knows no national boundaries, but everybody knows where it comes from and where to look for more. [...] There is not a wide difference between the best symphony orchestras of the United States and Europe, [...] but nobody plays jazz like an American». BELAIR, Félix Jr., «United States Has Secret Sonic Weapon-Jazz», *New York Times* (6-XI-1955).
- ⁴⁰ «Europe Likes Jazz, Armstrong Reports», *New York Times* (1-I-1956).
- ⁴¹ «U.S. Government to Send Jazz as Its Ambassador», *Down Beat* (28-XII-1955), p. 6.
- ⁴² «S-F Foreign Tour, Culture Kick Set», *Down Beat* (1-VI-1955), p. 4.
- ⁴³ DAVENPORT, Lisa E., *Jazz Diplomacy*, *ob. cit.*; KOFISKY, Frank, «Black Music», *ob. cit.*
- ⁴⁴ «Reform from the Bottom», *Musical America* 76/9 (julio de 1956), p. 4.
- ⁴⁵ «Las relaciones entre España y Estados Unidos son extremadamente cordiales», *Arriba* (10-III-1956).

- ⁴⁶ «Gillespie Tour for State Department», *Down Beat* (22-II-1956), p. 7; «Dizzy Names Touring Band», *Down Beat* (7-III-1956), p. 7.
- ⁴⁷ LLAUDER, Manuel R. de, «Vibrante reaparición de Lionel Hampton y su Orquesta, ofrecida por el 'Hot Club' y 'Club 49'», *El Noticiero Universal* (13-III-1956). Véase también: «Apoetéusico triunfo de Lionel Hampton y su jazz», *Arriba* (13-III-1956).
- ⁴⁸ FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Presentación de Lionel Hampton y su Orquesta en el Carlos III», *ABC (Madrid)* (15-III-1956).
- ⁴⁹ «Plaza de Toros Monumental: Lionel Hampton», *La Vanguardia Española* (12-VII-1956).
- ⁵⁰ LIONEL HAMPTON AND HIS BAND, *Jazz Flamenco*. 1956. RCA Victor, LP 12» LPM 1422; LIONEL HAMPTON CON SU ORQUESTA Y SU QUINTETO «FLAMENCO FIVE», *Jazz Flamenco*. 1956. LP 33 1/3. RCA 3LI2015.
- ⁵¹ «Intercambio comercial hispano-norteamericano», *ABC (Madrid)* (31-III-1955).
- ⁵² «Lionel Hampton: Jazz Flamenco», *Down Beat* (30-V-1957), p. 24.
- ⁵³ CALVO, Óscar. «¡Bienvenido, Mister Marshall! La ayuda económica americana y la economía española en la década de 1950», *Revista de Historia Económica*, 19 (2001), pp. 253-275.
- ⁵⁴ «Italy, Spain to Get Plain RCA Label», *Billboard* (3-X-1953).
- ⁵⁵ HOROWITZ, Israel. «Decca Records in Spain: US Firms Active in Iberian Diskings», *Billboard* (17-X-1953).
- ⁵⁶ U.S. Army Field Band. *Conciertos en España*, Documentación de la Casa Americana, Madrid, 20-III-1957, AMAE, R. 4775, p. 7.
- ⁵⁷ «Una banda militar norteamericana en España», *Arriba* (30-V-1957).
- ⁵⁸ «Concierto en Sevilla», *El Alcázar* (5-VI-1957).
- ⁵⁹ «El concierto de la Banda Militar norteamericana», *Arriba* (1-VI-1957).
- ⁶⁰ FRANCO, Enrique, «La Banda Militar de Columbia (Washington) actuó en la plaza de Las Ventas», *Arriba* (6-VI-1957); FERNÁNDEZ-CID, Antonio, «Actuación de la Banda del Ejército de EE UU en Madrid», *ABC (Madrid)* (6-VI-1957).
- ⁶¹ «Concierto de música militar alemana», *ABC (Madrid)* (3-X-1940). Para un estudio de las relaciones entre el discurso oficial sobre el jazz y la práctica musical en España durante la etapa «fascistizada» de la dictadura, véase: IGLESIAS, Iván. «(Re)Construyendo la identidad musical española: El jazz y el discurso cultural del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial», *Historia Actual*, 23 (2010), pp. 119-135.
- ⁶² Ese periodo, hasta 1968, aparece analizado en detalle en: IGLESIAS, Iván, *Improvisando la modernidad: El jazz y la España de Franco, de la Guerra Civil a la Guerra Fría (1936-1968)*, Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, 2010.





instituto de estudios NORTEAMERICANOS

Año XV

October 23 - 29, 1972

Núm. 478

VIAJES A USA

Programas
para
estudiantes
que deseen
visitar y
conocer los
Estados Unidos.

Información
en este
número del
«7 Días»



¿«MISIONEROS DE LA AMERICANIDAD»? PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS AMERICAN STUDIES EN ESPAÑA, 1969-75

Francisco Javier Rodríguez Jiménez
George Washington University

Hasta hace poco, los americanos habían llegado a Europa como estudiantes. Algunos lo habían hecho como apasionados peregrinos al estilo de Henry James; otros, siguiendo las formas más irreverentes de Mark Twain. Pero en cualquiera de los casos, habían venido como inocentes a tierra extraña. Pero nosotros, ahora, no venimos a estudiar vuestra cultura, sino a daros a conocer la nuestra. Francis O. Matthiesen, Salzburg Seminar, 1947¹

Los 'American Studies' son entendidos como un esfuerzo por construir un entendimiento y comprensión sistemática de América y su civilización, como un todo homogéneo; con especial atención a los campos –geografía humana, historia, ciencia política, derecho, religión, inglés y literatura– que constituyen su cultural nacional.²

Introducción

La Guerra Fría no se limitó a la confrontación en los planos militar y económico, la disputa ideológico-cultural entre Washington y Moscú también fue intensa. Fueron muchos los que como el historiador y crítico literario estadounidense Francis O. Matthiesen, no querían ser por más tiempo *innocents abroad*, sino que pretendían reivindicar sus creaciones artísticas y sus productos culturales. Intelectuales, profesores universitarios, hombres de negocios y periodistas americanos viajaron al otro lado del Atlántico como «misioneros de la americanidad»,³ como paladines del modelo estadounidense de valores, instituciones y creencias. Fueron, efectivamente, muchos, pero no tantos como algunas visiones maniqueas de aquel conflicto bipolar han querido ver.⁴ Tampoco fueron todos disciplinados y sumisos peones de una engrasada maquinaria de propaganda cultural americana; ni todos los proyectos de enseñanza del inglés y de la cultura americana en el exterior fueron

«maquinaciones perversas», «punta de lanza del Imperio», aunque así fuesen percibidos en ciertos contextos.⁵ Hubo por el contrario lugar para el desencuentro, también para el choque de intereses públicos y privados.⁶ Ni que decir tiene que en el campo soviético tenía lugar un «reclutamiento» similar. Moscú echaba mano a su vez de lo más granado de su *intelligentsia* para mostrar al resto del mundo la superioridad de las artes y las letras soviéticas con respecto a las estadounidenses.⁷

En Estados Unidos, por su parte, el *American Studies Movement* llevaba desde la década de los años veinte intentando dar cuerpo y consistencia a los *American Studies*, entendiéndose éstos como el estudio de la Literatura, la Historia, la Ciencia Política, el Derecho y la Economía estadounidenses, o cualquier otra materia capaz de transmitir algún aspecto de la «americanidad». Todo ello –como apunta la segunda cita de cabecera– con una visión de conjunto y un enfoque interdisciplinar. Tal esfuerzo por promocionar las Humanidades y las Ciencias Sociales

made in USA se vio pronto envuelto en un clima de nacionalismo cultural.⁸ Uno de los objetivos de aquel movimiento era librar a aquellas materias del extendido prejuicio de que no eran más que subproductos o apéndices sin calidad de la cultura anglosajona.⁹ Poco después, las iniciativas dirigidas a promover la enseñanza y difusión en el exterior de los *American Studies* se superpusieron, a su vez, con la campaña lanzada por Eisenhower para ganar las «mentes y los corazones» de los europeos.¹⁰

Pese a contar con el apoyo de su gobierno y de importantes iniciativas privadas,¹¹ el camino de los que como Francis Matthiesen quisieron reivindicar la calidad de las Humanidades y Ciencias Sociales estadounidenses no iba a resultar sencillo. En parte, porque los propios estadounidenses sufrían una especie de complejo de inferioridad respecto a sus parientes del Viejo Continente, supuestamente más cultivados.¹² En parte, porque no pocos intelectuales europeos llevaban tiempo vanagloriándose de la pretendida superioridad de la cultura europea con respecto a la «zafia» y de «segunda clase» cultura americana.¹³

El desenlace de la Segunda Guerra Mundial hizo que el panorama comenzase a cambiar en el bloque europeo occidental, si bien a un ritmo más lento de lo que se esperaba por parte americana. Una serie de problemas —rigidez curricular, dependencia y escasez de los fondos estadounidenses o la persistencia del antiamericanismo cultural— ralentizaron la promoción de los *American Studies* en las aulas europeas.¹⁴ Lentitud que no se puede atribuir a la falta de interés en promocionarlos por parte de la diplomacia cultural estadounidense. De hecho, en algún informe de los años sesenta incluso se consideró a los *American Studies* como la «piedra angular de la diplomacia cultural estadounidense en Europa Occidental».¹⁵ La evolución de tales disciplinas estuvo, pues, mediatizada por lo ocurrido en el Viejo Continente después de 1945 y fue más o menos fructífera dependiendo de diversos factores y contextos. Como señala-

ba con cierto sarcasmo uno de los americanistas británicos más reputados, Harry Allen: «Hitler nos convirtió a todos en americanistas».¹⁶ Tal tendencia, receptiva pero no entusiasta, fue perceptible entre los Pirineos y el Elba, donde los americanos fueron recibidos como libertadores del yugo nazi.

¿Cuál fue la situación en España, donde los antecedentes fascistas apenas disimulados del régimen de Franco crearon una situación de partida muy diferente? Hasta finales de la década de los años sesenta, la progresión de los *American Studies* en los planes de estudio españoles había sido bastante deficitaria. Tan sólo la enseñanza del inglés y materias como la Sociología o la Economía —tributarias en gran medida de las tendencias y métodos procedentes de los campus americanos— gozaban de buena salud.¹⁷ Situación que se producía a pesar de la importancia concedida por los agentes diplomáticos estadounidenses a que los *American Studies*, en su conjunto, se consolidasen en los currículos españoles:

En España, dada las trabas que impone el Régimen para que podamos contactar con la oposición e incluso con los estudiantes universitarios, la *United States Information Service* difunde sus objetivos [evolución paulatina hacia un sistema político más democrático] bajo la pantalla «*American Studies*», cubriendo así nuestras actividades culturales y propagandísticas a todos los niveles.¹⁸

Los *Cultural Affair Officers* (CAO) estadounidenses destinados en la Península Ibérica se mostraron preocupados porque los Estudios Norteamericanos no acabasen de despegar, a pesar de los esfuerzos y energías empleadas... La avanzada edad del dictador y la necesidad de preparar el posfranquismo aconsejaban la intensificación de lazos de empatía y *mutual understanding* con la sociedad española, en especial con su comunidad universitaria. A tal efecto, la promoción de la Literatura, la Historia o la Ciencia Política americanas encajaba con la dinámica de adoptar un perfil bajo y de largo

alcance que venía aplicando la diplomacia pública de aquel país en España, como la vía menos conflictiva para no renunciar a la colaboración del régimen de Franco, pero procurando a la vez marcar distancias con el mismo. Es lo que venía a calificarse como «actuar con flexibilidad evitando compromisos contraproducentes», lo que incluía tanto a la dictadura como a sus detractores. Los *American Studies* se adaptaban perfectamente a esa estrategia de persuasión para ir calando en la sociedad española, aprovechando los recursos del denominado «poder blando».¹⁹

Los intercambios educativos hispano-estadounidenses y el Programa Fulbright

A la altura de 1969, las relaciones políticas hispano-norteamericanas no pasaban por su mejor momento. Desde hacía unos años, el Ministerio de Asuntos Exteriores, con Fernando María Castiella a la cabeza, se había propuesto desarrollar una política de mayor firmeza frente al «amigo americano». La renovación de los «Acuerdos de las Bases» —después del cierre en falso de 1963— estaba dilatándose más de lo esperado.²⁰ Simultáneamente, José Luis Villar Palasí, ministro de Educación, junto con su mano derecha Ricardo Díaz Hochleitner, daban a conocer el denominado *Libro Blanco de la Educación*.²¹ Un ambicioso proyecto de reforma educativa que pretendía, entre otros objetivos, la actualización de las estructuras académicas a los nuevos tiempos, así como la renovación de conocimientos entre el profesorado universitario.²²

La colaboración de Estados Unidos se consideró clave para la formación de investigadores y profesores universitarios en el extranjero que contemplaba aquella reforma educativa. En el proyecto inicial del Ministerio se manejaban unas cifras muy elevadas de aportación exterior, en torno a 8 millones de dólares anuales, que serían sufragados en parte por el gobierno norteamericano, en parte por instituciones como el Banco Mundial o la *Ford Foundation*.²³ Un monto

total que —comparado con los 55.000 dólares que, por ejemplo, recibió el Programa Fulbright en su primer año de funcionamiento, 1959-60, o los 400.000 con que se financió el curso 1963-64, máxima cantidad de la década—, se esperaba permitiese un importante salto adelante. Tal cooperación en materia educativa era entendida por parte española como un posible *quid pro quo* de la presencia militar estadounidense en el país. En pocas palabras: los diplomáticos españoles querían que los americanos sufragasen buena parte de la formación en el extranjero prevista en la reforma educativa ideada por Villar Palasí y Díaz Hochleitner, como contrapartida a los privilegios militares de que disfrutaban en España.²⁴

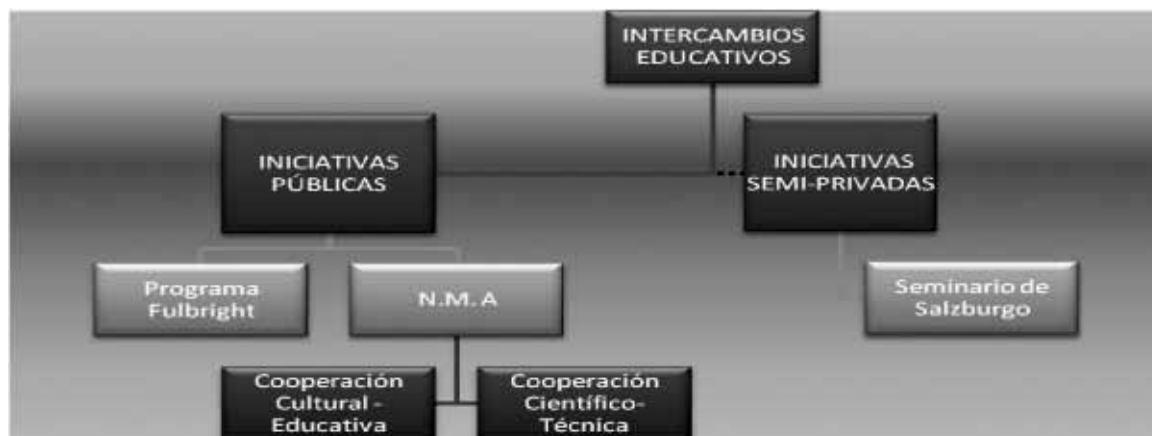
La aportación final estadounidense fue bastante modesta, si se coteja con las sumas bajadas al principio. Los *Non Military Agreement* (NMA) —nombre que se dio a las partidas para cooperación educativa y científica del Acuerdo firmado entre España y Estados Unidos en agosto de 1970— serían financiados con cerca de 3 millones de dólares anuales durante un periodo total de cuatro años. Su puesta en marcha se demoró, no obstante, hasta el curso 1973-74. Por otro lado, conviene precisar que los NMA se dividieron en dos ramas: NMA-Científico-Técnico y NMA-Cultural-Educativo. El primero recibió la parte más cuantiosa, unos 2 millones de dólares anuales, contribuyendo a sufragar proyectos de uso civil de la energía atómica, piscifactorías, tecnología industrial, etc. El otro —Cultural-Educativo— fue financiado con 1.600.000 dólares en los cursos académicos 1973-74 y 1974-75, y con 2 millones durante los siguientes 1975-76 y 76-77; y permitió la financiación de proyectos en biología molecular, servicios técnicos de información, formación del personal de la administración pública, enseñanza del inglés, etc.

El NMA-Científico-Técnico fue gestionado directamente por varios ministerios españoles, mientras que la gestión del NMA-Cultural-Educativo corrió a cargo de la Comisión Fulbright-España (CFE), encargada a su vez del programa de becas con dicho nombre. No sorprende

pues que exista, todavía hoy en día, una cierta confusión entre los dos últimos.²⁵ El organigrama siguiente trata de poner algo de orden al respecto.

En cualquier caso, y para el tema que nos ocupa de los *American Studies*, el NMA-Cultural Educativo estuvo más orientado a facilitar la

do pautas estadounidenses— podría permitir que se desarrollasen, con más fortuna que hasta entonces, los *American Studies*. Hay que recordar que la rigidez curricular de los planes de estudio españoles, la escasez de medios, la falta de compromiso por parte de las autoridades, y la escasa consideración que se tenía de la Ameri-



Organigrama n.º 1: Intercambios educativos hispano-estadounidense en el tardofranquismo

Fuente: «Archivo Comisión Fulbright España..Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)

formación de profesores españoles de Ciencias: Química, Medicina o Biología, que de Letras: Ciencia Política, Historia, Sociología, o Literatura norteamericanas. Excepción hecha de algún proyecto financiado a través del mismo que sí ayudó a la modernización y actualización de la Sociología o la Economía españolas. Fue el caso, por ejemplo, del *Lasuen Project* a través del cual comenzaron a venir profesores estadounidenses de dichas áreas a la Universidad Autónoma de Madrid.²⁶ A continuación veremos si los recursos dedicados al Programa Fulbright tuvieron esa misma orientación, favorable a las Ciencias.

En febrero de 1969, la CFE mostraba su entusiasmo por las propuestas de modernización educativas recogidas en el *Libro Blanco*. Se esperaba que la nueva legislación permitiese una más estrecha colaboración con el Ministerio de Educación, lo que junto a la renovación docente y pedagógica prevista —en buena medida siguien-

can High Culture en el país, habían obstaculizado la consolidación de los Estudios Norteamericanos en España en la década de los sesenta que por entonces concluía. Ahora, puesto que se entendía que la enseñanza del inglés ya estaba en la senda adecuada hacia su consolidación, era necesario: «potenciar los recursos de *American Studies* disponibles en España a través de la concesión de becas a estudiantes e investigadores españoles para que completen su formación en Estados Unidos y asimismo facilitar la venida de docentes estadounidenses de dicha área de estudios».²⁷

A diferencia de situaciones anteriores, en esta ocasión la CFE recogía de manera explícita el objetivo americano de fomentar los Estudios Norteamericanos en las aulas universitarias españolas. Hasta entonces, los *Annual Reports* hablaban de equilibrar el deseo español de contar con más Ciencias y *know-how* estadounidenses

y el de Washington de aprovechar aquel canal de intercambios educativos para animar el despegue definitivo de las Humanidades y Ciencias Sociales *made in USA*. Decimos hablaban, porque en la práctica, y salvo un momento inicial de aparente equilibrio, la Comisión Fulbright había aportado más dinero para los intercambios en los ámbitos de las Letras que en los de las Ciencias.²⁸

Por esas mismas fechas, el Programa Fulbright en España sufría un severo recorte presupuestario. La aportación americana para el curso 1969-70 fue de tan sólo 70.000 dólares; cifra bastante reducida en comparación con los 200.000 del año precedente, y nada que ver con los 400.000 de 1963-64. Eso hizo que la corriente de intercambios transatlánticos se redujese a 34 becarios Fulbright españoles y 27 estadounidenses en el curso 1969-70, frente a los 73 y 97 respectivamente del curso 1963-64. Por su parte, el gobierno español no participó en la financiación de dicho programa hasta el curso 1968-69, cuando apenas aportó 75.000. La sequía de fondos puso en cuestión la propia continuidad del programa a finales de los sesenta. Sin embargo, el presupuesto se recuperó progresivamente en los años siguientes, hasta superar los 300.000 dólares para el curso 1974-75, con un porcentaje de más del cuarenta por ciento aportado por el gobierno español.

No deja de ser llamativo que durante el curso 1969-70 los americanos sólo invirtiesen 70.000 dólares, en claro retroceso con las cifras de años anteriores. Son varias las razones que explicarían tal desplome en las asignaciones del programa. De un lado, la elevada factura de la guerra de Vietnam ocasionó importantes reducciones presupuestarias en áreas no militares, siendo la diplomacia cultural una de las principales damnificadas.²⁹ Paradójicamente, y cuando más se necesitaba la promoción y difusión de los *American Studies* —en la medida en que esas formas *blandas* de atracción presentaban una imagen más amable, menos agresiva de Estados Unidos— se redujo el esfuerzo presupuestario al

respecto en buena parte del globo.³⁰ En España, además, se estaba incrementando en aquellos años la audiencia del antiamericanismo, tanto entre los grupos de oposición al régimen franquista como entre los sectores que lo apoyaban. De otro lado, los sucesivos CAOs norteamericanos llevaban varios años intentando persuadir a sus homólogos españoles de la necesidad de que España asumiese parte de los gastos del Programa Fulbright, como hacían otros países del entorno europeo.³¹ Hasta entonces, los españoles se habían negado a contribuir a la financiación de aquel programa, dando por sentado que la cooperación educativa y cultural era una de las contraprestaciones que los americanos tenían que asumir a cambio de la utilización de las bases militares.

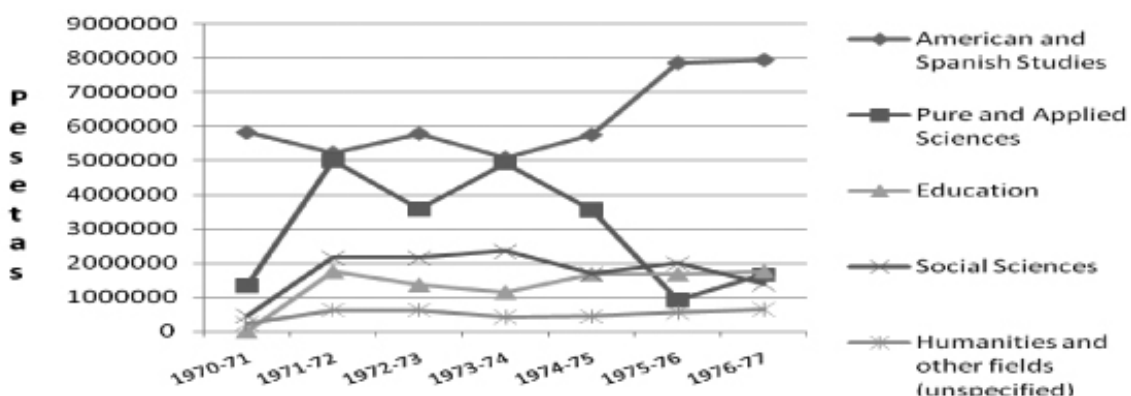
Sea como fuere, interesa poner de relieve cuál fue el reparto presupuestario por áreas de investigación que presentó el Programa Fulbright. Asimismo, conviene analizar si existió un cierto equilibrio entre el deseo de Washington de dedicar más atención a la promoción de los *American Studies* y la voluntad de Madrid de usar el Programa, de manera preferente —como sucedió con los fondos del NMA—, para la introducción en España del *know-how* y las Ciencias Puras y Aplicadas estadounidenses. Para responder a estos interrogantes conviene precisar primero que las *Annual Proposals* de la Comisión Fulbright-España hacían referencia a los *American Studies* con distintas fórmulas: *Language and Literature*, otro más ambiguo como *Humanities and Other Fields*, o *American and Spanish Studies*. Ante tal variabilidad, hemos optado en las gráficas siguientes por usar la tercera. Ésta recoge el propósito de la diplomacia pública americana, constantemente repetido en toda una serie de informes, por dar a conocer sus Humanidades y Ciencias Sociales; e integra asimismo la pretensión de satisfacer las necesidades del Hispanismo norteamericano. Orientación esta última que respondía asimismo a la intención de los diplomáticos españoles de promover la cultura y la lengua española en Estados Unidos.

Las gráficas siguientes muestran el distanciamiento que se produce a partir del curso 1973-74 entre las cantidades invertidas en *American and Spanish Studies*, y las libradas para sufragar los intercambios en *Pure and Applied Sciences* a través del Programa Fulbright. Hasta entonces, ambos proyectos habían gozado de una financiación equivalente, si bien inclinada del lado de las Letras. En lo sucesivo, las cifras de lo invertido en uno y otro terreno se distancian de manera notable.

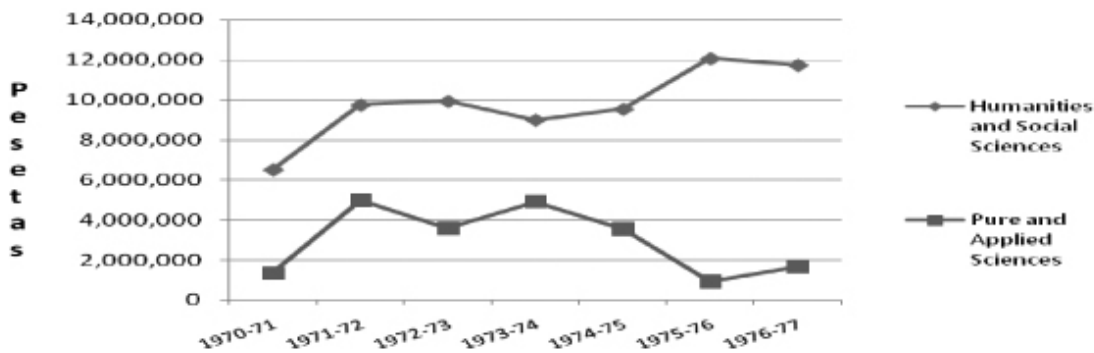
Ahora bien, si agrupamos lo invertido en

cada uno de los proyectos por separado en dos grandes bloques temáticos, *Humanities and Social Sciences* versus *Pure and Applied Sciences*, la panorámica resultante es diferente. Se mantiene el gran distanciamiento a favor de las Letras desde el curso 1973-74, pero desaparece la proximidad existente anteriormente entre lo invertido en *American and Spanish Studies* y *Pure and Applied Sciences*.

Tal enfoque respondía, en realidad, a lo que venía siendo la tónica habitual de buena parte de los informes de los CAO encargados de



Cuadro n.º 1: Presupuestos de los distintos proyectos financiados por la CFE
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrighth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)



Cuadro n.º 2: Presupuestos por áreas globales de la Comisión Fulbrighth-España
Fuente: «Archivo Comisión Fulbrighth España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977.» (Elaboración propia)

la difusión y proyección de los Estudios Norteamericanos en el exterior.³² Pese a que no siempre hubo consenso, en términos generales primó la visión de que los *American Studies* debían responder a una visión holística, de conjunto de la cultura americana. Un área de estudio donde tuviesen cabida la Lengua, la Literatura o la Historia americana –Humanidades– pero también la Ciencia Política, la Economía o la Sociología –Ciencias Sociales– procedentes de los *campus* estadounidenses. En suma, el Programa Fulbright se volcó muy claramente en la promoción de las Humanidades y Ciencias Sociales estadounidenses en España a partir de 1973-74; coincidencia o no, el mismo año que entró en funcionamiento el NMA-Cultural-Educativo.³³

El Seminario de Salzburgo en *American Studies*

Desde 1947, los americanistas europeos tenían una cita anual en el «corazón de Europa» durante tres o cuatro semanas.³⁴ Impulsado a título individual por varios profesores de Harvard como Francis O. Matthiesen y Clemens Heller, el Seminario atrajo pronto la atención de la diplomacia cultural estadounidense, que le prestó cobertura logística y financiera, al igual que lo hicieron varias instituciones privadas como las fundaciones Ford y Rockefeller.³⁵ En poco más de una década se convirtió en el foro de debate y promoción de los Estudios Norteamericanos más importante del Viejo Continente. Es más, cabría señalar que fue el único que realmente encarnó el propósito fundacional del *American Studies Movement*: la promoción de currículos interdisciplinarios donde tuviesen cabida toda una serie de disciplinas relacionadas con la práctica de las Humanidades y las Ciencias Sociales en Estados Unidos.

Sin embargo, no existe por el momento ningún monográfico que examine en profundidad los pormenores de su puesta en funcionamiento, ni los posibles efectos de aquel Seminario en la proyección de la cultura estadounidense en Europa occidental. Tampoco contamos con

un estudio sobre la evolución de los *American Studies* en las universidades europeas, pues sólo han aparecido algunas contribuciones de ámbito nacional.³⁶ En 1958, Sigmund Skard publicó una obra pionera sobre la materia, sin que estudios posteriores se hayan encargado de actualizar y completar sus planteamientos. La obra describe someramente los programas existentes en las distintos currículos europeos, pero ni cuestiona ni analiza el papel desempeñado por el gobierno de Estados Unidos.³⁷ Pese a tales lagunas, Richard Horwitz ha planteado la idea de que es posible trazar un mapa de la evolución de los *American Studies*.

La presencia de los *American Studies* alrededor del planeta es irregular, pero resulta sistemáticamente más intensa atendiendo a las alianzas internacionales de Estados Unidos (...); así pues se pueden apreciar diferentes grados de desarrollo, de universidad a universidad, siguiendo la estela de las tropas de ocupación americanas desde el final de la Segunda Guerra Mundial.³⁸

Una reflexión que parte, en realidad, de la idea de que la ofensiva por los «corazones y las mentes» de los europeos fue más intensa en aquellos lugares más próximos al «Telón de acero», y que fue perdiendo intensidad a medida que se alejaba del mismo. Planteamiento que habría que pasar, a su vez, por el tamiz de otras consideraciones geopolíticas como el tamaño e importancia estratégica del país, la vitalidad de los movimientos comunistas nacionales, etc.

Sea como fuere, veamos lo sucedido en España. Si el tren de las becas Fulbright llegó a tierras españolas con algo más de una década de retraso, para subir al que llevaba a Salzburgo hubo que esperar veinte años. No fue hasta 1967 cuando se produjo la primera participación oficial de españoles, una estudiante de Ciencias Políticas y otro de Arquitectura. Desde entonces y hasta el final del franquismo, 75 españoles viajaron hasta la ciudad austríaca con el apoyo logístico de la Comisión Fulbright-España. Sin embargo, las actas del Comité Organizador de aquel Seminario arrojan unas cifras más elevadas: un total de

140 ciudadanos españoles durante el intervalo 1947-77.³⁹

Cuadro n° 3: Número y nacionalidad de estudiantes de varios países europeos participantes en el Seminario de Salzburgo, 1947-77

NACIONALIDAD	N° DE ESTUDIANTES
RFA	1389
Italiana	1059
Británica	923
Francesa	675
Holandesa	664
Austríaca	455
Española	140

Fuente: «Salzburg Seminar in American Studies. Report 1976-77»⁴⁰ (Elaboración propia)

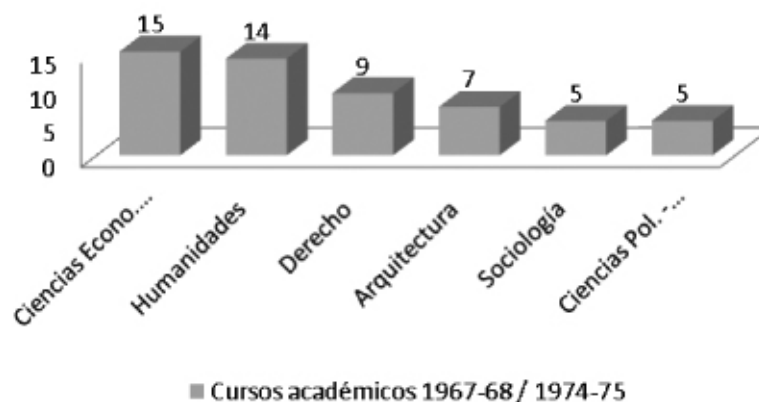
Entendemos que el diferencial se debe a los que cursaban estudios –por su cuenta o con otras ayudas públicas– en el extranjero, y no tramitaron su participación a través de la Comisión, sino mediante otras vías. En cualquier caso, e incluso dando por buena la cifra de 140, fueron pocos en comparación con los procedentes de la República Federal Alemana, Austria o Italia,⁴¹ por lo que parece ser que se cumple el razonamiento planteado por Richard Horwitz, que comentábamos líneas atrás.

Sabemos pues que el número de españoles que embarcaron rumbo a la ciudad austriaca fue reducido. Ahora bien, ¿qué efecto tuvo la experiencia de Salzburgo en sus trayectorias vitales y profesionales? Según apuntaban los *Cultural Affair Officers*, «después de un mes inmersos en dicha atmósfera pro-estadounidense, los participantes vuelven a sus respectivos países y difunden sus renovadas visiones –más favorables– sobre Estados Unidos a través de periódicos, organi-

zaciones sindicales, universidades, etc.»⁴² Conviene, no obstante, tomar con cautela este tipo de valoraciones. A veces, los informes enviados a Washington por parte de los agentes norteamericanos en el exterior pecan de un cierto triunfalismo, en parte debido a la necesidad de justificar su labor.

El conocimiento sobre las trayectorias profesionales de los exbecarios españoles de Salzburgo está todavía en un estadio embrionario. Es pronto, pues, para aseveraciones categóricas. Sin embargo, se pueden adelantar algunas evidencias. La especialidad con un mayor número de becarios españoles fue la de Ciencias Económicas –incluimos a los que procedían de Económicas, pero también a los matriculados en Administración y Dirección de empresas– con un total de 15 en los ocho años tomados como referencia. La temática de los seminarios en los que participaron varió desde «Dinámicas de Gestión en Estados Unidos», «Dirección de empresas en Norteamérica» a otros más genéricos tales como «Desarrollo económico y social» o «Economía internacional». Le siguió el área de Humanidades –incluidos los procedentes de Literatura, Filología, Historia del Arte, etc.– con 14. Decíamos antes que si algo destacó del Seminario de Salzburgo fue su apuesta por la interdisciplinariedad, incluyendo todo lo relativo a Humanidades y Ciencias Sociales. No sorprende, por tanto, la presencia de mesas dedicadas al estudio de la Arquitectura estadounidense; si bien, centradas no tanto en sus aspectos técnicos cuanto en su faceta social, con paneles sobre «La ciudad y el entorno urbano» o «Planificación Urbana». Por su parte, los enrolados en Ciencias Políticas o Administración Pública entraron en contacto con especialistas en «El futuro de la Universidad» o «Políticas sectoriales», mientras que los de Sociología hicieron lo propio en torno a «El impacto social de las Nuevas Tecnologías» o «Arte y cambio social».

Con respecto a la inserción laboral posterior de estos becarios, destaca el elevado estatus socio-profesional alcanzado. Parte importante



Cuadro nº 4: Estudiantes españoles en el Seminario de Salzburgo por áreas académicas, 1967-75
Fuente: «Archivo Comisión Fulbright España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975.» (Elaboración propia)

de tal colectivo acabó integrando los cuerpos docentes de la universidad española en sus diferentes escalas. Otros ocuparon puestos como Directores Generales, Embajadores o magistrados del Tribunal Supremo.⁴³ La experiencia del Seminario de Salzburgo debió de tener alguna importancia para su desarrollo profesional. Permitted que un grupo de estudiantes o jóvenes profesores –modesto en dimensiones, pero con capacidad de impacto social– entrase en contacto con materias y métodos pedagógicos norteamericanos que marcaban tendencia en Europa Occidental. Un contacto que, siguiendo la lógica descrita anteriormente, los convertía en potenciales «misioneros de la Americanidad» a la vuelta a sus respectivos ambientes de trabajo.

Evolución de los programas de American Studies en la recta final del franquismo

Los informes anuales de la Comisión Fulbright-España de los años setenta transmiten continuamente la idea de que la definitiva consolidación de los *American Studies* en los currículos universitarios estaba a punto de lograrse. Las esperanzas habían aumentado desde la firma del Acuerdo hispano-estadounidense de

Amistad y Cooperación de 1970. Sin embargo, no acaban de producirse resultados duraderos. El procedimiento habitual era que los *American Lecturers* estadounidenses viniesen a las universidades españolas e impartiesen asignaturas sobre Literatura, Historia, Economía o Sociología estadounidense. El problema radicaba en que la mayoría de aquellas materias eran optativas y dejaban de impartirse si no había nuevos «misioneros» disponibles para tomar el testigo que dejaban los colegas americanos, ni profesores españoles que pudieran hacerse cargo de dicha docencia. Las autoridades educativas españolas habían declarado su compromiso de incluirlas en los planes de estudio en no pocas ocasiones, pero parece ser que de las palabras a los hechos medió una distancia considerable.⁴⁴

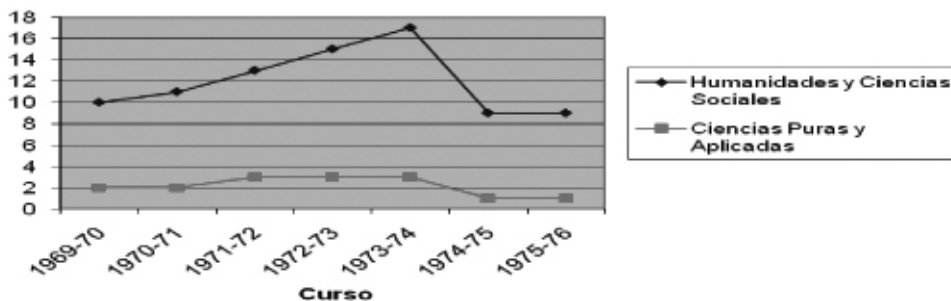
Pese a ello, la diplomacia cultural de Washington no cejaba en su intento de promocionar y difundir las Humanidades y Ciencias Sociales americanas en el territorio peninsular. En septiembre de 1971, se señalaba que «en lo que al Programa Americano se refiere, necesitamos más becas para aumentar la contribución al desarrollo de los *American Studies*»⁴⁵. Simultáneamente, se ponían de manifiesto las carencias de medios por las que estaban pasando algunos

proyectos de *Pure and Applied Sciences* que se ejecutaban en España gracias, en buena medida, a la presencia de profesores norteamericanos. Tanto es así que los profesores Emily Bell, especialista en Biología Celular, y Lorenzo Galindo en Patología, no pudieron prolongar sus estancias, pese a que las universidades españolas de acogida así lo deseaban. La demanda de estos profesores de Ciencias era elevada.

¿Por qué se pedían más profesores de Estudios Norteamericanos a través del Programa Fulbright al tiempo que no se podía sufragar el período previsto de los otros profesores, los de Ciencias? Como señalábamos en los cuadros 1 y 2, los presupuestos de la CFE tuvieron un sesgo claramente a favor de las Letras. Dentro de esa dinámica general, la específica de los *American Lecturers* que vinieron a las universidades españolas a través de la CFE, no sólo no desentonó, sino que fue incluso más marcada. La mayoría de los docentes *Fulbrighters* estadounidenses de Humanidades y Ciencias Sociales, representados en la gráfica siguiente, se encargaron, en realidad, de la enseñanza del inglés. En algún caso, a pesar de que eso no era lo previsto en un primer momento. Por ejemplo, profesores de Literatura estadounidense, a veces de Historia, que no impartieron sus respectivas especialidades, sino que fueron empleados para mejorar las habilidades de los españoles en la lengua de Shakespeare. Unos arreglos de última hora que,

al menos en varias ocasiones, irritaron bastante a los instructores americanos.⁴⁶ La pronunciada curva de caída que se aprecia en 1974 coincide con la finalización de un proyecto para la renovación de los métodos docentes y pedagógicos en Magisterio que siguió pautas procedentes de la universidad estadounidense, y que había sido puesto en marcha en la Universidad de Santiago de Compostela durante el curso 1971-72. El mismo contó con 6 profesores americanos en el curso 1972-73 y 8 en el siguiente 1973-74. Salvo ese caso, el cuerpo fundamental de *American Lecturers* de Humanidades y Ciencias Sociales vinieron a enseñar Literatura estadounidense, y, en menor medida, Sociología y Economía.

En el otoño de 1972, la CFE anunciaba que el énfasis había cambiado de la enseñanza del inglés a los *American Studies*; y también se decía «estamos encantados de informar que la creación de una cátedra en ese campo de estudios es ahora probable en un futuro no muy distante».⁴⁷ Transcurrido un año, aquel deseo no acababa de materializarse. Pese a ello, en octubre de 1973, con un sentido de la previsión un tanto precipitado, se decía que: «la creación de cátedras de *American Studies*, que la Comisión ahora prevé como probable dentro de un año o dos, incrementará la demanda de personal cualificado de esos campos de especialidad».⁴⁸ Y decimos precipitado porque ni se produjo en 1974, ni en 1975. En octubre de este último año



Cuadro n.º 5: Distribución de los profesores Fulbrighters americanos por curso y especialidad
Fuente: Archivo Comisión Fulbright España. Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975. (Elaboración propia)

se volvía a recordar que: «la Comisión continúa trabajando estrechamente con las universidades españolas, el Ministerio de Educación y Ciencia y el de Asuntos Exteriores para posibilitar el establecimiento de un programa interdisciplinario de *American Studies*».⁴⁹

¿Qué impidió la incorporación definitiva de los *American Studies* a los planes de estudio de la universidad franquista? Las actas de las reuniones de los docentes *Fulbrighters* visitantes desvelan algunas claves: la falta de medios; el que se tratase de materias optativas, cuya oferta dependía, en última instancia y en la mayoría de los casos, de la voluntad del Decano o del Jefe de Departamento; la gran distancia existente entre los métodos pedagógicos que intentaban implementar los «misioneros de la Americanidad» y los predominantes en la academia española de entonces. Asimismo, se deja constancia de que la consolidación de los *American Studies* topó, en alguna ocasión, con la resistencia de investigadores y docentes de los *British Studies*, quienes temían que el crecimiento de los Estudios Norteamericanos les restase cuotas de poder y alumnos en sus respectivos departamentos. «Esto dificulta nuestras posibilidades de incluir los *American Studies* en la lista de cursos obligatorios, especialmente porque es probable que los britanistas se resistan a ceder uno de sus cursos en beneficio de los que tienen como objeto central de estudio la cultura estadounidense».⁵⁰ Veamos algunos ejemplos de lo señalado con antelación. En marzo de 1974, uno de los profesores destinados en la Universidad Complutense, Ronald M. Taubitz, se quejaba de que «hay muy escasa participación de los alumnos en las discusiones de las clases» en sus clases de Literatura.⁵¹ La barrera del idioma no ayudaba, pero lo que más chocaba a Ronald Taubitz era la pasividad y falta de iniciativa de sus alumnos. Su método de enseñanza, basado en los comentarios críticos y en las reflexiones de los propios alumnos, no cuadraba con el «memorismo» y las clases «magistrales» características de la tradición académica española. Pese a ser molesto,

aquello no era lo que realmente dificultaba la consolidación de los *American Studies*. En opinión de Taubitz, lo realmente grave era que «el director del departamento muestra muy escaso interés por esta clase». Algo muy parecido les había sucedido a Dorieann McDermott, en la Universidad de Barcelona, y a Javier Coy, en la de Salamanca, cuando intentaron sumar esfuerzos para que los Estudios Norteamericanos despegasen definitivamente en ambas instituciones.⁵² En el caso de Coy, con el agravante de que era español. Y decimos agravante porque los CAOs tenían puestas sus esperanzas en que fuesen, precisamente, «americanistas nativos» los que liderasen la promoción y difusión de estos estudios para así evitar críticas de imperialismo cultural.⁵³

Ellen Smith, destinada en la Universidad de Valladolid en aquel mismo curso, señalaba que «a pesar de la severidad de la directora de departamento, tanto las relaciones con mis colegas como con los alumnos son muy cordiales». No todo era de color de rosas. Al parecer Smith había tenido serios problemas para mostrar la valía de su trabajo sobre Huckleberry Finn. Según cuenta, el interés de sus colegas españoles estaba no tanto en Mark Twain como en los poetas y literatos británicos. «Smith puntualizaba que el interés del departamento se centra en Gran Bretaña».⁵⁴ Recordemos que precisamente uno de los objetivos que impulsó el *American Studies Movement* fue el de liberar a la *American Culture* de la imagen desdeñosa que la veía como un remedo poco ilustre de la cultura británica. Por su parte, Andrew Gordon se lamentaba de que la escasez de medios para promocionar los *American Studies* era especialmente dañina en comparación con los materiales sobre otros países: «los recursos disponibles en la universidad son inadecuados, existe escasez de libros, y los disponibles ponen el acento en cuestiones británicas o germanas».⁵⁵ Así pues, difícilmente se podrían ensalzar las realizaciones artísticas y culturales de Estados Unidos si no se contaba con los medios adecuados; y los existentes tras-

mitían una visión que las dejaba en un segundo plano de importancia frente a las obras británicas o alemanas.

A modo de balance provisional

Hasta hace poco, los aspectos culturales-educativos e ideológicos de la conexión hispano-estadounidense durante el franquismo no habían recibido la misma atención académica que los militares, geopolíticos o económicos. Son bastante recientes los estudios que comienzan a abordar el flujo de intercambios educativos, culturales y científicos que se desarrollaron entre España y Estados Unidos.⁵⁶ Estamos ante un terreno donde la investigación aún debe avanzar de forma significativa antes de formular conclusiones suficientemente contrastadas. Sin embargo, se podría adelantar que los NMA favorecieron más el traspaso de conocimientos en las áreas científicas y técnicas desde los centros norteamericanos a los españoles. Por su parte, el Programa Fulbright puso el acento –salvo un breve período inicial de equilibrio– en la promoción de los *American Studies* en la universidad española, al tiempo que los becarios españoles que acudían al país americano mostraban un abanico más amplio de campos de interés –que cubrían desde la enseñanza de la lengua española, al aprendizaje en materia de economía, ingeniería, ciencias biológicas, etc.

Si las autoridades educativas españolas mostraron mayor receptividad hacia el *know how* y la Ciencia *made in USA*, los CAOs destinados en Madrid intentaron constantemente impulsar un conocimiento más amplio de la *American Culture* en su conjunto. ¿Por qué esa diferencia de criterio? Los agregados culturales apostaron por tales formas *blandas* de atracción, porque entendían que las Humanidades y las Ciencias Sociales ayudaban mejor que las Ciencias Puras o Aplicadas a tejer lazos de empatía y *mutual understanding*. Una preferencia que no fue fácil de implementar en España. En el Programa Fulbright parece que prevaleció en mayor medida

el enfoque americano, en tanto que en los NMA fueron los interlocutores españoles quienes tuvieron un mayor predicamento en la asignación de recursos. También es cierto que los objetivos de ambos programas no eran exactamente los mismos ni estaban financiados por las mismas instancias, lo que modula obviamente la eventual valoración sobre sus resultados. Para conocer con mayor profundidad y detalle el esfuerzo norteamericano en este terreno, diferenciando el tratamiento otorgado a disciplinas de Letras y Ciencias, resulta necesario disponer de una información aún más precisa del desglose de las iniciativas públicas aquí expuestas, además de agregarles las que se acometieron por vías privadas –fundamentalmente a través de las fundaciones Ford, Rockefeller o Juan March. La financiación del Seminario de Salzburgo, por ejemplo, fue mixta.

Sin perder de vista que quedan piezas del puzzle por completar, sí cabe plantearse hasta qué punto los docentes *Fulbrighters* estadounidenses que vinieron a España lograron reivindicar la valía de los *American Studies*. Hay indicios que permitirían avanzar que la labor de aquellos «misioneros de la Americanidad» en las aulas universitarias españolas no fue del todo exitosa. No todos recibieron la misma acogida. Los paladines de la Literatura, la Historia o el Arte americano –*American Humanities*– toparon con bastantes dificultades: falta de continuidad en la oferta de sus asignaturas; planes de estudio que, en general, prestaban más atención a los productos culturales británicos –en particular, y europeos en general– que a los propiamente estadounidenses; o prejuicios sobre la supuesta bisoñez cultural de la nación americana.⁵⁷ Simultáneamente, los *American Lecturers* de las ramas de Administración y Dirección de Empresas, Economía o Sociología –*American Social Sciences*– gozaron de unas audiencias españolas más receptivas.⁵⁸ Algo similar sucedió con los docentes *Fulbrighters* de Ciencias Puras y Aplicadas. Pese a que estos últimos no transmitían exactamente «Americanidad», y en teoría no

eran tan buenos portadores de *mutual understanding*, fueron recibidos con gran entusiasmo, su demanda incluso superó a la oferta disponible. Tanto las *American Social Sciences* como las *Pure and Applied* eran materias donde el liderazgo americano era menos cuestionado.

La noción de que los españoles fueron agentes pasivos de un proceso imparable de «Americanización» –su supuesta inercia frente al «imperialismo cultural» de Washington– no se adecua, pues, con las evidencias que arroja la investigación en este ámbito. La capacidad de transmisión norteamericana y de asimilación española estuvo mediatizada por los intereses de ambas partes, como es lógico. Pero a la postre los receptores españoles de aquella influencia prestaron más atención a aquellas facetas de la *American Culture* que consideraban más convenientes, o que más les interesaban. Unas preferencias que, en general, no correspondieron con los criterios o deseos de los emisores americanos, fundamentalmente centrados en la promoción de los *American Studies* como conjunto de estudios interdisciplinarios sobre la Americanidad. Un análisis por especialidades permitirá, sin duda, conocer de forma más rigurosa en qué medida los conocimientos y métodos procedentes de Estados Unidos fueron adoptados o adaptados al entorno universitario y científico español en las postrimerías del franquismo, y presumiblemente también en la etapa democrática siguiente. Asimismo, tal investigación arrojará luz sobre las repercusiones y limitaciones que tuvo dicho proceso.

NOTAS

- * Este texto se ha elaborado en el marco de los proyectos de investigación «Estados Unidos y la España del desarrollo (1959-1975): diplomacia pública, cambio social y transición política» (Ministerio de Ciencia e Innovación, HAR2010-21694), y «Difusión y recepción de la cultura de Estados Unidos en España, 1959-1975» (Universidad de Alcalá).
- ¹ Citado en SCHMIDT, Oliver, «No innocents abroad. The Salzburg impetus and American Studies in Europe», en WAGENLEITNER, Reinhold and TYLER, Elaine (eds.), *Here, there, and everywhere: the foreign politics of American popular*

culture, Hanover, University Press of New England, 2000, p. 64. La traducción y el subrayado de la cita son nuestros.

- ² SKARD, Sigmund, *The American Myth and the European Mind: American Studies in Europe, 1776-1960*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1961, p. 7. La traducción y el subrayado de la cita son nuestros.
- ³ El término es la traducción que aquí hacemos de *Americanness*. El porqué de su aparición y las críticas que suscitó en MARX, Leo, «Thoughts on the Origin and Character of the American Studies Movement», *American Quarterly*, 31 (1979), pp. 398-401.
- ⁴ La obra de LASCH, Christopher, *La agonía de la izquierda norteamericana*, Barcelona, Grijalbo, 1970, se convirtió para muchos en libro de cabecera y muestra irrefutable de que todos los intelectuales estadounidenses estaban vendidos a los planes imperialistas de Washington. Una exageración en la que debieron beber autores como FARHANG, Mansour, *U.S. Imperialism: The Spanish-American War to the Iranian Revolution*, Boston, South End Press, 1981; DORFMAN, Ariel y MATTELART, Armand, *How to Read Donald Duck: Imperialist Ideology in the Disney Comic*, New York, International General, 1975; o VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, *La penetración norteamericana en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- ⁵ Algún autor ha hablado de los estadounidenses encargados de estos asuntos como «propagandistas reticentes.» vid. GIENOW-HECHT, Jessica, *Transmission Impossible. American Journalism as Cultural Diplomacy in Postwar Germany, 1945-1955*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1999, p. 5. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que Washington no intentase utilizar la difusión cultural en el exterior en beneficio propio, para aunar esfuerzos y generar provocar empatías en torno a su modelo político y económico. Se hizo, pero según Frank NINKOVICH con una especie de «mala conciencia» de estar haciéndolo, vid. *U.S. Information Policy and Cultural Diplomacy*, Nueva York, Foreign Policy Association, 1996, pp. 5-7. Otros autores han señalado que Estados Unidos ha sido un «skeptical participant» de este tipo de estrategias de poder blando, vid. CULL, Nicholas, *American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989: The United States Information Agency and the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008. La percepción de tales estrategias en parte de la izquierda española en GUERRA GARRIDO, Raúl, «La dictadura cultural yanqui», *El Socialista*, n.º 154, mayo 1980, p. 34.
- ⁶ La propia experiencia vital de Francis O. Matthiesen es significativa. A pesar de ser uno de los impulsores del *Salzburg Seminar in American Studies* y de reivindicar con energía la *American Culture* cayó poco después en el entramado de sospechas y acusaciones del Macartismo. Para algunos, su «fe en América» no estaba a la altura de las circunstancias. Presiones que probablemente contribuyeron a precipitar su suicidio.
- ⁷ ZASLAVSKY, Victor, «L'antiamericanismo organizzato nell'Unione Sovietica staliniana», en CRAVERI, Piero y QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Manelli, Rubbettino Editore, 2004, pp. 85-106.
- ⁸ SPILLER, Robert, «Unity and Diversity in the Study of

- American Culture: The American Studies Association Perspective», *American Quarterly*, n.º 25 (1973), p. 609.
- ⁹ WISE, Gene, «Paradigm Dramas in American Studies: A Cultural and Institutional History of the Movement», *American Quarterly*, Vol. 31, n.º 3 (1979), p. 304-
- ¹⁰ El término de *hearts and minds* se popularizó durante la Guerra Fría. Fue usado por primera vez por el presidente Dwight D. Eisenhower en la campaña presidencial de 1952, con la idea de poner de manifiesto su compromiso total con el frente psicológico-cultural, en contraposición a la tibieza mostrada por parte de Harry Truman. Vid. OSGOOD, Kenneth, *Total Cold War: Eisenhower's Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Lawrence, University Press of Kansas, 2006, pp. 46 y ss.
- ¹¹ *Current contributions of american private agencies to the development of American Studies in foreign countries*, 13-IV-1955, National Archives and Records Administration (NARA), RG 59, BFS-Plans and Development, 1955-60, box 43.
- ¹² SKARD, Sigmund, *The American Myth...*, op. cit., pp. 5 y 16; *The problem of American Culture. A propaganda inquiry into a stereotype*, 16-I-1952, NARA, RG 59, BFS- Plans and Development, 1955-60, box 43.
- ¹³ Citas procedentes de MARKOVITS, Andrei, *Uncouth Nation: Why Europe Dislikes America*, Princeton, Princeton University Press, 2007; y CUNLIFFE, Marcus, «Problems and Tendencies in American Studies», en E. GARCÍA DÍEZ (ed.), *American Studies in Spain*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1988, p. 12.
- ¹⁴ JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad: Progress and Difficulties in Selected Countries*, Washington D.C., U.S Government Printing Office, 1963.
- ¹⁵ La cita procede de *University survey of American Studies*, 03-VII-1965, NARA RG 306, Subject Files, 1953-67, box 45. Algunos de los informes gubernamentales donde se señala explícitamente que la promoción de los *American Studies* en el extranjero era una de las piezas claves de la batalla cultural-ideológica con Moscú son: JOHNSON, Walter, *American Studies Abroad...*, doc. cit; *Comment on American Studies Abroad-The Search for New Roads to International Understanding by Richard L. Springer*, 12-VII-1973, NARA, RG 306, USIA. Historical Collections, R&S, 1953-1998, Box 87, o *The United States Communicates with the World*, 25-VIII-1975, NARA RG 306, Post Publications, 1953-99, box 65.
- ¹⁶ Para ejemplificar la escasa importancia que se concedía a los *American Studies* en el viejo continente antes de 1945, Allen señalaba, con cierto tono burlesco, que conocía personalmente a todos los interesados; asimismo que la primera cátedra de *American Studies* en Gran Bretaña no se creó hasta 1955, vid. ALLEN, Harry, «Foreword», *Journal of American Studies*, Vol. 14, No. 1, BAAS Jubilee Issue (Apr. 1980), pp. 5-7.
- ¹⁷ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier, *¿Antídoto contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-69*, Valencia, PUV, 2010, p. 247.
- ¹⁸ *Annual Assesment Report for Spain for 1965*, 27-XII-1965, NARA RG 306, Country Exhibits, 1955-67, box 29.
- ¹⁹ La evolución de los objetivos de la diplomacia pública norteamericana en esa época puede seguirse en DELGADO, Lorenzo, «After Franco, What? La diplomacia pública de Estados Unidos y la preparación de post-franquismo», en MARTÍN GARCÍA, Óscar J. y ORTIZ HERAS, Manuel (coords.), *Claves internacionales de la Transición española*, Madrid, Catarata, 2010, pp. 99-127. En cuanto al concepto de «poder blando» fue enunciado por el politólogo estadounidense Joseph NYE en «Soft Power», *Foreign Policy*, 80 (1990), pp. 153-171, y retomado después en su obra *The Paradox of American Power. Why the World's Only Superpower Can't Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2002 (ed. española en Barcelona, Taurus, 2002).
- ²⁰ PARDO, Rosa, «España y EE UU en el tardofranquismo: las relaciones bilaterales durante la presidencia de Nixon», *Historia del Presente*, n.º 6 (2005), pp. 11-41; POWELL, Charles, «Henry Kissinger y España, de la dictadura a la democracia (1969-1977)», *Historia y Política*, n.º 17, enero-junio (2007), pp. 223-251.
- ²¹ Díaz Hochleitner dirigió la redacción del *Libro Blanco*. Más detalles sobre su labor en el Ministerio de Educación en BIESCAS, José Antonio y TUNÓN de LARA, Manuel (ed.), *España bajo la dictadura franquista, (1939-1975)*, Barcelona, Labor, 1983, pp. 411 y 508-09.
- ²² La visión de Villar Palasí al respecto en *La educación es una permanente tarea inacabada*, Madrid, Ministerio de Educación, 1971. Villar Palasí tuvo ocasión de visitar con anterioridad Estados Unidos gracias a una *Leader Grant* que se le concedió en los años cincuenta, vid. , *Educational Exchange: PL-402 Leader Grants*, 22-VI-1955, NARA, RG 59, 511.52, box 2157.
- ²³ Por ejemplo el *I Seminario para profesores de Inglés* fue financiado, casi en su totalidad, por la Fundación Ford, vid. *Correspondencia general de la Comisión Fulbright-España*, 01-V-1969, Archivo General de la Administración (AGA), caja 54/10571.
- ²⁴ Los entresijos del proceso negociador, así como la explicación de cómo se pusieron en marcha algunos de los proyectos en DELGADO, Lorenzo, «Viento de Poniente» *El programa Fulbright en España, 1958-2008*, Madrid, CFE-LID Editorial Empresarial-AECID, 2009, pp. 76 y ss. El contexto general en VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 243 y ss.
- ²⁵ El propio *Estudio sociológico sobre los exbecarios del Programa Fulbright en España*, habla, por ejemplo, de Josep Borrell o Santos Juliá como becarios Fulbright cuando en realidad fueron becarios del NMA-Cultural-Educativo.
- ²⁶ *Archivo Comisión Fulbright España (ACFE). Annual Report*, 01-X-1971, AGA, caja 54/10570.
- ²⁷ *ACFE. Annual Program Proposal*, 11-II-1969, AGA, caja 54/10519.
- ²⁸ RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Francisco Javier, *¿Antídoto contra el antiamericanismo?...*, op. cit., pp. 153-185.
- ²⁹ *A brief History of Department of State involvement in International Exchange*, (d. s. f.), Special Collections, University of Arkansas Libraries, Archivo del Bureau of Educational and Cultural Affairs, Historical Collection (BECA). Historical Collection, box 2.
- ³⁰ SPILLER, Robert, «The Fulbright Program in American Studies Abroad: Retrospect and Prospect», en WALKER, Robert (ed.), *American Studies abroad*, Londres, Greenwood Press, 1975, pp. 3-9.

- ³¹ ACFE. *Annual Program Proposal*, 12-VI-1965, AGA, caja 54/10519.
- ³² JOHNSON, Walter; *American Studies Abroad...*, doc. cit., pp. 33-47 y *Comment on American Studies Abroad-The Search for New Roads...*, doc. cit., pp. 56-63.
- ³³ *Acta de la primera reunión del Programa de Cooperación Cultural entre España y los Estados Unidos*, 1973, (ACFE), caja n.º 32.
- ³⁴ Después de viajar por varios países europeos, y de impulsar el *Salzburg Seminar* en 1947 F. O. Matthiessen recogió sus sensaciones y experiencias en el libro *From the Heart of Europe*, Nueva York, Oxford University Press, 1948.
- ³⁵ *Salzburg and Understanding y American Studies Project for Foreign Scholars*, 01-IX-1955, NARA, RG 59, BPA, Correspondence, Memorandums, 1954-55. box 1.
- ³⁶ VAUDAGNA, Maurizio, «American Studies in Italy: historical legacies, public contexts and scholarly trends», *Storia della Storiografía*, 51 (2007), pp.17-63; SCOTT-SMITH, Giles, «The Ties that Bind: Dutch-American Relations, US Public Diplomacy and the Promotion of American Studies since the Second World War», *The Hague Journal of Diplomacy*, n.º 2 (2007), pp. 283-305.
- ³⁷ Conviene recordar, asimismo, que Skard fue un convencido atlantista que escapó de los agentes nazis que lo perseguían en Noruega, por lo que presenta una imagen un tanto interesada del asunto, vid. SKARD, Sigmund, *American studies in Europe: their history and present organization*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1958.
- ³⁸ HORWITZ, Richard (ed.), «The Politics of International American Studies», en el libro editado por dicho autor: *Exporting America: Essays on American Studies Abroad*, Nueva York, Garland Pub, 1993, p. 399.
- ³⁹ Según cifras de las Comisión Fulbright-España, fueron 16 los estudiantes españoles que participaron en el periodo 1976-1977. Lo que sumado a los 75 que lo hicieron hasta 1975, arroja un total de 81.
- ⁴⁰ *Salzburg Seminar in American Studies*, 31-X-1978, NARA, RG 288, National Endowment for Humanities. Office of the Chairman, 1965-79, box 1.
- ⁴¹ STEPHAN, Alexander, «A special German case of cultural Americanisation», en el libro editado por ese mismo autor *The Americanisation of Europe: culture, diplomacy, and anti-Americanism after 1945*, Nueva York, Berghahn Books, 2006, pp.69-87; WAGNLEITNER, Reinhold, *Coca-Colonization and the Cold War: the Cultural Mission of the United States in Austria After the Second World War*, Chapel Hill & Londres, University of North Carolina Press, 1994; ELLWOOD, David, «Containing modernity, domesticating American in Italy», en *The Americanisation of Europe...*, op. cit., pp. 252-276. España no ocupó durante el franquismo posición prioritaria dentro de los rankings, *Resource Area Groups (RAG)* que realizaba el Departamento de Estado, vid. *The United States Communicates with the World...*, doc. cit., pp. 241 y ss.
- ⁴² *Salzburg and Understanding...*, doc. cit., p. 12.
- ⁴³ Entre los exbecarios en Salzburgo se cuentan, por ejemplo, José María Morenilla Rodríguez, magistrado del Tribunal Supremo; Antonio Blanch Xiró, director de la Universidad Pontificia de Comillas; Alfonso Carbajo Isla, consejero jefe de la Oficina Comercial de España en Japón; Miguel Benzo Perea, embajador de España, vid. *ACFE Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1977*. Dichos informes en las cajas AGA, 54/10519; AGA, 54/10568; AGA, 54/10570.
- ⁴⁴ En las actas de la CFE se señala reiteradamente el «compromiso» de las autoridades educativas españolas para dar más cabida a los *American Studies*, vid. *ACFE Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975*.
- ⁴⁵ *ACFE Annual Report*, 01-IX-1971, AGA, caja 54/10570.
- ⁴⁶ «Meeting of American Lecturers», en *ACFE Annual Program Proposals and Annual Reports, 1967-1975*.
- ⁴⁷ *ACFE Annual Report*, 15-X-1972, AGA, caja 54/10570.
- ⁴⁸ *ACFE Annual Report*, 15-X-1973, AGA, caja 54/10570.
- ⁴⁹ *ACFE Annual Program Planning*, 15-X-1975, AGA, caja 54/10570. Las cursivas de la cita son nuestras.
- ⁵⁰ *Conversation with Manuel Conejero*, 15-VI-1975, Library of the Congress, American Studies Association (ASA), Part I: Administrative File, 1946-2003, box 1: 101.
- ⁵¹ *Minutes of the Meeting of the American Lecturers*, 07-III-1974, ACFE, caja n.º 7. En este mismo sentido, resulta muy significativo el testimonio de ASQUINO, Mark, «Urbano, Natty Bumpo and Me», en AVAREZ, Esther; GARCÍA, Aurora y URDIALES, Martín (eds.), *En Clave Frontera. Homenaje al profesor Urbano Viñuela Angulo*, Oviedo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, 2007, pp. 29-33, en el que cuenta su experiencia como profesor de Literatura Estadounidense en la U. de Oviedo en el convulso otoño de 1975.
- ⁵² *ACFE Annual Report*, 15-X-1974, AGA, caja 54/10570. Javier Coy, junto a Cándido Pérez Gállego, Antonio Garnica y alguno más, se convirtieron en los «americanistas nativos» que los *Cultural Affair Officers* querían apoyar. Javier Coy fue el que alcanzó más prestigio internacional, vid. *Library of the Congress. ASA, Part I: Administrative File, 1946-2003*, box 1: 2 y *Actas de la Junta de Facultad de Filosofía y Letras de Salamanca*, 26-VI-1974, Archivo Universidad de Salamanca.
- ⁵³ JOHNSON, Walter; *American Studies Abroad...*, doc. cit., p. 55; SKARD, Sigmund, *American studies in Europe...*, op. cit., p. 653.
- ⁵⁴ *Minutes of the Meeting of the American Lecturers...*, doc. cit.
- ⁵⁵ Las quejas por la falta de libros y material docente se repiten, en términos muy parecidos y de manera constante, ya desde 1957 y hasta 1975, vid. *Books for the use of U.S Professor-Lecturer Grantees*, 05-IX-1957, NARA, RG 59.511.52, box 2157 y *American grantee report*, 24-XII-1975, AGA, caja 54/10639.
- ⁵⁶ DELGADO, Lorenzo, «Viento de Poniente...», op. cit. y del mismo autor «Cooperación cultural y científica en clave política. Crear un clima de opinión favorable para las bases USA en España», en DELGADO, Lorenzo y ELIZALDE, María Dolores (eds.), *España y Estados Unidos en el siglo XX*. Madrid, Biblioteca de Historia. CSIC, 2005. pp. 207-243.
- ⁵⁷ Hubo que esperar hasta la década de los noventa para que se crease la primera cátedra de *American Studies* en la universidad española. Y no se hizo, siguiendo las directrices de los CAO, como campo de estudios interdisciplinarios, sino que se limitó a la Literatura estadounidense. Se instauró en la Universidad de Valencia.
- ⁵⁸ PUIG, Nuria y ÁLVARO, Adoración, «Estados Unidos y la modernización de los empresarios españoles, 1950-75: un estudio preliminar», *Historia del Presente*, n.º 1 (2002), pp. 8-29.

NOTICIAS DE ACTUALIDAD

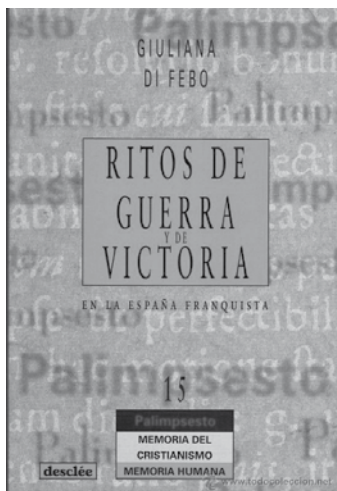
15 de septiembre de 1958



1953 + CINCO AÑOS DE COOPERACION + 1958

ENTRE EL GÉNERO Y LOS RITOS. ENTREVISTA CON GIULIANA DI FEBO

Enrique Moradiellos
Universidad de Extremadura



Aunque nacida en la ciudad de Pescara, en la región de los Abruzos, en plena costa adriática, Giuliana Di Febo vive en Roma desde hace muchos años muy cerca del Coliseo y de las ruinas de los Foros romanos. Catedrática de Historia Contemporánea, enseña Historia de España en la Facultad de Letras y Filosofía de la Università Roma Tre y lleva mucho tiempo trabajando y publicando sobre la historia española (básicamente el siglo XX). En esa calidad es autora de aportaciones fundamentales que revelan su amplia formación cultural (es una melómana que toca el piano y canta en un coro), su originalidad de perspectivas temáticas comparativas y la fecunda interacción con métodos de análisis procedentes de la Antropología Cultural, los Estudios Literarios y la Sociología de las Religiones. Entre su producción científica cabe apreciar, al menos,

dos grandes áreas de estudio recurrentes y, a veces, conexas: el campo de las relaciones de género, con particular énfasis en el protagonismo de las mujeres españolas durante la República, la guerra civil y la dictadura franquista; y el ámbito de las relaciones entre religión y política en los años de la contienda bélica y el franquismo, con especial atención a la politización de la religión, que incluía un elaborado programa como fórmula de legitimación fundada en la utilización de liturgias, cultos y ritos. A la primera de esas áreas corresponde uno de sus primeros libros publicados en España, que figura entre los pioneros en roturar la materia: *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976* (Barcelona, Icaria, 1979; edición italiana de 1980). A la segunda pertenecen dos libros canónicos para el asunto: *La santa de la Raza. Un culto barroco en la España franquista* (Barcelona, Icaria, 1988; edición italiana del mismo año); y *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista* (Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002; en proceso de reedición ampliada). Su infatigable labor de puente y vínculo entre la historiografía contemporaneísta italiana y la española se revela en sus múltiples publicaciones en revistas hispanas (Dialnet recoge un mínimo de 15 artículos escritos en español desde 1976) y también en varios libros escritos en colaboración con colegas españoles muy afines a su sensibilidad. A este respecto, son especialmente relevantes tres trabajos relativamente recientes: dos estudios comparativos sobre las dictaduras italiana y española (uno coordinado

conjuntamente por Javier Tusell, Emilio Gentile y Giuliana Di Febo, *Fascismo y Franquismo. Cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004; el otro editado por Giuliana Di Febo y Carme Molinero, *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en una perspectiva comparada*, Barcelona, Fundació Pi i Sunyer-CEFID, 2005); y una síntesis histórica de la evolución del régimen dictatorial español (firmado por Giuliana Di Febo y Santos Juliá, *El franquismo*, Barcelona, Paidós, 2005; también publicado en italiano).

P: Profesora Di Febo, ante todo muchas gracias por haber aceptado la invitación para hacer esta entrevista. ¿Podría contarnos dónde realizó sus estudios y cómo llegó a interesarse por la historia española?

R.: Hice mis estudios en mi ciudad natal, Pescara, y me licencié en Lengua y Literatura extranjeras en la Università G. D'Annunzio Chieti-Pescara con una tesis sobre un poeta barroco español. En aquellos años universitarios tuve como profesor de literatura española al hispanista Vittorio Bodini, gran estudioso del Barroco además de experto en el surrealismo y en la poesía de Federico García Lorca. Empecé a interesarme por la guerra civil española a raíz de mi conocimiento y percepción del asesinato de ese gran poeta granadino. Si no recuerdo mal, el primer libro que leí sobre el conflicto español fue el de Hugh Thomas, publicado en Italia por Einaudi. Un texto que me impresionó por la reconstrucción de la tensión religiosa que había caracterizado la historia de España fue *La realidad histórica de España*, de Américo Castro, que luego tuve muy presente en el capítulo sobre el Apóstol Santiago en mi obra *La Santa de la Raza*. Esas lecturas, junto con las de las poesías de García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti y Antonio Machado, fueron despertando en mí el interés por la historia de España, en particular el periodo de la Segunda República, la guerra civil y el franquismo. Así que puede decirse que mi itinerario académico fue experimentando una transición gradual desde los estudios literarios (que tal vez me han

proporcionado una sensibilidad particular hacia algunos temas) hasta la historia.

P.: Y en ese proceso de transición, ¿Qué influencias teóricas y metodológicas afectaron a su formación y a sus trabajos históricos?

R: Mi elección de la historia fue resultado de muchos factores (experiencias personales y culturales, lecturas e intercambios) que es difícil reconstruir de forma completa y lineal. Pero intentaré señalar las etapas más significativas. Por ejemplo, creo que haber estudiado la época barroca, con su rico universo simbólico, me resultó muy útil para mis trabajos posteriores sobre las formas barrocas de religiosidad en la España franquista. Al margen de esto, una etapa fundamental fue el encuentro con la «nueva historia» promovida por la revista *Annales* que, entre otras cosas, abrió caminos a la incorporación a la historia política de conceptos como mentalidad, imaginario, representación. Me fascinaban las investigaciones de Jacques Le Goff, André Vauchez, Jean-Michel Sallman y otros historiadores, orientadas a la redefinición de los santos como figuras históricas y consiguientemente la posibilidad de reconstruir la interrelación entre modelos de santidad, cultos e instituciones. Todo este conjunto de innovaciones historiográficas, que incluían la apertura a otras disciplinas, me fue ofreciendo un esquema interpretativo que utilicé en los estudios posteriores.

P.: ¿Cuándo visitó España por primera vez y qué impresión le causó? Imagino que viniendo de una Italia democrática y respetuosa de las libertades civiles y los derechos humanos, el contraste con la situación española debió ser muy intenso y duradero.

R: Mi primer viaje a España fue en 1963 como estudiante para profundizar en el conocimiento del idioma y, al mismo tiempo, movida por el interés de visitar algunas ciudades, en particular Madrid. Por supuesto, la diferencia con Italia desde el punto de vista político era patente, aunque ya se advertían en el país inquietudes críticas y formas de oposición al régimen. En aquel año Luis García Berlanga filmaba *El Verdu-*

go y se fundaba *Cuadernos para el Diálogo*; y un año antes se había publicado el primer número de la nueva época de la revista *Triunfo*. De aquella visita recuerdo un hecho que revelaba el contraste entre la incipiente modernización y la conservación de costumbres anacrónicas: la figura del «sereno», el vigilante nocturno al que tenía que llamar de noche batiendo las palmas para que me abriera el portal de la pensión en la que me alojaba. Después de aquella primera estancia seguí visitando España sobre todo durante los primeros años setenta. Me encontré con un clima de intensa movilización y de efervescencia cultural que evidenciaba el desfase entre una sociedad muy dinámica y unas instituciones dictatoriales inmovilistas. Al igual que otros hispanistas, estaba muy interesada en la marcha de ese proceso y, por supuesto, nos solidarizábamos con las numerosas iniciativas de apoyo que se organizaban en Italia. En esa época yo estaba convencida de que el régimen de Franco tenía los días contados y que España se convertiría en una democracia muy pronto.

P: Abordemos ahora sus primeras publicaciones relativas a la historia de las mujeres españolas, sobre todo en la época de la guerra civil y el franquismo. ¿Cómo surgió la idea de trabajar en aquella temática tan novedosa por entonces?

R: Hay que tener en cuenta que en Italia, en los años setenta, el movimiento feminista estaba muy desarrollado y había generado una consistente producción teórica y cultural que dedicaba una particular atención a la relación de las mujeres con la política y, por consiguiente, al protagonismo femenino hasta entonces silenciado. En esta línea habían aparecido libros sobre la participación de las mujeres en la resistencia contra el fascismo, muchos de los cuales estaban basados en testimonios y en relatos autobiográficos. Fue entonces cuando empecé a interrogarme sobre lo que había pasado en España y fui descubriendo que la participación femenina en la lucha antifranquista había sido muy significativa y había abarcado distintos planos. La elaboración de mi libro sobre ese tema coinci-

dió con la transición a la democracia, que hizo posible que las mujeres empezaran a relatar (en asambleas y jornadas) y a publicar sus experiencias, al mismo tiempo que se iba desarrollando una consistente producción (memorias, biografías, ensayos, textos de historia) sobre la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo. En ese contexto me pareció importante ampliar el análisis a la discriminación de género muy visible en la legislación, al igual que a las diversas formas de disidencia y movilización femeninas. Para abordar un caso emblemático de esa represión y resistencia decidí concentrarme en la experiencia de la cárcel de Ventas de Madrid. Recuerdo que hubo mucha colaboración por parte de mujeres como Manolita del Arco (que estuvo recluida casi veinte años en las cárceles franquistas), Tomasa Cuevas, Josefa Amalia Villa, María Salvo y otras presas y mujeres de presos. Ellas habían conservado relatos escritos acerca de sus vivencias personales y de otras compañeras, incluso habían guardado folletos, poemas e informaciones sobre la represión y las formas de protesta. Realicé una serie de entrevistas que me permitieron sacar del anonimato la experiencia de las «vencidas» y recordar a la propia historiografía que las mujeres habían tenido un papel fundamental en la resistencia antifranquista. Desde luego, hoy hubiera enriquecido mi trabajo con documentos de archivos que entonces era imposible consultar. Para aquella época lo que se imponía era recoger los testimonios de aquellas mujeres teniendo en cuenta su enlace con el compromiso político, lo cual determinaba una circularidad entre relato, recuerdos y representación identitaria.

P: ¿Qué relación estableció con otras historiadoras coetáneas españolas que entonces emprendían la misma línea de investigación?

R: En mi opinión, un acontecimiento crucial en la toma de conciencia de sus derechos por parte de las mujeres, acompañada de una interesante elaboración cultural y política, fueron «Les Jornades Catalanes de la Dona», celebradas en la Universidad de Barcelona en mayo del

año 1976, a los pocos meses de la muerte de Franco. Para entonces, estaba conformándose en España una nueva historiografía sobre el papel de las mujeres en la historia, tanto reciente como lejana. En aquellos años Mary Nash publicaba *Mujeres Libres* sobre el protagonismo de las mujeres anarquistas en el conflicto; también apareció el libro de Rosa M. Capel sobre el voto femenino durante la República y se comenzaban a publicar las obras de las escritoras exiliadas. Durante mis sucesivas estancias en España para participar en jornadas y encuentros tomé contacto con investigadoras españolas que estaban trabajando sobre temas de género. En particular recuerdo las interesantes y concurridas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria organizadas anualmente por el Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad Autónoma de Madrid, cuyas actas ha publicado ese centro a partir de 1981. Las Jornadas se caracterizaron por un coloquio muy rico sobre problemas teóricos y metodológicos, dedicando una específica atención a las fuentes y a las nuevas líneas de investigación. Allí conocí a prestigiosas historiadoras cuyos trabajos constituyeron una fuente de reflexión para mis sucesivos estudios sobre la mujer. Pienso en María Ángeles Durán, María Victoria López Cordón, Mary Nash, Gloria Nielfa y las ya fallecidas y añoradas Carmen García Nieto y Marta Bizcarrondo.

P: Llegamos ahora a su gran obra sobre «la Santa de la Raza», la revitalización del culto a Santa Teresa como «modelo ejemplar de las mujeres» españolas bajo el franquismo. Particularmente, debo confesar que es un libro que me sorprendió y me gustó mucho cuando lo leí en su momento, al poco de publicarse en español, por el aire fresco que denotaba en su concepción historiográfica y en su apertura a métodos y estilos antropológicos de análisis de la temática. ¿Cuál fue el proceso que le hizo llegar a abordar este asunto como objeto de investigación?

R: Mi interés por temas religiosos surgió básicamente a partir del encuentro con la «nueva historia» que ya he mencionado. Sin embargo, la

*idea de abordar el uso por parte del franquismo de la figura de Teresa de Ávila y su culto barroco fue estimulada por la innovadora biografía escrita por la hispanista Rosa Rossi, *Teresa d'Avila. Biografia di una scrittrice* (Roma, Editori Riuniti, 1983; traducción española publicada en Barcelona por Icaria en 1993). En ese libro la autora analiza la experiencia monacal e interior de Teresa de Jesús desde una óptica histórica y, además, reconstruye su vivencia de mujer y «conversa» destacando su actuación disconforme, como fundadora y reformadora, respecto a la marginación hacia los «cristianos nuevos» establecida por *El Estatuto de limpieza de sangre* de 1547. Para esa labor de investigación pude contar con los préstamos de material y las fundamentales investigaciones del historiador modernista y teresianista Teófanos Egido y de otros estudiosos carmelitas que en los años setenta habían desarrollado un exhaustivo trabajo de revisión historiográfica de la figura y la obra de Teresa de Jesús. Así mismo, tuve provechosas conversaciones con el teólogo Alfonso Álvarez Bolado. Su completa recopilación de los boletines episcopales publicados durante la guerra civil se reveló una fuente muy importante para analizar la relación entre política y religión en la época. Las visitas a la biblioteca del Teresianum en Roma, a los archivos de Alba de Tormes y Salamanca, y la consulta de revistas y libros conservados en la biblioteca y archivo de la Abadía de Montserrat (que visité gracias a la amabilidad del historiador Hilari Ragner), me resultaron útiles para estudiar no sólo el modelo de santidad más propagado en el franquismo sino también las complejas vinculaciones entre ideología, instituciones y aparatos simbólicos y devocionales.*

P: Por lo que dice, sus contactos con historiadores españoles han sido siempre muy fructíferos. ¿Puede recordar los más significativos además de los ya citados?

R: He tenido muy buenas relaciones profesionales y de amistad con investigadores españoles que trabajaban en temas similares a los míos. En

primer lugar, quisiera recordar a Antonio Calero, lamentablemente desaparecido hace ya muchos años, al que debo su precioso prólogo a *La Santa de la Raza*. Lo encontré por primera vez en Salamanca en 1986, en el congreso «Historia y memoria de la Guerra Civil». Santos Juliá ha sido un punto de referencia por sus completos trabajos sobre el siglo XX español. Nuestra colaboración para redactar el libro sobre la historia del franquismo fue motivo para profundizar en el conocimiento de la dictadura. Igualmente debo mencionar a José Álvarez Junco, que aparte de gran historiador ha sido también un óptimo organizador y animador de coloquios entre estudiosos españoles y extranjeros desde su cargo de director del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. A Fernando García Sanz, experto en la historia de las relaciones entre Italia y España durante la época contemporánea, lo conocí en Roma a finales de los años ochenta y ha representado un importante enlace con el CSIC. Y aunque no puedo mencionarlos a todos, quiero decir que he mantenido intercambios con muchos otros historiadores e historiadoras.

P: En los últimos años ha desarrollado una serie de trabajos sobre el comparativismo entre fascismo italiano y franquismo español que dejan ver su vinculación con los profesores Emilio Gentile y Renato Moro. ¿Puede decirnos algo sobre esta dimensión de sus estudios?

*R: Emilio Gentile, de la Universidad de Roma-La Sapienza, es una autoridad sobre el fascismo italiano. Su libro *Il culto del littorio*, publicado en italiano en 1993 y traducido a los principales idiomas (incluido el español: *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007), es considerado un hito en los estudios sobre la «religión política». Por su parte, Renato Moro, de la Universidad Roma Tre, es un gran experto en temas vinculados a la historia del catolicismo italiano en la época contemporánea y la relación de la jerarquía católica con el régimen de Mussolini. En español, por ejemplo, ya está traducida su monografía sobre el Vaticano y la Shoah: *La Igle-**

sia y el exterminio de los judíos (Bilbao, Desclée de Brouwer, 2004). Mi colaboración con ellos surgió a raíz de una investigación en clave comparativa entre fascismo y franquismo que iniciamos hace más de diez años atrás y que en España tuvo como referente a Javier Tusell, que fue el primero en establecer parámetros comparativos entre el régimen de Mussolini y la dictadura de Franco. En las jornadas que organizamos en Roma y en Madrid también participaron otros historiadores del Departamento de Historia Contemporánea de la UNED (Juan Avilés, Rosa Pardo, Susana Sueiro, José María Marín y Alicia Alted, a quien ya conocía por su trabajo de recuperación de la cultura del exilio). La prematura muerte del profesor Tusell en el año 2005 nos privó de un amigo y de un gran historiador. Le hemos dedicado el volumen *Fascismo e Franquismo*, coordinado por Moro y yo misma, que recoge los trabajos presentados en las jornadas celebradas en la Universidad de Roma Tre. Con Renato Moro hemos seguido profundizando en aspectos relacionados con la Iglesia desde la perspectiva comparada. En esta línea de investigación hemos seguido colaborando con Carme Molinero, Pere Ysàs y otros colegas de la Universidad Autónoma de Barcelona. Y sobre esto quisiera añadir que el análisis comparativo constituye un laboratorio muy interesante, porque permite cotejar distintas perspectivas teóricas y conceptuales presentes en la historiografía de los dos países. Al respecto destacaría los considerables avances de la historiografía española sobre el franquismo, que además ha logrado evitar el peligro de ideologización como respuesta a la utilización de la historia en clave de adoctrinamiento hecha por el Régimen.

P: Su libro más reciente sobre los ritos de guerra y de victoria en la España franquista es una muestra más del gusto por la historia política y cultural como ámbito preferente para penetrar en el estudio y comprensión del franquismo como fenómeno histórico. Y me da la impresión que con él acentúa algo que ya era patente en sus primeros trabajos: la negativa a considerar la dictadura como un caso

de fascismo español similar, *mutatis mutandis*, al modelo italiano mussoliniano, en particular en lo que concierne a la figura del Jefe carismático. De hecho, el espléndido estudio monográfico sobre la extraña relación de Franco y la reliquia de la mano de Santa Teresa no deja lugar a dudas sobre la fuente confesional y devocional «del carisma del Caudillo» y su diferencia radical de la secularizada raíz carismática del Duce.

R: En efecto, soy de la opinión, compartida por otros historiadores, de que el franquismo no fue una especie de régimen fascista y totalitario al estilo del mussoliniano. Tuvo su ingrediente fascista, pero controlado por su componente militar originario (la dictadura surgió como resultado de un golpe militar sólo parcialmente triunfante) y muy limitado en su desarrollo por el nacionalcatolicismo que se impuso con la asimilación de la guerra a la categoría de «cruzada» por parte de la jerarquía eclesiástica. De hecho, la legitimación del régimen y la captación del consenso de las masas se realizaron también a través de liturgias y ceremonias caracterizadas por un uso político de la religión y de los aparatos sacrales. Las modalidades, la escenografía y la dimensión temporal de los ritos, con su capacidad de movilización, tienen su origen en la época de la Contrarreforma. Al respecto me han resultado muy provechosas las valiosas aportaciones de la profesora Maria Antonietta Visceglia, historiadora modernista italiana (también traducida en España). Asimismo los trabajos de George L. Mosse sobre la nacionalización de las masas y los de Emilio Gentile sobre la «religión política» fascista, me ayudaron a explicitar ulteriormente las diferencias entre las dos dictaduras precisamente en el terreno de los ritos y de la simbología. A título de ejemplo, ese aspecto que usted menciona de la relación entre Franco y la reliquia de Santa Teresa habría sido inconcebible en dos modernas dictaduras totalitarias como fueron la italiana y la alemana.

P: Una de sus últimas intervenciones en el debate historiográfico español ha tenido como eje la aplicabilidad del concepto de «religión política» acuñado

por Emilio Gentile a las tentativas de la Falange para dominar y hegemonizar la configuración de la dictadura franquista en sus primeros años («El modelo beligerante del nacionalcatolicismo franquista», en C. Boy, ed., *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 57-79). Si no me equivoco en mi apreciación, su postura es que tal opción era casi imposible en virtud del peso de la Iglesia en el régimen y de la fortaleza de la opción nacionalcatólica como referente cultural, ideológico y pedagógico. ¿Qué me puede decir de todo esto?

R: Aunque en parte ya he adelantado mi opinión sobre este tema, si tuviera que sintetizar mi percepción de modo escueto diría que en España no hubo ni pudo haber una «religión política» en el sentido que este concepto tiene en Emilio Gentile. Como he tratado de resaltar en ese ensayo citado y en otros trabajos, lo que hubo fue un modelo de relación entre política y religión que definió en gran medida el carácter del régimen franquista y en el que confluyen, readaptados, herencias carlistas y el ideario de Ménendez Pelayo respecto a la identificación entre nación y catolicismo. La creación en España de una «religión política» fue una aspiración por parte de Falange, a tono con el modelo italiano y la voluntad de control estatal de todas las esferas de la vida social. Pero la opción nacionalcatólica de hecho anulaba la posibilidad de un contexto secularizado, condición imprescindible (según Gentile) para la afirmación de una dimensión religiosa de la política «distinta y autónoma» respecto a las religiones tradicionales y destinada a movilizar las masas en apoyo a un proyecto totalitario. La hegemonía de la Iglesia en muchos campos, y precisamente en la gestión de los ritos, frenaba el riesgo de incurrir en lo que el Vaticano consideraba «estadolatría pagana». Por otro lado, en el caso español, las circunstancias de la guerra civil determinaron que la Iglesia y la Falange buscaran «compatibilidades» fundadas en una combinación de limitaciones y reconocimientos recíprocos bajo el arbitraje de Franco, definido por el cardenal

primado Gomá como «el hombre justo». Y fue Gomá en particular el que llevó adelante esa política pragmática, que estaba destinada a «cristianizar» –o más bien «domesticar») a la Falange, frenando las eventuales desviaciones totalitarias o «tendencias laicizantes», por ejemplo interviniendo directamente en la elaboración del Fuero del Trabajo. De hecho, en esos años ya se había puesto en marcha el proyecto nacionalcatólico que configuraría el «Nuevo Estado» y que haría imposible la opción totalitaria en clave panestatista y con un partido único omnipresente.

Mil gracias, profesora Di Febo, por su amabilidad al responder a estas Preguntas con tanta franqueza y detalle como paciencia y amabilidad.





ECOS PARTISANOS.

LA MEMORIA DE LA RESISTENCIA COMO MEMORIA CONFLICTIVA

Jorge Marco

Universidad Complutense de Madrid

El politólogo Stathis Kalyvas, especialista en los procesos de violencia política, sugería en un artículo que las sociedades contemporáneas pueden afrontar su pasado traumático de cuatro maneras diferentes.¹ El primer régimen de memoria colectiva sería el de la *exclusión*, es decir, cuando un grupo social, un partido o un Estado imponen su propia visión del pasado. Las memorias de *exclusión* son características de los vencedores, recordando aquel viejo dicho de que la historia siempre la escriben éstos. Así sucedió a la largo de la Dictadura en España. Ahora bien, en ocasiones, los perdedores de antaño pueden ser los vencedores del presente o del futuro, y la tentación de construir una nueva *memoria de exclusión a la inversa* resulta poderosa. Acontecimientos extremos como el Holocausto pueden hacernos pensar que este régimen de memoria es conveniente y necesario, pero en realidad genera más problemas de los que resuelve. La memoria de *exclusión* se basa en unas versiones distorsionadas y simplificadas de los hechos, promoviendo falsos consensos impuestos frente al debate, la reflexión y la controversia necesarios dentro de las sociedades democráticas.

El segundo régimen de memoria es el *silencio*, es decir, aquel por el cual los protagonistas del conflicto, o sus herederos, adoptan un consen-

so en favor de la amnesia. De algún modo, más allá de los matices, ésta fue la opción adoptada por la clase política dirigente y la mayor parte de la sociedad española durante la Transición y las décadas posteriores. El problema radica en que los consensos de silencio en torno a hechos traumáticos, antes o después, terminan por dinamitarse. La reparación de las víctimas y la defensa de los Derechos Humanos, junto a la necesidad de juzgar a los perpetradores con el objeto de establecer una jurisprudencia universal que dificulte la repetición de hechos análogos, chocan frontalmente con este régimen de memoria basado en la impunidad y el desamparo de las víctimas.

El tercer régimen de memoria es el de la *inclusión*, o, lo que es lo mismo, aquel que se sustenta sobre un consenso artificial a partir de una reconstrucción selectiva del pasado. Los casos de Francia e Italia en torno a la Segunda Guerra Mundial formarían parte de este modelo, utilizando la memoria de la Resistencia —exagerada en su dimensión—, para minimizar la colaboración y adhesión de amplias capas sociales al fascismo.

El cuarto y último régimen de memoria sería el *conflictivo*. Éste se produce cuando los historiadores y/o los movimientos por la memoria (cuando no derivan hacia la *exclusión*) desafían

la historia dominante. Entonces se rompen los tabúes, aparecen las memorias múltiples y los debates se tornan enconados y polémicos. El pasado se vuelve turbulento, *problemático*. En ese momento es común que surjan voces que clamen por el fin de los debates, que acusen a la memoria *conflictiva* de abrir viejas heridas y poner en peligro viejos consensos. La memoria conflictiva tiene un claro componente desestabilizador, pero como señala Kalyvas, es «la única opción en las democracias consolidadas para enfrentarse a un pasado conflictivo». De este modo, surgen las interpretaciones más novedosas y rigurosas del pasado, al mismo tiempo que se liberan los traumas hasta el momento soterrados.

Los fenómenos violentos y las guerras civiles, por su carácter personal y traumático, devienen un frecuente campo de batalla por la memoria en las sociedades contemporáneas.² La memoria colectiva en estos términos se convierte en un instrumento de combate, un arma política e ideológica interesada más en la búsqueda de una fuente de legitimidad, de conmemoración o reforzamiento de una identidad, que en el conocimiento del pasado.³ Su instrumentalización depende de las necesidades de los agentes en su presente histórico, por lo que su modulación a lo largo del tiempo es una constante. Acontecimientos como la Guerra Civil española, la Primera y la Segunda Guerra Mundial o el Holocausto centran en gran medida el conflicto traumático de la memoria europea del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Entre ellos, el fenómeno de la Resistencia en Europa cuenta con una posición relevante.

Memorias partisanas en Francia e Italia

El 25 de abril de 1945 el Comité de Liberación Nacional proclamó la insurrección general contra la «opresión» y el «saqueo» nazi-fascista, el último y definitivo golpe de los partisanos en Italia. Durante años, la izquierda conmemoró la efeméride, convirtiéndose en la fecha más

simbólica de la Resistencia. En los años sesenta, en cambio, se produjo una transformación sustancial. A cierta distancia de los acontecimientos, comenzó un proceso de apropiación, banalización y manipulación dirigido por las autoridades del Estado y los medios de comunicación. Como señaló Gobetti, la conmemoración del 25 de abril se convirtió en una fiesta patriótica y nacionalista, la Festa della Liberazione, sin agregar el componente antifascista a la identidad nacional, sino todo lo contrario, desterrándola.⁴ Del mismo modo, la sombra del fascismo y la complicidad de la sociedad italiana quedaba diluida bajo el mito de una Resistencia, cuya organización no comenzó realmente hasta finales de 1943, en paralelo el desembarco de las tropas norteamericanas.

Cuatro décadas más tarde, la fiesta del 25 de abril ha vuelto a sufrir una profunda transformación, convirtiéndose en una efeméride controvertida. En el año 2002, en la ciudad de Trieste se organizaron dos celebraciones por separado. La primera tuvo lugar en la Risiera di San Babba, donde desde hacía décadas los supervivientes de la Resistencia se reunían para rendir homenaje a los partisanos y las víctimas del campo de concentración. A poca distancia, el Fronte Nazionale Sociale organizó un acto paralelo en Bassovizza, lugar donde los partisanos yugoslavos, al ocupar Trieste en 1945, tiraron los cadáveres de cientos de italianos. Las autoridades locales acudieron a las dos ceremonias, siendo abucheados en la primera y rindiendo homenaje «a los caídos en todas las guerras» en la segunda.⁵ En los últimos años, con el auge de la derecha y las formaciones neofascistas en Italia, se mantiene el conflicto de memorias e identidades en torno al 25 de abril y el significado de la Resistencia.⁶

La evolución de la memoria del *maquisard* en Francia muestra importantes diferencias respecto al caso italiano. La Resistencia en Francia, aunque con un predominio de izquierdas, contó con unas heterogéneas bases sociales, desde los militantes comunistas hasta los conservadores

y católicos gaullistas, pasando por republicanos, socialistas y liberales. Por este motivo, la pugna por el significado de la Resistencia comenzó en el trascurso de la Segunda Guerra Mundial y se ha mantenido a lo largo de las décadas. El PCF se definió como el «Partido de los 75.000 fusilados», destacando de este modo que sus militantes fueron los que combatieron desde el interior y asumieron mayores riesgos.⁷ De Gaulle, por su parte, siempre destacó el carácter patriótico y nacionalista de la Resistencia, mientras que otras vertientes como la socialista trataban de lograr visibilidad entre la propaganda comunista y gaullista.⁸

En cualquier caso, la Resistencia se convirtió en uno de los elementos fundamentales de consenso en la sociedad francesa tras la Segunda Guerra Mundial. El espectro de Vichy y la colaboración, más allá de las primeras purgas, fue ahuyentado bajo el mito de la Resistencia.⁹ La nueva República asentó su legitimidad sobre la base de los heroicos y patriotas maquisards, quienes habían sacrificado su vida por la liberación de Francia. Nada menos que el 85% de los primeros parlamentarios franceses de la IV República eran «resistentes», en un sentido amplio del término, mientras que la primera Asamblea Nacional constituyente estuvo compuesta por un 97'5%.¹⁰ Las primeras conmemoraciones, homenajes e, incluso, colocación de placas comenzaron en 1944, tras la liberación de París.¹¹ En ese mismo momento aparecieron también los primeros estudios y memorias de combatientes. La Resistencia en Francia se convirtió en la religión civil que permitió reconstruir la nación, ampliar el consenso y difundir una memoria patriótica común, reforzada de nuevo con la instauración de la V República y el retorno de De Gaulle a la presidencia en 1958.¹²

La batalla por la memoria de la Resistencia en Francia, décadas después, ha continuado. La última polémica surgió tras la investidura de Nicolás Sarkozy, en el año 2007, cuando propuso que todos los escolares franceses debían leer la carta de despedida del joven Guy Mo-

quet antes de ser fusilado. Como en su momento hizo Charles de Gaulle, Sarkozy empleó una táctica de apropiación, transformando al joven comunista y antifascista en un mártir de la Nación con todos los elementos tradicionales del patriotismo decimonónico.¹³ Diversos historiadores preocupados por el uso de las políticas de la memoria en Francia, quienes en el año 2005 crearon el Comité de vigilance face aux usages publics de l'histoire, denunciaron la instrumentalización. Tampoco quedó libre de críticas el PCF, quién celebró la iniciativa de Sarkozy. El PCF siempre utilizó los fusilamientos de Guy Môquet y los 27 de Châteaubriant para ocultar la posición del Partido durante el Pacto Ribbentrop-Molotov entre agosto de 1939 y junio de 1941.¹⁴

La memoria de la Resistencia en Italia y Francia ha pasado por diversas fases. Los procesos de *apropiación* e *inclusión* han sido predominantes, aunque la historiografía en las últimas décadas ha tendido a problematizar el significado del movimiento partisano y sus memorias. El caso español, en cambio, ha recorrido un camino diferente. Los cuarenta años de Dictadura y el proceso de la Transición, en gran medida, condicionaron su desarrollo.

Memoria de la Resistencia en España

El movimiento guerrillero en España surgió en 1939, tras el final de la Guerra Civil. Miles de excombatientes republicanos, al regresar a sus casas, fueron detenidos y enviados a cárceles y campos de concentración. Una nueva ola de represión se cernía sobre los vencidos y, en este contexto, decenas de personas, a lo largo de la geografía española, decidieron huir al monte. Evitar la muerte, sobrevivir, fue el primer impulso de aquellos hombres. Pero aquel gesto de supervivencia con el paso del tiempo se transformó en un movimiento guerrillero organizado con un objetivo común: derrocar a la Dictadura. La guerrilla antifraquista prolongó sus actividades entre 1939 y 1952, es decir, más

allá del marco general (1939-1945) en el que se han establecido las resistencias antifascistas europeas. Del mismo modo, la Resistencia en España no combatió a un invasor extranjero, sino a una dictadura autónoma aliada de la Alemania nazi y la Italia fascista en sus orígenes. Tras la derrota del Eje, la Dictadura marcó distancias respecto a sus viejos aliados y se mantuvo, hasta 1953, aislada en la esfera internacional. Los rasgos particulares de la guerrilla antifranquista y su compleja conceptualización han conferido a la Resistencia en España una imagen pública, cuando menos, controvertida y confusa.

Bandoleros, criminales, terroristas; éstos fueron algunos de los epítetos empleados por la Dictadura para descalificar a la guerrilla antifranquista. Un discurso originado en la posguerra, en plena confrontación armada, y asumido por amplios sectores de la sociedad española. La Resistencia no contó, hasta 1943, con una estructura estable de propaganda para combatir el discurso de la Dictadura. A partir de ese momento la guerrilla antifranquista editó diversas cabeceras y pasquines. Las publicaciones guerrilleras también se vieron reforzadas por los aparatos de propaganda de las organizaciones políticas en el interior y en el exilio, destacando sobre el resto el PCE. Revistas como *Mundo Obrero*, *Nuestra Bandera* o *Cultura y Democracia* publicaron de forma cotidiana notas, artículos y reportajes sobre la «lucha heroica» de los guerrilleros en España, al mismo tiempo que se lanzaban proclamas a través de las ondas de Radio España Independiente.¹⁵ Las conferencias y homenajes a los guerrilleros caídos recorrían Europa, el norte de África y América Latina. El prestigio y mito de la Resistencia llegaron a alcanzar tales dimensiones que se convirtieron incluso en un objeto literario. Poetas y escritores en el exilio como Rafael Alberti, José Herrera Perete, Juan Rejano, Jesús Izcay, José Bergamín o Max Aub ensalzaron en sus obras «a los héroes de la Resistencia Española».¹⁶

Este amplio repertorio cultural, tras la desmovilización guerrillera en 1952, desapareció

del escenario. Los poetas dejaron de cantar las gestas de la Resistencia y las organizaciones en el exilio silenciaron su existencia. Entre 1952 y 1979 la memoria guerrillera transitó por un desierto copado de silencios que tan sólo abrieron sus grietas a partir de los años sesenta, cuando la Dictadura afloró los viejos discursos legitimadores y las memorias antifranquistas irrumpieron de nuevo en el escenario.

Legitimidades, silencios y «memoria antifranquista» (1952-1979)

La Dictadura siempre fundamentó sus discursos legitimadores sobre dos acontecimientos fundamentales: la Segunda República y la Guerra Civil. La Resistencia, en este sentido, tan sólo era un elemento secundario. Por ese motivo, la bibliografía franquista sobre la Resistencia fue muy reducida, limitándose a una producción de ocho libros, una novela y siete artículos, publicados entre 1953 y 1977. El escaso interés de la Dictadura sobre la guerrilla antifranquista también se observa en el bajo perfil de sus autores. Mientras que los temas centrales de la «memoria franquista» eran abordados por militares, académicos y periodistas de renombre, los trabajos relativos a la Resistencia fueron elaborados en exclusiva por miembros de la Guardia Civil. Todos eran antiguos combatientes con una amplia experiencia en la lucha contraguerrillera. Las razones de esta exclusividad eran sencillas: no era un tema central para la Dictadura, la Guardia Civil era quien mejor conocía el fenómeno, y, además, el Cuerpo estaba dispuesto a historiar «la gesta» más «gloriosa de la Guardia Civil».¹⁷

En la década de los cincuenta vieron la luz la novela de Ruíz Ayúcar, el manual de contrainsurgencia de Tomás Cossias, las memorias de Cándido Gallego y el ensayo de Carlos Alonso.¹⁸ Los cuatro libros fueron escritos por iniciativa personal y trataban de realzar el heroísmo de la Benemérita y reivindicar su «sacrificada» y «desconocida» labor en la posguerra: la derrota

del peligro comunista en España después de la Cruzada de Liberación.¹⁹ A partir de los años sesenta, en cambio, las iniciativas personales fueron sustituidas por una campaña programada y planificada desde la Dirección General de la Guardia Civil.

En el año 1965, el Ministerio de Información y Turismo creó el *Gabinete de Estudios de Historia* y su *Sección de Estudios sobre la Guerra de España*, con el objeto de divulgar la historia oficial del Régimen y contrarrestar el efecto de las publicaciones en el extranjero que desafiaban la versión oficial de la Dictadura.²⁰ El centro de la polémica era la Guerra Civil y la cuestión de la Resistencia no ocupaba un lugar prioritario. En estas circunstancias, el *Centro de Estudios Históricos de la Guardia Civil* asumió la misión de escribir la Historia sobre el «bandolerismo comunista», una Historia «cuyo principal valor [...] será el de servir de muro granítico contra falsedades y tergiversaciones que es posible asomen en el campo bibliográfico —ya se presente la avalancha— para oscurecer y maltratar, una vez más, la realidad histórica española».²¹

Cuatro autores constituyeron el equipo organizado por la dirección de la Guardia Civil: Francisco Aguado, director del *Centro de Estudios* y del Archivo; Eduardo Munilla Gómez, Antonio Díaz Carmona y Ángel Ruiz Ayúcar. La primera decisión fue fundar la *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, donde entre 1968 y 1975 se publicaron los siete artículos que asentaron las bases del discurso en torno al «bandolerismo comunista».²² Antonio Díaz Carmona publicó en 1969 un nuevo manual de contrainsurgencia, siguiendo la estela de Tomás Cossias, mientras Francisco Aguado preparaba la que se consideraba como la obra cumbre y definitiva sobre la Resistencia: *El maquis en España*, editada en 1975. En esta ocasión sí contó con la colaboración de uno de los más insignes publicistas de la dictadura, Ricardo de la Cierva. El ciclo de publicaciones concluyó con el monográfico de Ruiz Ayúcar sobre el PCE y dos colecciones de documentos, custodiados por el archivo de la

Guardia Civil, editados por Francisco Aguado y Ricardo de la Cierva, respectivamente.²³

A lo largo de las décadas, el discurso de la Guardia Civil recogió los elementos esenciales de la retórica común de la Dictadura respecto al *enemigo interno* derivado de la Guerra Civil: un exacerbado odio y obsesión por el comunismo, la deshumanización del enemigo y una constante criminalización de las disidencias. A partir de los años sesenta, además, se agregó la necesidad de contrarrestar «las previsibles» publicaciones editadas en el extranjero. Para ello, el primer combate se dirimía en el significado de las palabras, en la definición y conceptualización del fenómeno. «Tanto desde el punto de vista psicológico ante la población civil, como propagandístico —ante la opinión de otros países—, resulta fundamental la denominación que se dé al problema y a quienes son actores directos del mismo»— decía Eduardo Munilla Gómez.²⁴ Por ese motivo el concepto de «bandolerismo comunista» se difundió en todos los estudios elaborados por la Guardia Civil.

Aun así, dentro de este marco común existieron dos interpretaciones divergentes sobre la naturaleza de la Resistencia, cuyas raíces se pueden observar en los primeros textos publicados en la década de los cincuenta. Algunos autores establecieron un estrecho vínculo entre la guerrilla antifranquista y el bandolerismo decimonónico.²⁵ En su discurso subyacía la negación del carácter político de la Resistencia, vinculando su naturaleza a las características del *hombre delincuente* de la escuela del positivismo criminológico. Los guerrilleros, por lo tanto, eran una especie de criminales biológicos, sedientos de sangre, sin ningún tipo de móvil político.

Otros autores, en cambio, negaron dicha relación, resaltando el carácter novedoso del «bandolerismo comunista» y sus lazos con la guerra revolucionaria.²⁶ El carácter criminal de los guerrilleros no radicaba en su naturaleza, sino en la ideología. El discurso, por un lado, enlazaba con las nuevas escuelas de contrainsurgencia del orbe occidental, donde —en un

contexto de Guerra Fría— el comunismo era considerado una ideología criminal que fomentaba la subversión y el terrorismo por medio de nuevos recursos y estrategias. Por otro lado, recogía la retórica de la redención difundida por la Dictadura al terminar la guerra, donde el *enemigo interno* fue clasificado como *incorregible* (en la mayoría de los casos dirigentes y líderes políticos) o *engañado* (en referencia a las masas proletarias y campesinas). Los guerrilleros fueron inmediatamente clasificados como *incorregibles*, pero en la práctica se realizó una distinción entre los líderes guerrilleros (*recalcitrantes*) y los guerrilleros rasos (retratados como jóvenes campesinos pobres engañados por Moscú).²⁷ Ambos enfoques en la década de los sesenta se difuminaron hasta converger en una amalgama confusa y contradictoria. De algún modo, las dos perspectivas criminológicas servían a su misión: la criminalización de la Resistencia.

La literatura militante de los años setenta surgió, en gran medida, como respuesta a las últimas publicaciones llevadas a cabo por la Dictadura, dando por cerrado un ciclo de casi dos décadas de silencio. La memoria de los guerrilleros nunca desaparecerá, sugirió Rafael Alberti en uno de sus poemas en homenaje a dos guerrilleros asesinados por la Dictadura en 1948: «Más aunque su voz muera, su voz seguirá cantando a la España guerrillera».²⁸ La realidad, en cambio, fue muy diferente. Tras la desmovilización de la Resistencia en 1952, un largo silencio cubrió la memoria de la guerrilla antifranquista. Entre 1952 y 1969 la literatura militante se redujo a la reedición de las crónicas de Jesús Izcaray —publicadas con anterioridad en *Mundo Obrero* entre 1947 y 1948—, una nueva edición del artículo de Enrique Lister, publicado originalmente en 1951, y la novela de Luisa Carnés, escrita en realidad en 1948, pero publicada, por problemas económicos, en 1956.²⁹ Una muestra clara del desinterés de las organizaciones políticas en el exilio por la Resistencia después de su desmovilización.

Tres fueron las razones fundamentales que

promovieron esta política de silencio. En primer lugar, en los años cincuenta se había instalado en el exilio un clima de pesadumbre y abatimiento que no favorecía la conmemoración y el homenaje de la Resistencia, cubierta ahora, además, bajo el signo de la derrota. Al mismo tiempo, en el PCE se había desatado una grave crisis interna que situaba al Partido al borde de la escisión. En este contexto se desarrolló una persecución sistemática de los «provocadores» y «aventureros» que afectó a varios miembros de la Resistencia y que, en cierta medida, ponía bajo sospecha a los guerrilleros supervivientes.³⁰ La nueva política de Reconciliación Nacional instaurada oficialmente en 1956, con una renuncia expresa a los métodos violentos y la vía insurreccional, agudizaron en mayor medida la necesidad de atenuar el valor y el significado de la Resistencia.

La *Historia del Partido Comunista*, obra canónica escrita bajo la dirección de su Secretaria General, Dolores Ibárruri, muestra con claridad la nueva política del Partido. Al margen de la guerra, a la altura de 1960 la guerrilla antifranquista había sido el proyecto de mayor envergadura e impacto en la historia del PCE, pero a lo largo de las casi trescientas páginas de la obra tan sólo obtiene algunas escasas referencias. Las exiguas líneas que le dedican, además, aparecen camufladas en un relato donde priman las críticas al resto de organizaciones —CNT y PSOE particularmente—, las estrategias frente a las diferentes coyunturas internacionales, o la actividad de los presos, de los comités y de los cuadros dirigentes, desdibujando el carácter primordial que la lucha armada representó entre 1943 y 1951 para el PCE.³¹

A pesar de las breves alusiones, los autores —Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cerdón, Irene Falcón y José Sandoval— recogieron todos los elementos comunes del relato épico que en el futuro se pueden observar en el resto de la literatura militante. El PCE aparece como organizador y garante de la línea política de guerrilla antifranquista, el gran impulsor de la

resistencia popular contra la dictadura, sostenido gracias al entusiasmo y la combatividad de las masas. Frente a la experiencia del guerrillero predomina la «memoria antifranquista», con un fuerte carácter unitario, y el personalismo de los grandes líderes de la Resistencia. El vocabulario nos remite no sólo al ámbito de lo moral («imperecedera gloria», «ejemplo heroico», etc.), sino que nos acerca a las categorías y a la retórica de la época, a su propia interpretación ideológica de la realidad, basada en los grandes sujetos transformadores: el «pueblo español y antifranquista», las «masas», el «campesinado», la «clase obrera y trabajadora» y el «proletariado».

A veinte años de silencio siguió una década de expansión de la literatura militante. Entre 1970 y 1979 se publicaron nueve monografías y los dos primeros testimonios guerrilleros, auspiciados en la mayoría de los casos por el PCE o el movimiento libertario. La literatura del PCE y su entorno trató, desde un primer momento, de apropiarse de la memoria y la experiencia guerrillera. Sus trabajos, abordados siempre a nivel nacional, depuraban los rastros de los militantes o los movimientos guerrilleros ajenos al Partido, presentando un relato mítico y heroico de la Resistencia comunista. *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX*, encargado por Santiago Carrillo a Andrés Sorel, novelista y militante del PCE, fue el primer trabajo que vio la luz.³² El autor recibió un conjunto de documentos –informes y prensa guerrillera, informes de la Guardia Civil, etc.–, con el propósito de elaborar una obra acorde con las necesidades y la interpretación del Partido. El libro fue fiscalizado de principio a fin por sus promotores. Algunos de los pasajes fueron censurados y el autor tan sólo pudo recabar los testimonios de un reducido número de guerrilleros, seleccionados previamente.³³ El libro recogía las claves del relato oficial establecido una década antes por el Buró Político, recurriendo a los mismos sujetos históricos, a las mismas controversias partidistas y situando al PCE y a «la

lucha de clases» como motores de la guerrilla antifranquista.³⁴ Dos años después, bajo la iniciativa de Dolores Ibárruri, apareció también el primer testimonio de un guerrillero, José Gros, donde se reproducía el relato mítico, ideológico y personalista de la Resistencia, reforzando la versión oficial del aparato.³⁵ Tras la muerte del dictador se publicaron en España varias monografías de un cariz similar, siguiendo la estela de sus predecesores.³⁶

La corriente anarquista, por el contrario, no abordó la Resistencia desde una perspectiva nacional, sino que se limitó a defender la memoria de la guerrilla libertaria. La primera referencia fue el trabajo del exguerrillero Antonio Téllez Solá, quien publicó sendas biografías sobre las dos figuras más representativas de la guerrilla urbana en Cataluña: *Facerías y Sabaté*. Dos años después, todavía en el exilio, Juan Manuel Molina recopiló una serie de documentos y testimonios sobre el movimiento anarquista en el interior, mientras que José M.^a Reguant abordó la figura del guerrillero anarquista Marcelino Massana. La única excepción la representa el libro del exguerrillero anarquista Eduardo Pons Prades. Las carencias metodológicas, el fuerte sesgo militante y la escasez de documentación merman en gran medida su trabajo, pero las más de quinientas entrevistas orales que realizó a vecinos, enlaces y guerrilleros de diversas ideologías a lo largo de la geografía española entre 1975 y 1976 siguen siendo una fuente de valor incalculable.³⁷

Otras corrientes de la izquierda, aunque de forma minoritaria, también quisieron difundir su propia visión del fenómeno. Así nos encontramos con las memorias del guerrillero Adolfo Lucas Reguilón, quien a pesar de su militancia comunista siempre mantuvo una posición independiente y particular; el trabajo de Víctor Alba, donde se desata una fuerte crítica al PCE y se subraya el carácter poco organizado de la Resistencia; o la nueva publicación de Andrés Sorel tras su expulsión del Partido en 1973.³⁸

La literatura militante se prolongó más allá de la década de los setenta, pero su relevancia fue

decreciendo con el paso del tiempo.³⁹ Pero esto en modo alguno supuso el final de la memoria guerrillera, sino todo lo contrario, propició su transformación en los años sucesivos.

Gestación de la «memoria guerrillera» (1980-1999)

A lo largo de la Dictadura, en el interior y en el exilio, se gestaron unas memorias antifranquistas con un marcado sesgo partidista. Cada una de las memorias respondía a una identidad ideológica, a unas siglas políticas, cuyos límites se mantuvieron durante la Transición. A partir de los años ochenta, en cambio, la vieja «memoria antifranquista» sufrió un proceso de fragmentación progresiva hacia memorias particulares basadas no ya en la militancia o en la ideología, sino en las experiencias personales. La experiencia es uno de los soportes fundamentales de la memoria individual y colectiva, aunque ésta puede ser directa, transmitida o heredada.⁴⁰ En esta etapa, la memoria de los aparatos se vio desplazada por la expansión de una memoria colectiva basada en la experiencia directa, en la *memoria viva* de los guerrilleros, de los excombatientes, de los presos o de los exiliados. A partir de cada una de las *vivencias* se construyó una identidad y surgieron movimientos específicos con una enorme heterogeneidad ideológica, cuyo punto de unión era las *experiencias comunes*.

El prestigio de que gozaban los *maquisards* españoles y el papel relevante de la *memoria partisana* en Francia tuvieron una enorme influencia en las primeras propuestas relativas a la *memoria guerrillera* en España. Un buen número de guerrilleros españoles vivían en el exilio y observaban con pesadumbre la gran diferencia de estatus y organización que existía en torno a las *memorias resistentes* entre Francia y España. Así, en el año 1982 surgieron las primeras iniciativas. La Asociación Amical de Antiguos Guerrilleros Españoles en Francia inauguró en la localidad de Prayols un monumento a los partisanos españoles.⁴¹ Varios exguerrilleros, después de la ceremonia, entablaron conversaciones con el ob-

jeto de llevar iniciativas similares, relativas a la Resistencia antifranquista, al territorio español. En el año 1985 se celebró la primera Asamblea General de *L'Amical de Catalunya dels Antics Guerrillers*, la primera asociación en España con una identidad estrictamente guerrillera. Entre las decisiones aprobadas, aparecen por primera vez las propuestas de establecer una fecha para conmemorar el Día del Guerrillero Español y erigir un Monumento Nacional al Guerrillero.⁴²

En los años siguientes comenzó una búsqueda para encontrar un lugar representativo, al tiempo que surgieron tres nuevas asociaciones regionales de antiguos guerrilleros en Madrid, Valencia y Cuenca.⁴³ En 1988 las cuatro secciones decidieron unificarse bajo una nueva sigla: la asociación de *Antiguos Guerrilleros Españoles*. En su primera asamblea se ratificaron los acuerdos de 1985, estableciendo la fecha del 1 de octubre como Día del Guerrillero Español «para su celebración anual». Al año siguiente se realizó la primera convocatoria en la provincia de Cuenca, a la que acudieron doscientos guerrilleros de toda la geografía española y del exilio.⁴⁴ Dos años después, en 1991, se inauguró el Monumento Nacional al Guerrillero en Santa Cruz de Moya, en la provincia de Cuenca, asistiendo al acto diversas asociaciones de excombatientes, presos, guerrilleros, y algunas autoridades políticas. También se recibieron adhesiones de diversas personalidades políticas como Ramón Rubial y Joaquín Leguina, por parte del PSOE, o Julio Anguita, del PCE.⁴⁵

La *memoria guerrillera* había alcanzado plena autonomía, convirtiéndose en un incipiente movimiento social ideológicamente heterogéneo y no dirigido por los partidos políticos, quienes ahora figuraban en un segundo plano. A lo largo de la década de los noventa los antiguos guerrilleros mantuvieron los actos conmemorativos, con una difusión ascendente, pero todavía limitada.

La irrupción de una *memoria guerrillera*, reivindicada por sus propios protagonistas, tuvo un claro efecto sobre la historiografía. Desde

un primer momento se estableció una estrecha relación entre los antiguos guerrilleros y los historiadores, unidos por el interés común de reivindicar la Resistencia. Investigadores como Fernanda Romeu Alfaro o Francisco Moreno Gómez se convirtieron en asesores de las asociaciones guerrilleras, teniendo un importante protagonismo en sus diferentes iniciativas. A Fernanda Romeu Alfaro, por ejemplo, se debe que el *Monumento al Guerrillero* se erigiese en Santa Cruz de Moya, una pequeña localidad situada a escasa distancia de Cerro Moreno, donde murieron doce miembros de la AGLA en un asalto de la Guardia Civil en el mes de noviembre de 1949.

La historia, de algún modo, se convirtió en una herramienta de reivindicación política. En la actualidad la expresión «recuperando la memoria» resulta cotidiana en el debate público, pero la primera alusión la encontramos en el libro de José Aurelio Romero Navas, donde recopilaba un conjunto de testimonios orales relacionados con la Resistencia.⁴⁶ Esta estrecha relación ha ayudado a difundir y reivindicar el movimiento del guerrillero en España, al mismo tiempo que a defender los derechos de los supervivientes, aunque también ha generado algunos problemas desde el punto de vista historiográfico. La simpatía de los investigadores ha influido profundamente en su interpretación, destacado dos facetas fundamentales de los guerrilleros: su posición como víctima de la represión franquista y su compromiso en la lucha contra la Dictadura. El problema de este enfoque no es su credibilidad, sino el carácter restrictivo del análisis, dejando a un lado cuestiones más problemáticas.

En este contexto de lento despegue de la *memoria guerrillera* se produjo una sustitución del viejo modelo de la literatura militante por las publicaciones de testimonios guerrilleros. La explosión de este tipo de literatura no se produjo hasta la primera década del siglo XXI, pero a lo largo de los años ochenta y noventa aparecieron siete memorias, lo que indica su tendencia ascendente. Los testimonios guerrilleros,

como no podría ser de otro modo, presentan un fuerte sesgo partisano, pero, en contraste con la literatura militante, muestran el recorrido de la memoria y la identidad resistente, al mismo tiempo que aportan un enfoque narrativo sobre la experiencia guerrillera «desde dentro». También cabe señalar cómo las memorias de este periodo mantienen una fuerte homogeneidad, frente a lo que ocurrirá en la década posterior: todos los autores fueron destacados miembros de la Resistencia y habían participado previamente como combatientes en la Guerra Civil.⁴⁷

Auge de la «memoria guerrillera» (1999-2010)

En los años ochenta y noventa hemos destacado la fragmentación de las «memorias», con una proliferación de asociaciones organizadas a partir de diferentes identidades y experiencias. A partir del año 2000 se inició un proceso de unificación, reuniendo en un número reducido de plataformas las diferentes «memorias» en torno a los presos, el exilio, los brigadistas, los desaparecidos, los niños robados o los guerrilleros. Esto, en cierta medida, se debe a un hecho biológico y a las formas de transmisión de la memoria. Durante los años ochenta y noventa todavía existía un amplio número de supervivientes que comenzaron a reivindicar su memoria a partir de sus experiencias personales. El número reducido de supervivientes en la primera década del siglo XXI, y el fuerte protagonismo de la generación de los nietos, con una memoria adquirida y heredada,⁴⁸ han provocado la construcción de una nueva memoria común, donde se reúnen en un mismo plano las memorias antifascistas y las memorias de la represión..

Aun así, la *memoria guerrillera* es, quizás, la que ha mostrado una mayor voluntad por mantener una identidad propia, aunque estableciendo un diálogo permanente con el resto de «memorias». El apogeo del movimiento por la memoria guerrillera se produjo en el año 1999. En ese año, la asamblea de guerrilleros de la AGE presentó la primera iniciativa parlamentaria que

promovía el reconocimiento de «la memoria de los luchadores antifascistas». En el año 2000 un conjunto de exguerrilleros se unieron a la asociación Gavilla Verde, quien a partir de ese momento se convirtió en uno de los referentes de la *memoria guerrillera*. Desde el año 2000 la Asociación se hizo cargo de la celebración del Día del Guerrillero, al mismo tiempo que convoca unas jornadas anuales bajo el título «Crónica rural de la Guerrilla española. Memoria Histórica Viva», cuya undécima edición se ha celebrado en el año 2010. Desde distintas disciplinas, a lo largo de sus once ediciones han participado guerrilleros, historiadores, escritores, artistas, cineastas y periodistas. El interés por rendir homenaje y reivindicar la figura de los guerrilleros no ha impedido a la organización establecer debates en torno a cuestiones problemáticas, fomentando el análisis crítico de la Resistencia. La misma Asociación está elaborando un archivo de la memoria guerrillera, recogiendo entrevistas orales, memorias y testimonios de enlaces, vecinos y guerrilleros, en paralelo a una digitalización de los consejos de guerra depositados en los archivos militares.

El caso de la Asociación Gavilla Verde es el más representativo, aunque no el único. Lo que sí nos muestra es uno de los rasgos fundamentales de este movimiento asociativo: su carácter eminentemente rural, frente al resto de asociaciones relacionadas con la memoria, desarrolladas principalmente en el ámbito urbano. La guerrilla fue un fenómeno rural en España y su memoria se conserva y defiende principalmente por los jóvenes –generación de los nietos– naturales de estas áreas, salvo en los casos excepcionales de la guerrilla urbana en Cataluña, Madrid, Málaga o Granada.⁴⁹ Así, por ejemplo, entre los años 2001 y 2006 la Asociación Comarcal de Jóvenes del Valle del Jerte, en la provincia de Cáceres, organizó seis jornadas anuales dedicadas a la guerrilla antifranquista. En la primera década del siglo XXI los homenajes, caravanas de la memoria, jornadas y monumentos dedicados a la Resistencia se han multiplicado a lo largo

de toda la geografía rural española. Al mismo tiempo, la Asociación Guerra y Exilio, heredera de la anterior asociación de Antiguos Guerrilleros Españoles, presentó sucesivas iniciativas parlamentarias para lograr el reconocimiento y rehabilitación de la guerrilla antifranquista. Tras un primer intento en 1999, dos años después se aprobó una «rehabilitación moral» de los guerrilleros españoles en algunas Cámaras regionales y en el Parlamento español, mientras que en el año 2005 fueron recibidos y homenajeados en el Congreso por los representantes políticos de todo el arco parlamentario, a excepción de los diputados socialistas y populares. Desde el año 2006 las Asociaciones por la Recuperación de la Memoria Histórica, incluyendo las guerrilleras, han unido fuerzas con el objeto de sacar adelante la Ley de Memoria Histórica –cuya aprobación se produjo en el año 2007, pero con la que se han mostrado muy críticos–, y el proceso judicial iniciado por el juez Garzón, bloqueado finalmente por el Tribunal Supremo.⁵⁰

Los cambios en la memoria guerrillera se han ido haciendo cada vez más patentes en la primera década del siglo XXI. Los libros publicados por Andrés Sorel y José Gros no habían causado polémica entre los exguerrilleros comunistas en el momento de su publicación o, al menos, si la hubo, no trascendió al ámbito público. Tres décadas después, en cambio, cuando la *memoria guerrillera* alcanzó una identidad propia, algunas voces críticas empezaban a irrumpir en el escenario.⁵¹ Francisco Martínez-López «Quico», miembro de la Federación Guerrillera de León-Galicia y militante del PCE, en un debate abierto con Andrés Sorel en el año 2006, denunció cómo su libro, publicado en 1970 bajo el auspicio de la dirección del PCE, sólo mostraba una versión y una memoria exclusiva del aparato, excluyendo la experiencia y la «memoria de los guerrilleros». El libro, apostilló, inició una «campana de ocultación y de silencio» que más adelante fraguarían los partidos políticos de la izquierda durante el periodo de la Transición.⁵² En ese mismo Encuentro, en el que participaron

diversos historiadores especialistas en la Resistencia, se observaron importantes controversias y debates en torno al papel de los historiadores, la memoria y los nuevos planteamientos de la historiografía.⁵³

El auge de la *memoria guerrilla* trajo consigo, del mismo modo, un importante incremento en la publicación de testimonios. Si entre 1952 y 1979 contabilizábamos dos memorias, y entre 1980 y 1999, siete, durante este periodo se han publicado al menos veintiséis. Pero la diferencia no es meramente cuantitativa. En el periodo anterior el perfil memorialista era homogéneo, representando por una figura que en cierto modo simplificaba la imagen compleja de la Resistencia: un destacado miembro de la guerrilla antifranquista con militancia previa y antiguo combatiente durante la Guerra Civil. En esta nueva etapa los testimonios presentan un carácter más heterogéneo, incorporando a la segunda generación de guerrilleros (aquellos que habían sido niños durante la guerra), a los cuadros medios y bajos dentro de las Agrupaciones guerrilleras,⁵⁴ a la minoría de mujeres que participaron en la Resistencia,⁵⁵ y a uno de los agentes más importantes: los enlaces.⁵⁶ Nos encontramos ante las últimas *memorias vivas* de la Resistencia, dado que en la actualidad tan sólo sobreviven una decena de guerrilleros. Una multitud de voces que muestran, con gran riqueza, diferentes experiencias en torno a la guerrilla antifranquista.

A lo largo del presente texto hemos observado la evolución de la *memoria guerrillera* en España. Del silencio en el exilio y la intoxicación de la propaganda franquista se pasó a una primera fase de reivindicación partidista e ideológica de una memoria común antifranquista en los sesenta. A partir de los años ochenta, en cambio, comenzó a originarse una memoria guerrillera autónoma –transversal en términos ideológicos y partidistas– reivindicada por los antiguos guerrilleros a partir de sus propias experiencias. A comienzos del siglo XXI las voces críticas respecto a las viejas memorias de los aparatos

partidistas se incrementaron, al tiempo que se abría una mayor pluralidad de voces en torno al fenómeno de la Resistencia y se producía el relevo de una nueva generación, la de los nietos, marcada por el discurso de las memorias transmitidas. Con el paso del tiempo, la memoria de la Resistencia va mostrando la amplitud y heterogeneidad del fenómeno, y a ello está contribuyendo de forma decidida la historiografía en la última década. Los estudios sobre las dinámicas de la violencia política intracomunitaria, el análisis de figuras controvertidas en la guerrilla como los desertores, los delatores y chivatos, los «ajusticiamientos» internos, o el establecimiento de diversas formas de resistencia en el ámbito de la Resistencia –incluyendo la difusa frontera con las formas de delincuencia campesina– contribuyen a quebrar cualquier relato mitológico y a profundizar en las raíces políticas y sociales de la guerrilla antifranquista.⁵⁷

La reivindicación de la Resistencia en España como un movimiento en defensa de la libertad y contra la Dictadura no es incompatible con el fomento de una *memoria conflictiva*. No cabe duda de que la relación entre la memoria y la historia siempre resulta controvertida, pero no debemos tener miedo a enfrentarnos a sus retos. La labor más importante del historiador en esta materia quizás sea la de desvelar todos aquellos intentos de apropiación, abuso, silencio, exclusión o inclusión de las memorias traumáticas de las sociedades contemporáneas. La problematización, la defensa de las memorias conflictivas, con todas sus aristas, constituyen la mejor contribución que los historiadores pueden realizar, aportando un pequeño grano de arena a la maduración y mejoramiento de los sistemas democráticos.

NOTAS

- ¹ KALYVAS, S., «Cuatro maneras de recordar un pasado conflictivo», *El País*, 22 de noviembre de 2006.
- ² ARÓSTEGUI, Julio, «Traumas colectivos y memorias generacionales: el caso de la Guerra Civil», en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.), *Guerra Civil. Mito y Memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 59 y ss.

- ³ LAVABRE, Marie-Claire, «Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos», en: ARÓSTEGUI, Julio y GODICHEAU, François (eds.), *Guerra Civil...*, op. cit., p. 44.
- ⁴ GOBETTI, P., «25 aprile 1945-25 aprile 1962», *Quaderni piacentini*, I bis, (1962), ver en: CRAINZ, G., «Fascismo y resistencia en Italia: memoria pública y memorias divididas», en: BERAMENDI, J. y JESÚS BAZ, M. (eds.): *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, PUV, 2008, pp. 68-69.
- ⁵ MUÑOZ SORO, J., «El uso público de la historia: el caso italiano», en: FORCADELL, C. (ed.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 110-116.
- ⁶ MAMMONE, Andrea: «A Daily Revision of the Past: Fascism, Anti-Fascism, and Memory in Contemporary Italy», *Modern Italy*, 2-11 (2006)
- ⁷ BESSE, Jean-Pierre y POUTY, Thomas: *Les fusillés: Répression et exécutions pendant l'Occupation (1940-1944)*, Paris, Les Éditions de l'Atelier/Éditions Ouvrières, 2006, pp. 29 y ss.
- ⁸ CASTAGNEZ, Noëlline y MORIN, Gilles, «Résistance et socialisme: breve rencontre», en: LACHAISE, Bernard (dir.), *Résistance et Politique sous la IV République*, Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux, 2004, pp. 111-146.
- ⁹ LABORIE, Pierre, *Les Français des années troubles. De la guerre d'Espagne à la Libération*, Paris, Seuil, 2003, pp. 269-282.
- ¹⁰ CASTAGNEZ, Noëlline y MORIN, Gilles, «Résistance et socialisme...», op. cit., pp. 120-121.
- ¹¹ NIVET, Philippe, *Le Conseil municipal de Paris de 1944 à 1977*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1994, p. 79.
- ¹² CONAN, Eric y ROUSSO, Henry (eds.), *Vichy. An Ever-Present Past*, Hanover, University Press of New England, 1998, pp. 156-174.
- ¹³ JENSEN, Lotte, LEERSEN, Joep y MATHIJSEN, Marita (eds.), *Free Access to the Past: Romanticism, Cultural Heritage and Nation*, Leiden, Brill, 2010, p. 43.
- ¹⁴ «Guy Môquet, et après? Effacement de l'histoire et culte mémoriels», 7 de octubre de 2007, en: <http://cvuh.free.fr/spip.php?article131>; AZÉMA, Jean-Pierre: «Guy Môquet, Sarkozy et le roman national», *L'Histoire*, 323 (2007).
- ¹⁵ MODESTO, J., «Seis meses de acciones y combates guerrilleros en España» *Nuestra Bandera*, 19 (1947); MODESTO, J., «La lucha guerrillera en Andalucía», *Nuestra Bandera*, 25 (1948); CARRILLO, S., «Sobre la experiencia de dos años de lucha», *Nuestra Bandera*, 31 (1948); CARRILLO, S., «Los guerrilleros, instructores políticos y organizadores de los campesinos», *Mundo Obrero*, 155 (1949); LÍSTER, Enrique, «De la experiencia de la lucha guerrillera en España (1939-1951)», [S.l.: s.n.], 1951; Dirigentes 14/3 y 16/2 (ACCPCE)
- ¹⁶ «Pueblos Libres, ¿y España?», «A la Junta Suprema de Unión Nacional», «El toro del pueblo vuelve», en: ALBERTI, R., *El poeta en la calle*, Paris, Editions de la Librairie du Globe, 1966; HERRERA PETERE, J., «A una guerrillera española», *Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles*, 2-3, (1945); HERRERA PETERE, J., «Un guerrillero muere en la sierra», *Nuestro Tiempo*, 6 (1952); REJANO, J., *Vispera heroica. Canto a las guerrillas*, México D.F., 1947; IZCARAY, J., *Héroes de España: Casto García Roza*, Paris, Editorial Nuestro Pueblo, 1948; IZCARAY, J., *Las guerrillas de Levante*, La Habana, Ediciones PAPE, 1948; IZCARAY, J., *Quién tenga honra que me siga*, Editorial Unión de Mujeres Española, 1949; BERGAMÍN, J., *La hija de Dios y La niña guerrillera*, México D.F., Manuel Altolaguirre, 1945; AUB, M., «Tránsito», *Sala de Espera*, I (1948)
- ¹⁷ AGUADO SÁNCHEZ, Francisco, *El maquis en España*, Madrid, Editorial San Martín, 1975, p. 19.
- ¹⁸ RUIZ DE AYÚCAR, Ángel, *La sierra en llamas*, Barcelona, Luisa de Caralt, 1953; COSSIAS, Tomás, *La lucha contra el maquis en España*, Madrid, Editora Nacional 1956; GALLEGÓ PÉREZ, Cándido, *La lucha contra el crimen y el desorden. Memorias de un teniente de la Guardia Civil*, Madrid, Editorial Rollán, 1957; ALONSO, C., *La pacificación (Guerrilleros, maquis y pistoleros)*, Madrid, AHR, 1957.
- ¹⁹ COSSIAS, Tomás, *La lucha contra el maquis...*, op. cit., p. 21.
- ²⁰ REIG TAPIA, Alberto, *Ideología e Historia: sobre la represión franquista y la guerra civil*, Madrid, Akal, 1984, pp. 74 y ss.
- ²¹ AGUADO, Francisco, *El maquis en sus documentos*, Madrid, Editorial San Martín, 1976, p. 15.
- ²² MUNILLA GÓMEZ, E., «Consecuencias de la lucha de la Guardia Civil contra el bandolerismo en el periodo 1943-52», *REHGC*, 1 y 2 (1968); AGUADO, F., «En torno al bandolerismo comunista», *REHGC*, 9 y 10 (1972), 14 (1974) y 15 (1975); RUIZ DE AYÚCAR, Á., «Guerrilla española del siglo XX», *REHGC*, 9 (1972)
- ²³ RUIZ DE AYÚCAR, Á., *El Partido Comunista: 37 años de clandestinidad*, Madrid, San Martín, 1976; AGUADO, F., *El maquis en sus documentos...*, op. cit.; CIERVA, Ricardo de la, «La aventura del maquis en España: análisis documental de una leyenda», *Nueva Historia*, 8 (1977).
- ²⁴ MUNILLA GÓMEZ, Eduardo, «Consecuencias de la lucha...», op. cit., p. 59.
- ²⁵ GALLEGÓ PÉREZ, Cándido, *La lucha contra el crimen...*, op. cit.
- ²⁶ COSSÍAS, Tomás, *La lucha contra el maquis...*, op. cit.
- ²⁷ GÓMEZ BRAVO, Gutmaro y MARCO, Jorge, *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista, 1936-1950*, Barcelona, Península, 2011, pp. 68-69, 79-81.
- ²⁸ ALBERTI, Rafael, *El poeta en la calle...*, op. cit., p. 220.
- ²⁹ CARNÉS, Luisa, *Juan Caballero*, México, Novelas Atlante, 1956; IZCARAY, J., *Quince días con los guerrilleros de Levante*, México, Palomar, 1960; LISTER, Enrique, «De la experiencia de la lucha guerrillera en España (1939-1951)», *Revista Internacional*, 1965.
- ³⁰ ESTRUCH TOBELLA, Joan, *El PCE en la clandestinidad. 1939-1956*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 162-166.
- ³¹ *Historia del Partido Comunista de España*, Paris, Editions Sociales, 1960, pp. 218-238.
- ³² SOREL, Andrés, *Búsqueda, reconstrucción e historia de la guerrilla española del siglo XX a través de sus documentos, relatos y protagonistas*, Paris, Editions Libraire du Globe, 1970.
- ³³ Entrevista a Andrés Sorel. Madrid. 26 de octubre de 2006.
- ³⁴ SOREL, Andrés, *Búsqueda...*, op. cit., p. 12.
- ³⁵ GROS, José, *Abriendo camino: Relatos de un guerrillero comunista*, Bucarest, Ediciones de la Librairie du Globe, 1972. Reeditado en España: Barcelona, ATE, 1977 y Madrid, Endymion, 2011.
- ³⁶ KAISER, Carlos J., *La guerrilla antifranquista. Historia del maquis*, Madrid, Ediciones 99, 1976; VIDAL SALES, José Anto-

- no, *Después del 39: la guerrilla antifranquista*, Barcelona, ATE, 1976; CÍCERO GÓMEZ, Isidro, *Los que se echaron al monte*, Madrid, Editorial Popular, 1977.
- 37 TELLEZ SOLÁ, Antonio, *La guerrilla urbana. Facerías*, Paris, Ruedo Ibérico, 1974; TELLEZ SOLÁ, Antonio, *Sabaté. Guerrilla urbana en España (1945-1960)*, Barcelona, Plaza y Janés, 1978; MOLINA, J. M., *El movimiento clandestino en España, 1939-1949*, México D.F., Editores Mexicanos Unidos, 1976; REGUANT, José M.^a, *Marcelino Massana. ¿Terrorismo o resistencia?*, Barcelona, Dopesa, 1979; PONS PRADES, Eduardo, *Guerrillas españolas, 1936-1960*, Barcelona, Planeta, 1977.
- 38 REGUILÓN, Adolfo Lucas, *El último guerrillero de España*, Madrid, AGLAG, 1975; ALBA, Víctor, *Historia de la Resistencia Antifranquista*, Barcelona, Planeta, 1978; SOREL, Andrés, «El maquis español», *Historia Internacional*, 9 (1975).
- 39 GÓMEZ PARRA, Rafael, *La guerrilla antifranquista (1945-1949)*, Madrid, Revolución, 1983, etc.
- 40 HALBWACHS, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004; HALBAWCHS, M., *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004; ARÓSTEGUI, J., *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 156-171.
- 41 *El País*, 5 de junio de 1982.
- 42 *Actas de la Asamblea General ordinaria de L'Amical de Catalunya dels Antics Guerrillers*. 12 de mayo de 1985.
- 43 *L'Enllaç*, noviembre-diciembre, 1987.
- 44 *El País*, 2 de octubre de 1989.
- 45 *L'Enllaç*, segundo trimestre, 1991.
- 46 ROMERO NAVAS, José Aurelio, *Recuperando la memoria*, Málaga, CEDMA, 1997.
- 47 FERNÁNDEZ FREIXANES, V., *Memoria dun fuxido*, Vigo, Xerais, 1980; MANZANERO MARÍN, J., *Páginas para la historia*, Valencia, Fernando Torres Editor, 1983; MATARRANZ, F., *Manuscrito de un superviviente*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987; ÁLVAREZ, S., *Memoria da guerrilla*, Vigo, Xerais, 1991; VICENTE, P., *Por qué luchamos*, Madrid, Endymion, 1992; ARRASANZ RASO, J., *Los guerrilleros. Joaquín Arrasanz Raso «Villacampa»*, Edición del autor, 1994; VICUÑA, V., *Combates por la libertad*, Lasarte, Ayuntamiento de Lasarte-Orio, 1995.
- 48 Sobre la cuestión generacional y la memoria: ARÓSTEGUI, J. (ed.), *España en la memoria de tres generaciones. De la esperanza a la reparación*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2007; ARÓSTEGUI, J. y GÁLVEZ, S. (eds.), *Generaciones y memoria de la represión franquista*, Valencia, PUV, 2010.
- 49 Varias asociaciones libertarias han realizado, hasta el año 2009, doce marchas de homenaje a la guerrilla urbana anarquista en Cataluña. Un estudio reciente sobre la memoria de la guerrilla urbana en Getafe: SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco: «Reteniendo. De guerrilleros a huelguistas (1939-1962)», en: GARCÍA ALCALÁ, Julio Antonio (dir.), *Getafe 1939/1979: de la dictadura a la democracia*, Ayuntamiento de Getafe/Europa Viva, 2010, pp. 15-63.
- 50 ESPINOSA, F. (ed.), *Violencia Roja y Azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 22-29.
- 51 RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, M. J., «Victorio Vicuña, maquis comunista», *Historia* 16, 274 (1999).
- 52 *Encuentro Internacional Resistencia armada en la posguerra*, organizado por la Cátedra «Memoria Histórica del siglo XX». 25-27 de octubre de 2006.
- 53 ARÓSTEGUI, Julio y MARCO, Jorge (eds.), *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, La Catarata, 2008.
- 54 MARTÍNEZ LÓPEZ, F., *Guerrillero contre Franco. La guérilla antifranquista du León*, Paris, Éditions Syllepse, 2000; RIBAS GRAU, A. (coord.), *Testimonis manresans de les guerres del segle XX*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, 2001; NÚÑEZ, M., *La revolución y el deseo*, Barcelona, Península, 2002; FERNÁNDEZ VICENTE, Á.: *Rebel*, Barcelona, Mediterrànea, 2002; ALCALÁ RUIZ, E.: *Memorias de un guerrillero. El maquis en la sierra de Cuenca*, Cuenca, Fundación de Cultura «Ciudad de Cuenca», 2002; MAGAÑA EXPÓSITO, J., *Hombres de Acero (al servicio de la Libertad)*, Almería, Arráez, 2003; LOZANO MILLÁN, J., *Siempre luchando. Recuerdos de mi vida*, Córdoba, Litopress, 2003; FLORES MARTÍNEZ, P., *Memorias de Pedro Flores*, Manresa, Centro d'Estudis de Bages, 2003; MORENO SALAZAR, J., *El guerrillero que no pudo bailar*, Guadalajara, Silente, 2004; ESTEBAN GARVI, A., *Lucha por la libertad*, Albacete, Instituto de Estudios Albaceteños, 2006; COS BORVOLLA, J., *Ni bandidos, ni vencidos. Memorias de una gesta heroica*, Santander, Edición del autor, 2006; MONTORIO «CHAVAL», J. M., *Cordillera Ibérica. Recuerdos y olvidos de un guerrillero*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2007; MATEO, R. y PALACIO, L. A., *Rueda, rueda, palomera*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2008; ARNAL MUR, M., *Memorias de un anarquista de Argües, en la República, en la Revolución y la Guerrilla*, Zaragoza, Raul Mateo Otal, 2009; NAVARRO, J. y CASTILLO, J. M., *Memorias de un luchador antifranquista*, Valencia, Germania, 2009; LORENZO CALVIÑO, P., *Os pasos pola vida dun comunista galego*, Vigo, A Nosa Terra, 2009.
- 55 MONTERO, R., *Historia de Celia. Recuerdos de una guerrillera antifascista*, Barcelona, Octaedro, 2004; ROMERO SÁIZ, M., *Hijas de la luna. Memoria viva del maquis*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008; MARTÍNEZ, Esperanza, *Guerrilleras. La ilusión de una esperanza*, Madrid, Latorre Literaria, 2010.
- 56 LEÓN LLORIA, J., *La memoria de mi vida*, Edición del autor, 2003; GARCÍA «OTONES», M., *Lucha y Libertad*, Oviedo, KRK, 2003; VIGO TEJEIRO, E., *Memorias dun antifranquista*, Ferrol, Edicións Embora, 2004; ESTELLÉS, J., *Los guerrilleros. Esperanza del pueblo*, Madrid, Tiempo de Cerezas, 2005; PASARÓN, F., *Memorias*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 2007; RUBIO, B., *Memorias de la lucha antifranquista*, Edición del autor, 2007; SEIXIDO, S., *Huellas de amor en la memoria*, Editorial Martínez, 2009.
- 57 YUSTA, Mercedes, *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1999; YUSTA, Mercedes: *Guerrilla y resistencia campesina*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003; MARCO, Jorge: *Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la resistencia antifranquista*, Granada, Comares, 2020; MARCO, Jorge: *Resistencia armada en la posguerra. Andalucía oriental, 1939-1952*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2011, etc.



EUROPEIZAR ES DEMOCRATIZAR. EL SPD Y LA ESPAÑA DEL TARDOFRANQUISMO

Antonio Muñoz Sánchez
Accésit al I Premio Javier Tusell

En la mañana del sábado 15 de noviembre de 1975, mientras el dictador Francisco Franco agonizaba en una clínica madrileña, el joven líder del PSOE, Felipe González, dirigía desde la tribuna del Congreso del SPD en Maguncia una apasionada llamada a los demócratas europeos para que contribuyeran al pronto renacer de la libertad en España. González hacía su petición de manera peculiar:

Durante muchos años la experiencia ha demostrado que las actitudes de aceptación de un régimen autocrático con la esperanza de forzar su democratización ha producido el efecto contrario. Hoy, que de nuevo se abren grandes perspectivas [para el triunfo de la democracia en España], nosotros los socialistas advertimos la responsabilidad histórica de los europeos si el error se repitiera. Todos los países democráticos de Europa y del mundo tienen el deber de apoyar el proyecto democrático de la oposición española.¹

Esta cita es relevante porque no encaja en la explicación tradicional sobre la posición de la España de Franco en la política europea, y muy especialmente en el proceso de integración europea. Durante décadas se ha dado por buena la idea de que, pese a su creciente interrelación con los países al norte de los Pirineos, la España de Franco nunca dejó de ser un paria en Europa. La mejor muestra de ello habría sido el raquítico Acuerdo Preferencial con la Comunidad Económica Europea (CEE) de 1970.²

Como único actor capaz de hacer realidad el deseo de los españoles de integración plena en la Comunidad, la oposición a Franco habría sido la verdadera beneficiada en términos políticos de la relación con Europa. Porque *européismo* se identificó con *democracia*, y se convirtió en un instrumento poderoso de los antifranquistas para socavar la dictadura y forzarla a acometer su propia disolución tras la muerte de Franco.³ Según esta misma interpretación, los partidos socialistas europeos habrían hecho todo cuanto estaba en sus manos contra los intereses de Madrid en la CEE y apoyado a los compañeros españoles en su lucha por la conquista de las libertades.⁴

Sin embargo, las investigaciones más recientes han puesto en cuestión estas ideas al demostrar de forma irrefutable que las democracias occidentales nunca presionaron a la dictadura franquista para que acometiera una apertura política.⁵ El mayor especialista sobre las relaciones entre la CEE y España ha llegado a decir que «the EC [European Community] record in effectively defending human-rights and democratic values in Spain under Franco was nil, and [...] more inclined to passively support the then existing authoritarian regime than to actively erode it».⁶ Estas revelaciones arrojan luz sobre las palabras de González y reclaman una nueva agenda en el estudio de las relaciones de España con los países europeos y con la CEE, que habrá de explicar cuales fueron las verdaderas motivaciones de los Seis/Nueve hacia el régimen de

Franco y, en fin, la influencia que sus políticas tuvieron en el proceso que llevó a España de la dictadura a la democracia.

El presente artículo pretende ser una pequeña contribución en este sentido. Trata de la política española de la más influyente organización de izquierdas de Europa occidental durante la Guerra Fría, el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Sostiene que este partido apoyó durante la última década de la dictadura de Franco su participación en el proceso de integración europea precisamente por considerar que esa era la clave de la futura conversión del régimen en una democracia. Comienza analizando las razones por las que el SPD asimiló a mediados de los años sesenta la posición del gobierno conservador alemán de defender la posición de España en la CEE como piedra de toque de la relación de la RFA con ese país. Continúa explicando la implementación de esta política durante la Gran Coalición y la Era Brandt, y expone los argumentos de los que se oponían a ella dentro de la izquierda alemana, española y europea. Concluye mostrando cómo el temor a que la autodisolución del régimen se viera gravemente perturbada por el impacto de la Revolución de los Claveles en Portugal llevó a Bonn a dar mucha mayor relevancia a un factor de su política hacia España hasta entonces casi marginal: el apoyo a la oposición democrática y particularmente al PSOE de Felipe González.

La RFA hacia un consenso en su política hacia la España de Franco

El *Informe Birkelbach* y el *Informe Rengen* son viejos conocidos de los estudiosos de las relaciones entre el régimen de Franco y Europa. Los dos se presentaron en 1961 y dificultaron el primer intento de España de acercarse a la Comunidad Económica Europea en febrero del año siguiente. Lo que no se suele considerar sin embargo es que sendos informes con nombre de diputados del SPD son testimonios tardíos de una estrategia política altamente ideologizada

de la que los socialdemócratas alemanes se estaban apartando a marchas forzadas al iniciarse la década de los sesenta para intentar ganarse la confianza de una población abrumadoramente conservadora que les había convertido en oposición eterna al canciller Konrad Adenauer. La fe ciega puesta por el SPD desde su congreso de Bad Godesberg (noviembre de 1959) en el progreso económico como motor de la consolidación y expansión de la democracia en el mundo iba a ser la clave del arco de una política mucho más pegada a la realidad, y en lo que se refiere a España de una línea menos combativa que la inspirada por los referidos informes pero, así se esperaba, más eficaz para contribuir desde la RFA a que el país se viera un día libre de la dictadura de Franco.

En el ambiente de distensión que dominó la política europea después de la *Crisis de los misiles* de octubre de 1962, el SPD pudo mirar por vez primera sin prejuicios ideológicos a la España franquista. Lo que descubrió fue una nación inmersa en un frenético proceso de modernización auspiciado por una política económica que resultaba modélica para todos los países en vías de desarrollo, y con esperanzadores signos de aperturismo político.⁷ Para conocer más de cerca esa realidad española que parecía negar la principal conclusión del *Informe Rengen*, el SPD dio por concluida la total incomunicación existente hasta entonces con el régimen y buscó el contacto discreto con miembros de su administración. Los argumentos que estos presentaron fueron coincidentes: nadie en España deseaba la repetición de un conflicto civil y por ello había que poner los medios para evitar la polarización política; el aislamiento del régimen defendido por el socialismo europeo no ayudaba en absoluto a esa dinámica sino que, al contrario, favorecía a los extremismos de derecha e izquierda; la democracia sólo podría emerger tras la muerte del Caudillo si surgía en España una fuerza de izquierda moderada, y por ello los socialistas europeos debían implicarse en su desarrollo.⁸

Poco después de ser elegido presidente del

SPD en febrero de 1964, Willy Brandt reconoció ante la ejecutiva de su partido que la estrategia tradicional de la organización dirigida a promover el aislamiento internacional del régimen de Franco estaba periclitada, y era por ello necesario proceder a su *aggiornamento*. En un lenguaje similar al utilizado por su hombre de confianza Egon Bahr en una polémica conferencia meses atrás en la que abogó por normalizar las relaciones con los regímenes comunistas como primer paso para favorecer su evolución interna, Brandt pidió a sus compañeros de dirección un acercamiento desapasionado a la realidad española que permitiera a la izquierda alemana encontrar la forma de ayudar a que el proceso de cambios que ya estaba en marcha en el país se consolidase.⁹ En este sentido, la intención de Madrid de aproximarse a la CEE no debía ser considerada como algo negativo sino, muy al contrario, como una oportunidad única para contribuir desde la Europa democrática a acelerar el proceso de formación de una sociedad moderna en España y para incrementar las tendencias pro-europeas y pro-democráticas dentro de la propia dictadura. Siguiendo la línea marcada por Brandt, el SPD dio la bienvenida a la decisión del Consejo de la CEE en junio de 1964 de iniciar un diálogo con Madrid, en el convencimiento de que la progresiva integración económica de España en la Comunidad provocaría *necesariamente*, por las leyes de la modernización, la instauración de una democracia en el país a largo plazo.¹⁰

Con esta decisión los socialdemócratas alemanes asimilaron la esencia de la política de los gobiernos conservadores de Konrad Adenauer y Ludwig Erhard hacia España, que perseguía atraer al país al proceso de integración europea no sólo por el beneficio que reportaría al comercio bilateral sino también porque serviría para poner al régimen de Franco en la vía de la lenta evolución hacia un estado de derecho.¹¹ Sin embargo, en línea con su estrategia de oposición constructiva, el SPD quiso introducir un elemento novedoso en la política de la RFA hacia España: la promoción activa en este país del

européismo democrático. Para hacerlo posible, el partido decidió romper el *cordón sanitario* que la izquierda europea había impuesto al régimen permitiendo que su vicepresidente Fritz Erler aceptase la invitación de una institución académica franquista para visitar Madrid en abril de 1965. Durante su estancia de un día en la villa del Manzanares, Erler dio una conferencia sobre el programa de Bad Godesberg, cenó con dirigentes del Sindicato Vertical, se entrevistó con el ministro José Solís, se reunió con Enrique Tierno Galván y otros socialistas de la capital, y dio una rueda de prensa en la que dejó claro que España no podría entrar en la CEE hasta que no fuese una democracia.¹² En la RFA, inmersa ya en la precampaña electoral, el viaje a Madrid del probable futuro ministro de Exteriores tuvo un eco extraordinario. Todos los medios de comunicación aplaudieron aquel contacto crítico del SPD con la España de Franco que, por un lado, demostraba la madurez y sentido de responsabilidad de la oposición, y, por otro, constituía una clase práctica de aquella política de *cambio mediante acercamiento* que los socialdemócratas proponían por entonces para las dictaduras del este de Europa.¹³

El SPD, que había madurado su nueva posición hacia el franquismo sin contar con los demás partidos socialistas europeos, confiaba que con el exitoso viaje de Erler estos acabasen reconociendo las ventajas de una estrategia que, en definitiva, buscaba sentar las bases de la futura democracia española.¹⁴ Pero esta era una esperanza vana. Al contrario que el SPD, la mayoría de los partidos socialistas europeos no habían sufrido un proceso de absoluta desideologización, y la mitificada guerra civil ofrecía enormes resistencias al desarrollo de actitudes que pudieran ser vistas por sus bases como una concesión al régimen y como una traición a los demócratas españoles. Esta percepción era además alimentada por el PSOE, que seguía aferrado a la política del aislamiento internacional como única forma de forzar el final del franquismo,¹⁵ y que veía al socialismo que es-

taba surgiendo en España como una peligrosa amenaza al monopolio de los contactos internacionales, esenciales para su supervivencia como organización exiliada. Si no querían ser involuntarios colaboradores del fascismo, explicaba en diversos foros el secretario general del PSOE Rodolfo Llopis, los socialistas europeos debían evitar cualquier tipo de contacto con España, incluso con gentes de la oposición como Tierno ya que eran toleradas e incluso promovidas por el régimen en su intento de convencer a los Seis de que estaba en marcha un proceso de liberalización política. Siguiendo estos razonamientos, el PSOE denunció la decisión de la CEE en 1964 de abrir un diálogo con el gobierno de Madrid como «un acto vejatorio con la dignidad del pueblo español»¹⁶ y criticó el viaje de Fritz Erler a la capital de España como una recompensa intolerable del SPD a los esfuerzos del franquismo por obtener reconocimiento internacional.¹⁷

Mientras la mayoría de los socialistas europeos daba por bueno apoyar, *sotto voce*, que España negociara un acuerdo comercial con la CEE y al mismo tiempo respaldar el boicot formal al franquismo que les reclamaban los compañeros del PSOE, la socialdemocracia alemana siguió creyendo necesario superar aquella incongruencia y dar con la clave que permitiera una fusión armónica entre *antifranquismo* y *européismo*. Especialmente combativo en este punto se mostró el sindicato IG Metall, y sobre todo sus dirigentes Max Diamant y Hans Matthöfer, este último diputado del SPD en el Bundestag. Caso único en Europa, el IG Metall se había implicado muy activamente en el trabajo de socialización democrática de los trabajadores españoles que llegaban a la RFA en el marco del Acuerdo de Emigración de 1960, y había logrado atraerse a una parte considerable de ellos (20.000 afiliados en 1965). Además, el sindicato respaldaba a los socialistas que actuaban en España, especialmente a la Alianza Sindical Obrera (ASO), que como las Comisiones Obreras trabajaba por la democratización del Sindicato Vertical franquista. El IG Metall entendía que la imperiosa

necesidad del Régimen de acercarse a la CEE daba a la izquierda europea un instrumento de presión único para forzar la apertura de *parcelas de libertad* al movimiento democrático español. Para explotar esta baza, era necesario que el conjunto de la izquierda europea abandonara su respetable pero estéril fidelidad al PSOE y la UGT y se volcara en apoyar a la ASO y a los demás renovadores del socialismo en España.¹⁸ Todo ello para desesperación de Rodolfo Llopis y sus compañeros exiliados, que hubieron de dedicar buena parte de sus energías en aquellos años a combatir lo que ellos quisieron presentar como una *conspiración internacional* orquestada contra las únicas organizaciones españolas que merecían ser llamadas socialistas y que, por supuesto, no eran otras que las suyas.¹⁹

A mediados de 1966 prominentes europeos como Salvador de Madariaga y Enrique Gironella buscaron el respaldo de la socialdemocracia alemana para organizar una repetición del Congreso de Munich. Se trataba de reunir de nuevo a la oposición española del exilio y del interior para que pactasen un catálogo de reformas que el Régimen tendría que ir acometiendo si deseaba avanzar en su relación con la Comunidad Económica Europea. Ese catálogo debía ser asumido por los partidos socialistas de los Seis, quienes a su vez intentarían imponerlo como de obligado cumplimiento al conjunto de las fuerzas políticas de la Comunidad. Willy Brandt ofreció el apoyo del SPD a este congreso, que encajaba perfectamente en la política que su partido defendía de presión constructiva desde Europa para lograr la progresiva apertura del franquismo. Con ayuda del SPD los españoles ampliaron sus contactos y lograron el aval de la fracción socialista del Parlamento Europeo.²⁰ Sin embargo, cuando Rodolfo Llopis tuvo conocimiento de la iniciativa montó en cólera e impuso su boicot al congreso, consciente de que su celebración daría un impulso definitivo entre la izquierda europea a las ideas del SPD y del IG Metall de otorgar protagonismo al socialismo del interior de España en perjuicio

del PSOE y la UGT. Como reacción, el secretario general del Comité Federal Español del Movimiento Europeo, Enrique Gironella, presentó la dimisión convencido de que sus esfuerzos por coordinar en torno a la idea europeísta a la oposición española resultaban inútiles cuando su principal exponente, el PSOE, era incapaz de mirar más allá de sus propios intereses.²¹

Ante la inexistencia de una oposición antifranquista constructiva en la que inspirarse y apoyarse, el SPD acabaría entrando en el gobierno alemán a finales de 1966 sin un plan alternativo para las relaciones con España al que ya venían desarrollando los gobiernos conservadores de Bonn.²² Apenas un par de días después de crearse la Gran Coalición, el nuevo ministro de Exteriores Willy Brandt envió un emisario a Madrid con la labor de tranquilizar al gobierno de Franco sobre sus intenciones. España, les hizo saber el presidente del SPD, podía estar segura de que la RFA seguiría defendiendo con la misma firmeza que hasta entonces los intereses del país en la CEE.²³

La política del SPD hacia España durante la Gran Coalición y la Era Brandt

En el debate abierto en la Comunidad Económica Europea a comienzos de 1967 sobre el tipo de acuerdo que se debía ofrecer a Madrid, la posición del SPD estuvo determinada por las grandes expectativas despertadas entonces respecto a la evolución en España y en la propia CEE. En cuanto a España, la recién aprobada Ley Orgánica del Estado (LOE) apareció a ojos de Bonn como el primer paso de la definitiva apertura del régimen que allanaría el camino a la democracia tras la muerte de Franco.²⁴ Por su parte, la Comunidad parecía estar ante su primera ampliación, que abarcaría a varios países del norte de Europa.²⁵ En ese contexto, el SPD defendió la asociación de España a la CEE, y así lo expuso públicamente para intentar ganar adeptos a la idea. El encargado de explicar por qué la izquierda alemana veía necesario convertir en

papel mojado el *Informe Birkelbach* fue el eurodiputado y futuro ministro Hans Apel, mediante un artículo que alcanzó amplia difusión en Europa. Apel comenzaba diciendo que, dada la ambigüedad de los Tratados de Roma en lo referente a los requerimientos políticos para la asociación o la adhesión a la CEE, la petición española de asociación requería de una respuesta política. Esa respuesta sólo podía ser positiva porque el acuerdo de asociación intensificaría las relaciones entre España y Europa, verdadero motor de los positivos cambios económicos, sociales y políticos por los que el país ibérico estaba atravesando en los últimos años. Asociar España a la CEE no significaba apuntalar al régimen de Franco, sino muy al contrario «perseverar hoy en los objetivos de los republicanos derrotados [en la guerra civil]». A quienes considerasen que la asociación de una dictadura amenazaba la esencia democrática del proceso de integración europea, Apel respondía con el argumento de que la esperada entrada en la Comunidad de países del norte con gobiernos de izquierda reforzaría el carácter progresista de la CEE y haría menos arriesgada aquella «aventura española». Finalmente, y después de que el presidente francés Charles De Gaulle decidiera apagar las luces de una posible ampliación, Francia y Alemania no fueron capaces de mover al resto de países miembro de sus posiciones contrarias a la asociación de España, y a mediados de 1967 el Consejo ofreció al gobierno de Madrid negociar un Acuerdo Preferencial cuyo objetivo era la creación de una unión aduanera.²⁷

Irónicamente, el mismo *zeitgeist* que a finales de los años sesenta favorecía la puesta en marcha de la *ostpolitik* iba a significar un obstáculo para la profundización de relaciones con el régimen de Franco según pretendía el SPD en el gobierno como parte de su estrategia de *europeización* de España. En la RFA, donde la revuelta estudiantil adelantó sus comienzos a la primavera de 1967, el golpe militar en Grecia y los bombardeos del Ejército portugués sobre población civil en sus colonias africanas con

aviones de fabricación alemana tuvieron enorme eco en una sociedad fascinada por la novedosa imagen televisiva, y confrontaron por vez primera al ciudadano medio con la cuestión de los derechos humanos en las dictaduras no comunistas de Europa y la política de su gobierno hacia las mismas.²⁸ Por lo que respecta a España, el freno de las reformas y el recrudecimiento de la represión contra sindicalistas y estudiantes a partir de 1967 fueron seguidos con interés por los *media* alemanes, dañando seriamente la hasta entonces benévola imagen que la población tenía del régimen de Franco.²⁹ La opinión pública alemana tuvo también muy presente las injusticias cometidas por la dictadura gracias a los emigrantes españoles, que cada vez en mayor número y con más frecuencia se manifestaron por las calles de las principales ciudades de la RFA reclamando libertad para su patria.³⁰

En este nuevo ambiente se alzaron también en el SPD las voces hasta entonces muy minoritarias de quienes no aprobaban la línea pragmática de la dirección del partido hacia España. Como líder de este grupo actuó Hans Matthöfer, que por su intensa dedicación a los asuntos hispanos acabaría ganándose el apodo de *parlamentario por Barcelona*.³¹ Molesto con el artículo de su compañero Hans Apel, con las visitas de parlamentarios del SPD a España invitados por el régimen, con las declaraciones del ministro socialdemócrata de Economía Karl Schiller a favor de la asociación de España a la CEE y con las cada vez más frecuentes visitas de ministros franquistas a la RFA, Matthöfer denunció públicamente la estrategia de la Gran Coalición dirigida a hacer a la España de Franco «poco a poco presentable a los ojos de la opinión pública alemana y europea». En lugar de actuar como hasta entonces cual «portavoces» de Madrid en Bruselas, los ministros del SPD debían, según Matthöfer, respetar las resoluciones de la Internacional Socialista y de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, y oponerse a cualquier tipo de acuerdo de España con la Comunidad mientras

el Régimen no respetase los derechos civiles.³²

A medida que la desaparición de Franco se acercaba, la pugna entre las familias del Régimen se intensificaba. En esta lucha, los *aperturistas* buscaron el apoyo de los gobiernos amigos, y muy especialmente de Francia y Alemania. Presentándose como criptodemócratas acosados por las poderosas fuerzas reaccionarias del régimen,³³ argumentaban que la clave para que ellos pudieran acabar ganando la batalla y dominando el postfranquismo era que se potenciara el acercamiento a Europa. Si, por el contrario, el acuerdo con la CEE entonces en proceso de negociación acababa decepcionando las esperanzas en él depositadas, se produciría un descrédito general del *européismo* entre las fuerzas vivas del país y el fortalecimiento del sector autárquico-nacionalista, que daría definitivamente la espalda a Europa y frenaría toda posibilidad de liberalización política. Estos razonamientos fueron el *mantra* de muchas conversaciones privadas entre dirigentes de ambos países, como por ejemplo la que mantuvieron el ministro de Exteriores Fernando Castiella con el canciller Kurt-Georg Kiesinger durante la única visita oficial de un jefe democrático de gobierno europeo a la España de Franco.³⁴ La embajada alemana, que desde hacía años defendía que no había cambio positivo en España que no viniera de la creciente vinculación con Europa, era de la misma opinión que los reformistas, y permanentemente advirtió a su gobierno en Bonn de que cualquier obstáculo a las aspiraciones de Madrid en la CEE acabaría por detener el tortuoso caminar —«dos pasos adelante, uno atrás»— que el país estaba siguiendo hacia un futuro democrático.³⁵

Convencido de la solidez de estos argumentos, Willy Brandt siguió defendiendo la normalización de las relaciones bilaterales y aceptó visitar Madrid en la primavera de 1968 dentro de la ronda de consultas de los ministros de Exteriores acordada tres años antes. Ni los socialistas españoles, ni sectores influyentes de la izquierda alemana y europea fueron capaces de conven-

cer al presidente del SPD de que la cancelara.³⁶ Si la visita no se produjo finalmente se debió a su coincidencia con el viaje oficial del canciller Kiesinger, que éste decidió sin consultar al ministro Brandt.³⁷ En el invierno de 1969, el estado de excepción decretado en España provocó manifestaciones en Alemania lideradas por los activos grupos de emigrantes antifranquistas, y protestas por la amistosa posición del gobierno de coalición hacia el régimen de Franco, puesta torpemente en evidencia en aquellos mismos días con la entrega de la Gran Cruz del Mérito Civil de la RFA a Manuel Fraga.³⁸ Incluso ante esta ola de críticas, Willy Brandt se mantuvo en sus posiciones y únicamente aceptó reducir el flujo de visitas de ministros para evitar que la oposición española y la izquierda de países con fuerte opinión antifranquista como Holanda y Escandinavia pudieran creer que «apoyamos al régimen de forma incondicional».³⁹ En lo referente a las negociaciones de España con la CEE, Bonn decidió apoyar todas las reivindicaciones de Madrid, «para continuar fortaleciendo el sector liberal dentro de la actual realidad política española. Con ello servimos más a los intereses españoles a largo plazo de lo que lo haríamos a través de una postura puramente negativa».⁴⁰

En octubre de 1969, una semana después de que Willy Brandt prometiese como canciller del primer gobierno alemán de postguerra de mayoría socialdemócrata, Franco formó un nuevo gabinete dominado por ministros tecnócratas. Este gobierno presentó como una de sus prioridades el incremento de las relaciones con la CEE. El Acuerdo Preferencial que pronto se cerraría, aunque altamente beneficioso para España, no sería sino el primer impulso de una carrera mucho más ambiciosa. Considerando los obstáculos políticos a la adhesión mientras Franco viviera, siempre maquillados por el Régimen a la ciudadanía, Madrid intentaría alcanzar la asociación y para ello estaría dispuesta a tomar «las medidas políticas de orden interno necesarias para dar a España un rostro democrático».⁴¹ Bonn saludó a este gobierno *uropeísta*, y

decidió trabajar en Bruselas por una asociación que no fuese un «producto acabado» sino más bien «dinámico», que pudiera desarrollarse «en el futuro en dirección hacia una plena adhesión» de España en la Comunidad.⁴² Se retomaba así la idea de 1967 de aprovechar la ampliación de la CEE hacia el norte, que tras la retirada de De Gaulle estaba de vuelta en la agenda comunitaria, para abrir la mano lo más posible a España. Con ello los *aperturistas*, ahora mayoría en el gobierno, acabarían imponiéndose definitivamente a los *inmovilistas* y, una vez muerto Franco, podrían liderar un cambio democrático desarrollando todas las potencialidades de la LOE.⁴³

Pero los últimos años de la dictadura de Franco iban a ser mucho menos armoniosos de lo esperado, también en relación con Europa, donde la hostilidad de la opinión pública hacia las autocracias del sur del continente no dejaba de aumentar. Ante el creciente activismo democrático en España, el Régimen sólo supo contestar con represión, lo que multiplicó en el exterior el eco de los conflictos internos, dañando gravemente la imagen *aperturista* del gobierno y diluyendo sus deseos de asociación con la CEE. El punto de no retorno llegó en diciembre de 1970 con el Proceso de Burgos, que provocó la primera protesta masiva en Europa contra el régimen de Franco, a su vez contestada en España con manifestaciones orquestadas de apoyo al Caudillo que reforzaron a los *inmovilistas* contrarios a las reformas.⁴⁴

En el SPD, la solidaridad con los demócratas españoles se convirtió en elemento inherente de un izquierdismo reverdecido por los miles de jóvenes que entraron en el partido después de la Revolución del 68. El líder natural del *lobby antifranquista* en el SPD siguió siendo Hans Matthöfer. Entre sus numerosas iniciativas se contó el apoyo, una vez desaparecida la ASO, a los renovadores del PSOE y la UGT para que desbancaran a los exiliados y lograsen extender su influencia en el interior, donde la fuerza del Partido Comunista de España (PCE), especial-

mente gracias a su influencia en las Comisiones Obreras, comenzaba a preocupar seriamente a la izquierda moderada de Europa.⁴⁵ Matthöfer no contará sin embargo en este punto con la complicidad de la dirección del SPD, que a comienzos de los años setenta seguía prefiriendo el socialismo moderado del Partido Socialista del Interior (PSI) de Enrique Tierno Galván, al que venía apoyando a través de la Fundación Friedrich Ebert.⁴⁶

En vista de la creciente hostilidad al norte de los Pirineos, el régimen español temió que su periplo europeo iniciado con el Acuerdo Preferencial de junio de 1970 acabara convirtiéndose en un calvario. Considerando intolerables ciertas declaraciones procedentes de la Comisión y del Parlamento Europeo tras conocerse las sentencias a muerte a seis miembros de ETA en Burgos, el gobierno de Franco informó a Bonn de que no descartaba cancelar el Acuerdo Preferencial.⁴⁷ Aunque no pensó que se pudiera llegar a tanto, el gobierno alemán sí tomó muy en serio las negativas consecuencias que un incremento de la presión externa podía tener sobre la política española en aquel periodo final de la dictadura. Por ello, buscó disminuir los efectos del activismo antifranquista en Europa y en la RFA sobre las relaciones bilaterales y sobre las relaciones España-CEE. Ya durante el Proceso de Burgos, el embajador español pudo informar con satisfacción a su ministro de que los partidos que formaban el gobierno alemán habían logrado evitar un debate en el Bundestag e incluso cualquier declaración oficial sobre el tema, «pese a que, según me ha dicho [el secretario general del SPD] Hans-Jürgen Wischnewski, estaban bajo una enorme presión».⁴⁸ Bonn contribuyó también a que el Consejo de la CEE no aceptara la petición de la fracción socialista del Parlamento Europeo de imponer estipulaciones políticas al desarrollo del Acuerdo Preferencial, argumentando que el acuerdo tenía un «carácter puramente económico».⁴⁹ Al final, la *despolitización* de las relaciones España-CEE acabaría convirtiéndose en una regla de

oro para la coalición social-liberal liderada por Willy Brandt. Cuando en febrero de 1974 Salvador Puich Antich fue sentenciado a muerte, la presidencia alemana de turno propuso que el Consejo no pidiera el indulto, argumentando que estaba fuera de la competencia del máximo órgano de decisión de la CEE «tomar posición en asuntos internos de otros países».⁵⁰

Pese a la influencia cada vez mayor de la oposición a Franco, los líderes del SPD no tomaron nunca en consideración la posibilidad de que pudiera desestabilizar la dictadura, por no hablar ya de sustituirla.⁵¹ La llegada de la democracia a España después de Franco, cualquiera que fuese su calidad, sólo sería posible mediante un proceso de evolución totalmente controlado por el gobierno.⁵² En este sentido, Bonn depositaba todas sus esperanzas en el príncipe don Juan Carlos, quien de forma inequívoca les hizo saber, como muy tarde en 1972, su voluntad de poner en marcha un proceso de democratización cuando sucediera a Franco.⁵³ Así las cosas, el gobierno de Willy Brandt entendió que Europa debía seguir apostando por el programa reformista del gobierno de 1969 que había sido frenado por la presión de los *inmovilistas* y de la oposición democrática. El ministro de Exteriores Walter Scheel lo expresó así públicamente durante su visita a Madrid en 1972: «Nos satisfaría ver mayores progresos en el proceso de armonización de la economía y de las estructuras políticas necesario para la entrada [de España en la CEE]. Armonía no significa identidad [total con el modelo político de Europa occidental]».⁵⁴

La política no ideológica del gobierno Brandt-Scheel hacia España y su apoyo a los intereses de Madrid en la CEE irritó a muchos socialistas españoles, europeos y alemanes. El PSOE agradecía el apoyo que el SPD brindaba a aquellos de sus miembros perseguidos en España, pero al mismo tiempo lamentaba profundamente la que consideraba era una política de apaciguamiento de la dictadura.⁵⁵ La dirección del PSOE en Toulouse se guardó sin embargo de airear sus diferencias abismales con los socialdemócratas ale-

manes, pues caso de hacerlo sólo evidenciaría la orfandad internacional del partido y daría alas a los renovadores del interior que pugnaban por desbancar a sus veteranos líderes. Este silencio se rompería sin embargo excepcionalmente en la primavera de 1970, cuando Walter Scheel decidió reunirse en Madrid con Enrique Tierno Galván y otros representantes de la oposición moderada para compensar las críticas en Alemania a su viaje. Promover de manera tan espectacular ante la opinión pública europea y española al líder del PSI pareció al PSOE un acto intolerable e insolidario por parte de los compañeros alemanes. Como respuesta, *Le Socialiste* hizo una denuncia en toda regla de la política de *cambio mediante acercamiento* de Willy Brandt hacia la España de Franco:

[El SPD considera] que sólo una aproximación entre las dos Alemanias puede conducir a una liberalización de la dictadura comunista de Walter Ulbrich. Pero si este análisis pudiera resultar acertado para Alemania oriental, aplicado a España resulta falso por la experiencia de más de 30 años de dictadura franquista. [...] Las medias tintas se traducen en una complicidad en la opresión del pueblo español [...]. No exigimos de la RFA ni de nuestros compañeros socialdemócratas una intervención más activa en apoyo de nuestra lucha. Pero denunciamos [aquellas de sus acciones] que son tan perjudiciales para la lucha del pueblo español por sus libertades fundamentales como los créditos y ayudas financieras que [...] concede el Gobierno federal alemán a los oligarcas de España.⁵⁶

En la Internacional Socialista o en el Buró de Partidos Socialistas de la CEE, el SPD se negó a seguir a algunos partidos en su pretensión de regresar a una política de abierta hostilidad hacia el franquismo como la de los años cincuenta. Con ocasión del Proceso de Burgos, el SPD boicoteó un texto consensuado por los demás partidos porque condenaba explícitamente el régimen español.⁵⁷ A finales de 1972, cuando se debatía una revisión del Acuerdo Preferencial para ajustarlo a la inminente ampliación de la Comunidad, los sindicatos alemanes y la izquierda española pidieron en vano a Willy Brandt que

la RFA llevara a la agenda de las negociaciones condiciones de tipo político para el Régimen.⁵⁸ Con esta actitud, el poderoso SPD apareció ante los socialistas europeos mejor informados como responsable de que Madrid no viera realmente en ellos «una barrera para la aproximación de España a la CEE».⁵⁹

El *lobby antifranquista* del SPD no pudo revertir la tendencia posibilista de sus líderes, y hubo de conformarse con pequeñas y muy trabajadas victorias. Cuando en la primavera de 1971 el miembro del PSOE y del SPD Carlos Pardo fue detenido en Barajas y puesto a disposición del Tribunal de Orden Público para juzgarlo por injurias al Jefe del Estado en la revista alemana para emigrantes *Exprés Español*, el SPD decidió no pedir su liberación. Pero Hans Matthöfer se rebeló, movilizó a la opinión pública de izquierdas y tras una dura discusión con los dirigentes de su partido logró que estos aceptasen amenazar al gobierno de España con cancelar el Acuerdo de Emigración de 1960. Apenas tuvo noticia de que tal iniciativa iba a ser llevada al Bundestag, Madrid liberó a Carlos Pardo. No acabarían ahí los desencuentros entre la dirección del SPD y Matthöfer, quien rechazaba por indigno de un gobierno de izquierdas el argumento de que la presión sobre Madrid pondría en peligro proyectos millonarios de la industria alemana en España como la introducción del sistema de TV en color PAL de Siemens. Matthöfer tampoco lograría convencer a los líderes de su partido para que mostraran mayor atención a los renovadores del PSOE, a los que durante años sólo les quedó lamentar la actitud de «esos compañeros de mirada fría y amable que te escuchan sin oírte y para los cuales España y el socialismo español en especial son inexistentes».⁶⁰ El escepticismo del SPD hacia el PSOE quedaría crudamente de manifiesto con ocasión del congreso de Suresnes, al que el partido alemán envió una delegación compuesta por una sola persona, una funcionaria del Departamento de Relaciones Internacionales sin ninguna relevancia política.⁶¹

Cuando en la primavera de 1974 la Era Brandt se aproximaba a su inesperado final, la coalición social-liberal realizaba un balance global positivo de su política hacia España. Contrariamente al Estado Novo portugués, que había utilizado los crecientes lazos económicos y políticos con la RFA y otras democracias europeas para estabilizar el régimen y mantener *manu militari* su fantasía colonial en África⁶², el franquismo parecía caminar, lenta pero inexorablemente, hacia su propia disolución en su voluntario acercamiento a Europa. Aunque las reformas anunciadas en 1969 habían quedado en nada, el debate sobre cómo alcanzar la *democracia a la española* era ya omnipresente en el país. Los dirigentes franquistas no eran por supuesto demócratas, pero tenían plena conciencia de que después de Franco la legitimidad del sistema y de la propia monarquía se desvanecería rápidamente si ellos no eran capaces de implantar en España un sistema parlamentario, condición imprescindible para que se cumpliera el *destino manifiesto* de la nación: la plena integración en la CEE. Traer la democracia sin romper el Régimen era precisamente el gigantesco reto que se impuso el gobierno de Carlos Arias Navarro constituido en enero de 1974. Travestido de liberal, el nuevo presidente se descolgó con un sorprendente programa que daría al país unas así llamadas *asociaciones políticas*, original versión española de los partidos políticos. El SPD dio la bienvenida a Arias en el convencimiento de que con él «las posibilidades de una genuina liberalización, que por supuesto sólo será efectiva a largo plazo», eran reales.⁶³

Temor a la infección portuguesa: Helmut Schmidt y la agonía del régimen de Franco

El cálculo de los estrategias de la política exterior alemana era que la *ostpolitik* contribuiría a crear un *Orden Europeo de Paz* en el cual las dictaduras de cualquier signo, libres ya de toda presión externa, evolucionasen voluntariamente para así poder acercarse a la CEE.⁶⁴ Estas

esperanzas se quebraron, sin embargo, de forma inesperada con la crisis del petróleo de noviembre de 1973, cuya capacidad desestabilizadora se mostró en toda su dimensión en el flanco sur del continente europeo.⁶⁵ Cómo la RFA, en su papel de potencia occidental menos afectada por la depresión económica y más interesada en que no se malograra la distensión europea, respondió a esta crisis mediterránea de mediados de los años setenta es una cuestión de gran interés que sólo muy recientemente está siendo abordada por la historiografía.⁶⁶ En el caso de España, no hay duda de que la posición alemana se vio muy influida por el temor a que la transición al postfranquismo pudiera verse afectada por la caótica Revolución de los Claveles que tenía lugar en la vecina Portugal.

El colapso incruento del Estado Novo el 25 de abril de 1974 y la festiva explosión de libertad que siguió tuvieron un enorme impacto en España.⁶⁷ Los *inmovilistas* se reorganizaron y lanzaron una agresiva campaña contra las reformas de Carlos Arias Navarro, mientras que la oposición floreció, llegándose a la creación en verano de aquel año de una *Junta Democrática* dominada por el Partido Comunista de Santiago Carrillo. Con su margen de acción cada vez más restringido, el gobierno mandó insistentes mensajes a los dirigentes alemanes, «que son los únicos que realmente apoyan los esfuerzos de España por aproximarse a Europa», para que mantuvieran su confianza en Arias.⁶⁸ El nuevo gobierno de Helmut Schmidt respondió positivamente a esta llamada e ignoró a quienes, como el PSOE, clamaban que la Comunidad Económica Europea no pusiera en marcha las negociaciones para un nuevo acuerdo comercial con un gobierno que trataba de vender una parodia de democratización.⁶⁹ Las negociaciones se iniciaron en noviembre de 1974, y sólo lo alejado de las posiciones iniciales de ambas partes en lo referente a las concesiones arancelarias impidió una rápida conclusión de las mismas.⁷⁰ La postura alemana en los meses siguientes fue que la Comunidad debía aceptar

la propuesta española y cerrar cuanto antes un acuerdo que aportara estabilidad a las relaciones CEE-España en un momento especialmente complicado para este país.⁷¹

Pero la confianza en la capacidad de Carlos Arias para ir poniendo las bases de la democracia en España se iba a ver seriamente dañada en los primeros meses de 1975. En febrero, su proyecto reformista sufrió un duro revés al plegarse el presidente al veto impuesto por el Caudillo a la *asociación política* proyectada por la máxima figura el reformismo franquista, Manuel Fraga.⁷² Ante el ascenso de las protestas de la oposición, y sobre todo de Comisiones Obreras, el nuevo embajador de la RFA en Madrid, Georg von Lilienfeld, advirtió a su gobierno en las semanas siguientes de que España se enfrentaba a serias tensiones si Arias no era capaz de librarse de la sombra de Franco y relanzar la reforma.⁷³ Esta preocupación se convirtió en alarma a mediados de marzo cuando, en respuesta a un intento de golpe de derechas, Portugal se convirtió *de facto* «en una dictadura militar de izquierdas».⁷⁴ El giro al abismo de la Revolución de los Claveles incrementó enormemente el grado de distorsión del *crystal portugués* a través del cual la RFA venía observando la política española. Durante aquellas mismas jornadas en que el Partido Comunista de Alvaro Cunhal, según advertía el socialista Mario Soares en un desesperado SOS a Helmut Schmidt, había dado un paso de gigante en su estrategia de definitivo asalto al poder,⁷⁵ una amplia delegación de la *Junta Democrática* mantuvo contactos en Estrasburgo con miembros del Parlamento Europeo y de la Comisión. La normalidad con la que estas instituciones europeas recibieron a los miembros de una organización ilegal dominada por los comunistas cuyo objetivo declarado era subvertir el orden institucional español produjo la absoluta indignación del gobierno de Franco, que exigió y consiguió de aquellas una disculpa formal.⁷⁶ Comprensivo con la reclamación de Madrid, el embajador de la RFA interpretó la manifestación de fuerza de la oposición en

Estrasburgo como una vuelta de tuerca en la estrategia del PCE dirigida a lograr la *ruptura democrática*. Entendía Lilienfeld que si los reformistas del Régimen se mostraban incapaces de llevar adelante la transición y la oposición terminaba dominando la situación política, la poderosa organización comunista de Carrillo no tardaría, «como ahora [el PC de Cunhal] en Portugal», en acaparar todo el poder.⁷⁷

Bajo la impresión de todos estos acontecimientos, a comienzos de la primavera de 1975 el SPD concluyó que, debido sobre todo a la fuerza del PCE, la transición a la democracia en España corría serio peligro de fracasar. Para contribuir a evitar este oscuro panorama los dirigentes del partido decidieron que, exactamente igual que en Portugal, liderarían una iniciativa del socialismo europeo para apoyar de forma masiva a una organización de izquierdas en España que hiciera de contrapeso a los comunistas.⁷⁸ Esta organización sólo podía ser el PSOE porque, al contrario que el PSI-PSP de Tierno Galván, el partido de Felipe González no había entrado en la *Junta Democrática* y en los últimos meses había mandado a los partidos de la Internacional Socialista señales inequívocas de que confiaba en el príncipe don Juan Carlos como piloto de la transición y se oponía radicalmente a formar un frente común con los comunistas.⁷⁹ Invitado a visitar Bonn en abril, el joven líder del PSOE dejó bien claras sus intenciones ante Willy Brandt al afirmar que «la lucha política decisiva en el periodo de transición tras la muerte de Franco sería entre comunistas y socialistas».⁸⁰ Siguió entonces la exposición de los compañeros alemanes de las medidas de respaldo económico, político y logístico que el SPD y la Fundación Ebert estaban dispuestos a poner en marcha para ayudar a convertir aquel pequeño PSOE, con poco más de 2.000 afiliados y sólo dos liberados, en un partido de masas capaz de alcanzar un buen resultado en las primeras elecciones que convocaría el gobierno de la monarquía.⁸¹

En respuesta a las insistentes llamadas del go-

bierno español para que «acompañase de forma amistosa» el proceso de transición,⁸² el gobierno alemán advirtió a partir de mediados de 1975 que el proyecto reformista basado en las *asociaciones políticas* había sido ya sobrepasado por los acontecimientos y era necesario por tanto abrir un diálogo con la oposición no comunista, muy especialmente con el PSOE. Este mensaje fue expuesto en términos diplomáticos por Helmut Schmidt a Carlos Arias en el encuentro que ambos mantuvieron durante la Cumbre de Helsinki a finales de julio,⁸³ y también por el embajador Lilienfeld al príncipe don Juan Carlos. Mientras el presidente del Gobierno fue muy reticente a seguir el consejo, e incluso se negó a dar satisfacción a una solicitud personal de Willy Brandt para que se devolviera a Felipe González su pasaporte, de forma que éste pudiera realizar una gira de promoción por Europa, el príncipe de España se mostró receptivo e hizo saber a los alemanes que estaba dispuesto a establecer relaciones con los principales partidos de la oposición, a excepción del PCE, apenas sucediera a Franco.⁸⁴

Las ejecuciones a finales de septiembre de 1975 de tres miembros del FRAP y dos de ETA provocaron una explosión de indignación en todo el mundo. Los países de la CEE, a excepción de Irlanda, retiraron a sus embajadores en Madrid. Los sindicatos europeos por su parte pidieron el bloqueo económico del franquismo. Temiendo que la opinión pública arrastrara a los gobiernos europeos a aislar a España, una situación que según el propio PSOE debilitaría a los reformistas en torno al príncipe y a la oposición no comunista dificultando enormemente la transición, Bonn decidió calmar los ánimos en el seno de la CEE.⁸⁵ Dos días antes de las ejecuciones, el Parlamento Europeo había aprobado una dura resolución en la que instaba al Consejo a congelar las relaciones con España hasta que las libertades hubiesen sido reinstauradas en el país. Durante la reunión del Consejo el día 6 de octubre, el ministro de Exteriores alemán Hans-Dietrich Genscher logró convencer

a sus colegas de Holanda y Dinamarca de que la presión externa era contraproducente, tras lo cual fue posible aprobar la siguiente resolución nebulosa: «en el momento presente, no se pueden retomar las negociaciones entre la CEE y España».⁸⁶ Al día siguiente, el embajador alemán regresó a Madrid.

En un ambiente dominado por las intrigas palaciegas y la incertidumbre total sobre el inmediato futuro, a finales de octubre don Juan Carlos asumió la Jefatura del Estado. En los días siguientes, el embajador alemán pidió insistentemente al príncipe que se devolviera a Felipe González su pasaporte para que pudiera asistir al congreso del SPD en Maguncia. El partido alemán había concebido el congreso como un escenario en el que se presentaría como la vanguardia de un renovado socialismo capaz de dar respuestas progresistas a la crisis del continente.⁸⁷ A invitación de Willy Brandt, el *quién es quién* de la izquierda democrática europea estaría allí reunido, y el líder del PSOE no podía faltar a la cita para así darse a conocer.⁸⁸ Permitiendo que González atendiera al congreso, dijo el embajador Lilienfeld a don Juan Carlos, el futuro rey estaría mandando una clara señal a la escéptica Europa sobre su voluntad y capacidad de romper con el pasado franquista e iniciar una nueva era de democratización y reconciliación nacional.⁸⁹ Finalmente, el príncipe logró imponer esta decisión a su presidente y Felipe González voló a Alemania para asistir a la última jornada del congreso del SPD.

Como ya vimos al inicio de este ensayo, desde la tribuna del congreso del SPD en Maguncia Felipe González apeló a la conciencia de los dirigentes europeos para que no cometiesen de nuevo el error de dar la espalda a los demócratas españoles. Los veteranos líderes de la socialdemocracia alemana allí presentes seguramente hacían un balance más benévolo de su estrategia dirigida a *uropeizar* la dictadura de Franco. En todo caso, no era el momento de debatir del pasado; eso quedaba a juicio de la Historia. A ellos, como políticos que eran, lo

que les correspondía era mirar hacia adelante y volcarse en apoyo al PSOE, un partido que de forma no previsible se había convertido en elemento central de la política oficial de la RFA hacia España. La profunda crisis mediterránea de mediados de los años setenta había posibilitado que se hiciera realidad para el SPD el sueño de todo partido de izquierdas: que la *realpolitik* dictada por los intereses nacionales estuviera en perfecta armonía con la *solidaridad internacional*. Tan intenso y fructífero iba a resultar en los años siguientes el respaldo solidario del SPD al PSOE que no parecía lógico que esa amistad careciese de profundas raíces. Por ello se creó un relato idealizado del pasado común en el que no había lugar para posiciones tibias de la socialdemocracia alemana hacia el franquismo y sí una constante ayuda y cercanía a los demócratas españoles y sobre todo al PSOE. Que esa *memoria histórica* construida por los propios interesados haya sido asumida durante tantos años de manera casi acrítica por muchos historiadores pone en evidencia, en nuestra opinión, ciertas debilidades en los estudios del franquismo y la transición que es necesario superar si aspiramos a un más profundo conocimiento de nuestra compleja Historia del presente.

NOTAS

- 1 Citado en *Exprés Español* (revista mensual socialista editada en Frankfurt), 64 (enero 1976), p. 11.
- 2 PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos y MORENO JUSTE, Antonio, «Spain: in the centre or on the periphery of Europe?», en COSTA PINTO, Antonio y SEVERIANO TEIXEIRA, Nuno (eds.), *Southern Europe and the Making of the European Union, 1945-1980s*, New York, Columbia University Press, pp. 62-63.
- 3 CAVALLARO, María Elena, «El europeísmo y la oposición desde el franquismo hasta la Transición democrática», en QUIROSA-CHEYROUZEY MUÑOZ, Rafael (coord.), *Historia de la Transición en España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.
- 4 ORTUÑO ANAYA, Pilar, *Los socialistas europeos y la transición española (1959-1977)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- 5 Véase por ejemplo MARTÍN, Óscar José y ORTIZ HERAS, Manuel (coords.), *Claves internacionales en la transición española*, Madrid, Catarata, 2010.
- 6 GUIRAO, Fernando, «The European Community's role in

promoting democracy in Franco's Spain, 1970-1975», en HARST, Jan van der (ed.), *Beyond the Customs Union: The European Community's Quest for Deepening, Widening and Completion, 1969-1975*, Baden-Baden/Brussels/Paris, Nomos Verlag/Bruylant/L.G.D.J., 2007, p. 163.

- 7 La positiva valoración de la política económica del franquismo se debe al más prestigioso economista por entonces en el SPD, BAADE, Fritz, ...*denn sie sollen satt werden. Strategie des Weltkampfes gegen den Hunger*, Stalling, Oldenburg, 1964. En reconocimiento a sus iniciativas para el desarrollo agrario de Andalucía, la Universidad de Sevilla otorgó a Baade el título doctor *honoris causa*.
- 8 Wilhelm Dröscher (diputado del SPD) a Fritz Erler y Herbert Wehner (miembros de la dirección del SPD), sobre su conversación con el Sr. Izquierdo, 19.6.1963; informe de Hans-Eberhard Dingels (director del Departamento de Relaciones Internacionales del SPD) sobre su entrevista en Bonn con Fernando Oliví (director del Departamento de Europa Occidental del Ministerio de Asuntos Exteriores), 1.4.1964. Ambos en *Archiv der sozialen Demokratie (AdsD)*, Bonn, SPD Parteivorstand 11771.
- 9 Acta de la reunión de la dirección del SPD, 11.4.1964, AdsD, SPD Parteivorstandsprotokolle.
- 10 Borrador de un informe de Käte Strobel (parlamentaria del SPD y presidenta de la fracción socialista del Parlamento Europeo) sobre las relaciones exteriores de la CEE, s.f. [primavera de 1964], AdsD, Nachlass Käte Strobel 66.
- 11 ASCHMANN, Birgit, *Treue Freunde? Westdeutschland und Spanien, 1945-1963*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1999; SANZ DÍAZ, Carlos, «España y la República Federal de Alemania (1949-1966). Política, economía y emigración, entre la Guerra Fría y la distensión», tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 2005.
- 12 Informe de Erler a la fracción del SPD en el Bundestag sobre su viaje a España, 4.5.1965, AdsD, Helmut Schmidt Archiv 5038.
- 13 «Wallfahr zum Caudillo», *Christ und Welt*, 5.2.1965; «Erlers Stippvisite», *Die Zeit*, 9.4.1965.
- 14 «Spanien», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst* (boletín interno de la fracción del SPD en el Bundestag), 9.4.1965.
- 15 GUIRAO, Fernando, «The Spanish Socialist Party», en GRIFFITHS, Richard T. (ed.), *Socialist Parties and the Question of Europe in the 1950's*, Leiden/New York/Köln, E.J. Brill, 1993.
- 16 Comunicado del Comité Federal Español del Movimiento Europeo (controlado por el PSOE), 3.6.1964, Archivos Históricos de la Unión Europea, Florencia, Movimiento Europeo 1538. Salvador de Madariaga dimitió como presidente del Comité Federal Español del Movimiento Europeo en desacuerdo con este comunicado. Véase ARRIETA ALBERDI, Leyre, *Estación Europa. La política europea del PNV en el exilio (1945-1977)*, Madrid, Tecnos, 2007, p. 314.
- 17 Pascual Tomás (secretario general de la UGT y presidente del PSOE) a Omer Bécu (secretario general de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres), 16.4.1965, Archivo de la Fundación Largo Caballero, Madrid, 372-381.
- 18 MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «Entre dos sindicalismos.

- La emigración española a la RFA, los sindicatos alemanes y la Unión General de Trabajadores, 1960-1964», *Documento de Trabajo de la Fundación 1º de Mayo*, 1 (2008).
- ¹⁹ MATEOS LÓPEZ, Abdón, *Exilio y clandestinidad. La reconstrucción de la UGT, 1939-1977*, Madrid, UNED, 2001, pp. 158 y ss.
- ²⁰ Informe del encuentro entre miembros del Comité Federal Español del Movimiento Europeo y de la fracción socialista del Parlamento Europeo, 28.9.1966, AdsD, IG Metall 5/IGMA071606.
- ²¹ Enrique Gironella a Rodolfo Llopis, 15.11.1966, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), Alcalá de Henares, AJGG 559-24.
- ²² ASCHMANN, Birgit, «The Reliable Ally: Germany Supports Spain's European Integration Efforts, 1957-67», *Journal of European Integration History*, 7-1 (2001), pp. 37-51.
- ²³ «Brandt unterstützt Spaniens EWG-Wünsche», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 9.12.1966.
- ²⁴ Boletín interno del SPD, de fecha no identificada, entregado por un miembro del partido al embajador español en Bonn, José de Erice, y remitida por éste a Madrid. Erice a Nerva, 14.12.1966, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, (AMAE), Madrid, R.10177-1.
- ²⁵ TÜRK, Henning, *Die Europapolitik der Grossen Koalition, 1966-1969*, München, Schriftenreihe der Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, 93, 2006, capítulos I y II.
- ²⁶ APEL, Hans, «Spanien und die EWG», *Pressemitteilungen und Informationen*, 16.1.1967.
- ²⁷ ASCHMANN, Birgit, «The Reliable Ally», *ob. cit.*, pp. 44-45.
- ²⁸ BONDY, François, «Umgang mit Diktaturen: Griechenland, Spanien, Portugal», publicación desconocida, s.f. [c. abril 1968], consultable en Politisches Archiv-Auswärtiges Amt (PAAA), Berlín, B1/339.
- ²⁹ Sobre la generalizada simpatía en la RFA hacia Franco y su régimen hasta 1966, véase WOHLFEIL, Rainer, «Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939. Zur Deutung und Nachwirkung», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 2 (1968), pp. 101-119.
- ³⁰ SANZ DÍAZ, Carlos, «Las movilizaciones de los emigrantes españoles en Alemania bajo el franquismo. Protesta política y reivindicación sociolaboral», *Migraciones y Exilios*, 7 (2006), pp. 51-80.
- ³¹ Sobre las múltiples medidas de apoyo de Matthöfer al antifranquismo, véase ABELSHAUSER, Werner, *Nach dem Wirtschaftswunder. Der Gewerkschaftler, Politiker und Unternehmer Hans Matthöfer*, Bonn, Dietz, 2009, pp. 216-240.
- ³² MATTHÖFER, Hans, «Seltsames Zusammenspiel zwischen Bonn und Madrid», *Frankfurter Rundschau*, 3.8.1967.
- ³³ Caso extremo fue el ministro de Exteriores Gregorio López Bravo, quien bromeó con su homólogo Walter Scheel en 1970 diciéndole que quizás un día tendría que pedir asilo político en la RFA. *Akten zur Auswärtigen Politik der Bundesrepublik Deutschland (AAPD)* 1970, doc. 172.
- ³⁴ AAPD 1968, doc. 355.
- ³⁵ Embajador Helmut Allardt al Ministerio Federal del Asuntos Exteriores (Auswärtiges Amt) sobre la situación política en España, PAAA, B26/389, 10.10.1967.
- ³⁶ Otto Brenner (presidente del IG Metall) a Willy Brandt, 13.3.1968, AdsD, IMB 885; Brandt a Brenner, 19.3.1968, AdsD, WBA A11.1/1.
- ³⁷ Secretario de Estado Paul Frank (desde Abiyán) al Auswärtiges Amt comunicando la decisión de Brandt de cancelar la visita a España, 29.3.1968, PAAA, B1/339. Hasta muy recientemente, nuestra historiografía dio por buena la versión interesada que de aquellos hechos hizo por entonces el PSOE. Para hacer creer que el partido seguía teniendo peso en Europa, Rodolfo Llopis dio a entender en *Le Socialiste* que él había influido en la decisión de Brandt de no viajar a Madrid.
- ³⁸ Hans Matthöfer pidió explicaciones al gobierno por este tema en el Bundestag. *Verhandlungen des Deutschen Bundestages*, quinta legislatura, sesión del 28 de febrero de 1969, pp. 11852-11854.
- ³⁹ Propuesta del Dr. Hansen a su ministro Brandt sobre reacción al estado de excepción en España (26.2.1969), refrendada por Brandt con su firma (1.3.1969), PAAA, B26/387.
- ⁴⁰ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones España-CEE, 26.2.1969, PAAA, B20/200-1484.
- ⁴¹ Informe de la embajada alemana sobre visita de Scheel a España, 12.3.1970, PAAA, B20/1852.
- ⁴² Informe del Auswärtiges Amt sobre el nuevo gobierno español, diciembre 1969, PAAA, B1/340.
- ⁴³ *Ibidem*.
- ⁴⁴ MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 141 y ss.
- ⁴⁵ ORTUÑO ANAYA, Pilar, *Los socialistas europeos*, *ob. cit.*, pp. 190-194.
- ⁴⁶ MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La Fundación Ebert y el socialismo español de la dictadura a la democracia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 29 (2007), pp. 257-278.
- ⁴⁷ Embajador de la RFA ante la CEE, Hans-Georg Sachs, al Auswärtiges Amt sobre conversación con su homólogo español Alberto Ullastres, 12.2.1971, PAAA, B20/1854.
- ⁴⁸ José de Erice a López Bravo, 31.12.1970, AMAE, Política Exterior 1970, caja 6.
- ⁴⁹ Referido en un informe de Sachs al Auswärtiges Amt, 15.2.1971, PAAA, B20/1854.
- ⁵⁰ Nota del Auswärtiges Amt sobre la inminente ejecución, 26.2.1974, PAAA, Zwischenarchiv 105669.
- ⁵¹ «Madrid: Das grosse Warten auf die Zukunft», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst*, 2.4.1973.
- ⁵² Informe de la embajada alemana sobre la política española en 1973, 25.1.1974, PAAA, Zwischenarchiv 101440.
- ⁵³ Informe sobre la visita del príncipe don Juan Carlos a la RFA, 9.10.1972, PAAA, B26/454.
- ⁵⁴ Informe de Ruyter (Auswärtiges Amt) al secretario de Estado Hans Apel sobre las relaciones España-CEE, 23.3.1973, PAAA, Zwischenarchiv 105669.
- ⁵⁵ Rodolfo Llopis a Rolf Reventlow (periodista alemán afiliado desde 1937 al PSOE), 27.3.1968, AFPI, AE-595-9.
- ⁵⁶ «Adelante con los faroles», *Le Socialiste*, 14.5.1970.
- ⁵⁷ Veronika Isenberg a Hans-Eberhard Dingels (ambos del departamento de Relaciones Internacionales del SPD) sobre sesión del Buró de los Partidos Socialistas de la CEE, 21.12.1970, AdsD, SPD Parteivorstand 2811.
- ⁵⁸ Ludwig Rosenberg (presidente de la DGB) a Willy Brandt, 28.9.1972; Brandt a Rosenberg, 9.11.1972. Ambos en AdsD,

- WBA A11.2/15.
- ⁵⁹ Así lo entendía el PSI, según se expresa en su informe sobre las relaciones España-CEE, 29.9.1972, AdsD, SPD Parteivorstand I1423.
- ⁶⁰ Tina Díaz (esposa de Enrique Múgica) a Hans Matthöfer, 23.2.1973, AdsD, Nachlass Hans Matthöfer 0258.
- ⁶¹ Como señala Abdón Mateos, Suresnes es un «incombustible mito político que ha terminado confundiendo la memoria». El relato heroico hace aparecer en el congreso a líderes del socialismo europeo que en realidad no asistieron, como Bruno Kreisky y Willy Brandt. Véase, por ejemplo, CARVAJAL, Pedro y MARTÍN CASAS, Julio, *Memoria socialista. 125 años*, Madrid, Temas de Hoy, 2005, p. 174. La cita sobre Suresnes, en MATEOS, Abdón, *Historia y memoria democrática*, Madrid, Eneida, 2007, p. 50.
- ⁶² MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La socialdemocracia alemana y el Estado Novo (1961-1974)», *Portuguese Studies Review*, 13.1-2 (2005), pp. 477-503.
- ⁶³ «Madrid: Wieder einmal 'Apertura'-Hoffnungen», *Parlamentarisch-Politischer Pressedienst*, 18.3.1974.
- ⁶⁴ WILKENS, Andreas, «Willy Brandt und die europäische Einigung», en KÖNIG, Mareike y SCHULZ, Matthias (Hg.), *Die Bundesrepublik Deutschland und die europäische Einigung, 1949-2000*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2004.
- ⁶⁵ VARSORI, Antonio (coord.), *Alle origini del presente. L'Europa occidentale nella crisi degli anni Settanta*, Milano, Franco Agnelli, 2007.
- ⁶⁶ La *Südpolitik* es un tema marginal en la masa de estudios sobre la política exterior de Brandt. Véase BANGE, Oliver, «Ostpolitik-Etappen und Desiderate der Forschung. Zur internationale Einordnung von Willy Brandts Aussenpolitik», *Archiv für Sozialgeschichte*, 46 (2006), pp. 713-736.
- ⁶⁷ SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep, *La revolución portuguesa y su influencia en la transición española (1961-1976)*, Madrid, Nerea, 1993, capítulo V.
- ⁶⁸ Embajador de la RFA en Madrid, Georg von Lilienfeld, al Auswärtiges Amt sobre su encuentro con el ministro de Exteriores Pedro Cortina, 31.8.1974, PAAA, Zwischenarchiv I01441. La cita reproduce palabras textuales del ministro.
- ⁶⁹ Manifiesto firmado por Felipe González y Nicolás Redondo y dirigido por el secretario general de la CIOSL al Consejo de ministros de la CEE, 22.11.1974, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁷⁰ TROUVÉ, Matthieu, *L'Espagne et l'Europe. De la dictature de Franco à l'Union européenne*, Bruxelles, Peter Lang, 2008, pp. 154-157.
- ⁷¹ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones CEE-España, 31.1.1975, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁷² TUSELL, Javier y G. QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la Transición (1973-1976)*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 153 y ss.
- ⁷³ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 6.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁷⁴ Embajador de la RFA en Lisboa, Fritz Caspari, al Auswärtiges Amt, 14.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I13503.
- ⁷⁵ Nota para el canciller sobre el mensaje de Soares, 21.3.1975, AdsD, Nachlass Bruno Friedrich 1536.
- ⁷⁶ Telegrama de Pedro Cortina a los embajadores españoles en las capitales de los Nueve con instrucciones para un démarche ante el gobierno correspondiente, 22.3.1975, AMAE, 60/08-13 (E).
- ⁷⁷ Lilienfeld al Auswärtiges Amt, 18.3.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁷⁸ Acta de la sesión del Comité para Relaciones Internacionales de la dirección del SPD, 21.3.1975, AdsD, Nachlass Bruno Friedrich I00352.
- ⁷⁹ Informe de Veronika Isenberg sobre la sesión del Comité España de la Internacional Socialista celebrado en Londres el 12 de enero de 1975, 21.1.1975, AdsD, SPD Parteivorstand I1423.
- ⁸⁰ Informe de Dingels sobre la visita de González, 23.4.1975, AdsD, SPD Parteivorstand I1491.
- ⁸¹ MUÑOZ SÁNCHEZ, Antonio, «La política del SPD hacia el PSOE desde la dictadura a la democracia (1962-1977). De la solidaridad a la *realpolitik*», tesis doctoral, Florencia, Instituto Universitario Europeo, 2010, capítulo 3.
- ⁸² Nota sobre el encuentro del jefe de la Cancillería con el ministro español de Presidencia, 24.6.1975, AdsD, Helmut Schmidt Archiv 7077.
- ⁸³ AAPD 1975, doc. 242.
- ⁸⁴ Lilienfeld al Auswärtiges Amt sobre su conversación con don Juan Carlos, 6.8.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.
- ⁸⁵ Nota del Auswärtiges Amt sobre las ejecuciones, 30.9.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10258.
- ⁸⁶ Informe del Auswärtiges Amt sobre relaciones España-CEE, 10.10.1975, PAAA, Zwischenarchiv I05669.
- ⁸⁷ Hasta entonces el SPD no había mostrado interés en coordinar con otros partidos socialistas su política europea. Véase HIEPEL, Claudia, «Europa gehört keiner Partei': Die SPD und der Weg vom Socialist Information and Liaison Office zur Sozialdemokratischen Partei Europas», en MITTAG, Jürgen (Hg.), *Politische Parteien und europäische Integration. Entwicklung und Perspektiven transnationaler Parteikooperation in Europa*, Essen, Klartext, 2006.
- ⁸⁸ «Die Linke auf Tauchstation», *Die Zeit*, 14.11.1975.
- ⁸⁹ Lilienfeld al Auswärtiges Amt sobre su conversación con don Juan Carlos, 10.11.1975, PAAA, Zwischenarchiv I10257.



POLÍTICA CULTURAL Y TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA: EL CASO DEL MINISTERIO DE CULTURA UCD (1977-1982)

Giulia Quaggio
Universidad Complutense

El Ministerio de Cultura, producto de la transición cultural

El objeto de esta particular perspectiva sobre el proceso de democratización en España es la *cultura*, o mejor dicho, la *gestión política* que de la misma realizaron los Gobiernos de transición. Por tradición, la política cultural está incluida entre las actividades políticas secundarias, de simple «adjetivización»,¹ en segundo plano con relación a otros campos gubernativos, como la política económica, la política militar o la política exterior, que tendrían más correspondencia en la vida de los ciudadanos. Mi propuesta, en cambio, es precisamente la de rescatar un ámbito administrativo muchas veces subestimado para convertirlo en la categoría analítica que esclarezca continuidades y rupturas, transformaciones e impulsos para el cambio dentro del peculiar proceso de transición española.

Es posible definir la política cultural con la ayuda conceptual de Néstor García Canclini como «el conjunto de intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o de transformación social».²

Dado que la política cultural en el Estado es-

pañol está, por tradición, dispersa entre diferentes organizaciones administrativas y no sólo las que llevan el epíteto de «cultural», he elegido de adoptar como actor protagonista al *Ministerio de Cultura*. El interés en el Ministerio de Cultura se debe a que, como ya había pasado en la V República Francesa, este Ministerio representa una institución gubernativa de ruptura fundamental. Urfalino habla de «invento» de la política cultural a partir de la misma fundación gaullista del Ministerio de Cultura en 1959.³

La introducción de un Ministerio que, de manera explícita y exclusiva, se entregue a la producción artística e intelectual en sus diferentes manifestaciones, señalaría, de hecho, la voluntad de poner en marcha una nueva forma de intervención pública que, apartada de las políticas educativas, se manifieste en su objetivo de democratización y divulgación del arte. En este sentido, no sorprende que el nacimiento del Ministerio de Cultura en España en 1977 sea un producto directo de la transición democrática posfranquista.

En este contexto, vamos a ver, en concreto, la parte central del proceso de transición, o sea la etapa de transformación y «normalización» llevada a cabo por los centristas de la *Unión de Centro Democrático* (1977-1982), que buscando un acuerdo entre todas las partes sociales implicadas en el cambio, entre luces y sombras,

actuaron una política de integración, de estratégica y peculiar recuperación de la cultura republicana y de reivindicación de la identidad cultural española.

El cambio político vino a coincidir con cambios estructurales más grandes: España, al igual que los demás países occidentales, inició el complejo camino de estructuración de una «sociedad de la cultura».⁴ Con el paso del tiempo, el mundo de las artes y de la cultura ha adquirido una proyección cada vez mayor, tanto en la esfera política como en la social.

Como ya han sacado a la luz diferentes estudios, es en los años ochenta, con el Gobierno socialista, cuando, en un momento de entusiasmo histórico, la cultura se vuelve explícitamente moderna y joven, más que nunca oficial y legitimada como verdadero sinónimo de democracia.⁵ Durante esta larga mayoría absoluta del PSOE, el mundo de la cultura, en especial las artes visuales, adquieren una función estratégica de promoción del cambio en un país que quiere enfatizar su incorporación al club europeo de las democracias parlamentarias. Por eso, y en comparación con la consolidación democrática de los socialistas, los años UCD han sido entendidos, desde la perspectiva de la política cultural, como años de gestión provisional, donde el personal administrativo era heredero del «botín franquista».⁶

Si estos juicios tienen muchos elementos ciertos, lo que es seguro es que la política centrista aparece como un campo de verdadero cruce entre dos mundos: el campo cultural que ya se había esbozado en los años del tardofranquismo se dilata en los primeros años de la monarquía parlamentaria, aunque adquiera –aquí está la diferencia– nuevos significados.

Esta continuidad está caracterizada por un doble factor. Primero, como la crítica historiográfica ha subrayado, el franquismo perdió su batalla cultural, ya que dentro de las mismas instituciones oficiales brotó una producción cultural crítica y en línea con las otras democracias oficiales, que, sucesivamente se convirtió en la

base del panorama cultural de la transición. Sin embargo, como el análisis de Elisa Chuliá ha sacado a la luz,⁷ no es suficiente cerrar la cuestión como fracaso del franquismo; la política cultural de la última etapa del Régimen tiene que ser interpretada de igual forma que un nuevo discurso de legitimación del Estado, que, como hemos dicho, se extendió también a los primeros años posteriores a la muerte de Franco.

Dentro de este contexto, donde al principio de la Transición convivían diferentes y concurrentes culturas, producidas bien por los que eran simpatizantes del Régimen, bien por los que se habían alejado de él, surgió el Ministerio de Cultura en medio de una naciente sociedad civil predemocrática.

Este Ministerio tuvo que enfrentarse a la memoria de la violencia que el Estado franquista imprimió al campo cultural –censuras, listas negras y desapariciones–, pero también, y por esas mismas causas, se enfrentó con la necesidad de refundarlo –replantando para ello el lugar de los intelectuales y su relación con la sociedad.

A la muerte del dictador, la hipótesis de ruptura con el anterior régimen se mostró impracticable y el proceso completo de transición fue sacado adelante por algunos reformistas de la anterior situación autoritaria. No obstante, para el campo de la cultura, como para todos los otros sectores de la vida pública, no es posible hablar de una transición exclusivamente como proceso dirigido por las élites del país; como Álvaro Soto subraya, la ciudadanía, movilizándose, como los artistas e intelectuales que adoptaron la cultura y sus productos como «símbolos» de la protesta antifranquista, presionó a las instituciones gubernativas a modificar su discurso político y a adaptarse a las nuevas necesidades.⁸

Por lo tanto la transición y la reforma en el campo de la cultura fueron dirigidas desde arriba a través de decretos gubernativos, pero con la conciencia de que la sociedad española sabía que el franquismo había perdido la batalla cultural y había colocado, como primer punto en la agenda cultural, reconciliar o sintonizar

la «España oficial» con los cambios que habían ocurrido en la «España real».

Se trató de un camino de cambio *de la ley a la ley*, fundado sobre el consenso y favorecido por la actitud de los españoles que deseaban orden y tranquilidad y no querían riesgos. Esta actitud encajó bien con el reformismo moderado de la UCD, coalición de quince diferentes partidos que abarcaba democristianos, liberales, socialdemócratas, además de los «independientes», que llegaban del ala reformista del franquismo.

Por ejemplo, en el campo de la cultura, las nuevas condiciones para la libertad de expresión fueron fijadas el primero de abril de 1977, a través de un real decreto que abrogaba los artículos más polémicos de la Ley de Prensa de 1966 y sobre todo el tristemente célebre artículo segundo,⁹ dicho con otras palabras, no fue introducida una nueva normativa, sino que fueron eliminados algunos artículos de la legislación de la dictadura de manera que fuera para siempre exorcizada la práctica de los secuestros administrativos de prensa, reproducciones gráficas y sonoras y alejado el espectro de una administración pública que asumía funciones propias de la justicia.

Dentro de este contexto, el *Ministerio de Cultura* nació con la reforma del *Ministerio de Información y Turismo* franquista, y, al mismo tiempo, constituyó el gran cambio institucional en relación al mundo de la cultura. Como ya quedaba claro en los últimos años de la dictadura (según la opinión de los ministros de Información y Turismo Pío Cabanillas y Reguera Guajardo),¹⁰ la desmembración del Ministerio parecía necesaria. Sin embargo, sólo dentro de la reforma general de la administración de julio de 1977 fue instituido por el centrista Pío Cabanillas el nuevo Ministerio, al principio llamado *Ministerio de Cultura y Bienestar*.¹¹ El Ministerio, fruto de la remodelación administrativa posfranquista, fue el resultado de la unión del franquista *Ministerio de Información y Turismo*, de las organizaciones

sindicales falangistas y de la *Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia*.

Un informe ministerial nos ayuda a formarnos una idea de la consistencia de las organizaciones falangistas que aquí confluyeron: en una suma global de 9.511 dependientes ministeriales, 2.175 llegaban del *Movimiento* y 279 de las organizaciones sindicales de Franco.¹²

Hay que decir que muy pronto el Ministerio perdió la referencia al *welfare* (bienestar) y, por lo tanto, a una interpretación de la política cultural socio-antropológica, o bien a una idea de cultura como correctivo social, para remitir, al contrario, a un ministerio que quería el renacimiento de la producción cultural, cuyo retraso había sido una de las mayores críticas de la oposición a la dictadura.

El verdadero ejemplo de la remodelación ucedista fue la política cultural francesa de André Malraux que muchas publicaciones también anteriores a la muerte del dictador interpretaban como ejemplar.¹³ La decisión gubernamental fue la de crear una sola estructura con funciones heterogéneas sobre las artes para estar en línea con las políticas centralizadas europeas, como también había pasado, por ejemplo, en Italia con Giovanni Spadolini.¹⁴

Con la introducción en julio de 1959 del Ministerio de la Cultura francés, en el cual desempeñó un papel central el intelectual André Malraux, por primera vez un Gobierno occidental se daba cuenta de que los cambios sociales y culturales tenían que ser contemplados por el Estado, en el sentido de evitar que los nuevos medios de comunicación de masas, el aumento de tiempo libre de los ciudadanos y el aumento general del nivel educativo, provocasen nuevas disparidades sociales. De hecho, con el nacimiento del Ministerio se desdibujó una «reforma cultural» que tenía como finalidad socializar la cultura, abrir las puertas de la producción artística francesa al mundo, estimular la creatividad individual y colectiva, incrementar la

libertad de expresión en todos los campos y al mismo tiempo regionalizar y descentralizar la acción cultural.

Con el modelo de política cultural francesa, además, se asiste a la transformación de la idea de cultura que pasa de concepto estático, estrechamente conectado a la pedagogía y a la formación de las capas altas de la sociedad en calidad de bien de lujo, a «acción cultural». Tal reforma tenía que dirigirse a la difusión y a la comunicación de las obras de arte del país para un público cada vez más grande, a la mejora del contexto cultural de la vida cotidiana y, además, al perfeccionamiento general del empleo del tiempo libre de las clases más bajas.

Ya en los años del tardofranquismo, el Estado se dio cuenta del potencial cultural del tiempo libre de los españoles en años de desarrollismo y apuntó a una posible planificación de la política artística sobre el modelo francés.¹⁵ Sin embargo será sólo a finales de la dictadura cuando se den las condiciones para una verdadera modernización de la administración cultural de España. La institución del Ministerio de Cultura llevó a cabo una doble transformación: a nivel de implementación de la imagen democrática del país y a nivel administrativo. En otras palabras, el nuevo Ministerio de Cultura tuvo la función de institucionalizar públicamente el valor de la cultura para la nueva sociedad democrática y, al mismo tiempo, fue el producto del proceso de selección natural y adaptación de las instituciones culturales franquistas a los nuevos valores democráticos.¹⁶

Las transformaciones administrativas en los años posfranquistas representaron un problema urgente y, como tal, la cuestión fue resuelta por los Gobiernos UCD aplazando la reforma integral de la administración: lo que interesaba, sobre la base de la óptica realista y pragmática de la gestión democratizadora, fue la cotidianidad y, sobre todo, que no se creasen tensiones que pudieran invalidar el proceso de transición. Según esta visión, por lo tanto, no era deseable una purga general de los funcionarios franquis-

tas al margen de las dificultades provocadas por el encuentro entre la administración civil y el personal procedente del Movimiento.¹⁷

La «cultura de Estado», en el sentido de hacer votos para una gestión de la cultura por parte de los organismos estatales, ha sido un invento franquista, y la mayoría del personal que tuvo que gestionar el campo de la cultura en los años de democracia tenía como referencia las revistas del *Sindicato Español Universitario*, los activos teatros universitarios, y la red nacional de prensa y medios de comunicación de masas, como la gestión desde arriba de los eventos culturales. Con la vuelta a la normalidad democrática, se reverdecía la larga tradición de prácticas estatistas, del neorregeneracionismo a Ortega y Gasset, hasta el asociacionismo juvenil franquista y a las estructuras culturales que se relacionaban con la idea de nacional-popular de Gramsci.¹⁸

Aunque las bases estructurales llegasen del franquismo, los principios que tenían que animar el nuevo ministerio eran completamente diferentes. Podemos reflexionar sobre el valor semántico que debía adquirir el Ministerio, a través de los discursos y publicaciones que dejó el primer ministro de Cultura, Pío Cabanillas.

De hecho, el mismo Cabanillas había sido, entre 1973 y 1974, ministro de Información y Turismo y con Ricardo de la Cierva, director de Cultura Popular, había puesto en marcha un recorrido de apertura informativa y cultural dentro del Régimen. El gallego Cabanillas estaba vinculado al entorno de Manuel Fraga Iribarne; por lo tanto, había aprendido y participado en la gestión cultural de las transformaciones de los años sesenta y, después, se relacionó con el grupo *Tácito*, que, implicando a liberales, cristianodemócratas y socialdemócratas planteaba una reforma desde arriba del Régimen.

Un buen ejemplo de las ideas que Cabanillas tenía sobre la cultura, antes de su involucración en el primer Gobierno democrático, fue su pregon de la Fiesta del Libro del 23 de abril de 1974 en Barcelona, en el cual después de reafirmar el

paradójico discurso tardofranquista de la necesaria simultaneidad de «relaciones de autoridad con relaciones de conflicto», concluía:

junto a la política social y económica del Estado contemporáneo, se perfila clara y urgente la necesidad de realizar una política cultural basada en la mayor participación posible de la sociedad [...] La cultura no puede estar por más tiempo destinada a una minoría privilegiada, al contrario, en este camino de construcción pluralista de la cultura –aceptado como un hecho– tiene que colocarse el Estado.¹⁹

Cuando, ya en 1977, Cabanillas llegó a ser ministro de Cultura, su visión de cómo tendría que estar organizada la política cultural durante el cambio democrático fue casi idéntica, aunque en los nuevos discursos el acento estaba puesto más en los deberes del Estado delante de la transformación política en curso. Hablaba por eso cerca de una «nueva concepción de la cultura en la vida del individuo»,²⁰ de «nuevo derecho del hombre a formar parte libremente de la vida cultural comunitaria y de los beneficios del progreso científico y artístico».²¹ De esta idea se deriva la obligación estatal de «defender y difundir» el evento cultural «en todas sus manifestaciones». Además, después de muchos años de rigor tecnocrático, el acercamiento al mundo de las artes tendría ahora que ser «imaginativo y fantástico»;²² el ministro se refería a los medios de la sociología de la modernidad, por los cuales la cultura representa el contenido de las relaciones sociales de los hombres y, en este sentido, es necesaria la intervención gubernamental. Después de apuntar que el ministro quería pedir consejo a los intelectuales y a los otros partidos en el Parlamento para su labor, afirmaba que «su propósito es animar el pueblo español a convertirse en protagonista de la propia cultura para hacer que la sociedad futura sea más sólida».²³ Igualmente recordaba cómo la creación del Ministerio de Cultura significaba la reestructuración drástica de la cuestión cultural. Sin embargo, al mismo tiempo, había que aceptar la nueva posición del Estado ante

el evento cultural: se superaba una etapa de dirigismo cultural y se guiaba la acción del Estado hacia un trabajo de promoción y difusión de la cultura. Según Cabanillas:

un Ministerio de Cultura no tiene la misión de crear cultura sino, por el contrario, de ayudarla a nacer y a transmitirla tanto en las obras vivas como en las obras creadas»,²⁴ y en otros sitios, añadía: «sobre todo nuestra misión es lograr que los asuntos culturales tengan en el futuro una autoridad moral y política a nivel de Gobierno [...] y en la conciencia de todos los españoles [...] Pretendemos sensibilizar a todas las fuerzas políticas en esta ‘necesidad de lo cultural’ y en las líneas básicas del nuevo tipo de vida que deseamos a los españoles. Creo que sólo cuando se persiguen metas cualitativas, se hace concreta la esencia de la democracia.»²⁵

Como estas declaraciones ministeriales evidencian, aunque el promotor fuese un componente del reformismo franquista, la ruptura cultural respecto al mundo del tardofranquismo es evidente. La concepción antropológica de la cultura, «en equilibrio dinámico entre lo tradicional y lo actual»²⁶ se convierte en medio directo de democracia. Es importante subrayar cómo el modelo que Cabanillas sigue en el estreno del Ministerio de Cultura está totalmente en línea con los análisis de las organizaciones culturales internacionales (Unesco y Consejo de Europa): de hecho, la voluntad de los Gobiernos de transición era la de demostrar al exterior su deseo de cambio «cualitativo». Por eso, muchos de los discursos ministeriales están basados por completo en el concepto de democracia cultural acuñado por la Conferencia de Oslo de la Unesco (1976); ahora, después de la experiencia francesa de democratización de la cultura de André Malraux o de liberalización de la misma de Valéry Giscard d’Estaing, es decir, de la cultura como idea suprema de modernidad, se adjunta la idea de cultura como espacio de experiencia, de subjetivación, de diálogo sobre la cual el programa socialista de François Mitterrand fundará su acción de renacimiento

cultural.

El Ministerio de Cultura, además, fue creado antes de la promulgación de la Constitución de 1978, sin un verdadero debate previo, factor que provocó inquietudes dentro de la oposición.²⁷ De hecho, sólo con la nueva Constitución democrática, muchos años después de la constitución republicana, en el documento constitucional se recortó un notable espacio entre la relación Estado y cultura.

España, como otras neodemocracias (Grecia y Portugal), acogió la sensibilidad internacional hacia el mundo de la cultura: en concreto, ninguna de las constituciones europeas de la posguerra había empleado el término «cultura» a diferencia de las constituciones de los años setenta, donde el término abunda. Por lo tanto, también en la España posfranquista al Estado social se vino a sumar el «Estado cultural»; el *Kulturstaat* de las reflexiones de Fichte se convertía en el centro para profundizar el proceso de democratización, dado que la cultura, en su sentido más amplio, tendría ahora que convertirse en principio de «humanización» de la acción estatal a través de las bases de libertad, pluralismo y progreso cultural.

El debate sobre la relación entre política cultural gubernamental y campo cultural en los años de transición fue oficial. Esta condición se proyectó en muchas medidas institucionales.

Se puede pensar, por ejemplo, en la voluntad de incluir entre los senadores a representantes de las diferentes tradiciones culturales del país²⁸ o, entre otros aspectos interesantes, el intento del tercer ministro de Cultura UCD, Ricardo de la Cierva (1980) de acercarse, aunque sin éxito, al mundo de la cultura a través del nombramiento de unos «consejeros culturales», como Santiago Amón, Julio Caro Baroja, José María Castellet, Camilo José Cela, Nuria Espert, Cristóbal Halfter, Eusebio Sempere. También Pío Cabanillas escribió una carta a los intelectuales, pidiendo «ayuda mental»,²⁹ pese a la insuficiente credibilidad que los centristas tenían ante el mundo de la cultura.

La falta de coraje y de toma de partido contra los legados de la administración franquista causó el progresivo desencanto del campo cultural en relación al Gobierno.³⁰ Este mismo mundo fue incluido en la política de burocratización de la cultura y en la voluntad compartida de acantonar el conflicto: a la búsqueda de fórmulas de síntesis, de lugares de acuerdo total, sea la oposición, sea el mundo de las artes, sea la UCD juzgaron las instituciones estatales como las únicas capaces de garantizar la libertad de expresión, la legitimación social del cambio político en curso.

El Ministerio de Cultura, por otra parte, fue instituido entre 1976-1978, en el apogeo de los «discursos de la ostentación», según la definición del semiólogo Imbert.³¹ En esta primera fase de transición, el Estado español necesitaba «vender» al público la nueva identidad democrática, dejando los símbolos del pasado y abrazando nuevos, como podía ser la creación de una nueva y oficial institución cultural. En los años de transición la necesidad de nuevos símbolos, nuevos sentidos públicos fue acuciante.

El Ministerio de Cultura desarrolló también esta función: una suerte de agregado institucional de las nuevas veleidades culturales y modernizadoras de la España monárquica y democrática, una pieza del complejo proceso de institucionalización del nuevo modelo de representación colectiva.

High culture: la distinción española

En el campo cultural del posfranquismo, como heredero de la diversidad cultural de los últimos años de la dictadura, aparece una «amalgama de una cultura de oposición y una cultura democrática, desencanto y movida», dentro la cual se puede vislumbrar una paulatina pérdida de ideologización.³²

Si consideramos que el campo político y el campo cultural alumbran múltiples posibilidades de transvase, podemos concluir que la transición cultural fue un movimiento gradual, ten-

dente a amalgamar la cultura del antifranquismo y la cultura de la democracia, y, al mismo tiempo, un movimiento explosivo que albergó una fuerte identidad creativa y fue portador de una expresión plural.³³

Velocidad y lentitud se entremezclan en un campo artístico en el cual, como ha subrayado la crítica, hasta ahora se encuentran muchas continuidades: no hubo novedades reales, de hecho el entusiasmo ante la posibilidad de que salieran del cajón escondido nuevas obras y nuevos autores que la censura hasta ahora había acallado fue pronto apagado; lo que, al contrario, fue efectivamente nuevo y causó una verdadera ruptura en el mundo de la cultura fue el articulado proceso de reconstrucción de nuevos discursos y originales interpretaciones analíticas a partir de cuanto había producido la cultura «liberal» en los años de la dictadura.³⁴

En esta dirección, es posible analizar el discurso político gubernativo sobre la cultura, discurso que fue gestionado sobre la base de un cuidadoso proceso de revisión de lenguajes heredados del pasado y, al mismo tiempo, a través de la voluntad compartida de permitir que la cultura se convirtiese en medio de *governmentality*, o sea, un elemento capaz de modelar una relación entre poder y cultura que no fuera solo jerárquica, sino que se manifestase de manera positiva en la circulación de conocimientos o discursos con la finalidad de que los individuos pudieran asimilarlos y, por lo tanto, los empleasen como medio en grado de guiar su comportamiento dentro de la nueva democracia parlamentaria.³⁵

Si nos centramos en los contenidos de la política cultural de los Gobiernos de UCD, es obligatorio centrarse en la política artística: la voluntad de difundir cultura a toda la sociedad española se cumplió en la verdadera avalancha de exposiciones que fueron realizadas por el Estado después de la muerte de Franco.

Gracias a la «apropiación estatal» de la iconografía antifranquista y del exilio, el nuevo Estado democrático puso en práctica una política de

restablecimiento de las relaciones con artistas y pintores, que en los años franquistas habían sido difíciles. De esta forma, los nuevos Gobiernos monárquicos fueron capaces de cambiar dentro del país – y no sólo en el exterior – la imagen de persecutores y censores y, la vez, adquirir el papel de «dispensadores de una información sistemáticamente secuestrada a la mayoría de los ciudadanos».³⁶

Por eso, la declaración del ministro Cabanillas es clave para entender esta voluntad:

[comenzaré] realizando un gran inventario de la cultura española, de los hombres que tenemos dentro y que tenemos fuera, y de los medios con los que contamos en el interior y en el exterior. Sólo con un balance que yo llamaría moral, a base de datos objetivos de los existentes, podremos iniciar esta nueva aventura cultural.³⁷

No hay muchos estudios sobre la relación entre arte y política gubernativa en los años de transición, sin embargo nos pueden ayudar las reflexiones de Jorge Luis Marzo sobre el tema.³⁸

Según su posición, con el franquismo se perfiló el debate sobre el papel del Estado en relación al arte y por lo tanto, en los años de transición, las políticas artísticas continuarían este mismo modelo, o sea, la idea del Estado como garante de la tradición del arte español, paladín de las propuestas artísticas.³⁹

En los años de UCD, la necesidad de reconstruir el tejido psicológico del país determinó que se realizaran importantes exposiciones de artistas como Luis Gordillo, Julio González, Josep Lluís Sert, Joan Miró, Eduardo Chillida, Josep Guinovart, Antoni Tàpies, Antonio Saura, Pablo Picasso, Eduardo Arroyo, Rafael Canogar, Equipo Crónica... todos ellos artistas españoles ya conocidos en el mundo de las exposiciones y bienales internacionales.

El Ministerio de Cultura no condenó públicamente en los años de UCD la censura cultural franquista, sino que se encaminó hacia una política de normalización de la producción artística europea e internacional que se había desarrolla-

do bajo el franquismo. Simplemente dio visibilidad oficial a artistas e intelectuales, como Miró o Picasso, o los autores de la generación del 27 que habían sido ya puntos de referencia de la cultura de resistencia durante la dictadura y, por ende, objetivos de los mismos franquistas.

La nueva retórica del poder para legitimarse se basó en el discurso de la recuperación: a través de algunas operaciones estrictamente controladas por el Estado y de una estratégica devaluación de los mensajes de las obras antifranquistas, se dibujó la nueva estética posfranquista. La política ministerial se ajustó a las reflexiones de Víctor Pérez Díaz respecto al surgimiento de una sociedad civil; de hecho el Gobierno español a través de la estética expositiva trabajó en la reconstrucción de una nueva identidad democrática en contraposición con la España tradicional, culturalmente aislada y «diferente» del resto de Europa. Por eso, la UCD hizo circular en la sociedad un complejo de símbolos, iconografías y autores que pudieran desempeñar una indirecta función de «ritos estatales de exorcismo de las fuerzas destructivas, demoníacas que amenazaban nuestra vida cívica».⁴⁰

Con lo cual, si comparamos el proceso político de transición con lo que pasó en el mundo del arte, el paralelo es todavía más cercano: la «reforma» del discurso político se trasladó al campo artístico; la dimensión de ruptura, crítica y de protesta antifranquista fue colocada en segundo plano y el mensaje de reconciliación, no violencia, y pacificación que emergía de las obras seleccionadas en las exposiciones estatales, ganó espacio.

Además si aplicamos nuevamente el análisis semiológico de Gérard Imbert, en épocas de cambio social, como fueron los años de la transición española, son indispensables algunos simbolismos que reduzcan las complejidades de la realidad.⁴¹ Por ejemplo, las obras de Picasso o de Antoni Tàpies se convirtieron en instrumentos de mediación simbólica y contribuyeron a ofrecer un horizonte previsible y estable para el Estado neo-democrático.

El ejemplo más claro es el caso de la pintura de Juan Genovés, *El Abrazo* (1976). El artista, a través de la idea del papel transformador del arte y de su realismo, había realizado el cuadro como manifiesto de la *Junta Democrática* para pedir la amnistía para los prisioneros políticos. En junio de 1976 un funcionario ministerial en relación a una exposición del artista en Zúrich, todavía hablaba de «propaganda subversiva y falsa en contra de nuestro Gobierno».⁴²

El cuadro que representa una masa indefinida de ciudadanos que se juntan en un abrazo solidario, fue adquirido sólo pocos años después, en 1980, por el mismo Ministerio de Cultura a través de la Galería Malborough de Nueva York, asegurando que «*El abrazo* supone, además, el símbolo de nuestra transición hacia la democracia y el ferviente anhelo de la reconciliación definitiva entre las que Antonio Machado denominó «las dos Españas».⁴³ No obstante, la política cultural gubernamental llevó adelante una práctica de continuidad/ruptura con el pasado franquista y de claro encubrimiento de los elementos que podían arrojar sombras sobre la neodemocracia: grupos como *Estampa Popular*, directamente comprometidos con una producción marxista, fueron alejados del proceso de divulgación institucional.

En la política cultural de transición centrista fue prioritaria la dimensión comunicativa y dramática. La vertiente política, adelantando la postmodernidad de los ochenta, vino a ser apartada, como los colores y los tonos más oscuros que habían pintado el drama de la oposición a la dictadura.

El verdadero promotor de la «normalización» artística del país, fue el historiador Javier Tusell, que, entre 1979 y 1982, fue director general de Patrimonio Artístico, Archivos y Museos. Su política expositiva recogió el interés gubernamental por un acercamiento entre la sociedad y por los reflejos sociales de las mismas exposiciones.⁴⁴ Ya con la UCD, por lo tanto, se realiza el binomio entre arte/cultura y modernización del país. Las exposiciones realizadas promovieron

básicamente a artistas españoles y extranjeros del siglo XX, aunque hubo también investigación sobre el rico pasado de España.⁴⁵

La política cultural de la Transición fue principalmente una política destinada a homenajear la cultura como valor en sí mismo y cubrió, por lo tanto, un papel social. Tony Bennett nos ha hablado de la función social del arte, dado que contribuye a transformar los estilos de vida y las capacidades de auto-reglamentación de la ciudadanía.⁴⁶

El trato que los Gobiernos de UCD dieron a la vuelta a la alta cultura del exilio, por ejemplo, demuestra cómo ésta fuera entendida como «tecnologías morales», en grado de participar en la construcción de una comunidad fuerte, confiada en sí misma y capaz de auto-administrarse. Otro claro ejemplo fue la vuelta del célebre *Guernica* de Picasso.⁴⁷

Hay que decir que el proceso de transición cultural del país fue definido por los «regresos» de parte de la cultura que había sido obligada a dejar España después de la Guerra Civil. Cada vuelta se convirtió en una especie de pieza de un panorama cultural que las nuevas generaciones habían conocido sólo indirectamente gracias a la prensa y revistas clandestinas.

Es posible entender cómo en esa dinámica de intersección del presente con el pasado, el Ministerio de Cultura UCD se reconcentró en el esfuerzo de sanear las deudas culturales todavía no resueltas, y, por lo tanto con la generación del exilio de los años treinta. Es decir que se puso en marcha un proceso de normalización cultural fisiológica: el regreso de los exiliados encendió «la memoria poética» de la «edad de plata de la cultura española».⁴⁸

El Ministerio de Cultura optó por una política de homenajes y exteriorización, capaz de invertir la imagen de un país culturalmente paralizado y otorgarle una renovada autoridad intelectual. En un primer momento, el reconocimiento de la nueva identidad cultural democrática fue internacional: el 6 de octubre de 1977

fue entregado el premio Nobel de la Literatura a Vicente Aleixandre, exponente de la generación del '27 y del exilio interior. Además, Aleixandre sintetizaba la plenitud y vitalidad intelectual de una época, definida por la voluntad de difusión y profundización de la cultura en línea con la estética europea. El tono optimista y juvenil de esta poesía así como la excelente calidad literaria alcanzada bien se adaptaban a los nuevos valores de participación y dinamismo democrático.

También el Premio Cervantes, instituido con el último Gobierno de Franco, persiguió los mismos objetivos: celebrar la alta cultura del país, pero, sobre todo, tuvo que ser un reconocimiento cultural vinculado a la corona que respetase el deseo del Rey de restaurar un lazo con el mundo de las artes y del intelecto.

A pesar de la heterogeneidad de estilos de los ganadores, el Premio Cervantes en los años de Transición fue otorgado a los autores que se hacían promotores de la justicia y la libertad política, sin incurrir en extremismos políticos y sobre todo que podían testimoniar cómo la cultura española traía consigo fuertes elementos de modernización artística y estaba conectada a las corrientes culturales internacionales.

Igualmente la vuelta del *Guernica* de Picasso a Madrid representó una cuestión que atravesó todo el proceso de transición. La tela se convirtió casi en árbitro del mismo proceso.

Las ceremonias para su regreso a Madrid en el otoño de 1981, nos ayudan a entender el valor que la política cultural tenía que adquirir para el Gobierno UCD. Tusell, que desarrolló un papel central en la vuelta de la pintura, explicó cuanto la pintura revistió el rol de «talismán público» de las ganas de cambio que había dentro el país.⁴⁹

A la idea del regreso del *Guernica* como estética del final de la transición se suman los datos concretos: la exposición del *Guernica* fue premiada con más de cinco mil visitantes sólo en los dos primeros días de estreno. La crónica de Francisco Umbral adjunta otras pruebas sobre

la importancia de la relación entre la política cultural y el proceso democratizador y describe la compuesta cola de los españoles que querían ver al *Guernica*:

Sociólogo de colas como es uno —y lo tengo muy dicho y escrito—, me fui el domingo a la cola del *Guernica* y aquello era como la cola del Cristo de Medinaceli, pero en cubista. Lo cual que ambas devociones están por el mismo barrio alfonsino del Retiro. En la cola de Picasso, hombres de barba, mujeres de media mañana, progres, niños, el pueblo de Madrid, ancianos tiesos, curiosos de la Historia, paseantes del futuro, personal, uno que llega en bici (desgajado, quizá, del maratón), y otro que viene andando con muletas. [...] Cada España tiene sus devociones, el primer autonomismo fue teológico, cada pueblo tiene su Virgen, y Madrid, aldea manchega, le pone una vela a Dios y otra a Picasso. Esto es la democracia, me parece.⁵⁰

Si la cola para ver el *Guernica* de Picasso se convierte en una especie de referéndum popular, el profesor Aranguren en las páginas de *El País* define la política cultural de UCD como política de «representación». La cultura, como la política, necesita de un escenario. La política de la Transición tuvo que reconstruir este escenario destruido por el franquismo y el intelectual concluye: «Cultura, pues, como *representación* en el apropiado escenario —sala de conferencias, aula magna o mínima, seminario, laboratorio— y cultura como *representación* o *reposición* —así, la cultura española establecida hoy no es sino la representación de la cultura anterior a 1936, por la que se diría no ha pasado el tiempo».⁵¹

También la televisión nacional contribuyó a edificar el nuevo imaginario cultural español: el programa *Encuentros con las artes y las letras* (1976-1981) en TVE, por ejemplo, intentó presentarse como norma en la recuperación del pasado artístico oculto tras cuatro décadas de franquismo.⁵² Sin embargo, los sectores más conservadores de UCD, siempre al acecho del programa, comenzaron pronto a censurar parte de la transmisión, porque, según su opinión, era culpable de «comunismo» o «intelectualismo»

irritante.

Hay que decir que la política cultural de UCD siguió con oblicuas prácticas censoriales. Los casos más famosos son la censura y juicio militar al final de 1977 de Albert Boadella del grupo *Els Joglars* por causa del espectáculo *La Torna*, que trataba de los acontecimientos de la ejecución con garrote vil de Salvador Puig Antich y Heinz Chez en 1974. El segundo caso de censura fue el de la película *El Crimen de Cuenca*, de Pilar Miró (1979), que igualmente fue evaluado como injurioso para la Guardia Civil.

Si queremos seguir con el mundo de las artes plásticas, en 1980 en Ciudad Real fue vetada una exposición de José Ortega y el mismo año la de Agustín Ibarrola en Zaragoza; el primero por sus conexiones con el Partido Comunista y el segundo por la presencia de ikurriñas y referencias a la policía en su obra. Además en 1980, no faltaban títulos editoriales prohibidos:⁵³ la política de UCD implicó, por su parte, rehuir de dar al público temas candentes, como las Fuerzas Armadas, dado el temor por un posible golpe, como la represión tardofranquista y el terrorismo nacionalista que estaba poniendo a hierro y fuego el proceso de transición. No fueron, consecuentemente, puestas en duda las libertades democráticas o la ya inevitable normalización del país, sino, aunque en detrimento de la democratización del país, se intentó de todas maneras alejar del espacio público cuestiones que habrían podido molestar un Ejército susceptible y las todavía frágiles instituciones democráticas.

Popular culture: entre necesidades posmaterialistas y democracia cultural

El ciudadano español de los años de Transición vivió en un contexto socio-cultural influido por la crisis económica y el paro, además de la irreversible transformación de la práctica religiosa católica. Mitos americanos, nivelación con la cultura de masas occidental, música anglosajona, un ciudadano/consumidor de un mercado

casi estandarizado se convirtieron en el nuevo objetivo de la política cultural de transición.

Entre líneas es posible leer la evolución en sentido «posmaterialista» que estaba interesando a la sociedad ibérica a la par de las otras democracias occidentales:⁵⁴ las generaciones más jóvenes y protagonistas del proceso de transición, educadas en el contexto de consumos y abundancia de los sesenta, habían ya adquirido un conjunto de exigencias e impulsos no solo económicos sino también culturales. En otras palabras, el acelerado crecimiento económico que había beneficiado de manera desigual los diferentes sectores sociales contribuía ahora al surgimiento de nuevos conflictos políticos que se estructuraban sobre cuestiones no exclusivamente conectadas con el desarrollo material del país sino con la calidad de vida de la ciudadanía.

El Ministerio de Cultura no permaneció insensible a estas críticas y asoció a la democratización de la producción cultural también un proceso de popularización de la misma. Los nuevos Gobiernos democráticos, por lo tanto, no tenían que seguir el modelo de política franquista que, como en el caso de Fraga o con la experiencia de los *teleclubs*,⁵⁵ había favorecido una cultura conformista para las masas, sino, sobre la base de la contemporánea reflexión sociológica postsesenta y ocho, tenían que encaminar una política de desmitificación de las instituciones culturales y de desacralización de la cultura tradicionalmente considerada para las élites para acercarla a la nueva sociedad democrática.

Para conseguir la mutación del *statu quo*, heredado por la dictadura franquista, la UCD sabía que un proyecto de democratización cultural no podía desconocer las conductas y posturas de los españoles delante del «hecho cultural».

Aunque la idea de una encuesta nacional sobre la demanda y la oferta cultural en España había ya sido aprobada por el Ministerio de Información y Turismo antes de la muerte de Franco,⁵⁶ el ministro Cabanillas realizó una

especie de «libro blanco» sobre la cultura entre 1977 y 1978. Por otro lado el Ministerio de Cultura tenía que «satisfacer las preferencias y los hábitos culturales de los españoles y corregir las desigualdades hoy evidentes en muchos sectores de la sociedad».⁵⁷

La política cultural adquiriría una nueva función de bienestar social; los entrevistadores del Ministerio alcanzaron 13.518 núcleos urbanos, de los cuales el 68% en capitales de provincia. Otro objetivo de la encuesta fue abrir un debate colectivo sobre los derechos culturales de los españoles.⁵⁸ Los resultados de la encuesta, como era previsible, fueron desalentadores:⁵⁹ el pueblo español, excepto una minoría selecta, no disfrutaba de la producción artística e intelectual del país. Sin embargo los mismos resultados restituían una fotografía de un sustrato social, deseoso de más actividades culturales.

Además, las consecuencias del proceso de modernización inhibido por las instituciones políticas del Régimen, se leían en la precariedad de las prácticas de consumo cultural, en la persistencia, aunque en camino de reducirse, de franjas analfabetas (en 1981 de cada 100 ciudadanos 6,35 eran analfabetos⁶⁰).

Para paliar estos problemas fueron creadas dentro del Ministerio dos direcciones nuevas a través de la descomposición de la franquista *Dirección de Cultura Popular*, la *Dirección de Difusión Cultural* y la de *Desarrollo Comunitario*.

La *Dirección de Difusión Cultural* estaba interesada «en desarrollar una mayor participación ciudadana en el sentido que todas las capas sociales tengan acceso directo a los bienes culturales. [...] Es necesario, además, partir de un concepto descentralizador de la cultura».⁶¹ En cambio, la *Dirección de Desarrollo Comunitario* «implica[ba] la idea de progreso de la comunidad a través de su integración y participación voluntaria en los deberes colectivos en los cuales la cultura desempeña, con una mayor o menor intensidad un papel de estímulo».⁶²

La *Dirección de Difusión Cultural* organizó la

campaña de *Misiones Culturales* «conjunto de exposiciones, conferencias y otros eventos artísticos sobre temas fundamentales de la cultura universal que, con carácter itinerante, se ofrecen en las provincias españolas». ⁶³ Aunque el calado social y el alcance político consiguieron niveles inconmensurables, el *Plan de Misiones Culturales* recordaba las republicanas *Misiones Pedagógicas*: muy diferentes, sin embargo, fueron los contenidos culturales que circularon con las *misiones* de la Transición. Fueron elegidas sólo temáticas lejos de posibles manipulaciones ideológicas, por ejemplo *la cultura del Renacimiento, el Románico español, el Barroco, el Romanticismo y la ciudad de Granada*. Las *Misiones* que llegaron hasta Cáceres, no hicieron ninguna referencia a la actualidad política, sino que favorecieron una cultura institucional, de enriquecimiento de la sociedad de masas con una cultura laica, clásica y neutral, al mismo tiempo débilmente partidaria de un nacionalismo cultural, nivelador de los desequilibrios del país.

Otros intentos del Ministerio de Cultura fueron las campañas «para la popularización del teatro de calidad» y el pacto de cooperación cultural entre Ministerio de Cultura y el Ministerio de la Defensa (28 de noviembre de 1978). En el primer caso el Gobierno realizó descuentos para dos obras teatrales, *Así que pasen cinco años*, de García Lorca, y *Esperando a Godot*, de Beckett. El segundo caso preveía un acuerdo para la promoción cultural del soldado y se colocaba dentro de un más general trabajo de modernización de las Fuerzas Armadas.

La UCD, además, intentó favorecer el desarrollo de la animación cultural y el asociacionismo en el campo cultural «justo en este momento, perfectamente equidistante del dirigismo cultural y de la abstención, aparece el concepto de animación cultural. [...] Quizás la mejor figura para describir la animación cultural es considerarla como una nueva forma de maieútica socrática, que ayuda las personas a que se orienten a la vida estética y cultural». ⁶⁴

Aunque por parte del Ministerio de Cultura

emergía la consideración que «los artistas, al lado de los especialistas, tienen que colaborar de manera estrecha con cualquier decisión de los servicios de la administración», ⁶⁵ en el curso del proceso de transición, y bajo el Gobierno UCD, asistimos a un progresivo alejamiento de los intelectuales del Ministerio.

Los artistas e intelectuales no se alejaron del mundo de la política por sí mismos, dado que muchas personalidades que habían encabezado la protesta intelectual en contra del franquismo ocuparon papeles de relieve en el espacio público, ⁶⁶ sino desde «racionales legisladores» se convirtieron en «intérpretes» de aspectos parciales y sectoriales. ⁶⁷

Si nos centramos ahora en las acciones de política cultural popular centrista, exceptuando buenas palabras e intenciones, no hay grandes novedades. Por ejemplo, el proyecto fraguado de los *teleclubs*, que aplicando los principios de sociología cultural de Dumazedier intentaba modernizar a través de la comunicación de masas a los núcleos rurales, volvió a ser pro- puesto. ⁶⁸

Los *teleclubs* no fueron eliminados: el regio decreto de 27 agosto de 1977 los convirtió en *Centros Culturales* dentro de la *Dirección de Difusión Cultural*. Como explica una publicación ministerial: «[...] los *teleclubs* ya han superado, de manera total, su primitiva finalidad. [...] El *teleclub* es, ante todo, un centro social; una asociación voluntaria que tiene como objetivo esencial la promoción y extensión de la cultura popular, haciendo así posible la expresión cultural del pueblo mismo». ⁶⁹

Aunque en palabras ministeriales, los objetivos de los *teleclubs* tenían que cambiar para convertirse en medios de democracia popular, los diarios, que todavía en democracia, los responsables de los *teleclubs* tenían que redactar para el Ministerio de Cultura, nos ayudan a entender la vida cultural en el campo o en la periferia española en años de transición. ⁷⁰

Representan una documentación de gran

valor y todavía inexplorada. No estamos muy lejos de «las crónicas celtibéricas», recogidas por Luis Carandell en la revista *Triunfo*.⁷¹ Los teleclubs representan un buen testimonio sobre la relación entre la sociedad española de provincias con la cultura: una relación que esconde todavía el sentido de profunda sumisión a la producción cultural, de alejamiento reverencial, la confusión-fusión entre cultura y preceptos católicos, la idea de cultura como deber, forma de distinción social, bien lejos del puro placer y gozo estético. La concepción de la cultura como forma de animación y medio de cohesión social de derivación franquista se junta en los diarios de los teleclubs del posfranquismo con débiles señales del cambio en curso.

Un primer cambio llegó a nivel local con los ayuntamientos socialistas después de 1979, que representaron un importante campo de experimentación para una nueva manera de entender la política cultural como medio de democratización de la vida ciudadana (véase el ejemplo de la alcaldía madrileña de Tierno Galván).

A nivel local la «buena lección» de las asociaciones ciudadanas aportó estímulos y oportunidades para la nueva generación al Gobierno. Al mismo tiempo, la conexión con las instituciones oficiales representó el punto final de una posible democracia popular,⁷² o dicho de otra forma, el declive irreversible del movimiento ciudadano que desde finales de los años sesenta había reclamado más servicios culturales.

La política cultural socialista a nivel local (y después gubernamental) fue un claro ejemplo de ese intento de englobar el empuje ciudadano para evitar posibles conflictos y, por lo tanto, el entusiasmo, el activismo, a veces excesivo y a veces poco planeado, caracterizaron las políticas culturales de los Ayuntamientos democráticos. En calidad de anillo inicial de la administración pública, cercano a la ciudadanía, la política municipal, en la primera legislatura, fue caracterizada por una fuerte preocupación sociocultural y, solamente a un nivel secundario, por la calidad y peculiaridades de la producción artística en

circulación.⁷³ En los ayuntamientos democráticos, a finales de 1982, el gasto municipal desde 1978 había aumentado en un 294%, y la cuota dedicada a la cultura en un 511%.⁷⁴

Al lado de la edificación general del aparato administrativo municipal para el amparo y promoción de la cultura, desde abajo se sentaron las bases para una política cultural por parte de las instituciones que, centrada en la idea de la revitalización del tejido social español, se fundamentó no tanto en la transformación de las instituciones educativas, como en la creación de una red de servicios para la fruición colectiva de la producción artística y el enriquecimiento del tiempo libre. Así como las ciudades se dotaron de nuevos planes urbanísticos de participación,⁷⁵ la reapropiación de la producción artística democrática pasó gradualmente a conformar una institución de organismos colectivos para la cultura, nuevas infraestructuras y la celebración de la tradición cultural popular, como época de liberación y reestructuración de una identidad colectiva.

El PSOE, de manera diferente a la UCD, apostó por una *realpolitik* en la cual el concepto etéreo de cultura se convirtiese en el volante de la incompleta modernización española. Esta idea emerge muy clara en las Resoluciones de los Congresos Federales en materia de Cultura:

Alcanzar a medio y largo plazo [...] la conciencia en el Partido y en la sociedad española que la consolidación de la democracia exige una amplia movilización cultural. Para la derecha española, todavía en el poder, la política cultural se reduce, por un lado, al montaje de pocos actos brillantes –festivales, desfiles, festejos– y por otro la subvención de algunas actividades –publicaciones, premios– que ni tienen sus raíces en la sociedad ni se dirigen al hombre de la calle. La cultura es así convertida en un simple adorno del poder, sino en simulación de una vida cultural inexistente. [...] En la política cultural consideramos criterios básicos: centrar los esfuerzos en aquellos sectores de mayor incidencia social o con mayor capacidad de transformación. [...] Favorecer los sectores culturales que tienen más necesidad y, básica-

mente en el campo institucional, las bibliotecas [...] Nosotros los socialistas nos esforzamos en formular una legislación progresista en relación al patrimonio cultural, al teatro, a la cinematografía, a la música, etc., en definitiva, una nueva legislación democrática en línea con la problemática actual que contemple todos los aspectos de nuestra cultura.⁷⁶

Conclusiones: Política cultural como forma de «nacionalismo banal»

A la despiadada mirada de los observadores internacionales le costaba hallar un cambio cultural eficaz en la España del posfranquismo.⁷⁷ La causa de esta situación, que se encontraba en punto muerto, era atribuida a la escasa capacidad de acción del Ministerio de Cultura, en cuanto los centristas eran portadores del cambio en la continuidad, y, además, a la escasez de presupuesto para la nueva institución.

En un clima de crisis mundial, de hecho, al nuevo Ministerio de Cultura hasta el 31 de diciembre de 1977 no le fueron destinados fondos. sino que la institución dispuso del 14 por ciento del presupuesto del Ministerio de Información y Turismo. Sólo a partir de febrero de 1978 pudo hacer uso de un presupuesto anual de poco más de 19.000 millones de pesetas, más o menos el mismo presupuesto del Ministerio de Información y Turismo franquista.⁷⁸

Igualmente, hay que subrayar algunos aspectos que determinaron el verdadero cambio de política en el campo cultural. Las vinculaciones entre sociedad y cultura han sido muy fuertes en los años de transición y, aunque de manera fragmentaria, la política gubernativa ucedista se dio cuenta de que el cambio cultural tenía que ser organizado en relación a los cambios sociales. Si fueron los socialistas los que se aprovecharon de los impulsos que llegaban desde abajo, sea a través de los movimientos ciudadanos que pedían más infraestructuras culturales, sea a través de los jóvenes desencantados (véase el uso

gubernamental de la *movida*), al contrario, la UCD se apoyó en el deseo de reformismo de la sociedad española que coexistía con el cinismo y la apatía política.

El levantamiento de la censura, el retorno de los exiliados, la normalización de la producción artística fueron gestionados, de hecho, por las mismas instituciones estatales, como el Ministerio de Cultura. Es obvio que la relación entre Estado y cultura levanta muchas cuestiones.⁷⁹ La cultura no es sólo un «producto» del Estado, es decir, que el Estado, como hemos intentado demostrar, no sólo produce «conceptos» y «discursos» para la sociedad, sino, a su vez, el mundo de la cultura y de las artes desempeñan un papel significativo en la construcción del Estado y, en el caso que aquí nos ha interesado, en la edificación de una estructura institucional democrática.

El campo de la cultura y de las artes, por lo tanto, se convirtió en forma de comunicación.⁸⁰ En los años de cambio fueron favorecidas las políticas que intentasen demostrar la voluntad de defensa de un patrimonio artístico descuidado⁸¹ durante mucho tiempo, las formas de arte que demostrasen la voluntad de reconciliación nacional y la modernidad cultural del país.

El mismo Ministerio de Cultura, por sí mismo, constituyó un producto del discurso social de la Transición. De hecho, el Estado neodemocrático, a la búsqueda de una nueva definición identitaria en una época de ruptura histórica, intentó cristalizar la nueva realidad a través de una institución que se proponía «volver más fácil y estimular la creación y actividad cultural de manera libre y espontánea».⁸²

Las continuidades con el pasado no faltaron. Sólo hace falta pensar en la continuación de prácticas de censura. Como explica Genoveva Queipo de Llano, se llegó a la libertad de expresión de manera rápida, aunque gradual.⁸³

Si la política cultural puede ser interpretada como una acción simbólica, la implicación del Gobierno en relación a exposiciones y centros

culturales populares contribuyó a esbozar una nueva «comunidad imaginada», es decir, una nueva nación democrática, que, a través del Ministerio de Cultura, al principio, y después, a través de los organismos culturales autonómicos, trazó las representaciones cotidianas que edificaron un sentido imaginado de solidaridad nacional y de pertenencia a la modernidad. La política cultural, al final, y sobre todo la voluntad gubernamental de centrarse en el campo del arte, contribuyeron a la creación, aunque en su forma plural, de lo que Michael Billing ha llamado *banal nationalism*,⁸⁴ esto es, un nacionalismo moderno, casi escondido, capaz de hacer olvidar y borrar el imaginario franquista y en condiciones de lanzar a España de modo rápido y sin conflictos en la comunidad europea gracias a la unión de la dimensión alta y baja del campo cultural.

NOTAS

- ¹ MCGUIGAN, Jim, *Rethinking Cultural Policy*, Glasgow, Open University Press, 2004, p. 5.
- ² GARCÍA CANCLINI, Néstor, «Para un diccionario herético de estudios culturales», *Fractal*, n.º 18, julio-septiembre, 2000, año 4, volumen V, pp. 11-27.
- ³ URFALINO, Philippe, *L'invention de la politique culturelle*, Paris, Hachette Littératures, 2004.
- ⁴ RODRÍGUEZ MORATÓ, Arturo, *La sociedad de la cultura*, Madrid, Ariel, 2007.
- ⁵ Véase BONET, Pilar, *Arte en democracia*, en GRACIA, Jordi y RÓDENAS DE MOYA, Domingo (eds.), *Más es más. Sociedad y cultura en la España democrática, 1986-2008*, Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 153-179.
- ⁶ FERNÁNDEZ PRADO, Emiliano, *La política cultural. Qué es y para qué sirve*, Gijón, Trea, 1991, p. 117.
- ⁷ CHULIÁ, Elisa, *Cultural Diversity and the Development of a Pre-democratic Civil Society in Spain*, en TOWNSON, Nigel (ed.), *Spain Transformed: The Late Franco Dictatorship, 1959-1975*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 163-181.
- ⁸ SOTO Álvaro, *Transición y cambio en España (1975-1996)*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 31-33.
- ⁹ Real Decreto-ley 24/1977, 1 de abril sobre Libertad de Expresión. Véase: BOE, 12 abril de 1977, n.º 87.
- ¹⁰ Ya en 1974 Pío Cabanillas, ministro de Información y Turismo, hablaba acerca de la idea de construir un «Consejo Nacional de Cultura». El ministro Reguera Guajardo, igualmente, en 1976 declaraba que pronto el Ministerio de Información y Turismo habría sido desmembrado. Igualmente, la oposición por parte del PSOE, pedía la desaparición del

mismo ministerio. Véase: «PSOE: Ministerio de Información, fuera», *Diario 16*, 22 de diciembre de 1976.

- ¹¹ Real Decreto-ley 1558/1977, 4 de julio por el cual se reestructuran determinados órganos de la Administración Central del Estado. BOE, 5 de julio 1977, n.º 159.
- ¹² Fondo Gabinete del ministro, carpeta Informes sobre el Ministerio de Cultura. «El Ministerio de Cultura. Análisis Global del Departamento», c. 67337, Archivo Central Ministerio de Cultura.
- ¹³ Véase, por ejemplo, las publicaciones de la Editora Nacional: BALLESTER José María, *La reforma cultural en Francia: el Ministerio de Asuntos Culturales*, Madrid, Editora Nacional, 1974. SÁEZ-DÍEZ, Juan Ignacio, *Cultura popular y políticas culturales*, Madrid, Editora Nacional, 1975.
- ¹⁴ SPADOLINI, Giovanni, *Beni culturali. Diario interventi leggi*, Firenze, Vallecchi, 1976. AMOROSINO, Sandro, *Riflessioni sul futuribile Ministero per le attività e i beni culturali e sul riparto di funzioni tra Stato, regioni ed enti locali*, en CAPUTI JAMBRENGHI, Vincenzo (ed.), *La cultura ed i suoi beni giuridici*, Milán, Giuffrè, 1999, pp. 227-241.
- ¹⁵ Véase las reflexiones de Manuel Fraga sobre el tiempo libre en relación al sociólogo francés Joffre Dumazedier. JIMÉNEZ GARCÍA, Jesús, *Radiotelevisión y política cultural en el franquismo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Balnes» de Sociología, 1980, p. 341.
- ¹⁶ RUBIO ARÓSTEGUI, Juan Arturo, «Génesis, configuración y evolución de la política cultural del Estado a través del Ministerio de Cultura (1977-2007)», *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 7, n.º 1, 2008, p. 59.
- ¹⁷ CRESPO MONTES, Luis Fernando, *La función pública española 1976-1986. De la transición al cambio*, Madrid, Ministerio de Administraciones Públicas, 2001.
- ¹⁸ MAINER, José Carlos, *La cultura de la transición*, en MOLINERO, Carme, *La Transición treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Barcelona, Península, 2006, p. 158.
- ¹⁹ CABANILLAS, Pío, «Pregón de la Fiesta del Libro pronunciado por el Ministro de Información y Turismo, don Pío Cabanillas Gallas, en el Salón del Consejo de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona», *Boletín de Política Cultural*, n.º 3, 1974.
- ²⁰ Las palabras del ministro Cabanillas aquí recogidas se encuentran en: «Don Pío Cabanillas expone las líneas generales del Ministerio de Cultura», *La Vanguardia Española*, 28 de septiembre de 1977. Las fuentes están en la reseña de prensa: *Presidencia del Gobierno*, carpeta Pío Cabanillas (1977-1978), c. 9039, ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN.
- ²¹ *Ibidem*.
- ²² «Cabanillas 'Espero poder llevar la imaginación a la administración de la cultura'», *El País*, 5 de julio de 1977.
- ²³ «Es hora de potenciar la participación ciudadana en la cultura», *Abc*, 14 de septiembre de 1977.
- ²⁴ Declaraciones a la prensa 1978. CABANILLAS GALLAS, Pío, *Principios para una política cultural. Extracto de las declaraciones del Excmo. Señor Ministro de Cultura don Pío Cabanillas Gallas durante la 1.ª etapa del Ministerio de Cultura, julio 1977-diciembre 1979*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1979.

- ²⁵ Discurso en la entrega del Premio Cervantes. Alcalá de Henares, 1978. *Ibidem*.
- ²⁶ Declaraciones a la prensa, 1977. *Ibidem*.
- ²⁷ Así decía el diputado Enrique Barón Crespo del Grupo Socialista en 1977: «A nosotros nos parece una contradicción de verdad muy profunda programar un plan de inversiones plurianual cuando no ha sido todavía debatido por el Congreso y, aún más, cuando no ha sido todavía ultimada la Constitución». *Diario sesiones Congreso de los Diputados (Comisión de Presupuestos)*, n.º 36, 14 de diciembre de 1977, p. 1304.
- ²⁸ Por ejemplo, el republicano Justino de Azcárate, el filósofo orteguiano Julián Marías, el escritor Camilo José Cela, el catalán Martí de Riquer.
- ²⁹ «He pedido ayuda mental en mi carta a los intelectuales», *Pueblo*, 1 de diciembre de 1977.
- ³⁰ Véase sobre la relación entre intelectuales y Transición: Muñoz Soro, Javier (ed.), «Los intelectuales en la Transición», *Ayer*, n.º 81, Madrid, Marcial Pons, 2011.
- ³¹ IMBERT, Gérard, *Los discursos del cambio. Imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976-1982)*, Madrid, Akal, 1990, pp. 161-162.
- ³² Véase los sugerentes consejos de análisis en: SARRIA BUIL, María Aránzazu, *Esbozo cultural de la Transición ¿Modelo de cambio o ejemplaridad de intransición?* en el blog de Editions Ruedo Iberico.
- ³³ *Ibidem*.
- ³⁴ El término de cultura «liberal», aunque bastante equívoco, es asociado por Juan Pablo Fusi y Jordi Gracia a la idea de la existencia dentro del franquismo de una producción intelectual y artística en línea con la tradición liberal del país y lejana del nacionalcatolicismo franquista.
- ³⁵ El concepto de *governmentality* (en francés *gouvernementalité*) en el análisis de la política cultural es aplicado por Tony Bennet, que se inspira en el concepto de «governmentality» de Michel Foucault. Para ver el debate y las aplicaciones de esta categoría: LEWIS, Justin, MILLER, Toby, *Critical Cultural Policy Studies: a Reader*, Oxford, Blackwell Publishing, 2002, pp. 28-29. BURCHELL, Colin, GORDON, Graham, MILLER, Peter, *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.
- ³⁶ CALVO SERRALLER, Francisco, *España: medio siglo de arte de vanguardia, 1939-1985*, v. 2., Madrid, Ministerio de Cultura, Fundación Santillana, 1985, p. 101.
- ³⁷ «Pío Cabanillas: La misión del poder político es servir la cultura», *El País*, 2 de septiembre de 1977.
- ³⁸ MARZO JORGE, Luis, *¿Puedo hablarle con libertad, excelencia? Arte y poder en España desde 1950*, Murcia, Cendeac, 2010. <http://www.soymenos.net/>.
- ³⁹ MARZO JORGE, Luis y BADÍA, Tere, *Las políticas culturales en el Estado español (1985-2005)*, en: <http://www.soymenos.net/>.
- ⁴⁰ PÉREZ DÍAZ, Víctor, «La emergencia de la España democrática: la «invención» de una tradición y la dudosa institucionalización de una democracia», *Working Paper*, n.º 18, Madrid, Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, 1991, p. 21.
- ⁴¹ IMBERT, Gérard, *Los discursos del cambio: imágenes e imaginarios sociales en la España de la Transición (1976-1982)*, cit., pp. 66-67.
- ⁴² Archivo Central Ministerio Asuntos Exteriores (AMAE), *Dirección de Relaciones Culturales*, carpeta Asuntos relativos al pintor español Juan Genovés, carta al ministro de Asuntos Exteriores de Eduardo de Josué, cónsul español, Zúrich 3 de abril de 1976, Leg. R. 24455 n.º 52.
- ⁴³ «Cultura adquiere el cuadro de Genovés que sirvió para pedir la amnistía en 1976», *El País*, 3 de enero de 1980.
- ⁴⁴ CALVO SERRALLER, Francisco, «Una eficaz política de exposiciones», *El País*, 30 de abril de 1982.
- ⁴⁵ Si vamos a ver la lista de exposiciones estatales entre 1977 y 1982, encontramos la serie «conmemorativas-históricas» (ej. El Siglo XV Valenciano, El Impresionismo francés, Rubens), la serie «antológica» (ej. Luis Gordillo, Joan Miró, Josep Lluís Sert, Josep Renau, Julio González, Eusebio Sempere, Eduardo Chillida, Antoni Tàpies, Antonio Saura...) y la serie «formas expresivas de hoy», que quería divulgar el arte más contemporáneo.
- ⁴⁶ BENNETT, Tony, «Acting on the Social. Art, Culture and Government», en DENISE, Meredith y JEFFREY, Minston, *Citizenship and Cultural Policy*, Londres, Sage, 2001, pp. 18-34.
- ⁴⁷ QUAGGIO, Giulia, «El Guernica conteso. Percezione, circolazione e ritorno di un dipinto che anche Franco avrebbe voluto», *Spagna contemporanea*, n.º 36, 2009, pp. 143-168.
- ⁴⁸ CUESTA, Josefina, *La Odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, pp. 315-319.
- ⁴⁹ TUSSELL, Javier, «El final de la Transición», *El País*, 11 de septiembre de 1981.
- ⁵⁰ UMBRAL, Francisco, «Picasso», *El País*, 28 de octubre de 1981.
- ⁵¹ ARANGUREN, José Luis, «La 'representación' de la cultura», *El País*, 27 de noviembre de 1977.
- ⁵² ARA TORRALBA, Juan Carlos, «Encuentros con las letras, mucho más que una galería televisiva de la literatura en la Transición», en ANSÓN, Antonio, *Televisión y Literatura en la España de la Transición (1973-1982)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 139-169.
- ⁵³ «Condenas, prohibiciones y secuestros de 1980», *El País*, 27 de noviembre de 1980. Entre los títulos censurados en 1980: *Álbum del erotismo* (Antalve); *Los vascos, de la nación al Estado* (Editorial Elkar); *Historia de Galicia* (Frente Cultural de la Asamblea Nacional Popular Galega); *¡A Ver!* (López Ediciones); *Txiki-Otaegui* (Editorial Lur); *Libertad Sexual* (Editorial Naper); *El libro rojo del cole* (Nuestra Cultura).
- ⁵⁴ INGLEHART, Ronald, *The Silent Revolution. Changing Values and Political Styles Among Western Publics*, Princeton, Princeton University Press, 1977.
- ⁵⁵ CANTERO, Chus, «Los Teleclubs», *Periférica: Revista para el análisis de la cultura y el territorio*, n.º 6, 2005, pp. 105-126.
- ⁵⁶ Ministerio de Cultura-Secretaría General Técnica, *Plan de Investigación del Inventario Cultural/Ministerio de Cultura*, Madrid, Secretaría General Técnica Publicación, 1978.
- ⁵⁷ Ministerio de Cultura, *La realidad cultural de España*, Madrid, Secretaría General Técnica. Gabinete de Estadística e Informática, 1978, p. 5.
- ⁵⁸ Esta obra de sensibilización acerca del valor de la cultura es evidente de la gran cantidad de artículos de periódicos sobre la encuesta, como a través de los informes enviado por

- los encuestadores al Ministerio de Cultura. Véase: *Cultura Secretaría General Técnica*, carpeta Encuesta demanda cultural 1978, c. 88222, Archivo General de la Administración.
- ⁵⁹ El 21,8% de los españoles de más de 15 años no tenía tampoco un libro; el 30,3% no leía nunca; el 80% no visitaba nunca un museo, y el 84,1% no iba nunca a teatro. Al contrario, el 79,6% de la población miraba la televisión todo los días.
- ⁶⁰ En Madrid, según el Instituto Nacional de Bienestar, había zonas de la periferia con el 40% de analfabetismo. Véase: «Todavía hay un cuarenta por ciento de analfabetos en algunos barrios», *El País*, 21 de febrero de 1978. El analfabetismo permaneció siendo una llaga de la España contemporánea: en 1960, la tasa de analfabetismo era de 13,63 analfabetos cada 100 habitantes; en 1970, de 8,8. Para las mujeres esa tasa ascendía a 12,26 en 1970. Para analfabetos se entienden los españoles de más de 10 años que no saben escribir y leer. Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Anuario 1990, Población censal, clasificada por instrucción elemental.
- ⁶¹ Dirección Difusión Cultural. *Dirección Difusión Cultural. Organización, competencias, objetivos*, Madrid, Gabinete de Estudios y Coordinación. Secretaría General Técnica, 1978, pp. 9-10.
- ⁶² Dirección de Desarrollo Comunitario, *Dirección de Desarrollo Comunitario. Organización, competencias, objetivos*, Madrid, Gabinete de Estudios y Coordinación. Secretaría General Técnica, 1978, p. 10-11.
- ⁶³ Dirección Difusión Cultural. *Dirección Difusión Cultural*, cit., pp. 77-78.
- ⁶⁴ Dirección Difusión Cultural, *Dirección Difusión Cultural*, cit., p. 38.
- ⁶⁵ *Ibidem*, cit., p. 29.
- ⁶⁶ Véase lo que explica Amando de Miguel en relación a los intelectuales y la Transición, es decir, que estuvieron más interesados en escribir en el BOE. DE MIGUEL, Amando, *Los intelectuales bonitos*, Barcelona, Planeta, 1980.
- ⁶⁷ BAUMAN, Zygmunt, *La decadenza degli intellettuali. Da legislatori a interpreti*, Torino, Bollati Borighieri, 1992.
- ⁶⁸ DUMAZEDIER, Joffre, *De la sociología de la comunicación colectiva a la sociología del desarrollo cultural*, Quito, Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, 1965. Dumazedier, Joffre, *Vers une civilisation du loisir?*, Paris, Seuil, 1962.
- ⁶⁹ Dirección Difusión Cultural, *Dirección Difusión Cultural*, cit., pp. 54-55.
- ⁷⁰ Los diarios están recogidos por el Ministerio de Cultura por lo menos hasta 1979, en la etapa sucesiva (1979-1981) ya no se encuentran más voluminosos diarios sino sintéticos y burocráticos informes ministeriales. El material se encuentra en *Dirección Difusión Cultural*, c. 79357, c. 79346, c. 79320, Archivo General de la Administración.
- ⁷¹ CARANDELL, Luis, *Celtiberia Show*, Madrid, Maeva, 1998.
- ⁷² Me refiero a la tesis de Stuart Hall, según la cual el estilo de vida democrático se fundamenta en la contención de la democracia popular. Dicho de otra forma, el poder dominante crea productos culturales específicos para las clases trabajadoras en modo de reflejar sus características y reducir el potencial conflictual. Véase: HALL, Stuart, *Politiche del quotidiano: culture, identità e senso comune*, Milán, Il Saggiatore, 2006, pp. 74-75.
- ⁷³ LOPEZ DE AGUILETA, Iñaki, *Cultura y ciudad. Manual de política cultural municipal*, Gijón, Trea, 2000, pp. 71-74.
- ⁷⁴ PSOE, Secretaría de Política Municipal, *Cuatro años de gobierno municipal socialista*, Secretaría Federal de Política Municipal, Madrid, 1983, pp. 58, Fc 232, Fundación Pablo Iglesias.
- ⁷⁵ ADAGIO, Carmelo, «Democrazia municipale e politiche urbanistiche in Spagna (1975-1985)», *Spagna Contemporanea*, n.º 22, 2002, pp. 103-124.
- ⁷⁶ PSOE, Secretaría Federal de Formación, *Programas electorales y resoluciones Congresos Federales en materia de Cultura (1977-1995)*, 29 Congreso (21-24 de octubre de 1981), p. 46, Fundación Pablo Iglesias.
- ⁷⁷ HERZOG, Werner, «Los sueldos de los funcionarios se llevan la mayor parte del presupuesto», *Frankfurter Rundschau*, 4 de enero de 1979. *Secretaría Estado de Cultura*, Correspondencia con consejeros (1975-1978), c. 76674, Archivo General de la Administración.
- ⁷⁸ El 36% de la financiación era utilizado para pagar a los dependientes del Ministerio, el 30% para los organismos autónomos recién creados, el 10% a RTVE y a los medios de comunicación del Estado, y sólo el 5,5% se destinaba para actividades culturales. Véase, *Diario sesiones Congreso de los Diputados (Comisión de Cultura)*, n.º 62, 9 de mayo de 1978.
- ⁷⁹ STEINMETZ, George, *State/Culture. State-Formation after the Cultural Turn*, New York, Cornell University Press, 1999.
- ⁸⁰ GRAZIANI, Serge, *La communication culturelle de l'État*, Paris, Presses Universitaire France, 2000.
- ⁸¹ BOBBIO, Luigi, «La politica dei beni culturali in Spagna», en BOBBIO, Luigi, *Le politiche dei beni culturali in Europa*, Bologna, Il Mulino, 1992, p. 215.
- ⁸² *Cultura Secretaría General Técnica*, Consejos de Ministros (junio-julio 1977), Nota-Informe al proyecto de Real Decreto sobre estructura orgánica y funciones del Ministerio de Cultura, c. 73792, Archivo General de la Administración.
- ⁸³ GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, «La cultura en tiempos de transición», JOVER ZAMORA, José María (dir.), *Historia de España de Menéndez Pidal*, Vol. XLII, Madrid, Espasa Calpe, 1996 p. 670.
- ⁸⁴ BILLING, Michael, *Banal Nationalism*, Londres, Sage, 1995..



AUXILIO SOCIAL Y LAS ACTITUDES COTIDIANAS EN LOS AÑOS DEL HAMBRE, 1937-1943*

Óscar Rodríguez Barreira

London School of Economics and Political Science

No hace demasiado, Carme Molinero escribió un crítico estado de la cuestión sobre la historiografía de las políticas sociales del franquismo. Ahí defendía que el estudio de las políticas sociales de la dictadura era una asignatura pendiente. La valoración no era desacertada y su llamamiento dio resultados. Si hoy realizáramos un ejercicio similar nuestra valoración tendría que ser más magnánima. En cualquier caso, la receta que propuso para avanzar en el estudio de las políticas sociales franquistas, en general, y de *Auxilio Social* (en adelante AS) en particular, no era, a nuestro juicio, tan certera. El interés de Molinero en las políticas sociales de la dictadura no era tanto conocer las condiciones de vida de las capas subalternas y las respuestas que éstas ofrecieron como caracterizar el franquismo y sus políticas sociales. Además, y en la línea marcada por la historiografía italiana, apostaba por abandonar el análisis del papel de FET-JONS, y sus delegaciones, desde abajo para pasar a estudiarla desde arriba estudiando su ideología, propaganda y el papel desempeñado en la nacionalización de los españoles.²

En este ensayo, al contrario, nos proponemos estudiar AS de abajo hacia arriba.³ El objetivo es analizar el éxito, o fracaso, de las políticas sociales y su capacidad proselitista a partir del estudio de su capacidad para aminorar las gravísimas carencias que sufrieron las capas más desfavorecidas. Para ello prestaremos especial atención a la acción de *Auxilio a Poblaciones Liberadas* y de

los *Comedores* de AS, así como a los recursos e infraestructuras de la propia delegación. Y es que, a pesar del lenguaje y propaganda triunfal, AS fue incapaz de cubrir las terribles necesidades de la población por lo que se limitó a mercadear con la miseria cubriendo las necesidades de los *afortunados* que se encontraban cerca de las zonas o redes de influencia de su militancia. Ahondaba así en la división entre vencedores y vencidos obligando a los últimos a renunciar públicamente a su identidad, e ideología, para conseguir una ayuda material escasa y condicionada.⁴ AS creaba, así, espacios visibles en los que los apoyos del franquismo se podían convencer de su eficacia y benignidad. Estos espacios desviaban la mirada del resto del mundo imposibilitando ver el otro lado, el de los vencidos, al tiempo que construían y reconstruían cotidianamente la *Nueva España*. Como explica Peter Fritzsche, los signos públicos cotidianos de colaboración con las dictaduras no sólo son una muestra de participación colectiva sino que también contribuyen a fomentarla. La aceptación popular es, pues, una cuestión de estrategias cotidianas. El uso instrumental de la delegación falangista por parte de personas apáticas, o disidentes, con la dictadura no sólo ha de ser interpretado como violencia contra el alma sino, como ha analizado James Mathews para las actitudes de los izquierdistas que lucharon en el ejército rebelde durante la Guerra Civil, como copos de nieve que van conformando la bola que termina

en el alud del consentimiento. Al igual que en otras dictaduras contemporáneas los españoles aprendieron a llevar una doble vida ocultando, entre susurros, cualquier opinión crítica, o signo de oposición y disidencia, con el poder. Esta, cada vez menos aparente, aceptación pública facilitó la imposición del tiempo de silencio.⁵

La realidad cotidiana impidió, asimismo, que FET-JONS, y AS, obtuvieran respaldo popular. Mientras que en la Alemania nazi la población percibía la mejora de la situación económica con respecto a *Weimar* beneficiándose, a su vez, del saqueo sobre las *razas inferiores*, en España la mísera situación de 1939 no hizo otra cosa que empeorar durante los primeros años cuarenta creándose una gran distancia entre el discurso oficial y la paupérrima cotidianidad. El contraste entre lo que el Régimen, y FET-JONS, enseñaban y lo que la sociedad española veía, y vivía, era suficiente para explicar su estado de ambigüedad y turbación. La completa desarticulación de la sociedad de postguerra hizo que la gente corriente permaneciera relegada a su microcosmos cotidiano más inmediato, siendo ahí donde las proclamas falangistas entraban en abrupta contradicción con su percepción de la realidad. Como ha mostrado Francisco Sevilla, durante los años cuarenta la mayor parte de la gente corriente vivía en un estado de «ambigüedad cotidiana en la que el rechazo, la resignación y la aceptación pasiva del Régimen se entremezclaban en una misma persona», FET-JONS, y sus delegaciones, no se beneficiaron de esa ambigüedad convirtiéndose, a los ojos de la mayor parte de la población, en los principales responsables de la cruel represión y, sobre todo, del hambre y la corrupción.⁶

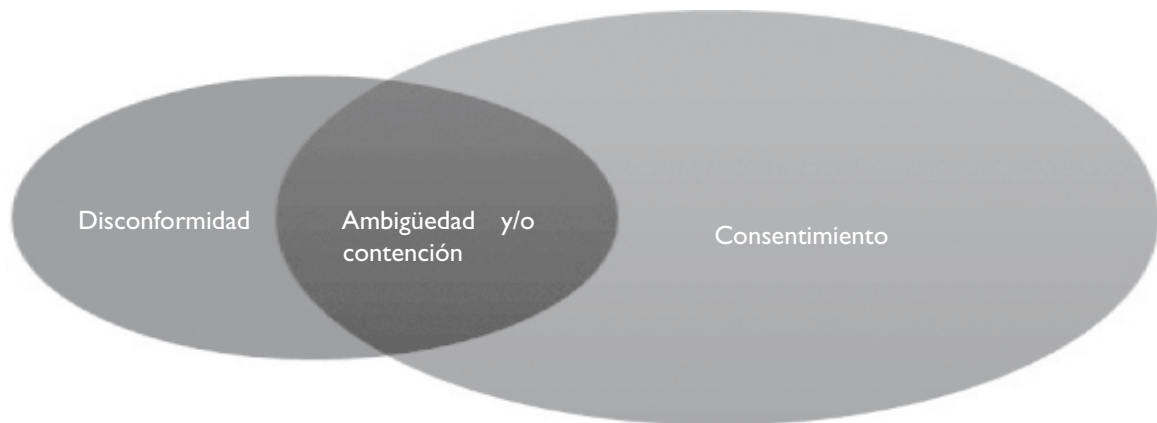
Esta incapacidad para crear adhesiones activas a la dictadura no desvincula las políticas sociales propugnadas por AS de las fascistas –aunque sí revele mucho de la naturaleza del régimen que lo sustentaba. Al fin y al cabo, *Auxilio de Invierno* nace inspirado en las prácticas políticas del *Winterhilfe* nazi. Mas el fascismo español no usó criterios biológicos para el de-

sarrollo de sus políticas sociales aunque sí conceptuó, de acuerdo a criterios socioculturales, a los enfermos sociales y disidentes que debían ser reprimidos, controlados y reeducados por el Estado para conseguir su redención. Grupos sociales marginales como gitanos, mendigos o prostitutas fueron los enfermos sociales hacia los que la dictadura dirigió su mirada agresiva. Las políticas sociales dejaban de entenderse, pues, como un derecho general de la ciudadanía ante las circunstancias desfavorables de la vida para usarse como un instrumento de control del Estado sobre las familias y la salud popular. En este sentido, AS y *Sección Femenina* (SF) fueron importantes instrumentos, aunque sus posturas se acercaran bien pronto a la caridad católica, y no a la moderna eugenesia fascista.⁷

El objetivo que hemos planteado –analizar la capacidad proselitista de AS valorando su éxito a la hora de aminorar las carencias de las clases subalternas– nos sitúa en un espacio historiográfico que, últimamente, ha sido reclamado por autores como William Sewell o Geoff Eley. Los principales argumentos que se han puesto sobre la mesa a la hora de revalorizar algunos de los antiguos objetivos de la historia social son, en primer lugar, la necesidad de reconsiderar la importancia de lo material, o lo extradiscursivo, en los procesos históricos y, en segundo lugar, la pertinencia de recuperar una comprensión amplia, o radical, de la política. Una forma de entender la política en la que el lugar de trabajo, el barrio, la beneficencia o la familia se podían estudiar como espacios de identificación política y de resistencia, lugares en los que el poder se ejerce –y se resiste.⁸

Las perspectivas cercanas a la historia social, o historia sociopolítica, son, además, las que, junto a la historia de la vida cotidiana, han renovado el análisis de las actitudes sociales y la opinión popular bajo las dictaduras europeas de entreguerras. Estos enfoques han quebrado la visión tradicional de la historia política –dominada por la dicotomía colaboración vs. resistencia– profundizando en perspectivas más sutiles

Cuadro 1. Propuesta de espacio conceptual para pensar las actitudes sociales en el franquismo



que muestran la complejidad de las actitudes y comportamientos de *los más*, de aquellos que, sin ser militantes, lidiaron cotidianamente con pequeñas, y dramáticas, decisiones. Para poder entender estas acciones en toda su complejidad debemos trascender los corsés impuestos por los esquemas políticos clásicos: rojos, de orden, represión, consenso, izquierdas, derechas...⁹

En este sentido, y dentro de las actitudes de disconformidad (Esquema 1) la distinción realizada en la historiografía de la vida cotidiana alemana entre *Widerstand* (*Oposición*) y *Resistenzen* (*resistencias*) nos permite tener en cuenta toda una serie de actitudes y comportamientos de la gente corriente que aunque no plantaban cara frontalmente al Régimen, y en ocasiones únicamente buscaban conquistas personales inmediatas –como las *luchas inmediatas* foucaultianas o

las *armas de los débiles* scottianas; sí dificultaron que la dictadura llevara a cabo sus objetivos. Un espacio conceptual intermedio entre ambos es el de *disidencias* que pretende diferenciar entre las prácticas más instrumentales –*resistencias*– de aquellas que, además, tenían un carácter conflictivo con una política o institución concreta, aunque no con el Régimen en general –*oposición* (Esquema 2).¹⁰

En última instancia la diferencia principal entre resistencias y disidencias y la categoría de oposición será que las dos primeras no serán incompatibles con actitudes generales de *consentimiento* hacia la dictadura. Será precisamente en este espacio de *ambigüedad y/o contención* (Esquema 1) donde nos encontremos a la mayor parte de la población que, como dijimos más arriba, se debatía diariamente en la *zona gris*, un

Cuadro 2. Propuesta de clasificación en las actitudes de disconformidad y consentimiento con el franquismo.



maremágnum de sentimientos y actitudes encontradas.¹¹ En cualquier caso, y dentro de las propias actitudes de *consentimiento*, podemos, con ánimo pragmático, distinguir tres niveles. Por un lado nos encontraríamos con las actitudes de *adhesión*, es decir, las de aquellos que más cercanos se sentían con la dictadura y que, participando (o no) a través de cargos institucionales, hacían pública, y activa, gala de su comunión con el franquismo. Sin embargo, la mayor parte de los españoles no participaban de esta fe adoptando acuerdos con la dictadura que no eran incompatibles con actitudes, comportamientos y sentimientos de disconformidad. Así, la actitud más extendida fue la de aquellos que se *adaptaron* u optaron, usando un término no demasiado elegante, por la *resiliencia* a la dictadura. Los *adaptados* y/o *resilientes* optaron por alterar su apariencia y comportamiento externo a fin de salvaguardar de las presiones externas aquello que les era máspreciado o imprescindible. En este sentido, el concepto físico de *resiliencia* se ha utilizado en ciencias sociales para caracterizar la capacidad humana para desarrollarse de manera exitosa en situaciones de opresión o alto riesgo. Este concepto también hace énfasis en la capacidad para retornar a una forma similar una vez esas presiones externas han cesado. Un espacio intermedio entre la *resiliencia* y la *adhesión* sería el ocupado por el *consentimiento pasivo* o *asenso*, es decir, por aquellos que admitían como cierto aquello que la dictadura afirmaba o proponía. Tanto la *resiliencia* como el *asenso* dejarán espacio para actitudes de disconformidad, en su versión de *resistencias* y *disidencias*, pero no para la *oposición*. Ejemplos de este tipo de comportamientos serían las burguesías y clases medias franquistas que deseaban la victoria aliada o los propietarios rurales y campesinos que disientían con las políticas autárquicas y los cupos.¹²

El objetivo en las siguientes páginas es mostrar las diferentes, y en muchas ocasiones ambiguas, actitudes que desarrolló la población con respecto a la situación de privación material y a uno de los remedios que puso en marcha

para solventarla: AS. En nuestro relato cobrarán especial relevancia no sólo las opiniones y actitudes de la población sino también la influencia de la miseria material en esas actitudes y en las propias dificultades con que se encontró AS en su acción.

El cerrojo de la autarquía

Durante la década de los cuarenta se vivió una situación de profunda depresión y miseria causada, fundamentalmente, por la política económica desplegada: *la autarquía*. Dos son los pilares sobre los que el Régimen fundamentó esta política: autosuficiencia y autoridad. A su entender, España era un país rico en recursos naturales que no necesitaba de la importación para su desarrollo económico. Cerradas las fronteras, lo único necesario para florecer eran el orden y la disciplina de los agentes económicos. En esta mentalidad militarista, los agentes económicos, al igual que los soldados en los cuarteles, obedecerían las normas reguladoras de la actividad económica que impusiera el Estado. El error fue mayúsculo, el éxito en la reconstrucción de una economía tan dependiente del exterior como la española dependía, precisamente, de desarrollar una política económica que garantizase la importación de materias primas, productos energéticos y bienes de equipo. Así, la autarquía cercenó cualquier posibilidad de recuperación. Mientras España necesitó una década para recuperar sus principales indicadores económicos los países europeos necesitaron entre tres y cuatro años tras la, notablemente más destructiva, Segunda Guerra Mundial.¹³

El impacto de esta política sobre la macroeconomía, y sobre la vida cotidiana de la población, fue abrumador. Durante los años cuarenta el salario real de los españoles osciló en torno a la mitad del de 1935, si bien resulta complejo hacer un cálculo exacto de la pérdida de poder adquisitivo entre los años 30 y 40. Por otro lado, el PIB de 1935 no volvió a alcanzarse hasta 1951 mientras que el nivel de renta per cápita

tardaría dos años más. Si a esto añadimos que la adquisición de los productos indispensables para el mantenimiento cotidiano se realizaba, las más de las veces, en un mercado negro extremadamente sobrepreciado, el panorama se tornaba desolador.¹⁴

La dictadura creyó que los precios de los productos y de los factores de producción podían fijarse por decreto al margen de lo que estableciera el mercado. Así impuso una política de disciplinar los precios estableciendo los precios de las subsistencias con los niveles de julio de 1936. El primer producto agrícola objeto de intervención fue el trigo. Un error capital del gobierno fue evaluar al alza la situación del mercado triguero de 1937. La respuesta de los agricultores fue sustituir el cultivo por otros libres de control lo que llevó a las autoridades a adoptar nuevas medidas reguladoras y más controles en una espiral sin fin. En lugar de rectificar una política que se mostraba ineficaz, el gobierno optó por la represión o, si se prefiere, por aplicar la ley, eso sí, discrecionalmente. Mas la legislación no pudo evitar el florecimiento de un mercado negro consecuente con la lógica de mercado. Dado que el Estado marcó precios de tasa por debajo de sus niveles de equilibrio, los productores evitaron las actividades intervenidas y rebajaron los gastos de explotación, lo que trajo consigo un descenso tanto de la producción como de los rendimientos. Al mismo tiempo, los consumidores intentaron incrementar el consumo de los productos racionados. El desequilibrio del mercado era patente dado que la oferta se reducía mientras que la demanda crecía. La resolución de esta situación de demanda insatisfecha fue un mercado negro que crecía exponencialmente –parejo al desequilibrio del mercado oficial. La intervención en unos mercados cada vez más desabastecidos hizo imprescindible el racionamiento de alimentos. El racionamiento se estableció oficialmente el 14 de mayo de 1939 con la creación de la *Comisaría General de Abastecimientos y Transportes* (CGAT) aunque durante la Guerra

Civil ya se había implantado a nivel local. El racionamiento también se retroalimentó y si en un principio sólo afectaba a algunos artículos a la altura de junio de 1941 estaba controlada la distribución y venta de prácticamente todos los bienes de consumo que, por otro lado, no llegaban a los consumidores salvo a través del mercado negro.¹⁵

Fue así como la dictadura empujó a la ilegalidad a gran parte de una población que si, en el plano político, adoptó actitudes adaptativas o resilientes, en el ámbito de la subsistencia cotidiana convirtió –y percibió–, la transgresión en algo común –y moral. Las *resistencias económicas* –robos, hurtos, estraperlo...– compartían espacio con la *sumisión instrumental* –o *resiliencia*– que les acercaba a AS o al *Frente de Juventudes* (FFJJ) a pesar de que, como apuntaban los informes de opinión popular, el partido único fuera señalado como el principal culpable de la carestía.

En este sentido, las autoridades explicaban cómo las capas medias y bajas en Palencia no manifestaban nada por temor a los castigos, pero, en corrillos se mostraban desesperadas «ante la imposibilidad de desenvolver su vida». En Castellón la opinión era similar apuntándose, además, al partido único como el principal responsable de la situación. Muy cerca de allí, en Valencia, el ambiente era aún peor. El jefe provincial de FET-JONS informaba cómo la población era abiertamente hostil odiando «sin disimulo alguno a todo lo que signifique o provenga del Nuevo Estado». El motivo de la hostilidad valenciana estaba claro, y no era otro que la lamentable y errónea política de abastecimiento. Si esto era motivo de desazón, más aún lo era que el esfuerzo realizado por los camaradas, para suavizar la situación y levantar el ánimo, no fuera recompensado por una población hastiada de promesas.

El ambiente, repito, está enrarecido en grado máximo, la animosidad crece a pasos agigantados; y lo peor del caso es que la Falange que ve anulados sus esfuerzos y su labor realizada destruida,

es incluida dentro de este círculo vicioso y odiada como todas las demás cosas.¹⁶

Mientras tanto, en los informes de opinión que realizaba la DGS no sólo se repetía que la única preocupación obrera eran los abastos sino que mostraban cómo los españoles vinculaban la ausencia de éstos a la Segunda Guerra Mundial y a los fascismos. De esta forma se extendían actitudes disidentes hacia el partido único y las políticas de abastecimiento. Mas las carencias eran tan abrumadoras que la población no distinguía de dónde provenía el alimento. En Ohanes, un pequeño municipio de Almería, el alcalde reflejaba desesperado cómo sus vecinos habían tenido que recurrir a comer hierbas cocidas sin aceite y sin pan, ya que la cantidad mensual que distribuía Abastecimientos y Transportes no cubría las necesidades ni de cinco días y «seguramente se habrían dado ya muchos casos de defunción por hambre en el elemento infantil y sexagenarios incapacitados si no fuera por Auxilio Social».¹⁷

Liberar de la miseria. Auxilio a Poblaciones Liberadas

El 24 de julio de 1939 el delegado provincial de AS de Alicante enviaba un crudo informe a su delegación nacional. Si la escena descrita por Max Aub en *Campo de los Almendros* es estremecedora, las que retrataba el informe no le iban a la zaga. Los doscientos falangistas enviados desde Málaga para auxiliar Alicante encontraron a «toda la población de la provincia en un estado de espantosa miseria». Ahí estaban ellos, «solos frente al Hambre y también frente a las miradas de la gente incrédula». AS había preparado la entrada de *Auxilio a Poblaciones Liberadas* pero, a pesar de la propaganda, no todo fue previsión y acierto. Muchos de los víveres que se habían preparado eran mercancías caras y caducadas. Además la extrema pobreza del Levante post-bélico, aunque bastaba para motivar al más pusilánime, sobrepasaba su capacidad de acción.

hubo momentos verdaderamente dramáticos en

que el hambre mal contenida de aquellos miles de personas en presencia de los víveres tan generosamente ofrecidos por la España de Franco, constituyó un verdadero riesgo para las chicas de AUXILIO SOCIAL, sobre las que se volcaban montones de seres famélicos que, acuciados por el terrible aguijón de la necesidad, obraban como reses embravecidas y no como entes racionales.

El 4 de abril los comedores de las antiguas instituciones sociales republicanas ya habían sido rotuladas con el logo de AS. Ese día se abrieron tres comedores, dos días después se añadía uno más, mientras que, a los cuatro días, ya eran seis los que estaban en funcionamiento. Durante la primera semana se distribuirían hasta quince mil raciones diarias promedio, cantidad claramente insuficiente para atender a toda una población convertida en indigentes provisionales. La desesperación de los camaradas alicantinos se hacía notar en cada línea del informe. Únicamente podían taponar momentáneamente las más urgentes necesidades, pero no eran una solución a la terrible situación. Tres meses más tarde ya existía una infraestructura relativamente importante en la provincia, pero seguían sin ser una solución. Existían 95 comedores que atendían a 17.536 niños y 2.245 adultos con una media de 281.524 raciones para los primeros, y 82.546 para los segundos. En la capital se daban hasta 15.919 raciones en frío y 4.800 más en caliente en sus ocho comedores. Las cifras eran importantes, pero estaban descontextualizadas. Ni una línea dedicada al alcance real de las necesidades a cubrir. En cualquier caso, y dado que se trataba de un informe interno, el delegado alicantino se podía permitir un tono realista. En su opinión era imposible corregir «las grandes deficiencias que observan en los hogares pobres» necesitaban los más básicos elementos: muebles, ropas, medicinas y víveres. Mas se habían propuesto «trabajar todos los días y todas las horas», de modo que «algún fruto se obtendría del esfuerzo». Este tono resignado se guardaba para los informes internos, para la propaganda destinada al resto de la población el registro era completamente distinto:

ALICANTINOS. El día, en que al paso de la paz comience la unidad pacífica de España, la hermandad de todos los españoles bajo el mismo mando del Caudillo y con el mismo afán de grandeza, ese día se contemplará como algo asombroso y firme lo conseguido por 'AUXILIO SOCIAL' durante los años de la guerra, y se sentirá todo lo que tiene de germen de obra enorme para la mejora de la raza de los españoles.¹⁸

Ésta será la tónica cotidiana de AS. Una delegación con un grave síndrome bipolar ya que, al tiempo que era consciente de su incapacidad, era la más volcada en la propaganda del partido. Como ha concluido Ángela Cenaarro la delegación «tenía más que ver con la propaganda y la negación de las divisiones sociales que con la verdadera integración de los vencidos» pudiéndose decir que se trataba más de un placebo inocuo que buscaba dar argumentos a los ya convencidos que una solución a la miseria reinante.¹⁹

El simbólico caso de Alicante no fue excepcional. La correspondencia interna de AS nos muestra que el hambre, la miseria y la incapacidad de la delegación falangista fue lo cotidiano por todo el país. Más aún que estos problemas no sólo se dieron en las zonas conquistadas sino en todo el bando rebelde. A pesar de que, como defiende Michael Seidman, el abastecimiento en la retaguardia y, sobre todo, en la línea de frente rebelde fue mejor que en la republicana, la descoordinación y las luchas internas fueron, también, moneda corriente y crecieron sin control con el fin del conflicto. Todo ello afectó a AS que, además, cargó con la responsabilidad de paliar el hambre en las zonas que se iban liberando y que tenían gravísimos problemas de abastecimiento.²⁰ En el frente del Ebro, por ejemplo, las poblaciones morían de inanición sin que las autoridades militares, ni las de AS, pudieran hacer nada. Tal y como explicaba el delegado provincial de Tarragona en los pueblos de Villalba de los Arcos, Ascó, Gandesa... la gente se moría de inanición culpando a AS de ello. El drama era de tal magnitud que ya no era que la delegación

fuera ineficaz en sus servicios sino que ni siquiera había existencias para que las compraran los escasos adinerados.²¹ En Granada la situación no era sólo mala; además, se carecía de las infraestructuras necesarias para desarrollar el trabajo. Su delegado provincial explicaba al secretario nacional que no se podía dotar de alimentos a las delegaciones locales ya que la furgoneta que habían solicitado a Valladolid todavía no se había recibido. De poco servirían los ruegos, lamentos y peticiones. Dos semanas más tarde la secretaria nacional respondía admitiendo que no contaban con suficientes vehículos aunque prometían enviar una furgoneta en cuanto les fuera posible. Entre tanto, las necesidades que AS debía cubrir iban creciendo. Próxima la liberación de Albacete, Mercedes Sanz Bachiller encargó a la delegación granadina ocuparse del auxilio a esa provincia. Ésta asumía la responsabilidad, aunque no ocultaba su desesperación ya que no sólo tenían que hacerse cargo de Albacete sino de los 102 pueblos, próximos a liberar, de la propia Granada, «algunos muy importantes, y en los que la miseria era muy grande». En marzo de 1939 Granada consiguió la ansiada furgoneta, mas la alegría duró poco. A mediados de mes la nacional instaba para que cedieran la furgoneta a su homóloga murciana.²²

En Asturias la situación no era mucho mejor. Pocos días después de la liberación la delegación emitía un informe acerca de cómo se encontraba la provincia. En Oviedo, Falange todavía no había conseguido abrir los comedores de *Auxilio de Invierno*. En los pueblos la situación era peor. En Salas existían «bastante necesidades tanto en la infancia como en la edad senil», mientras que en Castropol «las necesidades son enormes, aunque el pueblo procura sostenerlas en partes, pues todas sería imposible». En Puerto de Figueres y en Tapia de Casariego la precariedad era insostenible, ya que al tratarse de localidades que vivían de la pesca y, debido a la prohibición, no se podía salir a la mar: vivían de la mendicidad. En la vecina Vizcaya, a finales de enero de 1938 la necesidad llegó a ser tan gran-

de que se elaboró un informe sobre las causas del aumento de la indigencia.²³

Si así estaba la vida en el desarrollado norte de España qué no podría acontecer en el siempre depauperado mediodía. En abril de 1938, en las colonias africanas se había creado una delegación de AS que se ocupaba de Marruecos y las plazas de soberanía. Según los informes internos, las condiciones de la delegación no eran ideales, aunque la situación en Ceuta era, aún, mucho más grave. Allí, el precio de la comida para los niños resultaba excesivo debido a la escasez de productos alimenticios en el mercado de abastos. Además, la delegación apenas recaudaba suficiente para mantener los gastos. En la vecina Melilla no podía decirse que el estado de cosas fuera mejor. El asilo de ancianos de la localidad ofrecía un aspecto deplorable y la delegación se sostenía con la *Rifa de la Caridad*.²⁴ En cualquier caso, a la altura de la primavera de 1938, las principales preocupaciones de los delegados de AS pasaban por absorber el resto de instituciones de beneficencia y resultar victoriosos en sus pugnas con SF.²⁵

La labor desplegada por el grupo de Valladolid, añadida a la rutilante estrella del fascismo, trajeron consigo una nueva normativa de Beneficencia. La nueva legislación dio muchas prerrogativas a AS. La Ley del 19 de marzo de 1938 garantizó la financiación de la delegación con cargo al Fondo Benéfico Social dejando en clara ventaja a la delegación falangista con respecto a las entidades existentes antes del 18 de julio de 1936. Por otro lado, el Decreto de 28 de mayo de 1938 creaba el Consejo Superior de Beneficencia y, por último, y ante el inminente final del conflicto bélico, el Régimen creaba el servicio de *Auxilio a Poblaciones Liberadas*. Estas nuevas disposiciones abrían un panorama alentador al AS aunque pronto surgirían problemas, el más grave fue la lucha con SF por el *Servicio Social* (SS).²⁶

Mano de obra para la Obra. La lucha por el Servicio Social

A la hora de explicar este conflicto algunos autores se han centrado en las desavenencias personales entre Mercedes Sanz Bachiller y Pilar Primo de Rivera —además de sus diferentes concepciones a la hora de entender la movilización política femenina. El motivo que hizo estallar el conflicto fue la aparición el 7 de octubre de 1939 del decreto estableciendo el SS. El decreto establecía un paralelismo entre el servicio militar obligatorio y la nueva labor encomendada a las mujeres, si bien exponía que los servicios que prestarían éstas estarían en consonancia con sus aptitudes femeninas. Por otro lado, el texto vinculaba esta medida a la tragedia de la Guerra, aunque dejaba claro que su acción continuaría para el alivio de las angustias sociales de la posguerra. En la exposición de motivos también se señalaba la delegación que gestionaría al enorme contingente humano que, desde ese mismo momento, quedaba en manos del Estado: el AS. La aparición del decreto en el BOE el 28 de noviembre de 1937 provocó la ruptura de hostilidades entre SF y AS por el control del SS.²⁷

Ya desde la aparición del decreto existió, por parte de SF, un deseo no oculto por dirigir la institución. La mayor parte de los estudiosos privilegian el conflicto ideológico y personalista de las dirigentes, aunque admiten que la necesidad de mano de obra fue determinante en la lucha. Desde nuestra perspectiva, este hecho será fundamental y no sólo por la creciente necesidad de personal conforme avanzaban los frentes sino porque los conflictos personales también se producían en la base y, además, porque AS consumía muchas horas de trabajo a unas militantes de SF perdidas, y fatigadas, con la doble militancia. Un ejemplo de cómo estos conflictos se reproducían desde las bases hasta la cúspide de la pirámide es el que se produjo en Zaragoza. Allí la pugna entre las delegaciones hizo explosión con la negativa de las delegadas

locales de SF a colaborar en las postulaciones de AS. El delegado provincial envió una misiva a Mercedes Sanz Bachiller, denunciando que en los pueblos SF se había negado a colaborar en las postulaciones y cobro de la Ficha Azul. En Burgos, el delegado de AS denunciaba una situación aún más conflictiva. Al parecer, las chicas de SF llevaban un tiempo negándose a realizar las postulaciones para AS. El conflicto, lejos de reducirse, crecía ya que «en la delegación local de Briviesca se han negado a servir en el Comedor». En Huesca la delegada provincial de SF ordenó a sus militantes que no cumplieran el SS, con el argumento de que no lo necesitaban por estar encuadradas en SF. El hecho produjo una crisis entre ambas delegaciones en la que intervino Mercedes Sanz Bachiller que rogó a los suyos «inteligencia y oportunidad». En Huelva la inspección comentaba que las relaciones entre SF y AS eran, tan sólo, regulares. Las chicas de Pilar Primo de Rivera no sólo se negaban a realizar el SS sino que pedían que se les pagara la mano de obra por sus servicios de costura. El mismo calificativo recibía en Granada donde la delegada de SF era «excesivamente mandona» y quería manejarlo todo.²⁸

El fin del conflicto por el SS se produjo en Navidades. El 28 de diciembre el *Generalísimo* resolvía modificar el decreto de octubre de 1937 concediendo a Pilar Primo de Rivera su ansiada pieza. Las razones de esta modificación se debían a la caída en desgracia del grupo de Valladolid y a la propia perspectiva conservadora de Franco. Quedaba así establecida por Decreto Ley la contradicción típica de las políticas de género de las dictaduras de entreguerras, ya que las puertas que abría el SS eran, precisamente, las que traspasaban la mujer contra la que nacía SF: la autosuficiente e independiente. El traspaso de este servicio a SF le supuso el ingreso de una cantidad ingente de afiliadas que le permitió la creación de un espacio en el que unas selectas y escogidas mujeres ejercieron el poder y encontraron modos de realización personal distintos al modelo feminista. Ese em-

poderamiento, y realización personal, se hacía a costa del resto de mujeres educadas en la sumisión a los varones y a la dictadura.²⁹

La querrela en torno al SS inició la caída en desgracia del grupo de Valladolid, y del propio AS, pero no fue el hecho más importante. Hubo otra cuestión que, unida al auge de Ramón Serrano Súñer, fue determinante: la corrupción. Las corruptelas pueden, pues, utilizarse como una forma de explicar la crisis, y ulterior transformación, de AS.

Poderoso caballero es Don Dinero: corrupción azul

El 8 de julio de 1939 el delegado provincial de AS de Valencia enviaba un extenso, e irritado, informe a Mercedes Sanz Bachiller. En él no sólo explicaba toda su actuación al frente de la delegación, sino que se defendía de las acusaciones de corrupción que pesaban sobre él y sus colaboradores. Según el delegado valenciano existían allí camarillas y grupos de presión de gente acomodada que trataban de desprestigiar AS. Según su relato, la *liberación* de Valencia fue tremendamente costosa para su delegación, ya que ni llegaron los auxilios previstos desde Palencia y Valladolid ni *Auxilio a Poblaciones Liberadas* cumplió con su labor como esperaban. Sólo la suerte, y el trabajo denodado de los camaradas aliviaron la situación. Un problema añadido fue que, tras la Guerra, Valencia duplicó su población. Atender, en estas circunstancias, a las necesidades se tornó en un trabajo hercúleo e imposible. A pesar de que la delegación contaba con 400 toneladas de víveres, no tenían ni un solo gramo de pan –algo básico para la alimentación de hambrientos. En esas circunstancias se debió contactar con la nacional, pero prefirió no hacerlo creyendo que no era el mejor momento para aumentar las demandas y preocupaciones de sus dirigentes. En lugar de eso, y con la experiencia adquirida en otras delegaciones, «consiguió llenar un almacén de víveres y así Valencia y su Provincia quedaron abastecidas».

A pesar de la noble misión, y del indudable mérito de la tarea, existieron irregularidades que levantaron las suspicacias de los valencianos y llegaron a oídos de Madrid. Los dirigentes nacionales tomaron cartas en el asunto encargando al administrador provincial de AS que hiciera una escrupulosa contabilidad de las cifras de la delegación provincial. Esta orden le planteó un dilema al delegado provincial: «¿Cómo ostentar dignamente un cargo si no contaba con la confianza de sus superiores?». Las críticas, y los rumores, afectaban a toda la política desplegada por la delegación. Era necesario explicar las acciones en la sección de ajuar, en la adquisición de trigo, en la administración del almacén provincial... Dada la magnitud de las sospechas la delegación valenciana no quería dejar ningún punto sin aclaración. Incluso envió dos camaraadas a Madrid para dar su versión del asunto del trigo. El caso muestra un fenómeno paradójico inherente a AS. Por un lado, era una delegación que daba una enorme carga de trabajo con escasa compensación social y económica pero, al tiempo y consecuencia de ello, el acceso a sus recursos y la arbitrariedad innata de la dictadura permitía tantas vías de escape y tan poca transparencia que las corruptelas terminaban por salpicarlo todo. Y es que, como sostiene Antonio Cazorla, si por algo se distinguió la dictadura fue por la venalidad y la corrupción. Finalmente el delegado provincial admitió que habían existido irregularidades dentro de su delegación, aunque quería dejar bien claro que él no tenía nada que ver con ellas. El mal ya estaba hecho y ya sólo se podía aminorar los daños causados, entre otras cosas, por la desaparición del trigo. En cualquier caso, y por mucho que pesara al delegado, éste debía acceder a que los dirigentes de Madrid fiscalizaran su labor. El prestigio de la delegación dependía de su honradez, y ésta estaba en manos de los Administradores. Todo debía estar en su lugar y la corrupción, aunque generalizada, no se podía admitir públicamente sin tomar alguna medida o, al menos, señalar un chivo expiatorio.³⁰

Más crudas y radicales eran las acusaciones que se realizaban en la provincia de Ciudad Real. En Miguelturra circulaban pasquines acusando al AS de ser «una merienda de... rojos». El texto prevenía contra los «oportunistas y trepas» explicando cómo en AS se había instalado un grupo de esa calaña. Se acusaba al delegado provincial de ser un trepa rojo. Según el pasquín anónimo, el delegado pudo pasarse al bando nacional durante la Guerra, aunque no lo hizo porque prefirió colocarse como secretario del *Sindicato de Contribuciones* de Ciudad-Real. No fue hasta unos pocos meses antes del final de la Guerra cuando optó por pasar al bando franquista reapareciendo en la ciudad como delegado provincial de AS. La única obsesión del delegado era «arrimarse a toda clase de politiquillos para ver si podía hacer carrera». Aunque no era el delegado provincial quien más tenía que ocultar. El encargado del almacén provincial era el antiguo presidente del *Sindicato de Contribuciones*. El primo del encargado, también colocado en AS y asimismo antiguo miembro del *Sindicato*, había sido además fundador de la *Casa del Pueblo*. Era, pues, un ilustre socialista. El mensaje del pasquín estaba claro: AS estaba copado por arribistas rojos que no sólo pretendían salir airosos de sus responsabilidades políticas sino que, además, querían enriquecerse ilícitamente:

Se trata de personas de una OSADÍA y CINISMO insospechados, con gran DON DE GENTES, amigos de GANAR MUCHO DINERO... y acostumbrados a toda clase de negocios... Sabrán y procurarán defenderse, pero háganse verdaderas y varias informaciones públicas. Fiscalídense BIEN A FONDO sus operaciones, vigíleseles y sobre todo compróbense las entradas y salidas de VÍVERES (azúcar, etc.) pues han vendido muchos a sus amistades, etc.

Por aquellos días existían 6.000 familias sin padre en Ciudad Real. AS asistía a 20.000 personas, mientras que las estimaciones de Falange cifraban en 35.000 el número de necesitados. La propia FET-JONS era consciente de que en las comarcas de Infantes, Alcázar, Manzanares

y Puertollano la población sentía «verdadera hambre sin encontrar medios con que aplacarla». Entretanto, habían llegado a Madrid más quejas sobre las irregularidades en la administración de la leña y los víveres del AS manchego. Estos rumores provocaron una carta en la que los responsables explicaban su intachable rectitud. La misiva pretendía rebajar la gravedad de los hechos en función de la supuesta escasa cantidad de dinero de la que se estaba hablando.³¹

Y es que las irregularidades administrativas, y la competencia política desleal, dentro del AS y entre los miembros de éste y el resto de delegaciones falangistas, fueron la norma cotidiana. En un informe sobre la inspección realizada en el AS de Logroño se explicaba que existía un divorcio claro entre la administración y la delegación falangista. Esta división era aún más patente con el SS, que funcionaba autónomamente sin prestar cuenta alguna de gastos e ingresos. Luchas intestinas y mala gestión que sólo podían ser fruto de las apetencias de mando mostradas por los *jefecillos* locales. El inspector estimaba necesario realizar un cambio radical en la delegación, sustituyendo a todo el personal. Al margen de las apetencias de mando, la cuestión económica y los trapicheos también estaban sobre el tapete. En Logroño circulaban rumores sobre negocios turbios. Se observa, pues, cómo en muchas ocasiones las denuncias eran, fundamentalmente, una maniobra política. Desde muy temprano se hizo costumbre que los falangistas usaran la venalidad, el hambre y la corrupción – el caciquismo – como un arma para desacreditar y desbancar a sus adversarios. En cualquier caso, el verdadero problema era que, aún más a menudo, las quejas eran ciertas reflejando la cruda realidad aunque las intenciones y acciones de los denunciados fueran la misma falta de ética que los acusados.³²

Trágicamente, un barrio humilde como Vallecas sufriría, en sus propias carnes, la ineficacia y corrupción innata a la delegación. A finales de abril de 1940, la delegación de Información e Investigación fijaba su atención sobre el secre-

tario y el delegado de AS del distrito Vallecas-Pacífico. Ese distrito ya había sido investigado por el propio AS porque, inexplicablemente, había reducido a la mitad su número de asistidos. El resultado que ofrecieron las pesquisas no podía ser más desolador. El delegado no sólo se dedicaba a distraer productos del almacén sino que, junto a su secretario, se había dedicado a la rapiña, y venta, del mobiliario del consistorio vallecano. La corrupción no se circunscribía a una delegación en la que su máximo dirigente acostumbraba a pedir dinero prestado a sus subordinados, sino que para completar el círculo de impunidad también afectaba a la delegación de *Información e Investigación*. En febrero de 1940 el delegado de *Investigación* del Puente de Vallecas se presentó ante el delegado de distrito de AS para

anunciarle que habían requisado o intervenido mil y pico quilos de judías y unas trescientas libras de chocolate y que había acordado donarlas a Auxilio Social como así lo hizo reclamando que se le cediera el 30% de lo decomisado accediendo a ello el declarante y entregándole por lo tanto unos trescientos y pico kilos de judías y noventa o cien libras de chocolate. [...] Pasados unos días de lo relatado, se presentó de nuevo el delegado de Investigación diciendo al compareciente que iba a ser nombrado delegado de Abastos y que contra con su protección para Auxilio Social. Que le pidió entonces a título de préstamo cien kilos de azúcar.

Un azúcar que, por supuesto, ni se devolvió ni llegó a sus destinatarios: los necesitados. El delegado de Investigación ofreció a cambio 300 pesetas que, cómo no, se repartieron entre el delegado y el secretario de AS de Vallecas.³³

Como hemos podido observar, el clima enrarecido, las luchas intestinas y la corrupción fueron moneda corriente en casi todas las provincias. A estas circunstancias se unió un elemento trascendente: la religión. A pesar de que Mercedes Sanz Bachiller fue capaz de ver el problema y quiso dar un giro religioso a su política, el conflicto dentro de FET-JONS ya estaba

desatado y las veleidades de Martínez Bedoya frente al todopoderoso Ramón Serrano Suñer unidas a las denuncias de corrupción fueron suficientes para sentenciar al grupo de Valladolid. Durante el III Congreso Nacional, Agustín Muñoz Grandes se mostró intransigente. El fondo más flamígero de su discurso apuntaba las sospechas de irregularidades en las cuentas del AS. No sería únicamente Muñoz Grandes quien quisiese mostrar un cambio de actitud durante el Congreso. El futuro delegado nacional de la Obra, Manuel Martínez Tena, expuso la necesidad de una renovación para los nuevos tiempos, los de la paz. Pero la actitud más radical e intransigente fue del *Cuñadísimo*, quien no se contentó con vaciar de contenido al AS, dando todas las prerrogativas de la acción social al Estado, sino que llegó a insinuar que Mercedes Sanz Bachiller, incurría en malversación de fondos.³⁴

La acusación produjo un enorme malestar a Sanz Bachiller quien exigió que se hiciera una auditoria de las cuentas de la delegación y, tras enterarse del traspaso del SS a la SF, dimitió. Cinco días más tarde *Arriba* publicaba un editorial en el que identificaba a AS con una organización de sopistas. La aceptación oficial de la dimisión se demoró hasta mayo de ese mismo año. Será ese el momento en que Manuel Martínez Tena y Carmen de Icaza copen los puestos directivos. El giro católico estaba en marcha.³⁵

La cadena de acontecimientos que implicó la dimisión citada no se quedó en los mentideros de la elite política, sino que llegó a la calle dañando, aún más, la imagen de una delegación cada vez más cuestionada entre las capas subalternas. En el informe sobre la opinión popular de Barcelona de abril de 1940 se recogía un rumor, que circulaba por los barrios *rojos*, que decía que Muñoz Grandes había solicitado el fusilamiento de Mercedes Sanz Bachiller y que, ante el desprestigio de AS, el Régimen contemplaba acabar con las postulaciones, y la Ficha Azul, para cobrar un impuesto sobre el pan. En la imaginación popular el pan prometido por Franco no sólo era escaso sino que se iba a gravar.³⁶

Los años del hambre. Represión gubernativa y sumisión instrumental

La situación social que se encontraron los nuevos dirigentes de AS no podía ser más desesperante. Si hasta entonces las dificultades en el abastecimiento habían sido grandes durante el trienio 1940-42 –los años del hambre– no rozó sino que desbordó el esperpento. Durante el invierno de 1940 los informes de las islas Baleares recordaban constantemente cómo hacía meses que no habían visto lentejas o azúcar, mientras que otros artículos indispensables como los garbanzos, el aceite, el arroz o las alubias se probaban muy de vez en cuando. Por esas fechas, en Zaragoza las autoridades estaban notablemente preocupadas por los «estrágos que causaba la desnutrición entre las clases humildes» observándose, en muchos centros de trabajo, casos evidentes de anemia. Unos meses más tarde, en la primavera de 1941, Huelva informaba de la inexistencia de productos alimentarios –legumbres, arroz, aceite, harina..., avisando que, de no poner inmediato remedio, aumentarían, aún más, los casos de avitaminosis hasta el extremo de «tener que pasar esta provincia por la más trágica y desesperada de las situaciones». En abril de 1942 los obreros del Bierzo también daban síntomas de agotamiento. En Ponferrada (León) los trabajadores empezaban a manifestar que ante los escasos «víveres que recibían no iban a poder continuar trabajando». A finales de ese año, en la cuna de AS, Valladolid, el jefe provincial de FET-JONS informaba que no tenían otro modo de conseguir legumbres que las distribuciones de la Junta de Abastos, siendo éstas escasísimas.³⁷

Dada la miseria reinante, se hacía imperiosa la acción de AS, pero, debido a los problemas de abastecimiento de la propia delegación, ésta redujo su asistencia. A partir de 1940-41 la distribución de comidas en los centros de AS no sólo no aumentó sino que se disminuyó. Fátima del Olmo ha mostrado cómo, en Madrid, en mayo de 1940 el número de niños que se alimenta-

ban en los Comedores Infantiles se redujo a la mitad, mientras que, en Lleida, el recorte se produjo a partir del verano del 41. No sólo eran los repartos a la población infantil: en Almería, en mayo de 1941, se decidió cerrar numerosos comedores en la provincia a consecuencia de la falta de víveres. Meses después, en enero de 1943, la provincial informaba a *Auxilio de Invierno* que se habían visto obligados a eliminar un comedor infantil y un puesto de distribución de alimentos en la capital. En 1941, en La Rioja tuvieron que «reducir a la mitad el número de asistencias por lo que cerraron temporalmente algunos Comedores Infantiles y Cocinas de Hermandad». Hasta en delegaciones modélicas, como Santander o Salamanca, admitían que tropezaban con enormes dificultades para atender a sus asistidos, ya que no recibían suministros desde la delegación nacional. Lo mismo ocurría en Valencia, donde el desprestigio popular de AS estaba a punto de ser absoluto:

Siendo el aceite y la harina la base de la comida de nuestros asistidos y no teniendo existencias de dicha materia vamos viviendo a fuerza de préstamos del Excmo. Gobernador Civil a causa de que es completamente ridícula la cantidad que nos manda nuestra Nacional. En cuanto nos llegue a faltar la harina echaremos por tierra todo el esfuerzo de la Obra.³⁸

Esta reducción de la acción asistencial precisamente en los momentos que mayor falta hacía trajo consigo un notable incremento de la mendicidad, una actividad que, en el imaginario franquista, era llevada a cabo por «profesionales de la suciedad y de la limosna», ante los que sólo cabían dos medidas: represión y aislamiento. La primera de las medidas era necesaria porque el franquismo culpó a los pobres de su mísera situación calificándolos como «irrecuperables para la limpieza», «enemigos sempiternos del trabajo» o «desarrapados alegres en la holganza». La segunda, debido a la proliferación escandalosa de brotes epidémicos de enfermedades asociadas a sociedades en crisis como la viruela,

la difteria o el tifus exantemático. Los brotes de tifus fueron habituales entre 1939 y 1953. Los años más graves no fueron otros que los del hambre (1941-1943), si bien, desde el primer momento, la dictadura no tuvo otra política que criminalizar a los enfermos. En noviembre de 1939, una circular de la Dirección General de Sanidad ordenaba a los gobernadores civiles que iniciaran.

una campaña de despiojamiento en la provincia de su mando, excitando el celo de los Sres. Alcaldes para que, por todos los medios, faciliten la labor de las Autoridades Sanitarias. Muy especialmente llamo la atención de VE sobre el peligro que por su gran movilidad de desplazamiento, representan los gitanos, vagabundos y vendedores ambulantes en la propagación de esta enfermedad por lo que dentro de la campaña general atenderá con especial cuidado a la desinfección de este personal y a la vigilancia en su desplazamiento sometiendo los a la debida inspección.³⁹

Nada cambió en los siguientes lustros. Para el franquismo no cabía más acción que las desinfecciones y la cuarentena. La dictadura realizó una lectura ideológica de la tragedia estableciendo, incluso, una relación directa entre estas enfermedades y los vencidos. Frente a ellos se encontraba la España sana y limpia: la representada por AS, SF o FFJJ.⁴⁰

El caso almeriense muestra cómo, en las situaciones extremas vividas, el mensaje caló en sectores de la población. Una vecina de las inmediaciones del barrio de *La Chanca* nos explicó que en su casa dos de sus hermanas sufrieron tifus exantemático —que no era otra cosa que «el tifus del hambre, era el tifus de la, de la carencia alimenticia»— mas, a pesar del pasado obrerista de su familia y del de sus vecinos, la mayor parte de los niños se sentían muy atraídos por la imagen y atuendos impolutos de Falange: «las faldas azules, la camisa azul, la boinilla roja que era tan, tan molona, pues ¡ale! a tirarte». El papel desempeñado por la imagen fue muy importante en la fascinación causada por FET-JONS pero aún más lo fue la extrema necesidad y el uso que

se hizo de la misma. Como nos contaba otro testimonio:

Yo tenía cuatro... cinco años, en el año 40... fue en febrero... y entonces mi madre se queda con cuatro hijos y sin nada. Y entonces yo... a nosotros nos metieron en el Hogar de Auxilio Social [...] Me fue muy bien, porque, si Sección Femenina tenía algo es que... tenía talleres, clases de cocina, de corte... de trabajos manuales, ¡de todo!⁴¹

Serán, en gran medida, este tipo de situaciones, aunque también otros factores, las que expliquen que, frente a la opinión extendida, más del 60% de los militantes del FFJJ de Almería capital entre 1939 y 1942 pertenecieran a familias humildes –hijos de obreros, artesanos o jornaleros. Este esquema de militancia se reproduce, con mayor peso incluso de las capas depauperadas, en los pueblos de la provincia. El mercadeo de la miseria y la propaganda tendría, pues, éxitos proselitistas, aunque no era incompatible con la desazón que causaba a los más humildes que se les culpabilizaba de su propia indigencia, o enfermedad, cuando ellos sufrían en sus propias carnes la dejación de las autoridades con respecto a la situación socioeconómica y sanitaria de los barrios populares. En otro lugar ya nos ocupamos de la terrible situación en *La Chanca* que no fue sino símbolo emblemático de una realidad sufrida también en el *Barrio Alto*, *La Cañada* o *Regiones Devastadas*. En *Regiones Devastadas*, por ejemplo, en septiembre de 1945 los vecinos se quejaban de un sistema de evacuación de aguas negras ineficiente y que, incluso, era usado por algunos desaprensivos como agua de riego sin que las autoridades hicieran lo más mínimo. Ese mismo año el alcalde y el gobernador civil tuvieron que admitir cierta imprevisión ya que, en pleno mes de julio, *La Cañada* y otros barrios populares no tenían «agua para atender a las necesidades más apremiantes» debido a que los cortes de electricidad impedían que el motor de bombeo funcionase. Más alarma causó aún el accidente, producido a finales de los cuarenta, en la industria química recién instalada en el barrio de *Los Molinos* donde la propia Guardia Civil informaba que:

se viene observando que las emanaciones de ácido u otras materias empleadas en la fabricación producen tanto en los familiares del Cuartel como en los habitantes del barrio y viandantes en general, molestias en los ojos, nariz y garganta al ser aspirados llegando a hacerse insoportable en determinadas horas del día observándose asimismo dichos efectos en las plantas y objetos extremos que son causa de protesta por el vecindario.⁴²

Mas no será ésta la actitud corriente de las fuerzas de seguridad del Estado convenientemente dirigidas a vigilar y, si era necesario, detener y encarcelar –o desinfectar– a pobres y mendigos considerados como «desarraigados y propensos, por ello, a la comisión de delitos o inmoralidades». En noviembre de 1939 la DGS ya indicaba a los gobernadores el peligro que suponían los gitanos, vagabundos y vendedores ambulantes para la propagación del tifus recomendando pues «la vigilancia en su desplazamiento sometiéndolos a la debida inspección». De este modo, se construyeron diferentes *Centros de Desinfección*, *Hogares Municipales* y *Pabellones de Aislamiento* en los que, como nos explicó una vecina de Turre que sufrió cuarentena tras regresar a Almería desde Barcelona, los enfermos eran tratados sin contemplaciones. Allí tendría tiempo, durante cuarenta y dos días de incomunicación, de sufrir el desamparo social de postguerra. Evidentemente las desinfecciones y cuarentenas –a las que también se sometía a los propios niños y niñas que se acercaban a los campamentos, estaciones preventoriales o centros del FFJJ, AS o SF– eran necesarias en caso de epidemia, pero la dictadura se decantó siempre por estas agresivas medidas y no tanto por otras, también necesarias, como alimentar o dignificar las condiciones higiénicas y de vida de estos sectores sociales. La lógica de esta actuación, que aparentaba un halo de modernidad e higienismo eugenésico, no era otra que una absoluta despreocupación por las capas desfavorecidas combinada con la necesidad de alejar el peligro de las enfermedades infecto-contagiosas de las capas adineradas. Algo

que expresaba claramente el jefe provincial de Sanidad de Almería cuando, en noviembre de 1941, en referencia a esta problemática se hacía eco del «aforismo sanitario de que ‘la sanidad de la clase social más modesta es garantía de salubridad para las clases más elevadas’». De este modo, la realidad fue que los repartos de comida se llevaron a cabo, preferentemente, en días de exaltación falangista haciendo de ellos un uso propagandístico.⁴³

Resistencias cotidianas y opinión popular

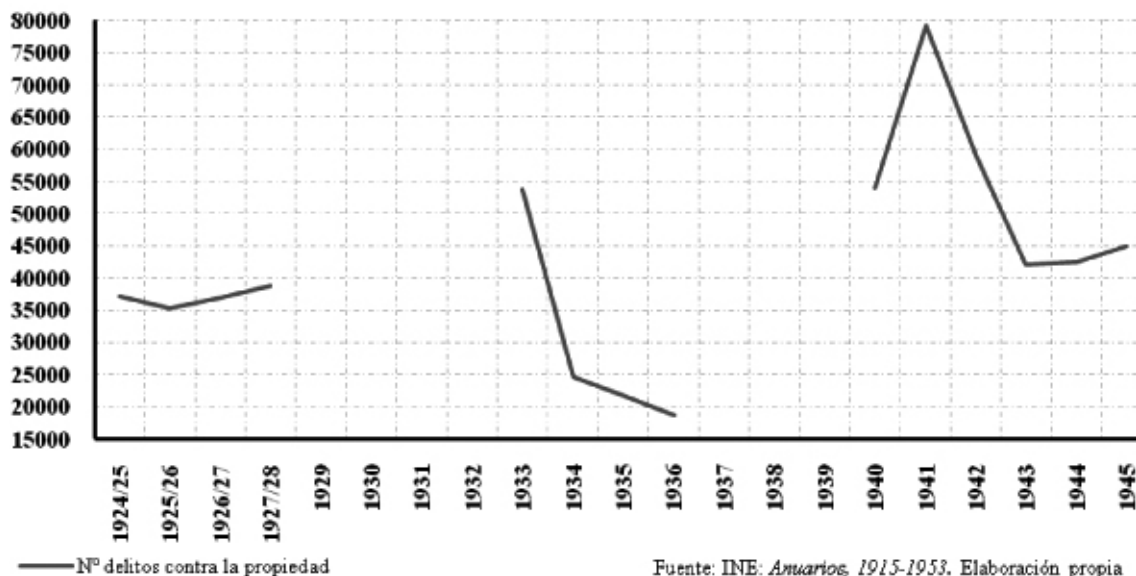
En este contexto, las clases subalternas no tuvieron más remedio que delinquir para subsistir lanzándose en tropel a campos y calles. El número de delitos contra la propiedad –hurto, estraperlo, robos...– alcanzó su máximo durante los años del hambre siendo, gran parte de ellos, un ejemplo claro de las *armas de los débiles* contra la ineficaz y cruel autarquía franquista (Gráfica 1). No había oposición política pero, como ocurría en Huelva, la población asaltaba lo ajeno para subsistir, mientras que en las Baleares era cada vez más frecuente el robo de aves de corral y alimentos. Si los hurtos eran comunes en ambientes rurales, en los barrios de las ciudades no lo eran menos. En los barrios de Zaragoza «menudeaban las raterías de hortalizas y frutas», una situación también común en Barcelona, ya que en los barrios entre Sarriá y Sants la delegación de Información e Investigación ocupó la mayor parte de su actividad entre 1941 y 1942 en perseguir los delitos contra la propiedad causados por la miseria. Una miseria contra la que AS apenas hacía nada, ya que corrían rumores de que las comidas servidas en los comedores eran «bastante deplorables». Este hecho se comprobó *in situ* en noviembre de 1942, cuando el delegado del distrito quinto informaba a la delegación provincial que en el Comedor de la calle de San Olegario daban únicamente un caldo de verdura en el que la verdura brillaba por su ausencia. Especialmente sintomático era el caso de Guipúzcoa donde observaban, atónitos,

la extensión de un «vicio antes no arraigado en este país: los hurtos y raterías cometidos por mozalbetes de ambos sexos y aun de personas mayores».⁴⁴

Efectivamente, los estudios realizados sobre las estrategias de subsistencia de las clases populares en los años cuarenta muestran que, a grandes rasgos, los detenidos por transgresiones a la propiedad eran jóvenes –entre 18 y 35 años– de las clases subalternas –jornaleros, campesinos, obreros, artesanos. Destaca, además, el alto porcentaje de mujeres que estraperleaban o salían a los campos, con sus hijos y familiares, a hurtar o frutas o animales de corral, así como de menores de edad que bien incumplían las normas de pastoreo, bien rateaban bombillas o alambradas de las obras para venderlos a usureros y ayudar a la subsistencia familiar. Un gran porcentaje de estas prácticas eran formas de resistencia cotidiana a la autarquía e intervención de precios que incluiríamos dentro de nuestra categoría de resistencias. A grandes rasgos estas acciones se caracterizaban porque discriminaban a las víctimas en función de la clase social, tenían una legitimación moral de los actos –ya que eran entendidos por las capas subalternas como una forma justa de redistribución en momentos de extrema escasez– y eran una pauta recurrente de acciones no organizadas. Uno de los ejemplos más claros de persistencia de la economía moral en las *armas de los débiles* fueron las extendidísimas prácticas del rebusco y el espigueo. Otra forma de venganza instrumental contra la autarquía eran los asaltos a los almacenes del Régimen o de las delegaciones de FET-JONS.⁴⁵

Pero no sólo los pobres traspasaron la legalidad durante los cuarenta. Una de las características principales de esos años fue la importantísima acumulación de capital por parte de los propietarios rurales y de las clases medias y funcionarios vinculados al Régimen. La corrupción y el gran estraperlo ofreció a estos sectores pingües beneficios a costa del hambre ajeno. Más indignantes resultaban aún los casos

**Gráfica 1. Evolución de los delitos contra la propiedad en España
Juzgados de Instrucción de Audiencias Provinciales 1925-1945**



de corrupción en AS que, por otro lado, eran tan generalizados que su imagen quedó herida de muerte. En la localidad alavesa de Amurrio, por ejemplo, se demostró que el delegado local de AS distrajo hasta 2.125 pesetas durante el mes de marzo de 1940. Algo similar ocurría en la cercana Lasarte (Guipúzcoa) donde los comerciantes no entregaban género a AS porque luego no cobraban lo suministrado. Más escandaloso fue el caso descubierto unos meses más tarde en Albacete en donde los responsables del almacén provincial de AS falsearon los pesos y los libros de contabilidad del almacén para vender clandestinamente en Alicante 125.000 kilos de harina de la que obtuvieron más de 180.000 pesetas. No era de extrañar que en enero de 1941 los informes sobre la opinión popular en Albacete todavía calificaran a la delegación como un centro de descrédito constante por su mala organización, peor distribución y escandaloso despilfarro. Mientras tanto en Jerez de la Frontera (Cádiz) y Huelva se abrían investigaciones para descubrir si los responsables de AS habían incurrido en irregularidades en el reparto de alimentos y en los justificantes de compra.⁴⁶

Dada la situación, era lógica la apática animosidad contra Falange que los informes de Galicia describían en verano de 1942, que la población disintiera negándose a colaborar en las postulaciones o con la Ficha Azul, y que los asaltos contra las instalaciones de AS no pudieran ser atajados por una Guardia Civil con la que la población se negaba a colaborar. En el Hogar Infantil de AS en Buñol (Valencia) ocurrieron una serie de robos sucesivos en los que:

además de llevarse cantidades de comestibles, han sido sustraídos 800 pesetas, mantas y toallas... dejando carteles después de cada robo, con frases insultantes para el Partido, el Caudillo y con vivas a la FAI. La Guardia Civil del puesto ha intentado descubrir a los autores pero sea por la carencia de medios de la Benemérita o sea por la desvergonzada impunidad y protección que gozan los malhechores es el caso que continúan sin descubrir.⁴⁷

Y es que, si hacemos caso a los informes sobre la opinión popular de la DGS, en 1943 AS carecía del más mínimo apoyo entre la población. Era, pues, una delegación absolutamente desprestigiada. En León la población se negaba a abonar la Ficha Azul dado que no «había ra-

zón para seguir pagando al haber desaparecido los conceptos de la inversión». Algo similar había ocurrido un año antes en Ronda (Málaga). Allí se asistió a una retirada masiva de las aportaciones de las clases pudientes. En noviembre de ese mismo año, 1942, el jefe provincial de FET-JONS de Toledo explicaba a la DNP cómo la población se negaba a colaborar con las postulaciones e, incluso, sus delegados locales solicitaban que se les admitiera la dimisión «por no tener que oír la serie de cosas e insultos que se les dirigía». Más al norte —en el País Vasco, La Rioja y Navarra— la población sentía aversión por AS ya que llevaba «una vida lánguida y carente de dinamismo». Por esas mismas fechas, febrero de 1943, y ya fuera de la Península, en la isla de Menorca, la valoración se repetía. El AS balear era denostado no sólo por sus asistidos sino por el grueso de la población debido a su «despreocupación y poco celo».⁴⁸

Conclusiones

Si hay un juicio recurrente en las valoraciones que el hispanismo anglosajón, fundamentalmente el norteamericano, realiza sobre la historiografía española de la Guerra Civil y el franquismo es aquel que señala nuestra incapacidad para abandonar el paradigma antifascista clásico realizando, además, una historia política, un tanto, tradicional. No por recurrente y, a veces, irritante esta apreciación es menos atinada. Con el cambio de milenio, nuestra historiografía sobre la Guerra Civil y el franquismo iniciaba una renovación adoptando, paulatinamente, un lenguaje, y perspectivas, cercanos a la nueva historia cultural. El resultado, en lo referente al conocimiento de AS, fue una serie de trabajos centrados, fundamentalmente, en su propaganda y postulados ideológicos. Sin embargo, y salvo excelentes excepciones, estos análisis tampoco se alejaban del paradigma antifascista ya que, básicamente, su interés era vincular al franquismo con los fascismos a través del análisis de sus esfuerzos por nacionalizar a las masas.⁴⁹

Entretanto, en la historiografía internacional se estaba produciendo un debate en torno a los límites de las aportaciones que ha realizado el giro lingüístico siendo, cada vez más, aceptado que es necesario volver a tomar en cuenta la influencia de lo material. De este modo algunos autores apuestan por un giro material que se replantee las estructuras económicas o naturales a partir del bagaje teórico legado por el giro lingüístico.⁵⁰

En este ensayo hemos pretendido narrar la evolución de AS y las actitudes subalternas ante la organización tomando en consideración el contexto de penuria y necesidad. Optar por un análisis materialista no tiene porqué significar caer en el paradigma antifascista al igual que los análisis culturales no se libran *per se* de su influencia. El contexto de miseria y necesidad es vital para entender las dificultades que tuvo la propaganda de AS para calar entre la población y, por otro lado, ayuda a explicar tanto la situación que acercó a muchos a las instituciones franquistas como la importancia de la corrupción en la dinámica de la dictadura y en las estrategias que adoptó el franquismo no tanto para acabar con ella como para ocultarla.⁵¹

Nuestra prolija, y siempre cuestionada, historia local ha servido para que nos replanteemos los éxitos y fracasos del proselitismo franquista no tanto siguiendo el esquema clásico de otras experiencias fascistas que vincula al partido único en la permanente movilización y agitación de la población —un papel activo— sino a partir de su papel en la administración de la miseria y la necesidad —uno pasivo. En ese sentido el caso de AS sería emblemático e, incluso, obtendría relativo éxito en importantes sectores sociales pero no por ello pueden ser obviadas sus contradicciones, dificultades y fracasos. Más aún esos éxitos estaban más vinculados a reforzar el carácter pasivo del *asenso* al franquismo —con su desmovilización social, catolicismo, caudillismo y venalidad indiscriminada— que a cualquier tipo de veleidad modernizadora como una justicia social incomprendida e inexistente.⁵²

Si algo distingue, y da carácter al franquismo, es precisamente la corrupción que inundó todos los aspectos de la vida política y social. AS no se vio exento de ella, todo lo contrario, hizo de ella el modo de relacionarse con la población y, al tiempo, el motor de su dinámica interna. Los casos que hemos mostrado aquí, provenientes de la propia FET-JONS, trataban de aparentar una lucha resuelta por acabar con la corrupción aunque, en realidad, no trataban más que centrar la atención en casos excepcionales para aparentar limpieza en una organización que, como señalaban los informes de opinión popular, permitía sin empacho casos iguales o peores. No fueron más que un reflejo exterior de una lucha por el poder en la que los intereses de los de abajo eran un instrumento pero no un objetivo.

Las capas populares eran conscientes de algo a lo que, con el tiempo, no sólo tuvieron que acostumbrarse sino que, incluso, aprendieron a manejar. Así, Ramón, un humilde campesino de la pequeña localidad soriana de Benamira, recomendaba a su hijo, en una carta personal, ofrecer pan blanco a los falangistas para obtener su colaboración porque «¡vaya con ellos!».⁵³ Por aquellos días, el pan había desaparecido de las tahonas y costaba conseguir los productos asignados en las cartillas de racionamiento. AS fue cerrando sus comedores, pero no porque ya no fueran necesarios sino porque era incapaz de mantenerlos. Entretanto, el discurso de la justicia social seguía en los reportajes gráficos sobre la apertura de centros y la lucha contra el hambre infantil de las revistas o los periódicos. Eso fue AS, un placebo inocuo que, con su propaganda, daba argumentos a los ya convencidos y no soluciones reales a la tremebunda población que sufría *las huellas del desamparo social* fomentadas por el régimen que lo sostenía. Una institución desbordada, y corrupta, incapaz de llevar a cabo su programa salvo en días o casos particulares cercanos, de algún modo, a las redes de poder.

NOTAS

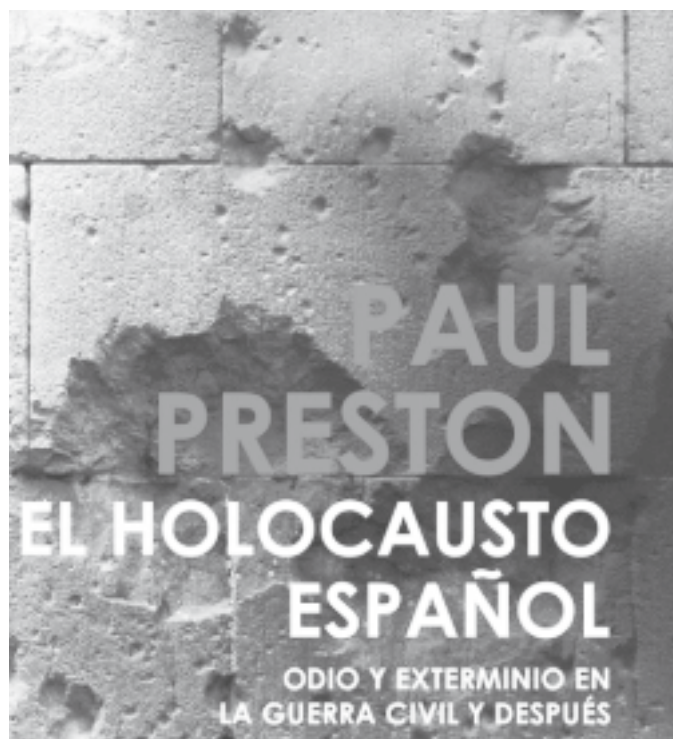
- * Este ensayo ha sido realizado gracias a la financiación del Ministerio de Educación, mediante el Programa Nacional de Movilidad de Recursos Humanos del Plan Nacional de I-D+i 2008-2011. Agradezco a Ana Cabana, Sofía Rodríguez, Fátima del Olmo, Aurora Morcillo, Michael Seidman y a los evaluadores de *Historia del Presente* su lectura crítica. Evidentemente, soy el único responsable de los errores e imprecisiones.
- 2 KIM, Yong Woo, «From *Consensus Studies* to History of Subjectivity: Some Considerations on Recent Historiography on Italian Fascism», *Totalitarian Movements & Political Religions*, 10/3-4, 2009, 327-337 MOLINERO, Carme; «La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía», *Ayer*, 50, 2003, 319-331 y *La captación de las masas*. Madrid, Cátedra, 2005, p. 12
 - 3 CENARRO, Ángela, *Los niños del Auxilio Social*. Madrid, España-Calpe, 2009 y «Memories of Repression and Resistance. Narratives of Children Institutionalized by Auxilio Social in Postwar Spain», *History & Memory*, 20(2), 2008, pp. 39-59.
 - 4 Sobre las políticas sociales franquistas y la reducción del gasto público entre los 40 y los 60. MÍGUEZ MACHO, Antonio, «Políticas sociales y dictaduras genocidas. La política de bienestar social de la dictadura franquista en un nuevo marco comparativo» en VV.AA.; *VII Encuentro de Investigadores del Franquismo*. Santiago de Compostela, USC, 2009 (CD-Rom)
 - 5 MATHEWS, James; «*Our red soldiers*. The Nationalist Army's Management of its Left-Wing Conscripts in the Spanish Civil War 1936-9», *Journal of Contemporary History*, 45(2), 2010, pp. 344-363, FRITZSCHE, Peter, *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona, Crítica, 2008. FIGES, Orlando, *Los que susurran*. Barcelona, Edhasa, 2009 y NOELLE-NEUMANN, Elisabeth, *La espiral del silencio*. Barcelona, Paidós, 1995.
 - 6 SEVILLANO, Francisco, *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo*. Alicante, UA, 1998, p. 136, RIDRUEJO, Dionisio, *Entre política y literatura*. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, p. 118, RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; «*Cuando lleguen los amigos de Negrín...* Resistencias cotidianas y opinión popular frente a la II Guerra Mundial. Almería, 1939-1947», *Historia y Política*, 18, 2007, pp. 295-323, BURLEIGH, Michael, *El Tercer Reich*. Madrid, Taurus, 2002, p. 258 y ALY, Götz, *La utopía nazi*. Barcelona, Crítica, 2006.
 - 7 MARTÍNEZ DE BEDOYA, Javier, *Memorias desde mi aldea*. Valladolid, Ámbito, 1996, BURLEIGH, Michael, *El Tercer...*, y GRAHAM, Helen, «Mujeres y cambio social en la España de los años treinta», *Historia del Presente*, 2, 2003, 9-23. Sobre la SF RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía, *El patio de la cárcel*. Sevilla, CENTRA, 2010 y «La Sección Femenina: Paños calientes para una dictadura» en *Arenal*, 12 (1), 2005, pp. 35-60.
 - 8 ELEY, Geoff & NIELD, Keith, *The Future of Class in History*. Ann Arbor. University of Michigan Press, 2007, ELEY, Geoff, *Una línea torcida*. Valencia, PUV, 2008, SEWELL, William, *Logics of History. Social Theory and Social Transformation*. Chicago, Chicago University Press, 2005, JOYCE, Patrick, «What is the Social in Social History» en *Past and Present*, 206, 2010,

- 213-248 STEEGE, Paul et alii, «The History of Everyday Life: A Second Chapter», *The Journal of Modern History* 80/2, 2008, 358-378. Sobre este debate puede verse, además, el dossier *De la Historia Cultural a la Historia Social* en el número 69 de *Historia Social* y el monográfico *Más allá de la Historia Social* del número 62 de *Ayer*.
- ⁹ Más allá de la *Alltagsgeschichte*, el ejemplo más evidente de tránsito de la historia política de la oposición a la historia social y cultural de las actitudes sociales es el de la historiografía de la Francia de Vichy. Algunos ejemplos en: VINEN, Richard, *The Unfree French: Life Under the Occupation*. London, Penguin, 2007 TAYLOR, Lynne, «Collective Action in Northern France, 1940-1944», *French History* 11-2, 1997, pp. 190-214. BURRIN, Philippe, *Francia bajo la ocupación nazi. 1940-1944*, Barcelona, Paidós, 2004.
- ¹⁰ SCOTT, James, *Weapons of the Weak*. New Haven, Yale University Press, 1985, FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad I*. Madrid, Siglo XXI, 2005 DREYFUS, Hubert & RABINOW, Paul, *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Chicago, University Press, 1983 BROSZAT, Martin, «A Social and Historical Typology of the German Opposition to Hitler» en LARGE, David (ed.), *Contending with Hitler*. Cambridge University Press, New York, 1991, 25-34, KERSHAW, Ian, *The Nazi Dictatorship*. Arnold, London, 1985. Sobre el concepto de disidencia, aunque en un sentido un tanto diferente del que aquí utilizamos, ROBERTS, Sophie, «A Case for Dissidence in Occupied Paris: The Zazous, Youth Dissidence and the Yellow Star Campaign in Occupied Paris (1942)», *French History* 24-1 (2010) pp. 82-103. Una explicación más detallada de este esquema tripartito para las actitudes de disconformidad con el franquismo en CABANA, Ana, *La derrota de lo épico*. Valencia, PUV, 2011 (En prensa) y RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar, «Lazarillos del Caudillo. ¿Egoístas, supervivientes, antifascistas, insurgentes cotidianos?» Seminario impartido en la Universidad Complutense de Madrid el 26-X-2010.
- ¹¹ Sobre el término consentimiento y su adecuación para hablar de las actitudes sociales en el contexto de una dictadura, véase CABANA, Ana, «Gente de orden. Actitudes de consentimiento en el mundo rural (1940-1960)» en *Historia Social* (En prensa). Críticas al uso del más popular término de consenso en CAZORLA, Antonio, «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y Política*, 8, (2002), 303-319 CORNER, Paul, «Italian Fascism: Whatever happened to Dictatorship?», *The Journal of Modern History*, 72, 2002, pp. 325-351 y KIM, Yong Woo, «From Consensus Studies to History...»
- ¹² Nuestro esquema para diferenciar las actitudes de consentimiento con la dictadura se inspira en SAZ, Ismael, «Entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra», en SAZ, Ismael & GÓMEZ RODA, José Alberto (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actuaciones en la posguerra*. Valencia, Episteme, 1999, 9-35, FONT, Jordi, *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*. Girona, Diputació, 2001 y CABANA, Ana, *Xente de orde*. A Coruña, tresCtres, 2010.
- ¹³ JUDT, Tony, *Postguerra*. Madrid, Taurus, 2006, CATALÁN, Jordi, *La economía española y la II Guerra Mundial*. Barcelona, Ariel, 1995. *Informe económico del Ministerio de Industria y Comercio para el Gobierno en defensa de la autarquía* en Fundación Nacional Francisco Franco (FNFF); *Documentos inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*. Madrid, Azor, 1992-I, pp. 572-583, GARCÍA DELGADO, José Luis & JIMÉNEZ, Juan Carlos, *Un siglo de España. La economía*. Madrid, 1999, Marcial Pons, p 115.
- ¹⁴ CARRERAS, Albert & TAFUNELL, Xavier, *Historia económica de la España contemporánea*. Barcelona, Crítica, 2003, pp. 278-283 y *Estadísticas históricas de España*. Bilbao, BBVA, 2005 y PAREJO, Antonio, *Historia económica de Andalucía contemporánea*. Madrid, Síntesis, 2009.
- ¹⁵ BARCIELA, Carlos (ed.), *Autarquía y mercado negro*. Barcelona, Crítica, 2003. BARCIELA, Carlos et alii, *La España de Franco (1939-1975)*, Madrid, Síntesis, 2001 y DEL ARCO, Miguel Ángel, *Las alas del Ave Fénix*. Granada, Comares, 2005.
- ¹⁶ AGA. SGM. DNP. 51-20511, 51-20508, 51-20594. *Palencia, junio de 1940. Castellón, diciembre de 1940 y Valencia, septiembre de 1941*. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar, *Migas con miedo*. Almería, UAL, 2008, CABANA, Ana, «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61, 2006, 267-288 y MIR, Conxita, *Vivir es sobrevivir*. Lleida, Milenio, 2000.
- ¹⁷ AMO. *Actas del Ayuntamiento. 20-I-1940. Pesimista informe de la DGS. 16-I-1941* en FNFF Documentos... (1992-II), pp. 19-22. SEVILLANO Francisco; *Ecos de papel*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- ¹⁸ AGA. AS. 2124. *Informe entrada de Auxilio Social en Alicante. 24-VII-1939*. AUB, Max; *Campo de los Almendros*. Madrid, 2001, ed. or. 1967. MORENO, Roque; *La autarquía en Alicante*. Alicante, Gil-Albert, 1994.
- ¹⁹ AGA. AS. 2084. Escrito a la Asesoría Técnica Nacional. 20-VII-1939. *Auxilio Social (1939) Normas administrativas provisionales para Delegaciones Locales*. Valladolid, FET-JONS. CENARRO, Ángela; *La sonrisa de Falange*. Barcelona, Crítica, 2006, p. XXVI
- ²⁰ SEIDMAN, Michael; *A ras de suelo*. Madrid, Alianza, 2003 y «La experiencia de los soldados en la Guerra Civil española», *Alcores*, 4, 2007, 101-123, MATHEWS, James; «Moral y motivación de los movilizados forzosos del Ejército Popular de la República en la Guerra Civil Española, 1936-1939», *Studia Historica*, 24, 2006, 81-105.
- ²¹ AGA. AS. 2218. *Informe de la visita a la delegación de Tarragona. 20-XII-1938*.
- ²² AGA. AS. 2219. *Escrito del delegado provincial de Granada a la Secretaría Nacional. 7-I-1939. Respuesta de la Secretaría Nacional. 23-I-1939. Escrito del delegado provincial de Granada a la Secretaría Nacional. 11-III-1939 y 14-III-1939*.
- ²³ AGA. AS. 2218. *Informe sobre Oviedo y pueblos. Sf. e Informe de Auxilio Social de Vizcaya relacionado con las causas que motivan el crecido número de indigentes en esta provincia. 31-I-1938*.
- ²⁴ Véase la descripción de la terrible situación social y del propio AS en el Sur de España en AGA. AS. 75/25497. *Viaje de inspección por las provincias del Sur y Marruecos. 4-1938*. Muy distinta es la que ofrece Carmen Giménez de AS en la Andalucía rebelde ya que se basa, fundamentalmente, en fuentes hemerográficas. GIMÉNEZ MUÑOZ, M^a Carmen;

- «La Asistencia Social en Sevilla: del Auxilio de Invierno al Auxilio Social (1936-1939)», *Hispania Nova*, 9, 2009.
- ²⁵ AUXILIO SOCIAL; *Normas y orientaciones para delegados provinciales*. Valladolid, 1937, p. 19. Aunque *Auxilio de Invierno* comenzó siendo un servicio de SF, en enero de 1937 se constituyó como delegación. GALLEGO, M^a Teresa; *Mujer, Falange y Franquismo*. Madrid, Taurus, 1983, pp. 59-66, THOMÁS, Joan María; *Lo que fue la Falange*. Barcelona, Plaza & Janés, 1999.
- ²⁶ CENARRO, Ángela; *La sonrisa...*, p. 10 y AUXILIO SOCIAL; *Normas y orientaciones...*, p. 19.
- ²⁷ Decreto estableciendo deber nacional el Servicio Social de la mujer comprendida entre los 17 a 35 años. BOE, n.º 379. 11-X-1937.
- ²⁸ La Ficha Azul era una suscripción creada en 1937 por la que diferentes instituciones, entidades y personas entregaban una cantidad para ayudar a sufragar los gastos de AS. La Ficha Azul se reconoció oficialmente mediante la Orden del 10 de marzo de 1937. REBOLLO, Pilar; *El Servicio Social de la Mujer en la provincia de Huesca (1937-1978)*. Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003, BLASCO, Inmaculada; *Armas femeninas para la contrarrevolución*. Málaga, Atenea, 1999, p. 147, ORDUÑA, Mónica; *El Auxilio Social (1936-1940)*. Madrid, ONCE, 1996. AGA. AS. 2124, 1933, 2165. Escrito del delegado provincial de Auxilio Social. 27-VIII-1939, Escrito de Mercedes Sanz Bachiller al delegado provincial de Auxilio Social. y Viaje de inspección realizado por las provincias del Sur y Mariscos. X-IV-1938.
- ²⁹ GROSSMAN, Atina; «Feminist Debates about Women and National Socialism», *Gender & History*, 3 (3), 1991, pp. 350-358, RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía; *El patio...*, KOONZ, Claudia; *Mothers in the Fatherland*. New York, St Martin's Press, 1987 y DE GRAZIA, Victoria; *How Fascism ruled Women*. Berkeley, University of California Press, 1992
- ³⁰ CAZORLA, Antonio; *Fear and Progress*. Oxford, Blackwell, 2009, p. 41 AGA. AS. 75/25496. Informe de la delegación provincial de Valencia. 8-VII-1939 y Escrito de la delegación nacional a la provincial de Valencia. 19-VII-1939.
- ³¹ AGA. AS. 2124. Hoja clandestina, Sf. y Escrito del delegado provincial de Auxilio Social. 28-9-1939. GONZÁLEZ, Damián; *La Falange manchega (1939-1945)*. Ciudad Real, Diputación, 2004, p. 105
- ³² CAZORLA, Antonio; «Dictatorship from Below: Local Politics in the Making of the Francoist State, 1937-1948», *The Journal of Modern History*, 71 (4), 1999, pp. 882-901 y RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; *Misericordias del Poder*. Valencia, PUV, 2011 (En prensa). AGA. AS. 2165. Informe del estado de Auxilio Social en Logroño. 14-III-1939 y Anteyinforme sobre la delegación provincial de Logroño. 24-I-1939.
- ³³ AGA. SGM. DNP. 51-20510. Expediente abierto contra varios camaradas de Auxilio Social, 3-V-1940
- ³⁴ CENARRO, Ángela; *La sonrisa...*, p. 64
- ³⁵ Arriba, 17-I-1940. CARASA, Pedro; «La revolución nacional-asistencial durante el primer franquismo (1936-1940)», *Historia Contemporánea*, 16, 1997, pp. 89-140, SAZ, Ismael; *España contra España*. Madrid, Marcial Pons, 2003. Véase la importancia de la religión en el recuerdo de los internados en AS en GONZÁLEZ DE TENA, Francisco; *Niños invisibles en el cuarto oscuro*. Madrid, Tebar, 2009 y CENARRO, Ángela; «Memories of Repression... La incorporación de la caridad católica en el discurso oficial de AS en AUXILIO SOCIAL; *Auxilio Social. Cáceres 1936-1943*. Cáceres, 1943 y *Actividades de la delegación provincial de Lérida*. Lérida, 1950.
- ³⁶ AGA. SGM. DNP. 51-20524. Informe relacionado con la provincia de Barcelona. 20-IV-1940.
- ³⁷ AGA. SGM. DNP. 51-20523, 51-20542, 51-20600. Baleares, septiembre de 1940, Baleares, mayo de 1941, Zaragoza, octubre de 1940. Nota del Gobernador de Huelva, al Comisario de Abastecimientos, exponiendo la actual situación en materia de abastos. 29-III-1941 y Valladolid, noviembre de 1942. Informes de la DGS. 30-IV-1942 en FNFF; Documentos... (1992-III), p. 379
- ³⁸ DEL OLMO, Fátima; *La infancia de Auxilio Social*. Madrid, UAM, 2000, (Trabajo de investigación DEA). JARNE, Antonieta; «Niños vergonzantes y pequeños rojos. La población marginal infantil en la Cataluña interior del primer franquismo», *Hispania Nova*, 4, 2004. AGA. SGM. DNP. 51-20564, 51-20592, 51-20504, 51-20514, 51-20516. Almería, abril de 1940. Informe de la delegación provincial de Auxilio Social de Logroño. 11-3-1942. Santander, septiembre de 1940. Salamanca, octubre de 1940 y Valencia, noviembre de 1940. AGA. AS. Auxilio de Invierno. 1273. Escrito del delegado provincial de AS al jefe del Departamento Central de Auxilio de Invierno. 18-I-1943. SANZ HOYA, Julián; *La construcción de la dictadura franquista en Cantabria*. Santander, UC, 2008, pp. 211-240.
- ³⁹ AHPAL. GC. Sanidad. 1834 y 1540 Escrito de la Dirección General de Sanidad al gobernador civil. 14-XI-1939. Escrito del jefe provincial de Sanidad al gobernador civil. 6-III-1944 y Escrito del jefe provincial de Sanidad al gobernador civil. 12-IV-1944. Yugo, 12-IV-1940. AGA. SGM. DNP. 51-20564 Almería, marzo de 1941.
- ⁴⁰ JIMÉNEZ LUCENA, Isabel; *El tifus en la Málaga de la postguerra*. Málaga, UMA, 1990 y «El tifus exantemático de la postguerra española (1939-1943): el uso de una enfermedad colectiva en la legitimación del Nuevo Estado», *Dynamis*, 14, 1994, 185-198. AGA. SGM. DNP. 51-20495 Almería, julio de 1940, agosto de 1940 y septiembre de 1940.
- ⁴¹ Testimonio de MLL, 9-V-2002 y Testimonio de BIS, 19-VI-2003.
- ⁴² AHPAL. GC. Sanidad. 1540, 1541. Relativos a los perjuicios ocasionados por la fábrica de Productos Químicos. 13-X-1949, Instancia presentada por varios vecinos de Regiones Devastadas sobre el sistema de evacuación de aguas negras, 23-VI-1947 y Falta de agua en La Cañada, 31-VII-1945. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; *Migas...* AHPAL. FFJJ. Solicitudes de ingreso. 357, 358, 370 y 371. Fichas de afiliación en Almería capital, 1939-1942. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; *Misericordias...* y RODRÍGUEZ LÓPEZ, Sofía; *El patio...*
- ⁴³ AGA. PGN. Fotografías Almería. F-04174. Informe sobre la situación de las cuevas en Almería. 16-XI-1941. AHPAL. GC. Sanidad. 1834. Nota de la DGS. 14-XI-1939, Nota del jefe provincial de Sanidad, 27-XI-1939. RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; *Migas...* AHPAL. FFJJ. Delegación Provincial. Circular n.º 8, 1942 y Testimonio de IZZ, 22-V-2010.
- ⁴⁴ AGA. SGM. DNP. 51-20501, 51-20523, 51-20579, 51-20551. Huelva, diciembre de 1940, Baleares, abril de 1941, Zaragoza, enero de 1941 e Información sobre la situación en la provincia de Guipúzcoa. 30-X-1940. ESPINET, Francesc; «Barcelona, 1941-1942. (Segons els informants falangistes)», *HMiC*, 4, 2006, pp. 225-276.
- ⁴⁵ SCOTT, James; *Weapons...* THOMPSON, Edward; «The

- Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past & Present*, 50, 1971, 76-136, CABANA, Ana; *La derrota...* y BARRANQUERO, Encarnación & PRIETO, Lucía; *Así sobrevivimos al hambre*. Málaga, CEDMA, 2003.
- ⁴⁶ AGA. SGM. DNP. 51-20506, 51-20517, 51-20585, 51-20552. *Correspondencia relativa con el asunto de Amurrio 25-V-1940, Informes sobre San Sebastián del Delegado Provincial Sindical, 1939. Informe que eleva desde Albacete al Delegado de Auxilio Social 3-VI-1940. Albacete, enero de 1941, Se pide informe sobre causa de la destitución del Jefe Local de Auxilio Social de Jerez de la Frontera. 30-X-1941, Remite copias de oficio y denuncia presentada a instancia del Jefe Provincial del Movimiento por el Secretario Técnico de AS. 30-X-1941 y Huelva, octubre de 1941.*
- ⁴⁷ AGA. SGM. DNP. 51-20570, 51-20563, Parte correspondiente al estado de opinión en Lugo, I-VIII-1942 y Valencia, julio de 1941.
- ⁴⁸ AGA. SGM. DNP. 51-20600. Toledo, octubre de 1942. Informe de la DGS sobre la situación interna de España. 10-II-1943, Informe de la DGS sobre la situación interna. 20-II-1943 en FNFF; Documentos... (1992-IV) pp. 124, 146 y 692. Informes de la DGS sobre la situación interior en FNFF; Documentos... (1992-III), p. 274
- ⁴⁹ RUIZ, Julius; «Seventy Years On: Historians and Repression During and After the Spanish Civil War», *Journal of Contemporary History* n.º 44, 2009, 449-472 SEIDMAN, Michael; *A ras de suelo...* y CAZORLA, Antonio; «From anti-Fascism to Humanism: the Spanish Civil War as a Crisis of Memory» en MORCILLO, Aurora (ed.); *The Spanish Civil War: Cultural and Social History and Memory*. Leiden, 2012 (En prensa). MOLINERO, Carme; *La captación...* COBO, Francisco & ORTEGA, Teresa; «Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política* n.º 16, 2006, pp. 131-158. Excepciones en BOX, Zira; *España año 0*. Madrid, Alianza, 2010 y SAZ, Ismael; *España contra...*
- ⁵⁰ Este debate se encuentra en la nota 6.
- ⁵¹ Sobre la importancia de la miseria a la hora de entender las decisiones tomadas por los franceses durante la ocupación resulta fundamental VINEN, Richard; *The Unfree French...*
- ⁵² CABANA, Ana; *Xente de...* SAZ, Ismael & GÓMEZ RODA, José Alberto; *El franquismo en...* CAZORLA, Antonio; *Las políticas de la Victoria*. Madrid, Marcial Pons, 2000, RODRÍGUEZ BARREIRA, Óscar; *Miserias del...* y MÍGUEZ, Antonio; «Políticas sociales y dictaduras genocidas...
- ⁵³ GARCÍA ENCABO, Carmelo et alii; *Cartas muertas*. Valladolid, Ámbito, 1996, p. 50.





PAUL
PRESTON

EL HOLOCAUSTO
ESPAÑOL

ODIO Y EXTERMINIO EN
LA GUERRA CIVIL Y DESPUÉS

EL HOLOCAUSTO DE PAUL PRESTON

Pedro Carlos González Cuevas
UNED

Nacido en Liverpool en 1946, Paul Preston es catedrático en la London School of Economics y autor de diversos libros dedicados a la historia contemporánea de España, entre los que destacan *La destrucción de la democracia en España*, *La guerra civil española*, *Franco. Caudillo de España*, *Idealistas bajo las balas*, *Juan Carlos I. El rey de un pueblo*, etc. En esta su última obra se propone, según sus propias palabras, «mostrar en la medida de lo posible, lo que aconteció a la población civil y desentrañar los porqués», de lo que él denomina el «Holocausto español», a lo largo de la Guerra Civil y en la posguerra.

La obra, de ochocientas cincuenta y nueve páginas, se divide en tres partes. La primera está dedicada a la vida política durante la II República, cuyo advenimiento supuso, por parte de socialistas y republicanos de izquierda, el proyecto de construcción de «una España moderna, destruir la influencia reaccionaria de la Iglesia, erradicar el militarismo y emprender la reforma agraria con el fin de mejorar las penosas condiciones de vida de los jornaleros». La legislación social republicano-socialista no fue revolucionaria, sino «humanitaria elemental». No obstante, las leyes anticlericales proporcionaron, según el autor, «una aparente justificación» a la hostilidad de los enemigos del nuevo régimen, es decir, el conjunto de las derechas: social-católicos, monárquicos, carlistas, falangistas y la facción «africanista» del Ejército español, que consideraba al proletariado agrario una «raza inferior». A continuación, se ocupa el autor de lo que denomina los «teóricos del exterminio», como el Padre

Juan Tusquets, el fascista Onésimo Redondo, el general Emilio Mola y el panfletista Mauricio Carcavilla; todos los cuales presentaban a la República como fruto de una «conspiración judeo-masónica». A la hora de analizar el resultado electoral de las elecciones de 1933, el autor señala que los socialistas tuvieron «razones de peso para rechazar la validez», porque se produjo un claro «fraude electoral». La salida de Largo Caballero del Ministerio de Trabajo, «dejó a los trabajadores desprotegidos». A finales de aquel año, el dirigente socialista «respondió al malestar de las bases sindicales con declaraciones revolucionarias que no pasaban de ser retóricas». A juicio de Preston, la intención subyacente de las proclamas revolucionarias del líder socialista era «satisfacer las aspiraciones de las bases, además de presionar a Alcalá Zamora para que convocase nuevas elecciones». Frente a esta ofensiva, destaca la figura de Rafael Salazar Alonso, ministro de la Gobernación, quien hizo suya la estrategia de radicalizar a la UGT para asestarla un «golpe mortal». El acceso de la derecha socialcatólica al gobierno fue «el detonante de la acción revolucionaria en las filas socialistas». Sus amenazas iban encaminadas a resolver la crisis mediante la convocatoria de nuevas elecciones. Su objetivo era «defender el concepto de República desarrollado entre 1931 y 1933». La tónica general fue, con todo, «la falta de entusiasmo». Y es que, a juicio del historiador británico, Gil Robles «había provocado a la izquierda deliberadamente», «el nuevo gobierno radical-cedista dejó bien claro que no tenía

ningún deseo de conciliación y sólo buscaba aplastar a la izquierda». La actuación de los sucesivos gobiernos cede-radicales confirmaron, según el autor, «los temores de la izquierda de que en España no había esperar ninguna reforma por parte de las clases conservadoras salvo por la vía de la revolución». Luego, Preston se acerca al desarrollo de las elecciones de 1936, acusando a las derechas de lanzarse a «la compra de votos». Tras el triunfo del Frente Popular, Largo Caballero obstaculizó la participación de los socialistas en el nuevo gobierno. No obstante, el historiador británico sigue estimando que el líder socialista se limitó a «repetir las perogrulladas revolucionarias». Y es que, según él, las exigencias de los sindicatos agrarios no eran de carácter revolucionario, aunque, eso sí, «constituían un gran desafío para el equilibrio del poder económico rural». La ocupación de las fincas por parte de los campesinos fue una «imposición espontánea». Las medidas anticlericales se recrudecieron, pero la Semana Santa se desarrolló «sin incidencias». La violencia tuvo lugar igualmente en las ciudades, a cargo, según Preston, de Falange Española, cuyo objetivo era la justificación de un golpe de Estado militar. Por su parte, la derecha «exageró hasta la saciedad el alcance» de la violencia de izquierda. «Gil Robles mostraba, en sus discursos, que «el gusto por la violencia, cada más acentuado, en el seno de la CEDA, no le preocupaba lo más mínimo». Por su parte, Largo Caballero obstaculizó el ascenso de Indalecio Prieto al gobierno, logrando que «la facción más fuerte de Frente Popular no pudiera participar activamente en el uso del aparato del estado para defender la República». En ese contexto, el historiador británico presenta el asesinato de Calvo Sotelo como una represalia por la muerte del teniente Castillo; y produjo una «gran consternación entre los dirigentes republicanos y socialistas»; para la derecha, en cambio, fue la oportunidad de «poner en marcha los preparativos para el tanto tiempo acariciado golpe de Estado».

Pasamos a la segunda parte, dedicada a la

Guerra Civil. Preston sostiene que las derechas y, en concreto, el Ejército de África tenían «un plan de exterminio perfectamente diseñado». Sus objetivos se centraron, primero, en el sur, donde los terratenientes sometieron a la clase obrera rural a un auténtico holocausto. El terror de Mola se impuso en Navarra, Galicia, Castilla La Vieja y León. A diferencia de los ocurrido en la zona republicana, donde las noticias de las atrocidades ocurridas en otras regiones provocaban la respuestas espontáneas por parte del pueblo, el terror en la zona nacional «rara vez era descontrolado». A la hora de tratar la violencia revolucionaria, Preston la califica de antemano de «espontánea», «desde abajo», provocada por «la injusticia social y la dureza de las relaciones laborales». En concreto, el clero fue reprimido y estigmatizado, no sólo por sus relaciones con las derechas y las clases altas, sino por su «supuesto poder sexual» y sus estrechas relaciones con el fascismo. En Madrid, la «justicia popular» se ejerció «de manera espontánea e indiscriminada». A su juicio, recae sobre los anarquistas la responsabilidad de los desmanes. El autor califica de «accidente» el asalto a la cárcel Modelo. Tras la matanza rebelde de Badajoz, los republicanos respondieron con las matanzas de Paracuellos del Jarama, «la mayor atrocidad cometida en territorio republicano durante la Guerra Civil española, y su horror puede explicarse, aunque no justificarse, por las aterradoras condiciones de la capital sitiada». La represión de la CNT y del POUM en Barcelona fue fruto de su irresponsabilidad y de sus ataques a la URSS. El ascenso de Juan Negrín a la presidencia del Gobierno tuvo, según el autor, importantes consecuencias, en el ámbito profesionalización del sistema penitenciario y carcelario, «hasta un punto inimaginable en la zona controlada por los rebeldes»; el clero católico y los presos religiosos fueron liberados. Se creó el Servicio de Información Militar (SIM); pero la guerra clandestina de los soviéticos contra sus enemigos permaneció fuera del control del gobierno español. Igualmente, se creó el Tribunal

Especial de Espionaje y de Alta Traición, compuesto, según Preston, por «jueces imparciales y honestos». Desde la perspectiva del autor, el golpe del coronel Segismundo Casado contra Negrín y los comunistas impidió la esperanza de resistir «para salvar más vidas republicanas». En contraste, Franco llevó a cabo una auténtica «guerra de aniquilación». Considera «casi racista» el sentimiento anticatalán en la zona nacional.

En la última parte de la obra, dedicada a la represión de posguerra, el autor tiende a enfatizar la colaboración de las autoridades españolas con la Gestapo y los servicios de inteligencia alemanes e insiste en hechos ya conocidos: la redención de penas, los campos de concentración, los fusilamientos masivos, los malos tratos, sobre todo a las mujeres, etc., etc.

* * *

No estamos ante un libro de investigación, sino de síntesis. A lo largo de sus páginas, Preston se limita a recoger e interpretar a su gusto las informaciones que le suministran otros autores. No obstante, a diferencia de otros historiadores, Preston no se atreve a denominar «genocidio» a lo ocurrido en la España desde 1936. La palabra «Holocausto» es mucho más polivalente y ambigua que «genocidio». Mientras «Holocausto» significa «sacrificio», «acto de sacrificio», «ofrenda», «genocidio» es sinónimo de «exterminio» por razones de orden social, político o religioso. Como ya señalé en un artículo dedicado al hispanismo de Paul Preston, el rigor conceptual no es una de las virtudes del historiador británico.

La primera parte del libro carece de sorpresas. En sus páginas, Preston se limita a repetir lo sostenido hace ya más de treinta años. Destaca de nuevo su odio cartaginés hacia el conjunto de las derechas españolas. Leer las páginas dedicadas a estos sectores en el libro equivale a penetrar en un mundo de locura, un mundo poblado de sombras repulsivas y dislocadas,

donde el «derechista», el «católico» o el «africanista», ya no son seres humanos normales, sino que se transforman en figuras mitológicas, una auténtica encarnación de todo lo que el autor detesta. No deja de ser significativo que cuando Preston menciona a los «teóricos del exterminio» tan solo hace referencia a los sectores de la derecha y de la extrema derecha; jamás a los republicanos de izquierda, a los comunistas, a los socialistas revolucionarios, los anarquistas, los anticlericales de *La Traca* y *Fray Lazo*, o los redactores de *Leviatán* o de *Claridad*. Los militares y las derechas parecen tener, según se deduce de la narración de Preston, como único objetivo flagelar, asesinar y, sobre todo, violar y humillar sexualmente a las mujeres de izquierda. Con respecto a los llamados «teóricos del exterminio» hay que señalar que, a comienzos de los años treinta representaban a una minoría dentro de la derecha española. Tusquets, Rondo y Carlavilla eran en aquellos momentos absolutamente marginales respecto a la derecha hegemónica y a la Iglesia católica. Por entonces, el sector mayoritario de los católicos apostaba por el posibilismo y la lucha política legal. Ahí está la táctica accidentalista propugnada por la CEDA y *El Debate*, y que fue tan criticada por los monárquicos y carlistas. Por otra parte, el intento de Preston de ridiculizar la ideología de las derechas españolas, por su insistencia en la idea de conspiración judeo-masónica, resulta superficial. El propio Winston Churchill relacionó, en sus escritos de la época, judaísmo y bolchevismo, aunque excluyó de esa relación a los sionistas. Lo cual estaba relacionado con el gran número de judíos militantes en el Partido Bolchevique. Se trata, en aquellos momentos, de un lugar común de la opinión conservadora europea ante la victoria de la revolución socialista en Rusia. Por desgracia, el antisemitismo es una actitud que trasciende a las ideologías. Historiadores como León Poliakov o Michel Dreyfus, han estudiado el antisemitismo no sólo de derechas, sino de izquierdas. El tradicional odio católico hacia la secta masónica se encontraba lejos

de ser irracional. Autores tan eminentes como Reinhardt Koselleck, padre de la historia de los conceptos, han documentado elocuentemente, en su obra *Crítica y crisis del mundo burgués*, el papel esencial de la masonería en la difusión de la filosofía ilustrada y de la crítica al catolicismo tradicional. España no fue, ni podía ser, una excepción; lo cual explica la reacción clerical. En su exhaustiva obra sobre *La masonería en la crisis española del siglo XX*, la historiadora María Dolores Gómez Molleda estima que en las Cortes constituyentes de la II República hubo aproximadamente ciento cincuenta diputados pertenecientes a la masonería; algo que explica, al menos en parte, la dureza de la legislación anticlerical. Otra cosa son, por supuesto, las elucubraciones fantasiosas producto de la visión conspirativa de la historia. Y, en fin, a pesar de lo que insinúa Preston, el antisemitismo católico tenía muy poco que ver con el racial de los nazis; incluso el propio Onésimo Redondo criticó públicamente el racismo de Alfred Rosenberg. No; las derechas españolas, con todos sus defectos, no tuvieron nada que ver ideológicamente con el nacional-socialismo alemán.

Como en el primero de sus libros, Preston sigue defendiendo el carácter meramente reformista de la legislación social del primer bienio republicano y del propio proyecto defendido por los socialistas; lo mismo que el carácter democrático de las izquierdas. Sin embargo, una rica bibliografía histórica, encabezada por Santos Juliá, Andrés de Blas y José Manuel Macarro, demuestra que esa legislación no fue simplemente «humanitaria elemental». Sus objetivos no eran meramente reformistas; tenían un claro sesgo de «revolución legal». En concreto, el proyecto socialista defendía que la clase obrera y, por supuesto, la organización sindical socialista, la UGT, participaran directamente en la gestión de las empresas, último peldaño antes de llegar al socialismo. Los proyectos de reforma agraria insistían en la expropiación de las tierras de señorío, de las deficientemente cultivadas y la recuperación de los bienes comunales de los

pueblos. Por otra parte, los nuevos dirigentes republicanos no concibieron ningún papel social y/o político a la Iglesia católica ni a sus fieles; tampoco al conjunto de las derechas tradicionales; lo que se reflejó en el contenido excluyente del texto constitucional.

El giro claramente revolucionario de los socialistas poco tuvo que ver con la intransigencia de las derechas o con un hipotético peligro fascista; estuvo directamente relacionado con su salida del gobierno y su concepto patrimonialista del régimen republicano. Además, y esto hay que dejarlo muy claro, la República siempre tuvo para los socialistas un carácter instrumental. Preston enfatiza la inanidad de la retórica revolucionaria de Largo Caballero; pero olvida que el lenguaje, y más en política, no es un mero reflejo de la realidad, sino que igualmente la crea. Preston llega a poner en duda la limpieza de las elecciones de 1933; pero no aporta pruebas concluyentes. ¿Podría aceptarse la petición socialista, a la que igualmente se sumó Azaña, de anular las elecciones de 1933 y convocar otras nuevas? Evidentemente, no; hubiera supuesto el final anticipado de la República. A ese respecto, no es de recibo su retrato de la figura de Rafael Salazar Alonso, que se limitó a defender una legalidad salida de las urnas. De otro lado, hay que señalar que es posible que Largo Caballero y sus acólitos no tuvieran un plan pormenorizado para la toma revolucionaria del poder; pero Preston nunca tiene en cuenta el factor voluntarista que movía al dirigente socialista, su optimismo catastrófico, su fe en el inevitable advenimiento del socialismo. Con tal bagaje ideológico, era imposible respetar la organización de la competencia pacífica, es decir, la esencia del régimen de partidos. Además, finalmente, tras la derrota de la revolución de octubre, los militares no aprovecharon el momento para dar un golpe de Estado e ilegalizar al PSOE y sus sindicatos; el Parlamento continuó abierto; la CEDA, pese a sus veleidades autoritarias y corporativas, gobernó constitucionalmente al lado de los radicales de Lerroux.

Resalta igualmente en el libro, la elemental sociología que sirve de fundamento a sus opiniones. En ninguna página de su obra, el historiador británico menciona los intereses de los pequeños y medianos propietarios agrarios, los «propietarios muy pobres» que fueron la base social de la derecha católica a lo largo del período republicano. Preston continúa con su esquema maniqueo basado en la dicotomía radical entre el proletariado rural y los grandes terratenientes, que no refleja la compleja realidad sociológica del campo español.

De la misma forma, el autor minimiza e incluso oculta los errores de las izquierdas tras el triunfo del Frente Popular. Apenas menciona las marchas hacia las cárceles para liberar a los presos de octubre y las concentraciones ante las obras y talleres para obligar a los empresarios a la readmisión de los despedidos. No sin razones, la situación fue interpretada como el inicio de un proceso revolucionario que afectaba nada menos que a las relaciones entre clases sociales y su puesto en la sociedad. A ello se unió posteriormente la destitución de Alcalá Zamora como presidente de la República, la legalización de las ocupaciones de fincas por parte de los campesinos sin tierra; las movilizaciones de reivindicación sindical, protagonizadas por CNT y UGT; la unificación de las Juventudes Socialistas y Comunistas bajo la dirección del PCE. El gobierno presidido por Santiago Casares Quiroga y el propio Azaña, como nuevo presidente de la República, no estuvieron a la altura de las circunstancias. No sólo fueron incapaces de atajar la conspiración civico-militar, sino de defender, como era su deber, el orden público. Como ha puesto de relieve Fernando del Rey en su libro *Paisanos en lucha*, donde describe elocuente y documentadamente los procesos de exclusión política y de violencia en La Mancha, importantes zonas de este territorio, sobre todo en los pueblos y las aldeas, vivieron en una situación muy próxima al hobbesiano «estado de naturaleza» bajo la presión de las izquierdas, y en particular de la UGT y del PSOE: huelgas gene-

rales, ocupación ilegal de tierras y de los ayuntamientos, violencia endémica, etc. Esta situación no fue desde luego privativa de esta región.

¿Existió un plan previo de exterminio político y social por parte de los conspiradores civiles y militares? El autor así lo cree. A mi modo de ver, resulta más plausible la hipótesis defendida por el profesor Julio Aróstegui, para quien el estallido de la guerra civil fue el resultado imprevisto del golpe de Estado militar. Ni Mola ni el resto de los sublevados contaron con esa posibilidad, al igual que el gobierno republicano no tomó en serio tampoco la posibilidad de una sublevación militar. Mola no tuvo un «Plan B», o sea, la previsión de acciones alternativas en el caso de que el golpe resultase fallido. De triunfar el golpe, hubiera habido, sin duda, represión; pero no tan dura como la que tuvo lugar posteriormente. Por otra parte, como recordaba hace poco el historiador Julius Ruiz, los historiadores especialistas en genocidio han rechazado definitivamente los modelos explicativos mecanicistas, basados en planes o programas de destrucción. En la zona nacional, el nivel de represión estuvo ligado, no a un plan previo y detallado de exterminio, sino a la magnitud de la resistencia ofrecida por la izquierda.

Mención aparte merecen los esfuerzos realizados por el autor a la hora de señalar las diferencias entre ambas represiones. Sus opiniones distan, a mi modo de ver, de ser convincentes. Y es que, como señaló hace poco Santos Juliá, los crímenes de la zona republicana obedecieron a la lógica revolucionaria de socialistas revolucionarios, comunistas y anarquistas, que reiteraron en sus discursos la necesidad de destruir desde la raíz los fundamentos de la vieja sociedad. En última instancia, la diferencia entre ambas represiones estuvo en que la República fue incapaz de conquistar nuevos territorios y que dentro del suyo la limpieza ya había cumplido las tareas que se le habían asignado. Podríamos ir más lejos señalando que el bando republicano resulta complicado distinguir entre la justicia judicial y la extrajudicial, porque sus dirigentes, y es el

caso de Ángel Galarza y de Juan García Oliver, recompensaron a los propios agentes del terror como ocurrió con la matanza de Paracuellos del Jarama.

Por último, Preston tiende a enfatizar el odio «casi racista» de los franquistas hacia Cataluña. ¿Acaso no hubo catalanes en las filas del Ejército Nacional? Sin duda, la prohibición de la lengua catalana en los lugares públicos fue un error tanto político como histórico; pero de ahí al exterminio de catalanes por el hecho de serlo hay una distancia sideral. Por ello, podemos preguntarnos que si ese odio fue tan fuerte e intenso, por qué la España de Franco no llevó a cabo expulsiones masivas, selectivas o permanentes de la población vasca o catalana. No existió en la España de Franco ningún proyecto de deportación de pueblos con el objetivo de crear un Estado étnicamente homogéneo o políticamente seguro. Esto, creo yo, debería tomarse muy en cuenta cuando se hacen tantas referencias, por lo general a la ligera, sobre supuestos afanes o proyectos exterminadores o genocidas.

A nuestro entender, *El Holocausto español* es un libro fallido, cuya única virtualidad es la de ser una síntesis de multitud de estudios previos, obra de otros historiadores. Se trata de una obra que incide y continua una serie de tópicos todavía dominantes en algunos sectores de la historiografía española. No es posible reconocer la menor originalidad de fondo a la lección que se desprende de esta voluminosa monografía. Pero hay, en mi opinión, otro cúmulo de defectos en *El Holocausto español*; hay maniqueísmo, hay apasionamiento, hay ausencia total de empatía. Es decir, representa lo contrario de lo que necesitamos. El reto al que los historiadores dedicados al estudio de la II República, la guerra civil y el régimen de Franco nos enfrentamos es a la ruptura definitiva con el esquema franquismo/antifranquismo, que resulta inaceptable en una cuestión de carácter historiográfico y que es tan sólo válida en las plazas o en los comités de partido. Para esta empresa, la obra de Preston resulta no sólo ineficaz, sino contraproducente.

UNA VISIÓN EXTERMINISTA DEL PASADO ESPAÑOL

Gutmaro Gómez Bravo
UCM

Gonzalo de Aguilera es el personaje que abre y cierra esta historia ambientada entre los años veinte y mediados de los cuarenta. La figura de este terrateniente salmantino, que el autor ya había destacado en ocasiones anteriores, refleja a la perfección la pretensión de la obra: mostrar las raíces del odio y la locura que ensangrentaron España en tan convulso período. En julio de 1936, para dar la bienvenida al golpe militar, Aguilera ejecuta a seis jornaleros que trabajaban sus tierras; treinta años después sufre terribles ataques de furia y llega a perder la cabeza perseguido por la culpa de sus crímenes. Descripciones insólitas como ésta, componen este gigantesco relato que el propio autor denomina crudamente como «crónica inhumana». Sin duda, esta es una historia de cientos de nombres, de detalles siniestros, de anécdotas premonitorias, donde aparecen de nuevo los rostros de africanistas y jornaleros que hacía tiempo la sociología política y la historia comparada parecían haber desterrado.

Una de las muchas controversias que puede generar este libro es, precisamente, la del estilo. Una gran parte de los especialistas prefieren el análisis y la carga conceptual y estiman superfluas o poco argumentadas algunas de las apreciaciones que en él se realizan. El propio Preston reconoce que metodológicamente articular el *Holocausto español* ha resultado complejo; su meta es abarcar aspectos de la represión practicada en ambas zonas durante la guerra y en toda España una vez terminada la contienda y desentrañar los porqués. El centro de gra-

vedad del libro se sitúa en los perpetradores más que en las víctimas, trazando un contexto emocional que revela con enorme intensidad el clímax prebélico. El autor parece distanciarse así de los debates de los últimos años, cuando en realidad sostiene una clara visión de la violencia ya consagrada: la del terror africanista como instrumento de un plan fríamente urdido para respaldar un futuro régimen autoritario, siendo su consecuencia más inmediata el hundimiento del Estado republicano, lo que automáticamente produce una violencia espontánea pero igualmente impulsiva.

Frente a recientes monografías que ahondan en la naturaleza de las relaciones de la violencia en ambas zonas, especialmente *Violencia roja y azul*, Preston describe lo que sucede en la guerra prácticamente pueblo a pueblo. Primero, describe el terror en el sur con Queipo de Llano, para pasar después a narrar lo ocurrido en la zona norte con Mola; a pesar de tratarse de zonas con resistencia a la rebelión militar totalmente distintas, la violencia desplegada es igualmente enérgica. Por su parte, el avance hacia Madrid desatará el terror rojo, descrito con especial intensidad en el asalto a la Cárcel Modelo y el posterior traslado y asesinato de presos en Paracuellos. Este ha sido otro de los puntos que mayor interés venía despertando la aparición del libro, en especial por la figura de Santiago Carrillo. En un primer lugar parece que no aporta nada nuevo al caso, pero la recomposición de los hechos resulta bastante demoledora de uno de los mitos franquistas más perdurables hasta el momento.

La quinta parte del libro sigue esta línea de análisis que profundiza en las prácticas de eliminación del enemigo interno en ambas zonas. Mientras Franco lleva la guerra larga a la población civil para extirpar el mal de raíz, la izquierda, y especialmente los anarquistas, se lanzan a «purificar» la sociedad. Abordar la limpieza política desde una dimensión religiosa tiene una gran carga simbólica no siempre exenta de problemas. La justificación teológica de la violencia, o el derecho a la rebeldía al que apela el mundo ultraconservador, no es equiparable al milenarismo anarquista. Preston lo sabe pero no lo considera un obstáculo teórico serio, sino un medio para describir mejor las formas de radicalización del odio; formas que luego se reproducirán en la postguerra a la que dedica una escueta última parte. Uno de sus principales catalizadores sería el antisemitismo introducido en la trama golpista a través de la red de propaganda anticomunista mundial. Aunque no olvida los precedentes tradicionalistas (Vázquez de Mella, Albarrán, etc.), son elementos como *Los protocolos de los sabios de Sión* los que conducen el discurso racista del nacionalismo español hacia la dimensión exterminista condensada en la conspiración judeomasónica.

Éste es, sin duda, el aspecto más discutible de la obra. Un genocidio español, y más aún pensado en términos religiosos como los de Holocausto, no puede eludir el papel de la Iglesia, ni del catolicismo como principal elemento movilizador y aglutinador de las masas conservadoras. Junto al plan de terror y de exterminio, hubo un plan de redención y de conversión, de recristianización y reeducación de España, que los defensores de una visión genocida suelen siempre pasar por alto. Desde mediados de 1937, los jesuitas y los propagandistas católicos van afianzando ese proyecto desde el Ministerio de Justicia y se preparan para llevarlo a cabo tras la batalla del Ebro, pero la guerra larga de Franco lo impide. Aún tienen que esperar un tiempo, pero su tarea de apostolado llega pronto dando forma al Estado nacionalcatólico, cuya

primera tarea es la restauración del orden social tradicional. Hablar de genocidio español es hablar exclusivamente de la maldad de los actores. Y esto abre automáticamente el camino de la inevitable comparación con lo ocurrido en el campo republicano en términos equiparables y se convierte, finalmente, en una condena moral que diluye la lógica de un sistema represivo con muchas más funciones que el exterminio físico.

No es cierto que el libro pase por alto los graves enfrentamientos sociales o la turbulenta vida política del período; muestra con numerosos ejemplos cómo el fracaso del proyecto nacionalizador de la II República pasó también por una dimensión de la violencia que empezó a afectar a todos los caracteres de la vida pública y no se quedó únicamente en el control del orden público, como aseguran todavía muchos autores. De nuevo, la descripción de los personajes facilita la comprensión del proceso, pero inicia la senda de las dos Españas como si de un destino ineludible se tratase. Largo Caballero es el que peor parado sale, ya que cae en la provocación de la derecha lanzando al ala izquierda del PSOE a la práctica revolucionaria, desoyendo las advertencias de Prieto sobre el fortalecimiento de una CEDA que utiliza hábilmente a la Falange. El problema no es que el profesor Preston exprese sus opiniones sobre un tema al que ha dedicado buena parte su vida profesional, sino que esta insistencia en la maldad de los actores es recibida con aplausos por la historiografía revisionista. El ejemplo más claro es el Madrid rojo. No importa que la mayor parte de las descripciones procedan de la Causa General o de novelas biográficas de víctimas de las checas. En el relato sobre el Holocausto, los hechos adquieren credibilidad porque responden a las barbaridades de las columnas que avanzan sobre Madrid. Una violencia engendra la otra y así de nuevo todos fuimos culpables. Tampoco el debate sobre el genocidio contribuye a clarificar las causas y las consecuencias de lo ocurrido. Lo importante es mostrar que existía un plan de exterminio previo y no tanto explicar cómo

se desarrolló posteriormente. Las instrucciones de Mola o las prácticas de Yagüe siguen siendo la base de muchos historiadores para asegurar que hubo un genocidio sobre la izquierda; en los mismos términos que desde el otro extremo se sostiene que el comunismo internacional diseñó una campaña de persecución de la Iglesia para ser llevada a cabo explícitamente en España.

Por encima del revisionismo, del que evidentemente no es culpable Preston, la consecuencia más palpable del auge de la visión exterminista o genocida de la violencia, es la idea de que todo se cerró en un espiral de muerte, odio y destrucción que no superó el marco cronológico de la guerra civil y la inmediata postguerra. Pero la represión, la articulación de un sistema expresamente creado para ello, fue mucho más allá. La eliminación del enemigo interno funcionó sobre todo a través de la exclusión social y el aislamiento de todo aquel que pasaba por él. Poco importa el debate sobre la naturaleza del régimen franquista si no se consigue transmitir la importancia de este proceso que ha marcado profundamente la división social e ideológica de nuestro país y que sigue separando a los historiadores. En este sentido, Preston demuestra que la erudición no es incompatible con la explicación histórica, y que el estilo narrativo no tiene por qué prescindir del necesario soporte documental. El éxito de un libro de casi 900 páginas sobre una temática histórica tan específica debería hacernos reflexionar sobre las dificultades que la historiografía española tiene para llegar al gran público. Algo realmente difícil de conseguir, pero cada vez más urgente y necesario.

Sobre un genocidio español

Urgente y necesario es también realizar una reflexión que nos ayude a entender cuáles son las razones que llevan a entender determinados procesos históricos sólo por justificaciones o legitimaciones actuales. Alejarse de la revisión del pasado en clave del presente es una difícil

tarea cuando el debate se plantea de este modo, pero es un objetivo clave para comprender el proceso de mayor violencia en la reciente historia de España. Para ello hay que formular preguntas que arrojen más luz sobre la génesis del fenómeno represivo. En los últimos años han aparecido numerosas monografías específicas sobre la represión, pero estamos lejos de entender mejor el problema. Una gran mayoría de estas obras utilizan la categoría explicativa de genocidio. En cierto modo, asistimos a una recuperación de los debates de los años 70 y 80, sobre la naturaleza ideológica y política del franquismo, pero esta vez con la violencia como telón de fondo. El discurso central señalado paradigmáticamente en torno a *Víctimas de la Guerra Civil* parece haber quedado desplazado por el discurso del genocidio.

Un discurso construido en su mayor parte por elementos antiguos o al menos ya utilizados desde antes de la Guerra Civil, centrados en la retórica de exterminio, martirio y persecución religiosa. Sólo podemos señalar algunos títulos representativos de distintos períodos. Uno de ellos, de fecha tan significativa como 1931, es *La persecución religiosa: la Iglesia independiente del Estado ateo*, de Vázquez de Mella, con un diagnóstico reproducido en parte en *La dominación roja en España*, el primer informe sobre la Causa General publicado en 1943; pasando por una serie de obras que culminan en torno a la *Historia de la persecución religiosa en España*, de Moreno Montero en los años 60 hasta las obras más recientes de Vicente Cárcel Ortí. Por su parte, fueron las obras de Francisco Moreno, *El genocidio franquista en Córdoba*, y las de Francisco Espinosa, *La columna de la muerte*, y posteriormente *La Justicia de Queipo*, las que recurrieron inicialmente al uso del término genocidio para describir la represión franquista en el sur de España. Una estela seguida no siempre por la aparición de mismo concepto, pero sí de la descripción de un «terror» multiforme, lanzado desde la cúpula de la insurrección militar que coexistiría con un alto grado de autonomía de

organizaciones paramilitares: el llamado «terror caliente». Pronto pasó a generalizarse el uso del término «táctica exterminista», como fruto exclusivo de la violencia política que se resuelve y termina en la guerra civil.

España adelanta en cierto modo, como ya dijera el propio Preston hace tiempo, la guerra civil europea. La población civil sufre los efectos de la guerra total, pero la naturaleza del conflicto español tiene algunos rasgos específicos que descuadran este modelo, sobre todo tras el fin de la contienda. A diferencia de lo que ocurre en la Europa ocupada, se inicia el traspaso de los vencidos de los campos de concentración a las prisiones y no al revés. Es quizás la primera manifestación de una voluntad distinta a la de eliminar físicamente al enemigo político, ya que trata de «legalizar» la situación de los prisioneros de guerra convirtiéndolos en presos, aunque quedasen fuera todavía los batallones de castigo de trabajadores forzados y todos aquellos que seguían detenidos o declarando en comisarías u otros centros. Este final dio paso al encarcelamiento más masivo en la historia de España, que al afectar también de lleno a la población civil sitúa la dimensión «legal» de la represión en un plano principal.

Otra diferencia importante está en la apelación a la «comunidad nacional». La agresividad que el fascismo recondujo hacia el exterior, en España fue canalizada hacia el enemigo interior. Esto marcará directamente el discurso oficial sobre la necesidad del castigo ejemplarizante para resarcir a las víctimas. Una terapia del dolor que también se ha vinculado en ocasiones con los métodos genocidas. Sin embargo, el discurso sobre la necesidad del dolor se circunscribe a un elemento tan específicamente español como el ideal de redimir las penas. La legitimación del castigo se nutre de las historias de los mártires y de la literatura política que las utiliza para evocar la necesidad de recrear el purgatorio en la Tierra, como se puede constatar por los medios más conservadores desde la revolución de Asturias. En cuanto a la Administración de

Justicia, sólo decir que las largas condenas por rebelión militar proceden casi en su totalidad de aspectos propios del Ejército y de funcionamiento decimonónico que quedan muy lejos de los elementos de inspiración en la Alemania o Italia fascistas.

Por otro lado, existe una íntima vinculación entre genocidio y las teorías criminológicas. Desde su nacimiento como ciencia a finales del siglo XIX, la criminología tuvo un importante impacto en el discurso político. Pero no se puede afirmar, por más que se miren una y otra vez los escritos e investigaciones del jefe de psiquiatría militar durante la guerra, el doctor Vallejo Nágera, que la teoría racial fuese asimilada a la Nueva España. La aplicación de esta «terapia de la Hispanidad», como la definió Vallejo en el Congreso de Psiquiatría de Bonn de 1938, era contraria a la eliminación de «indeseables» a través de la eugenesia activa. El discurso racial no caló en una política criminal española que ya estaba definida por el peso de una tradición propia, proyectada con fuerza tras la guerra hacia la negación de la reforma republicana. Una supuesta política racial de exterminio (o su asimilación al enemigo político tras considerarlo extranjero) hubiese chocado además con doctrina social de la Iglesia. La misma en la que se basó la jerarquía católica española, a instancias de Roma, para rechazar públicamente el «racismo germánico» con la clara intención de distanciarse del modelo totalitario y debilitar a Falange. En la consolidación de la sociedad salida de la guerra pesó mucha más que la idea positivista del «criminal nato» la vieja distinción entre el Cielo y el Infierno. Gracias a ella, la Iglesia llevó a cabo un apoyo sin complejos a la Justicia de Franco (el Bien) frente a los asesinatos y persecución de la horda roja (el Mal). En su éxito descansa buena parte de la dureza de la represión ya que los nuevos poderes locales se adaptaron sumamente bien a este maniqueísmo instalado tras la guerra de liberación, especialmente a la hora de confeccionar denuncias e informes de conducta, atribuciones que, por otro

lado, mantenían en el control del orden público desde mediados del siglo XIX.

Todas estas particularidades no impiden las comparaciones con otros modelos; pero también es necesario un análisis que tienda a replantear y revalorizar las diferencias. Sobre todo porque la idea de un sistema de características industriales difumina los métodos empleados en España. El enfoque de una «institución total» dependiente de un estado totalitario deja fuera el importante grado de incertidumbre al que fue sometido durante años la población considerada «desafecta» en España. Caos o estrategia calculada, el hambre, la enfermedad y una variada gama de formas de deshumanización y humillación, diezmaron una población muy expuesta al más mínimo cambio. Desatender este y otros círculos concéntricos de una represión tan amplia y prolongada, impide advertir los efectos de la segregación impuestos tras la guerra, que no terminaron con la cárcel o el campo de concentración, sino que se incrementaron con una serie de medidas como la depuración laboral, las responsabilidades políticas, las multas, la incautación de bienes, la libertad vigilada, el destierro, y un sinfín de supuestas medidas cautelares que, sumadas a otros muchos aspectos que se pueden englobar dentro de modalidades de la represión socioeconómica y cultural, hacen que siga siendo necesario seguir ampliando la dimensión de la represión franquista hacia aspectos que no se resuelven sólo en términos de limpieza o genocidio político.

VA DE REVISIONISMO

Ismael Saz

Universitat de València

Vaya por delante que mi intención aquí no es reseñar, hacer la crítica, del trabajo de Paul Preston, sino más bien someter a consideración la reseña de Pedro Carlos González Cuevas al respecto. Aunque sí diré a propósito del libro algo que me parece fundamental: se trata de una gran monografía, discutible, como todas, por algunos aspectos, pero necesaria por otros: especialmente, por aquellos que nos devuelven y nos sitúan de una forma implacable, diría yo, ante el horror de la Guerra Civil, ante el horror de la violencia brutal desencadenada en ambos bandos. No es plato de gusto, desde luego y comprendo que pueda haber distintas reacciones. A mí, particularmente, me horroriza aquel horror, a otros parece horrorizarles el conocimiento del mismo y, de paso, el mensajero.

Más allá de esto, hay, como decía, aspectos de la obra de Preston discutibles. Como la noción misma de «Holocausto», aunque haya que reconocer, sin adjetivarlo maliciosamente —«no se atreve», afirma González Cuevas—, que el historiador británico no habla de «genocidio» y que, por otra parte, su defensa del término «holocausto» no carece de interés. Pero una cosa es la crítica, que debe ser siempre respetuosa respecto de quien escribe y respecto de lo que escribe y otra cosa es el tiro al muñeco. Que es exactamente lo que hace González Cuevas en su resumen simplificador y tergiversador de la obra de Preston. Insisto, se puede estar o no de acuerdo con las tesis de Preston, pero no se puede tergiversar haciéndole decir lo que no dice: no se «deduce» en ningún momento que

para el historiador de Liverpool «los militares y las derechas» tuvieran «como único objetivo flagelar, asesinar y, sobre todo, violar y humillar sexualmente a las mujeres de la izquierda»; ni tampoco que quiera privar de su condición de «seres humanos normales» al conjunto de los derechistas. Otra cosa es, claro, que con el pretexto de criticar lo que Preston no dice, se termine por extender un manto poco menos que beatífico sobre el conjunto de las «derechas».

Pero vayamos al núcleo de mi crítica que no es tanto la de «reseñar al reseñador», cuanto el de apuntar que la reseña que analizamos le sirve al autor de la misma como punto de partida para ofrecer una visión revisionista de lo que fue la República, la Guerra Civil y el Franquismo. Y conste que esto no es un insulto, toda vez que el enfoque revisionista es y ha sido explícitamente reivindicado por González Cuevas en diversos foros. Dejemos, sin embargo, para el final algunas de nuestras reflexiones sobre el revisionismo para analizar previamente el *modus operandi* del mismo.

González Cuevas (en adelante, el autor) cuál somete a dura crítica la importancia concedida por Preston a los «teóricos del exterminio» y precisa, justamente, que estos distaban de ser hegemónicos en la derecha española durante la república. Bien, dando por sentado que no creo que Preston diga lo contrario, el problema sería en todo caso, cuál pudo ser su influencia en la guerra civil, en la que, como se sabe, las fuerzas hegemónicas de la derecha no eran ya las que lo habían sido durante la república en

periodo de paz. Pero más importante que esto es que el autor se lamenta de que Preston no haga referencia entre los «teóricos del exterminio» a los «republicanos de izquierda, a los comunistas, a los socialistas revolucionarios, a los anarquistas...». ¿Todos? Se trata de una imputación gravísima, y sin mayor fundamentación, a prácticamente *todo* el abanico republicano. Así, «sutilmente», la carga de la prueba ha cambiado de bando.

Al parecer la insistencia de Preston en la idea de la conspiración judeo-masónica resulta «superficial». Bueno, es, por así decirlo, una opinión. Pero la pregunta es otra vez, ¿existía, o no, esa obsesión en sectores fundamentales de la derecha española? Y aquí el autor da un salto cualitativo, ya que en lugar de negarla parece justificarla, banalizarla. Lo hace con la masonería, amparándose en Koselleck, para decir algo que ya sabíamos perfectamente, que la masonería jugó un papel fundamental en la difusión de la «filosofía de la ilustración y la crítica al catolicismo tradicional». Pero lo hace, el autor, para quitar toda sombra de irracionalidad «al tradicional odio católico hacia la secta masónica» ¿Racional y justificado? Porque no se me ocurre forma más hostil para referirse a la masonería; y el lenguaje, como bien le recuerda el autor a Preston, denota bastantes cosas.

Y algo similar pasa con el antisemitismo español, que no tendría nada de particular —«era un lugar común de la opinión conservadora europea»— y que además también lo habría habido en la izquierda europea. Sobre todo, el antisemitismo católico tendría poco que ver con el racista de los nazis. De acuerdo en lo fundamental, que no en todos los casos; pero no se engañe el lector que por aquí viene otra vuelta de tuerca. Inmediatamente después de citar a Onésimo Redondo, se concluye: «No; las derechas españolas, con todos sus defectos, no tuvieron nada que ver ideológicamente con el nacional-socialismo alemán». ¿Nada que ver? ¿No hubo una fascistización de las derechas españolas? La CEDA no era, desde luego, fas-

cista. Eso está claro. Pero ¿no alabó *El Debate* la destrucción del parlamentarismo y el marxismo en Italia? ¿Y no consideró Gil Robles que una de las cosas más aprovechables del nazismo era su «enemiga de la democracia liberal y parlamentaria»? Por otra parte, ¿es que no era fascista Onésimo Redondo? ¿O es que el fascismo español no tenía ideológicamente nada que ver con el fascismo alemán? ¿O es que a la postre el fascismo español fue un «fascismo bueno»? Y, por supuesto, habrá que recordar que la prensa franquista no se mostró precisamente crítica con la barbarie antisemita de los nazis en la Europa bajo su dominio.

Bien lavada la imagen de «las derechas españolas», el autor se interna en el terreno de la crítica —aquí sin ambages— a la izquierda. Todo ello porque Preston «sigue defendiendo» el carácter meramente reformista de la legislación social del primer bienio. Y no, no habría sido esto, sino todo lo contrario. Habría sido, utilizando un término de Carl Schmitt —conocido demócrata resistente frente al nazismo— toda una «revolución legal». Pero aquí González Cuevas ignora que una «revolución legal» puede ser puramente reformista, como lo podía ser la idea de la participación obrera en la gestión de la empresa —aspiración por cierto sucesivamente generalizada en muchos sectores políticos y no solamente de izquierdas— y como lo podía ser una reforma agraria, mejor o peor concebida, pero reforma al fin ¿O es qué González Cuevas considera que toda reforma es una revolución? Porque si lo considera en el sentido que lo consideraban *también* los republicanos, es decir como una revolución democrática, legal y reformista, ningún problema. Pero, si lo considera como el primer paso de una supuesta revolución socialista, estaríamos ya en otro terreno: en el del asalto a la historiografía o, peor aún, en el de la legitimación de las cantinelas antirrepublicanas y reaccionarias.

Claro que para el autor todavía había mucho más. Porque otro de los supuestos errores de Preston sería el de dar por descontado el

carácter democrático de las izquierdas, cuando resulta según el autor que los socialistas tendrían un «concepto patrimonialista» y puramente «instrumental» de la República. Puede ser, pero, repetimos, ¿ya en el sentido de la revolución socialista y desde el principio? No seré yo por otra parte quien rompa muchas lanzas en defensa de la figura de Largo Caballero, pero decir que su voluntarismo, «optimismo catastrófico» y «fe en el inevitable advenimiento del socialismo» hacían «imposible respetar la organización de la competencia política», significa, simplemente, introducir elementos teleológicos en toda la explicación, dar por descontada la posterior evolución de Largo Caballero, ignorar la suma complejidad de la evolución del socialismo internacional, de Kautsky y Bernstein en adelante, y hacer reos de incompatibilidad con la «competencia política» a cuantos voluntaristas, optimistas y esperanzados en un futuro socialista ha habido en el mundo mundial.

Porque, claro, si todo esto valía para el primer bienio ¿qué decir ya para la época del Frente Popular? Pues eso, que se trataba de todo un proceso revolucionario en el que todo, todo, parecía marchar en la misma dirección: las ocupaciones de fincas, las marchas para sacar a los presos de las cárceles, para forzar la readmisión de los despedidos, las movilizaciones de reivindicación sindical de UGT y CNT, la destitución de Alcalá Zamora y hasta la unificación de las juventudes socialistas y comunistas. Todo junto y bien mezclado, por supuesto: ocupaciones de fincas y espirales de la violencia —de un solo signo, al parecer—, movilizaciones reivindicativas y readmisión de los despedidos, destitución de Alcalá Zamora —aplaudida por cierto también por la derecha— y unificación de las juventudes socialistas y comunistas. Cierto que en este último caso se precisa que bajo «la dirección del PCE». Pero ese PCE, conviene recordarlo, no abogaba por entonces, como todo el mundo sabe, por la línea revolucionaria. ¿O es que el problema era el PCE en sí mismo? Porque, si es así, estaríamos ante un caso de ese anticomunismo tautológico.

Ya en la guerra, al autor se afana en negar que los sublevados tuvieran un «plan de exterminio», y es posible, que así expresado, tenga razón. Pero negar esto no supone negar que, desde el principio, se había concebido todo como una operación a desarrollar con el máximo de violencia, y que se desarrolló con el máximo de terror. Y no es de recibo, es más, es ofensivo para las víctimas, afirmar que la represión se debió a la «magnitud de la resistencia ofrecida por la izquierda». ¿También en Burgos y en tantos y tanto sitios donde no hubo resistencia o ésta fue mínima? No es de extrañar que, con estos mimbres, el autor disienta radicalmente de la pretensión de Preston de diferenciar las represiones de ambos bandos. Puede admitirse, desde luego, que algo hay de común en el ejercicio de la violencia en el marco de una guerra civil, pero pretender a partir de ahí poco menos que igualarlas ignorando sus diferencias supone dar una carpetazo, sin más, a la historia y a la historiografía, española e internacional. Igualadas *de facto* las dos represiones ya no quedaría sino conceder la existencia de un «error», se supone que adicional, por parte franquista: la prohibición de la lengua catalana en los lugares públicos. Aunque el autor no pueda reprimir ya en este terreno la afirmación de que, al menos, no hubo ningún plan de «deportación de pueblos con el objetivo de crear un Estado étnicamente homogéneo o políticamente seguro». Observación ahistórica donde las haya que sirve, eso sí, para reducir a la categoría de «error» todo un intento de erradicar uno de los signos de identidad fundamentales de una población. Y que sirve, de paso, para limpiar al franquismo de supuestos afanes o proyectos exterminadores o genocidas. Por mi parte, he sostenido siempre que el franquismo no fue genocida, pero también que fue la dictadura europea de derechas que con mayor saña y crueldad recurrió a la represión por motivos estrictamente políticos; y es esto justamente lo que se esfuma en el texto de González Cuevas. Achacando la violencia de los sublevados a la resistencia republicana,

igualando la violencia de ambas zonas, rebajando a la categoría de error la brutal represión cultural..., la violencia franquista termina por evaporarse. No fue genocida, de acuerdo, pero, si nos quedamos ahí e ignoramos todo lo demás, ¿no estamos a un paso de un particular negacionismo a la española?

El último párrafo del texto de González Cuevas es seguramente el de mayor envidia historiográfica y nos permite enlazar con lo que decíamos al principio a propósito de la existencia en él de todo un paradigma revisionista. Aquí se acusará a Preston de maniqueísmo, apasionamiento y falta total de empatía, no sin haber mencionado previamente que su obra «incide y continúa una serie de tópicos todavía dominantes en algunos sectores de la historiografía española». La pregunta aquí es ¿en algunos? ¿O simplemente aquellos, salvo novedad de última hora mayoritarios, que no están dispuestos a embarcarse en la espiral revisionista? Porque algo de esto parece desprenderse de la llamada a la «ruptura definitiva con el esquema franquismo/antifranquismo, que –sigue– resulta inaceptable en una cuestión de carácter historiográfico y que es tan sólo válida en las plazas o en los comités de partido».

Lo que parece dibujarse aquí es el sentido último del texto de González Cuevas que podría ser utilizar la obra de Preston para difundir el paradigma revisionista. Aunque también se podría decir que este texto de González Cuevas se enmarca en el lanzamiento en España, un poco tardío, cierto, del revisionismo a lo De Felice, Furet o Nolte –bien ejemplificado en el reciente libro dirigido por Fernando del Rey, *Palabras como puños*.

De ahí que crea pertinente formular unas últimas reflexiones: La primera incide en el núcleo central de todos los revisionismos: la ruptura con la legitimidad antifascista de las democracias europeas. La segunda, que se puede aceptar perfectamente que el papel de la historiografía no es «hacer ejercicio de antifranquismo», pero no sin añadir que el historiador parte, o debe

partir, de un supuesto ético que, por democrático, no puede no ser antifranquista. La tercera, que el revisionismo ha pasado con bastante facilidad en otros países del antifascismo al anti-antifascismo, de ahí al a-fascismo y, muchas veces, a la justificación-banalización del fascismo mismo. La cuarta, que es eso, precisamente, lo que empieza a suceder en nuestro caso: so pretexto de romper con la dialéctica «franquismo-antifranquismo», se ponen en cuestión los fundamentos y valores de nuestros demócratas antifranquistas, se camina hacia el anti-antifranquismo y se termina por banalizar la dictadura franquista. La quinta permite apreciar un nuevo maniqueísmo que el texto de González Cuevas denota a la perfección: ni una palabra que no sea en defensa de «las derechas», ni una palabra que no sea de condena de «las izquierdas». La sexta remite a esa curiosa propensión revisionista a expulsar de la historiografía –hacia la plaza o el comité del partido, en este caso– a quien se oponga a su *nueva* verdad. La séptima es que las pretensiones de frialdad, objetividad y renovación de nuestros revisionistas, remitiendo a la obsolescencia a la historiografía de los años sesenta, setenta u ochenta, y a quienes mantienen otras posiciones, les hacen olvidar que su renovación remite a interpretaciones viejas, más viejas, y nada inocentes. Y la octava y última es que nuestros revisionistas tienen mala suerte: van a arremeter contra el paradigma antifranquista cuando éste aún no se ha impuesto, cuando el paradigma franquista sigue vivo y coleando.

Malas compañías.

JORGE SEMPRÚN (1923-2011): ENTRE LA POLÍTICA Y LA ESCRITURA, LOS COMBATES POR LA LIBERTAD¹

Felipe Nieto
UNED-CIHDE



La reciente desaparición de Jorge Semprún trae de nuevo a los primeros planos de la actualidad, por unos momentos que desearíamos no fueran efímeros, a un intelectual de la máxima relevancia, entre los nacidos en España en el siglo XX, que ha disfrutado a lo largo de su vida de la más alta presencia internacional, europea al menos, si nos circunscribimos al campo de la cultura, las letras y las artes. No significa esto que en su país, ni en vida ni a la hora de la muerte, el reconocimiento haya sido general. Reconocido internacionalmente con una nómina de premios de prestigio, cuya enumeración completa resultaría prolijo exponer aquí completa (doctorado *honoris causa* por la Universidad Tel Aviv, 1989; premio de Paz de los libreros alemanes, *Friedens-*

preis des Deutschen Buchhandels, Frankfurt, 1994; Premio de la ciudad de Weimar, R. F. de Alemania, 1995; premio de la libertad, Jerusalén, 1997; medalla Goethe, 2003; doctorados *honoris causa* por las universidades de Lovaina, Bélgica, 2005 y Rennes, Francia, 2007, entre otros), contrasta llamativamente con la magra cifra de las distinciones otorgadas en su país (la medalla Gran Cruz de Carlos III, 1993; el premio Blanquerna de la Generalitat de Cataluña, 2002; la medalla de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, 2004* y el Premio Internacional de Prensa, 2010, como los más destacados), en la que brillan por su ausencia los doctorados honoríficos de universidades como las madrileñas, con cuyos estudiantes trabajó y luchó por la conquista de la libertad, propuestos en más de una ocasión y siempre pospuestos *sine die*. Al final, se ha producido lo que muchos de quienes admiramos su obra quisimos evitar, las honras *post mortem*, los homenajes que satisfacen a los vivos más que al desaparecido. ¿Qué problemas tiene este país con algunos de sus mejores para repetir costumbre tan poco cívica? ¿Qué problemas tenía y mantenía España, o algunos españoles al menos, con Jorge Semprún?

Por su orígenes familiares Jorge Semprún estaba destinado a ser escritor o político. Por la vía materna pertenecía a la llamada *dinastía*

de los Maura, representada en la época en que él nació por el abuelo y patriarca, Antonio Maura, por el tío Miguel Maura, futuro ministro del gobierno provisional republicano y por Susana Maura, la madre, ferviente republicana. De la vía paterna heredaría Jorge la atracción por las artes, la literatura en especial, pues José María Semprún Gurrea, doctor en leyes, abogado en ejercicio, poeta él mismo y amigo de literatos y poetas, inculcó en sus hijos, a través de una esmerada educación impartida en el hogar, el interés por la creación y el ejercicio en todos los dominios de la creación artística. Con el correr de los años, política y escritura se llegarían a ser las dos pasiones de la vida de Jorge, convertidas en profesiones y ejercidas en etapas sucesivas con intensidad similar.

La familia Semprún acostumbraba pasar los veranos en el norte de España, primero en Santander y después, desde la desaparición temprana de Susana en 1932, en Lequeitio, Vizcaya. En esta provincia sorprendió a los Semprún el comienzo de la Guerra Civil y desde aquí partieron por mar hacia Bayona, Francia, un día de septiembre de 1936 en lo que sería un viaje sin retorno, o, lo que es lo mismo, el comienzo del exilio. Junto a su país perdieron para siempre todo lo que habían poseído y amado hasta entonces.

José María Semprún, católico y republicano, se había puesto desde el primer momento al servicio de la República. En el transcurso del periplo que siguió con toda la familia en estaciones diversas por el sur de Francia, antes de tratar de retornar a España por Cataluña, el ministro de Estado, Álvarez del Vayo, le encomendó hacerse cargo de la representación diplomática española en La Haya, como otras muchas abandonada por los diplomáticos profesionales pasados en masa al bando de los sublevados contra la República.

Jorge Semprún pasaría en la capital holandesa los más de dos años que aún duraría la guerra

española. En el *Tweede Gymnasium* de la ciudad perfeccionó su dominio de las lenguas germánicas, estudió a fondo lenguas clásicas y continuó cultivando su afición a la poesía. En una ocasión, acompañaría a su padre, como traductor, para trasladar su protesta ante el sacerdote holandés que en la recién terminada prédica de la misa había acusado al gobierno republicano de combatir la religión católica.

La Legación española, representante del gobierno republicano, se cerró en febrero de 1939. Al mes siguiente, la familia Semprún se instala en París con muchos de sus miembros dispersos por domicilios diferentes. Jorge continúa sus estudios de bachillerato interno en el liceo Henri-IV. Es el comienzo de la inmersión de Semprún en la cultura francesa, en su literatura y en su lengua —Baudelaire, Rimbaud, Gide, Louis Guilloux, Malraux, Sartre...—, hasta el punto de hacerla propia definitivamente y convertirla en vehículo preferente de su escritura.

En la etapa preparatoria del ingreso en la *École Normale Supérieure*, con el proyecto de cursar filosofía, otro acontecimiento de orden exterior, el comienzo de la guerra con la posterior invasión de Francia por los ejércitos alemanes y la caída final de París, se interpone y desbarata sus planes. La precariedad económica del entorno de Semprún, que ha obligado a interrumpir los estudios, le lleva a tener que ganarse la vida por todo tipo de expedientes, siempre insuficientes, como las clases a domicilio. Es la época de la inmersión en París, del descubrimiento de una ciudad, sus gentes, más allá del círculo colegial, y de sus secretos múltiples, los teatros, las librerías o los tugurios de zonas remotas. Y el sexo. Abruptamente finaliza para Semprún aquel periodo que transcurre entre las «dos guerras de mi adolescencia», como escribirá tiempo después. Otras actividades llaman a la puerta.

La política, por primera vez. Primero es la protesta contra el invasor, contra el nazismo —primera manifestación en París, protagonizada por los estudiantes del Henri-IV en octubre de

1940—, y después la lucha directa, armada, continuación para Semprún de la lucha del pueblo español en la guerra civil en que no pudo participar y consecuencia práctica de su formación teórica marxista. Ingresó en el Partido Comunista de España y poco más adelante en la Resistencia, integrado en redes armadas francesas en coordinación con movimientos de resistencia dirigidos desde Londres.

Semprún, alias *Gérard Sorel*, opera con otros compañeros de estudios en el maquis de Borgoña, en una amplia zona en la que, con las armas que reciben lanzadas en paracaídas por aviones ingleses, practican sabotajes sobre las infraestructuras y las tropas alemanas. Fue un largo año de actividad frenética, a caballo entre París y los bosques y pueblos borgoñones. En la «mochila del maquis», junto a la munición y otros pertrechos guerrilleros, Semprún, ha recordado frecuentemente, llevaba dos de los libros que inspiraban y ayudaban a explicar el sentido político y ético de la lucha guerrillera y resistente, *L'Espoir* de Malraux y *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* (*La religión dentro de los límites de la mera razón*) de Kant, en sus idiomas originales.

Tras la explosión de un tren alemán, las detenciones y delaciones llevan a la policía alemana al grupo de Semprún que cae detenido en octubre de 1943. Vienen los meses de prisión y tortura en Auxerre a manos de la Gestapo. Semprún consigue soportar el tormento sin delatar a ninguno de sus compañeros de lucha. Pasados unos meses, los resistentes detenidos son reunidos en el campo de Compiègne, cercano a París, de donde serán deportados a los diversos campos de concentración repartidos por Alemania. El transporte de Semprún parte con destino a Buchenwald (cerca de Weimar, en la región de Turingia) a finales de enero de 1944 con más de 1.500 deportados, franceses en su mayoría. Semprún se ha convertido desde ese momento —y para siempre— en el deportado 44.904. *El largo viaje*, título del primer libro de Semprún, que además es el primero de los dedicados a la

deportación, relata las peripecias de este traslado brutal a los campos de la muerte alemanes.

En la ladera norte del *Ettersberg*, abierta a los gélidos vientos y a la nieve de los inviernos nórdicos, los nazis hicieron construir a los primeros prisioneros comunistas alemanes a partir de 1937 lo que sería el campo de concentración —al que se añadiría posteriormente un complejo industrial— denominado *Buchenwald*, bosque de hayas o hayedo, por la abundancia, junto a los robles, de este árbol frondoso. Era uno de los lugares preferidos de Goethe, al que se desplazaba con frecuencia en los veranos desde la vecina Weimar, donde ejercía de ministro y consejero áulico de la corte. Acostumbraba a pasear por el bosque en compañía de su admirador y cronista Eckermann y a cortejar a su amiga, la condesa von Stein, a la sombra de un roble, señalado para lo posteridad como lugar poco menos que sagrado, respetado y conservado por los nazis en una zona especial del recinto del campo. Por aquel territorio del oprobio humano pasarían, desde la fecha inaugural hasta el final, ocho años después, unos 250.000 deportados, de los que morirían unos 56.000.

Aunque en los listados del transporte Semprún figure como «apátrida», en el campo es clasificado como preso político español, *Rotspanier*, rojo español, con la S mayúscula sobre el triángulo rojo cosido al uniforme de rayas y el número de deportado. Los dirigentes comunistas del pequeño grupo de deportados españoles pronto se acercaron a él para contar con su colaboración en la organización clandestina resistente en el interior del campo. Este comité internacional formado en su mayoría por comunistas dominaba la administración interna del campo, arrebatada años antes a los presos comunes alemanes. Dado su conocimiento del alemán, Semprún pudo ser destinado a la *Arbeitsstatistik*, la estadística de trabajo, la oficina encargada del control de los trabajos de los prisioneros, en representación de los comunis-

tas españoles, a cuyos dirigentes daba cuenta escrupulosa de su actividad y de la situación de la fuerza de trabajo en el campo. Con ello disfrutó, sin duda, de unas condiciones de trabajo ventajosas respecto de los deportados comunes. En los demás aspectos, padeció la vida normal de deportado.

La convivencia con los comunistas españoles supuso para Semprún, además de volver a la militancia en el PCE, algo más trascendental aún, recuperar la cultura y la lengua españolas, aletargadas tras los estudios y la vida en Francia. Fortaleció su conciencia política española insertándose en la tradición antifascista que los deportados españoles representaban desde la Guerra Civil y la Resistencia en Francia. Según sus palabras, Semprún se «reespañoliza», lo que tendrá por consecuencia, años después, su vuelta clandestina a España como enviado del PCE.

El uso de la administración interna del campo por el comité internacional antifascista de mayoría comunista y la manipulación de ciertas listas de prisioneros han sido objeto de controversia desde poco después del final de la guerra por parte de familiares de prisioneros muertos no comunistas. Los prisioneros que trabajaban en la estadística del trabajo debían confeccionar, por mandato y bajo supervisión de oficiales de la SS, las listas de prisioneros destinados a los *comandos* exteriores para realizar los trabajos más extenuantes. Podían manipular las listas, bajo petición del comité de resistencia del campo, a espaldas de la SS y con riesgo de su vida, retirando a los considerados útiles para los planes de resistencia y la lucha antifascista, importantes durante el tiempo de la deportación —en los sabotajes en las fábricas de armas, por ejemplo— y después sobre todo, a la hora de la liberación. La mayoría de estos excluidos de las listas, no todos por tanto, eran de militancia comunista. Semprún ha explicado en numerosas ocasiones que los comités de selección no escogían a los prisioneros que iban a morir, sino que designaban a unos pocos, «los que iban a sobrevivir». Dadas las condiciones especiales en que tiene

que actuar una lucha resistente como la de Buchenwald, concluye Semprún apoyándose en el filósofo tomista Jacques Maritain, la naturaleza moral de determinadas acciones en «situaciones límite» cambia y sus efectos, rechazables en situaciones normales, resultan admisibles en esa circunstancia.

En abril de 1945 se produjo la liberación de Buchenwald por la intervención de los ejércitos americanos con la colaboración más que simbólica del pequeño grupo de prisioneros provistos de las armas escamoteadas tiempo atrás por la resistencia interior para su uso en este feliz momento terminal. Su empeño principal fue la persecución y captura de sus verdugos en desbandada, los miembros de la SS.

Si para la mayoría de los deportados la liberación significaba la vuelta a casa, la repatriación, tal circunstancia no afectaba a los españoles, cuya patria seguía ocupada por un antiguo aliado del nazismo que seguía sin reconocer a los liberados su condición de españoles. Semprún retornó a París. Comienza una incierta etapa de exilio, más difícil que la anterior, pues las secuelas de la deportación, el recuerdo de la muerte compartida, «fraternal», lastra todo proyecto de futuro.

El primer plan de Semprún, como el de algunos otros deportados, era narrar la experiencia de la deportación, contar al mundo, antes de que se borrara su recuerdo, los padecimientos pasados, fruto de la barbarie criminal del fascismo alemán. El descubrimiento de que tal proyecto le sumergía en la muerte y conducía inexorablemente al suicidio, obligó a Semprún a abandonarlo y a dejar de lado por ahora sus deseos de ser escritor. De nuevo optó por la actividad política. Militante de los partidos comunistas francés y español al tiempo, Semprún actuaba en el frente cultural con la colaboración en revistas escritas en sus dos idiomas habituales. Continuó la producción poética con obras, publicadas o inéditas, dedicadas a la gloria y alabanza de dirigentes venerados del comunismo o a ensalzar las siempre consideradas heroicas

actividades de los militantes de este partido, muchos de ellos caídos en el combate contra la opresión y la dictadura (*Pasionaria*, guerrilleros o dirigentes obreros represaliados, la muerte de Stalin...). Mientras tanto, sobreviviendo precariamente, Semprún logró entrar a trabajar por unos años como traductor en la UNESCO, hasta 1952, pocos meses antes del ingreso de España en el organismo.

París era de nuevo *una fiesta*. La alegría de la liberación —capitalizada sin reserva por un orgullo nacional francés, voluntariamente de espaldas a fenómenos como la *étrange défaite* de 1940 y la colaboración posterior con el invasor— se desbordaba e inundaba las calles, las terrazas, día y noche, a despecho de una economía de la escasez generalizada. La alegría de vivir, la felicidad por la supervivencia impulsaba a todos a mirar solo hacia el porvenir, sin volver la vista al pasado, y menos analizar el porqué de las horas de sufrimiento y humillación vividas. El existencialismo, ahora una moda, invitaba a vivir la vida al momento, con toda la intensidad posible y se exhibía al mundo desde los cafés y las *caves*, al ritmo del *jazz*, música libre, o traspasaba las fronteras francesas a través de la prensa y los radios. El futuro estaba previsto con precisión por la ideología triunfadora en la guerra contra el fascismo, el comunismo. Los dirigentes comunistas y sus partidarios estaban convencidos de que el sistema socialista, ya triunfante en buena parte del mundo, acabaría superando y dejando atrás el capitalismo y la democracia burguesa. Esa era también la certidumbre de Jorge Semprún, seguro y confiado de formar parte activa de la corriente triunfal de la historia que haría posible un porvenir de justicia e igualdad. Años intensos, felices pese a la inseguridad vital, recorridos por las polémicas que arreglaban de inmediato el mundo desde los clubes y locales donde se bebía, sin haber comido, hasta el amanecer. Semprún descubrió el amor y contrajo matrimonio con la actriz Loleh Bellon, madre de su único hijo. Pero efímera como todo en aquella época, la unión se deshizo a los dos años.

Poco a poco un proyecto se fue imponiendo a los demás. Semprún se había decidido por la militancia única en el PCE. Su objetivo, añorado largo tiempo, era ser enviado a España a dinamizar los sectores culturales y encauzarlos a la lucha contra un régimen franquista que se consolidaba en el poder después de pasada más de una década. Fiel seguidor de los principios políticos comunistas del momento, se preparaba para desarrollarlos en España como instructor del partido entre los jóvenes intelectuales. Daba comienzo a su particular «camino de perfección» que acabaría conduciéndole a España. Por esos años, el partido comunista estaba poniendo en pie una nueva estrategia, a largo plazo, centrada en el abandono de la lucha guerrillera y en el trabajo desde dentro de las organizaciones del franquismo, como los sindicatos. Por informaciones recabadas por los dirigentes comunistas radicados en París, se sabía que estaba emergiendo en España una nueva generación inquieta y no doblegada completamente por el Régimen, pese a la opresión y represión policial. Semprún estaba de acuerdo plenamente y se disponía a desarrollar sobre el terreno esa nueva táctica.

Jorge Semprún empezó su aventura clandestina en España a partir de un primer viaje de contacto el año 1953. Empezando por Barcelona, visitó varias ciudades, Madrid entre ellas. El encuentro con la ciudad de la infancia más de quince años después, fue una de las experiencias más gratas del viaje. Pese a su brevedad, el viaje resultó fructífero por las relaciones establecidas y por las perspectivas de trabajo que se abrieron para el futuro.

Durante una década ininterrumpidamente estuvo Semprún viajando de París a Madrid. La «clandestinidad madrileña», convertida prácticamente en un hábito de vida, sería considerada, con la perspectiva de los años, la «mejor obra de mi vida» y, por ello, uno de los períodos más felices para el autor de esa obra viva.

El partido comunista fue penetrando y extendiéndose lentamente por los diferentes sec-

tores culturales del país, la universidad, el cine, la literatura, la prensa y sectores profesionales como la medicina o la abogacía. En todos ellos se fueron constituyendo poco a poco grupos estables y fieles, unos militantes y otros simpatizantes o compañeros de viaje. El dirigente clandestino, conocido como Federico Sánchez o por otros sobrenombres coyunturales, no solo era el instructor político, el que transmitía las directrices y consignas de la organización. Era, además, el interlocutor, el orientador e impulsor, el que sabía dar sentido a una lucha que se enmarcaba en la lucha revolucionaria de la humanidad por la justicia, el socialismo y la paz en un sistema nuevo, implantado en la Unión Soviética en 1917.

El trabajo intenso dio resultados. En la universidad de Madrid se luchó contra el SEU y la política cultural impuesta, mediante proyectos de congresos, manifiestos, recitales de poesía y otros actos que relegaban la política oficial o aprovechaban las facilidades abiertas por el nuevo equipo del ministro de educación Ruiz-Giménez. El entierro laico del filósofo Ortega y Gasset en octubre de 1955, protagonizado exclusivamente por los estudiantes, fue un alabonazo. En febrero de 1956, la difusión de un manifiesto convocando a un congreso nacional de estudiantes y la victoria de los candidatos no oficiales en las elecciones universitarias agitaron la universidad y movilizaron a los estudiantes durante semanas. La reacción fascista de falangistas extraños a la universidad degeneró en incidentes violentos el 9 de febrero. En un encuentro de dos grupos de manifestantes, resultó herido grave por fuego amigo un joven falangista. La universidad de Madrid quedó clausurada por unos días, se declaró un estado de excepción parcial, dimitió el rector y dos ministros fueron cesados por el general Franco. A partir de ese día serían detenidos los acusados de instigar los conocidos como «sucesos de febrero», exfalangistas como Dionisio Ridruejo o Sánchez Mazas, dirigentes del SEU, monárquicos y los más numerosos, los seguidores de Federico Sánchez,

algunos ya militantes del PCE como Enrique Múgica, Javier Pradera, Julio Diamante, Julián Marcos, Sánchez Dragó, López Pacheco y el cineasta Juan Antonio Bardem, y Ramón Tamames próximo a ingresar.

Le relevancia de estos nombres ponía de manifiesto que el franquismo tenía perdidos sectores significativos de la juventud universitaria y de la intelectualidad. Pronto irían surgiendo en los mismos medios nuevos grupos de rechazo a la dictadura. Era evidente que quienes así se enfrentaban al sistema franquista habían surgido del interior de la España dominada por ese Régimen desde hacía 17 años, algunos incluso procedían del bando de los que habían contribuido a su victoria en la guerra. Por primera vez después de la Guerra Civil, «los hijos de los vencedores y de los vencidos» condenaban el Régimen «que no ha sabido reconciliarnos con España y con nosotros mismos» y abogaban por uno nuevo, respetuoso de la dignidad y los derechos de todos. Así lo afirmaba el manifiesto lanzado el 1 de abril de ese mismo año, obra de Javier Pradera y Federico Sánchez. Era la primera vez que desde el interior de España, gentes procedentes de cada uno de los bandos, suscribía un documento a favor de la reconciliación de los españoles y en contra de la dictadura.

El PCE haría oficial su política de reconciliación nacional a partir del verano de ese año en una reunión plenaria de su comité central. Una dirección parcialmente renovada y rejuvenecida se encargaría de desarrollar la nueva política. Sánchez-Semprún, uno de sus artífices en el interior de España, llegaría a los puestos de máxima responsabilidad en la organización, miembro más joven del máximo órgano ejecutivo del partido, el buró político.

Durante los años posteriores la vida de Semprún, funcionario del partido, tiende a la estabilización. Reparte su vida entre Madrid —alguna vez visita alguna otra ciudad española como Sevilla o Barcelona— y París. Aquí ha creado una familia estable, a partir de su relación con Colette Le-

loup. Y aquí está la plana mayor comunista, con las reuniones, largas y pesadas muchas veces, de los órganos directivos del partido y sus comisiones múltiples. La dirección de las revistas del partido, cables lanzados a los intelectuales españoles para acercarlos la doctrina y atraerlos a la causa, a *Nuestras Ideas* primero, después a la *Realidad*, más sólida y plural, *ma non troppo* (dicho sea con la lengua de Roma donde se edita).

Pero ahora es Madrid, «la alegría de Madrid» lo que atrae y suscita esa emoción única que provocan las empresas arriesgadas. Las organizaciones del partido se estabilizan. Semprún, en nombre de la dirección, coordina toda la política del partido en el interior. Dispone de domicilio estable por cuenta del partido desde el que puede planificar a diario la actividad. Lo principal es el espacio madrileño, el territorio de la ciudad amada y recuperada, sus calles y gentes bulliciosas que Semprún vive a diario con ansiedad. Son muchas las horas libres que deja la clandestinidad. Los cafés son la atalaya de observación, el Museo del Prado el refugio, el paso de las horas muertas ante la pintura holandesa, o Velázquez o Goya, recuerdo vivo de las visitas con el padre los domingos desde el domicilio cercano. Al atardecer de la primavera o el verano esperan los amigos en las terrazas de sus casas, por las que pasan escritores, cineastas o editores, militantes o simpatizantes, antifranquistas todos, con nuevos proyectos creadores que el instructor supervisa, enmienda y aprueba en nombre del partido.

Este partido, crecido y confiado en sus fuerzas, lanza dos grandes acciones, jornadas de lucha y huelga política, dos desafíos sucesivos con la pretensión de hacer tambalear al régimen. Ni los preparativos intensos ni un esfuerzo de propaganda nunca antes visto, puestos en juego por toda la militancia, pudieron impedir el fracaso en las expectativas depositadas en unas acciones contenidas por la dictadura con el despliegue policial y represivo habituales. La dirección comunista, con Santiago Carrillo al frente como secretario general *de facto*, no reconoce el fracaso.

Sin embargo no puede impedir que en su seno empiecen a germinar semillas de duda acerca de la estrategia hasta ese momento unánimemente aceptada. Semprún, apuntaría años después, veía una sociedad española, joven y dinámica, distante y fuera del alcance, incluso en el lenguaje, de los mensajes políticos comunistas.

Las dudas no salieron de la esfera interna. El voluntarismo militante impregnaba la actividad diaria. Semprún siempre recordará el trabajo abnegado de los militantes, nombres y apellidos que repite con frecuencia, la entrega, «la fraternidad» comunista al servicio de una causa en ese momento prioritaria, el fin de la dictadura y la conquista de la libertad para España. Semprún se mueve por la clandestinidad como el pez en el agua. «Inasible y burlón *Pimpinela escarlata*», al decir de Juan Goytisolo que lo vio en Madrid sin conocer su verdadera identidad, aparece y desaparece misteriosamente en los lugares de reunión, acude a sus citas minuciosamente preparadas con puntualidad rigurosa y se oculta o desaparece cuando el peligro policial amenaza. Su valentía, según los que lo conocieron entonces, rayaba en la osadía. Podía presentarse como sociólogo ante un Hemingway rodeado de toreros, visitar a Javier Pradera en el acuartelamiento de Getafe donde estaba detenido, tomar parte en un almuerzo en el Palace invitado por su suegro, el funcionario de la FAO Marcel Leloup, de visita oficial en España, o asistir a un partido de fútbol dos filas detrás del poco amable comisario Conesa, uno de sus más encarnizados perseguidores, fracasado, como todos los policías franquistas, en su objetivo, a pesar de poner en juego recursos y técnicas detectivescas de todo tipo. Nadie logró poner rostro real a Federico Sánchez. Nunca fue detectado pese a las decenas de veces que atravesó la frontera, provisto de la segura documentación falsa fabricada por Domingo Malagón. Nadie en diez años fue detenido por su relación o trato con Sánchez-Semprún.

Los designios de la dirección iban por otros caminos. Carrillo decidió retirar a Semprún del

trabajo en Madrid, en contra de los deseos del interesado. No constan documentalmente los motivos reales, políticos, de esa decisión. Una tenue brecha se abría entre ambos dirigentes, unidos estrechamente hasta entonces.

En diciembre de 1962 Semprún realizó su último viaje clandestino a España para presentar ante la militancia a su sucesor, José Sandoval.

En el reducido núcleo de la dirección del PCE de París se iban incubando pequeñas diferencias que acabarían por estallar y salir a la luz en 1964. Ya en los seminarios de verano de Arras, una municipalidad comunista en el norte de Francia, un Carrillo decidido a establecer la doctrina ortodoxa en todos los campos en virtud de su cargo de secretario general del partido, incluso en el del arte, arremetió de modo virulento contra Francesc Vicens, contra Fernando Claudín y contra Federico Sánchez. Fue Claudín el que de modo más tajante se opuso a la intromisión de Carrillo para defender la libertad dentro del partido y un marxismo crítico y antidogmático.

A partir de entonces fue imposible llegar a un acuerdo por cuanto los disidentes, por primera vez en la historia del partido, a lo largo de las discusiones previas, se negaron a plegarse sin más a la disciplinaria verdad impuesta desde la dirección centralizada. Las divergencias se sustanciarían en una reunión plenaria del comité ejecutivo —nuevo nombre del buró político desde 1959— en la reunión celebrada en Praga, en el célebre «castillo de los reyes de Bohemia», según la apasionante reconstrucción llevada a cabo por Semprún en 1976.

Claudín y Semprún sostuvieron sus posiciones críticas ante el resto de sus camaradas, fiscales acusadores y jueces unánimes. Así, los críticos se desmarcaron de la visión subjetivista y voluntarista sobre la situación política y económica española, consideraron que el partido continuaba inmerso en la tradición estalinista y en el apoyo incondicional a la URSS y expresaron su oposición al centralismo democrático

y al peso predominante del secretario general que limitaba la libertad interna de opinión y crítica. Semprún no dudó en proclamar, después de sostener sus posiciones junto a Claudín y de rechazar los improprios de Dolores Ibárruri y otros dirigentes, «yo no dimito de mi función de intelectual comunista... yo no dimito de nada...». No obstante, ambos serían condenados como «dos intelectuales con cabeza de chorlito» y, a lo largo de un año, expulsados de los órganos de dirección y finalmente del partido. Para Semprún terminaban más de 20 años de militancia comunista.

Dos años antes de esa expulsión Semprún había publicado su primer libro, *Le grand voyage*, galardonado el año siguiente, poco después de esa expulsión, con el premio Formentor de 8 editores europeos, lo que no lograría hacer posible, sin embargo, que el editor español difundiera la obra en España antes de la muerte del dictador. Escrito en francés, Semprún lo había empezado en Madrid, sin plan previo, aprovechando la circunstancia de una reclusión forzosa en casa ante el peligro ocasionado por una oleada de detenciones. Había encontrado al fin el don de la escritura y lo había hecho desde el territorio de la muerte sin verse arrastrado al abismo.

Perdido contra su voluntad para la profesión de la política, comenzó así la larga marcha de un escritor único e irrepetible, autor de una obra extensa —guiones cinematográficos, relatos, ensayos y artículos— destinada a la reconstrucción y confrontación abierta con el pasado, el propio en primer lugar, el de los otros después, hombres de muchos puntos de Europa, de los que perdieron su voz para siempre y de los que prefirieron recluirse en el silencio. La obra de Semprún es la voz y la memoria de todos ellos. No es una vuelta morbosa del pasado. Ni tan siquiera pretende ser su reconstrucción histórica, arqueológica. Es un análisis, una revisión orbital y obsesiva del tiempo pasado, mediante los múltiples prismas de la memoria, con afán demo-

ledor de ideas, creencias y certezas –propias y ajenas– para arrancar con lucidez y precisión algunas verdades imprescindibles para la vida humana de su tiempo, el tiempo histórico del siglo XX. La corriente continua de su escritura fluye a través de una prosa que gusta de la paradoja, elegante y precisa, depurada de toda retórica y sugerente para evocar y provocar emociones y reflexiones siempre fecundas. Así lo reconocía el mundo de las letras cuando al escritor se le propone el ingreso en la Academia de Lengua Francesa.

Finalmente no se consumó la entrada porque Semprún nunca adquirió la nacionalidad francesa. Sin requisitos nacionales, por los méritos literarios exclusivamente, era uno de los 10 miembros del selecto grupo de escritores de la Academia Goncourt desde 1996.

Lentamente van siendo demolidas algunas de las más firmes convicciones sostenidas en su larga vida militante. La huelga general revolucionaria –guión de *La guerre est finie*–, el partido comunista –*Autobiografía de Federico Sánchez*–, la Unión Soviética, el comunismo, el marxismo convertido en sistema político –*Aquel Domingo*– y la misma idea de revolución, son otros tantos mitos, sostenidos por grandes colectividades, que urge desmontar desde su raíz porque su vigencia y dominio totalizador han conducido a algunas de las más grandes catástrofes humanas a lo largo del siglo. Semprún conoció y padeció el totalitarismo nazi a su pesar, el «Mal radical» (*das radikale Bösse*, en terminología kantiana) –al que dedica *Aquel Domingo, La escritura o la vida y Viviré con su nombre, morirá con el mío*–. Voluntariamente se sometió al proyecto totalitario del comunismo, ciego y sordo por un tiempo a las señales de alarma que advertían del peligro que tal proyecto suponía para la libertad y autonomía humanas en aras de paraísos remotos. El lento descubrimiento de la impostura comunista, la opresión aplastante bajo la coraza del programa de una liberación superior, llena con tintes de denuncia vehemente la escritura de Semprún. Concluye Semprún en 1994: «Así

pues, la historia de este siglo ha estado marcada a sangre y fuego por la ilusión mortífera de la aventura comunista, que habrá suscitado los sentimientos más puros, los compromisos más desinteresados, los impulsos más fraternales, para acabar desembocando en el fracaso más sangriento, en la injusticia social más abyecta y opaca de la historia.»

Semprún recuerda a menudo en sus escritos que en el mismo recinto de Buchenwald, pocos tiempo después de la liberación, los soviéticos levantaron un nuevo campo de concentración, conocido como *Speziallager*. Se destinó en un principio al castigo de los nazis supervivientes, pero pronto se empezaría a encerrar en él a presos políticos, comunistas y otros disidentes del sistema comunista de la Alemania Oriental. En sus siete años de existencia morirían unas 30.000 personas, enterradas en fosas comunes en el bosque contiguo bajo las hayas. Concluye Semprún, Buchenwald tiene el dudoso privilegio de haber visto pasar por su suelo a las víctimas de los dos grandes totalitarismos del siglo XX.

El carácter implacable de todas estas denuncias no debe ocultar, como se ve y se ha indicado varias veces más, el reconocimiento de la entrega, el sacrificio y el coraje hasta sus últimas consecuencias puesto en juego por millones de comunistas en su lucha contra el fascismo y las dictaduras de ese signo a lo largo del siglo XX. Este siglo «no se puede entender sin la generosidad de los comunistas». Fueron éstos, insiste Semprún, los primeros, muchas veces los únicos y los más tenaces luchadores contra el franquismo. Bien es cierto, piensa Semprún, que esta resistencia comunista es más útil para destruir un sistema opresor que para contribuir a crear sociedades libres y plurales.

En los primeros tiempos en que Semprún hacía públicas sus posiciones, era frecuente ver cómo era tildado de renegado, traidor o simplemente anticomunista. Nunca le importó ni le apartó de su objetivo. También esta es una tradición del comunismo, consolidada desde los

tiempos en que era obligada la defensa a ultranza de la URSS, como lo es de todas las sectas y sistemas dogmáticos cerrados considerar que las críticas, incluso las fundamentadas en hechos incuestionables, al estar formuladas por aquellos considerados enemigos o elementos ajenos al grupo, son inconvenientes, inoportunas y carentes de validez, cuando no rechazables por principio. Se trata de comportamientos y actitudes que se descalifican por sí mismas.

«El antiguo dirigente clandestino... había roto con el comunismo por el compromiso con la realidad y el descubrimiento —tardío, es cierto, pero definitivo— de la razón democrática...». Ahí se sitúa el punto de destino de la reflexión sempruniana, en la afirmación de un sistema político basado en la «razón democrática, crítica y dialogante». La democracia parlamentaria sin más adjetivos se caracteriza por una voluntad reformista permanente, construida desde la tradición socialdemócrata europea que tiene la obligación de reformarse y renovarse continuamente.

Por eso no dudó a aceptar el nombramiento de ministro de cultura que le propuso Felipe González en 1988. Además de su valía intelectual, bien contrastada en Europa, la vuelta a la política activa como responsable de la política cultural española serviría también para integrar por la vía de una alta responsabilidad de Estado a un genuino representante del exilio, a un rojo republicano y, lo declaró expresamente González, a un dirigente de la oposición clandestina a la dictadura al que, desde ese momento, la guardia civil saludaría y se pondría a sus órdenes en vez de perseguirle como en el pasado cuando se llamaba Federico Sánchez. Se cerraba así un nuevo círculo de la historia reciente de España y de la vida de Jorge Semprún. La reconciliación de los españoles daba un paso más. No definitivo. Algunos sectores del partido socialista, encabezados por el vicepresidente del gobierno, mantuvieron siempre relaciones tensas con el nuevo ministro, político veterano que, yendo muchas veces por libre, acabó topándose de nuevo con el denostado «espí-

ritu de partido» contra el que había luchado en su juventud. Ahora tampoco iba a aceptarlo. Dos años y medio después sería cesado.

¿Se habrá consolidado esa reconciliación de la sociedad española en conjunto con Jorge Semprún y su obra en los veinte años posteriores? A juzgar por los datos que recogíamos al principio y por las reacciones de algunos sectores de la comunicación, la cultura y la política se diría que no por completo.

Cabe decir, empero, que el asunto no concierne directamente a Semprún, a quien no se ha oído presentar reclamación alguna al respecto. Semprún, más bien, se ha despedido de nosotros, esta vez de forma definitiva, con el legado de sus últimos años vivo y actualizado. Semprún, desde su residencia en París que nunca se decidió a abandonar, se ha reafirmado como un intelectual y ciudadano europeo que no renuncia al horizonte utópico necesario para fomentar la renovación constante de nuestros sistemas políticos y sociales y combatir las desigualdades e injusticias que afectan a los conciudadanos europeos y a quienes, más menesterosos, intentar instalarse en nuestras sociedades. Semprún, que tantas veces puso en riesgo su vida, defendía por encima de todo la libertad, sin la que la primera carece de sentido. El conjunto de ensayos y conferencias recogidos bajo el título de *Pensar en Europa* contiene la plenitud de este legado.

Semprún ha declarado con frecuencia, desde que se lo hiciera decir a su alter ego en *Las rutas del sur*, que «hemos perdido nuestras certidumbres, pero hemos conservado nuestros ideales». En su adiós invita a todos a conservar la esperanza para seguir el lucha por la consecución progresiva de los ideales.

Su gran deseo es que su obra, una parte al menos, perdure en el tiempo. Sea. Leámosla.

NOTAS

¹ Concedida a iniciativa del rector, José Luis García Delgado, tuve el privilegio de pronunciar la *Laudatio*.

SANTOS JULIÁ

Hoy no es ayer: ensayos sobre la España del siglo XX
 Barcelona, RBA, 2010, 375 pp.
 ISBN: 978-84-9867-783-6

La obra historiográfica de Santos Juliá, que representa una sustancial aportación al conocimiento de nuestro pasado reciente, se caracteriza por dos rasgos muy particulares. En primer lugar, por una calidad en la escritura que, seamos sinceros, no resulta nada frecuente en nuestro gremio, y en segundo lugar, por la elaboración de un relato coherente en el que los distintos elementos de la historia española del siglo XX se integran en una visión de conjunto. Se puede discutir si ese relato es más o menos adecuado para integrar los aspectos más importantes de nuestra historia, pues no creo que hoy nadie piense que sobre la base de los datos objetivos proporcionados por la documentación sólo se pueda construir un único relato, pero es difícil negar que el esfuerzo de interpretación global realizado por Juliá destaca en un panorama dominado en exceso por los estudios monográficos. Y es esa visión global la que da valor a la recopilación de trece ensayos y artículos, escritos entre 1996 y 2009, que Juliá ha publicado con el sugestivo y un tanto intrigante título de *Hoy no es ayer*.

Hoy no es ayer, es decir, que el presente no está determinado por el pasado ni nunca lo ha estado, no hay un determinismo histórico. La experiencia democrática iniciada en 1931 no estaba condenada al fracaso por el atraso de la sociedad española, ni la iniciada en 1977 tenía asegurado el éxito por el desarrollo económico de los sesenta. Hay circunstancias más o menos favorables para determinados proyectos, pero ello no implica que su resultado esté previsto de antemano. Hubo muchos pasados posibles y en uno de sus ensayos Juliá plantea algunos de ellos, en un ejercicio de historia contrafactual necesariamente hipotético pero no por ello menos sugestivo. Pero el hoy tampoco debe ser confundido con el ayer en otro sentido al que Juliá ha prestado mucha atención, sin rehuir la polémica, al condenar como contrario al espíritu de la investigación histórica todo intento de imponer una determinada visión de la historia mediante la evocación de una supuesta memoria histórica colectiva. La memoria genuina es individual y no se remonta mucho en el tiempo, mientras que la supuesta memoria histórica es una construcción intelectual en la que conviene distinguir si el objetivo es conocer el ayer o más bien

subordinarlo al hoy, es decir elaborar un relato más o menos mitológico que resulte útil para determinar un proyecto político.

Para el lector con sensibilidad histórica, el hecho de que los artículos y ensayos de este libro hayan sido escritos a lo largo de más de una década presenta el aliciente de que no sólo es posible percibir la modificación del ambiente intelectual en el que se ha movido la historiografía española, desde el culto a la objetividad y el optimismo histórico (insólito éste en nuestro país) de los años noventa, hasta las más recientes polémicas ideológicas. Estas fueron promovidas primero por los llamados historiadores revisionistas de la derecha (alguno de los cuales no era ni verdadero historiador, por falta de rigor, ni verdadero revisionista, por falta de ideas nuevas, aunque nada podía objetarse a su entusiasmo derechista, a veces fruto de una conversión tardía), y más tarde por los defensores de la memoria histórica (alguno de los cuales muestra tanta facilidad para encontrar demócratas en la izquierda de los años treinta como para encontrar insuficiencias a la democracia fundada en los setenta). La ironía de Santos Juliá, que tan bien conocen los lectores de sus columnas en *El País*, suave en superficie pero ácida en el fondo, tiene ocasión de ejercitarse en la polémica con alguno de los exponentes de estas escuelas.

Pero comencemos por el principio, es decir por la visión optimista de los años noventa, en los que la investigación histórica comenzaba a demoler los mitos acerca de la sucesión de fracasos que supuestamente habrían caracterizado nuestro pasado: a partir de que una dinastía extranjera torció nuestro destino en el siglo XVI, según los liberales románticos; desde que el espíritu de la Ilustración, precursor de todos los errores sucesivos, penetró en nuestro suelo en el siglo XVIII, según los católicos tradicionalistas; desde no se sabe cuando, pero desde hace muchísimo, según los espíritus más pesimistas de la generación del 98; o debido al fracaso de la revolución burguesa y/o industrial, según los historiadores más novedosos de hace cuarenta años. Ese es el tema del ensayo con el que se abre el libro, «Anomalía, dolor y fracaso de España», publicado por primera vez en 1996. Por entonces los historiadores de la economía española ya no se referían al «fracaso de la revolución industrial» ni a la «modernización frustrada», sino a la «modernización económica» y al «desarrollo de España». En particular, y ello es fundamental para la interpretación

de Juliá acerca del siglo XX español, las tres primeras décadas del mismo experimentaron un importante crecimiento agrario, industrial, urbano y cultural. Ni la República se proclamó en una España estancada, ni el desarrollo de los años cincuenta y sesenta carecía de precedentes. Hubo, sí, un corte brutal en nuestra historia a partir de 1936, cuyo impacto económico costó casi veinte años recuperar, mientras que el político se prolongaría durante cuarenta.

¿Qué habría ocurrido sin ese corte de 1936? Ese es el tema que Juliá aborda en su ensayo «España sin guerra civil», publicado originalmente en 1999. Su tesis principal es que España ha pagado caro haber perdido dos oportunidades de democratización, y, por tanto, de modernización, la primera con el golpe de Primo de Rivera en 1923, y la segunda con la Guerra Civil. Sin el golpe de Estado de 1923, España podría haber seguido un camino «británico», con una progresiva democratización en el marco de la monarquía y un importante papel de los socialistas, que, de hecho, mostraron en los años de la dictadura de Primo un notable interés por la experiencia del laborismo británico. Y sin el alzamiento militar de 1936 podría haber seguido un camino francés. Según Juliá, habría sido improbable que se produjera una revolución izquierdista, y en cambio podría haberse producido un reforzamiento del gobierno mediante la entrada del sector socialista que encabezaba Indalecio Prieto, que habría podido restablecer el orden público y canalizar las reivindicaciones obreras por vías compatibles con el sistema democrático, como lo hizo el Frente Popular francés. En ambos casos, España se habría ahorrado los horrores de la guerra civil y la brusca interrupción de ese desarrollo económico y cultural del primer tercio de siglo al que ya hemos aludido. Se trata de una especulación inteligente y plausible, que contribuye a combatir la cerrazón mental que se deriva de la aceptación de falsos determinismos y a recordar que, en determinadas circunstancias, ciertas decisiones colectivas de un momento histórico pueden condicionar un futuro de décadas.

Creo, sin embargo, que este ensayo de Juliá podría haber explorado otras posibilidades contrafactuales igualmente plausibles aunque más alejadas de la corrección política socialdemócrata. ¿Qué hubiera ocurrido, por ejemplo, si el partido socialista no se hubiera alzado en armas en octubre de 1934? ¿Hubieran podido los conspiradores de 1936 movilizar

a tantos militares sin ese precedente? ¿Qué hubiera ocurrido si la CEDA hubiera ganado las elecciones de febrero? Posiblemente que la CEDA hubiera reformado la Constitución en un sentido autoritario, para volver a la democracia tras el triunfo aliado en la guerra mundial. En realidad había varios caminos alternativos por los que España podría haber evitado la guerra civil y la dictadura de Franco. Hoy seríamos un país algo más rico y algo más culto, aunque quizá no muy distinto del que hoy somos, porque en 1977 retomamos el camino perdido en 1923 y en 1936 y hemos llegado a un modelo de Estado y de sociedad que representa, en palabras de Juliá, «lo contrario de lo que intentaron los vencedores de la Guerra Civil».

Lo que éstos intentaron lo resume Juliá en una afortunada fórmula con el título de uno de los ensayos incluidos en el libro: «Un fascismo bajo palio en uniforme militar». Se trata de una crítica a las tesis esbozadas por un intelectual italiano según las cuales «Franco no fue fascista», «salvó a España del comunismo» y «preparó la democracia». No necesita muchas páginas Juliá para desmontar estas tesis, disparatada la tercera, muy discutible la segunda y sólo parcialmente correcta la primera. El régimen construido por los vencedores de la Guerra Civil no fue estrictamente fascista, pero tomó muchos elementos del modelo fascista, que le suministró incluso una cierta modernidad, frente a los componentes más tradicionales aportados por las otras dos instituciones que, junto a Falange, sustentaban el régimen: el Ejército y la Iglesia. La ferocidad represiva del mismo no derivaba, por otra parte, de su componente fascista: la crueldad no era de importación.

Las tesis básicas del libro se desarrollan con cierta amplitud en el más extenso de los ensayos «La sociedad», publicado en el año 2000. La modernización del primer tercio del siglo, la «sociedad reprimida, regimentada, recatolizada y autárquica» de los años cuarenta y el desarrollo económico que cobra fuerza en los años sesenta, bajo la batuta de los ministros económicos vinculados al Opus Dei, son los tres grandes temas abordados en el mismo. Su tesis principal es que el desarrollo económico no conducía necesariamente a la democracia y que de ninguna manera era ese el designio oculto de los ministros del Opus Dei, como alguno de ellos ha pretendido después. «El tipo de sociedad -escribe Juliá- marca el límite de lo que se puede hacer en política, pero no determina nunca por sí mismo lo que en definitiva

se hace». Los ministros de los años sesenta esperaban que la paz, el orden y el aumento del nivel de vida satisficieran a unos españoles mayoritariamente despolitizados y conformistas y que el Régimen se perpetuara tras la muerte de Franco. La transición democrática fue el resultado de una movilización política que hizo inviable esa opción.

La última novedad en el debate de nuestro pasado es, sin embargo, la crítica de esa transición democrática que, al haber eludido la condena del franquismo y haber fomentado supuestamente la amnesia histórica, no había recuperado la genuina tradición democrática de los años treinta y habría generado una democracia de baja calidad. Es el debate sobre la memoria histórica, en el que el propio Santos Juliá ha desempeñado un importante papel, y que en este libro se aborda en dos ensayos, uno de ellos inédito: «Tres apuntes sobre memoria e historia». En él se tratan temas poco gratos a quienes pretenden buscar en la tradición nacida en los años treinta el «germen de la cultura democrática», como afirma la ley del Memorial Democrático aprobada por el parlamento catalán en 2007, «silenciando convenientemente -escribe Juliá- que ni la CNT, ni la FAI, ni el POUM, ni en períodos críticos los socialistas y los comunistas, e incluso la Generalitat, manifestaron hacia la República española ningún otro interés que no fuera verla desaparecer y que algunos tomaron las armas contra la República para conseguirlo». Esa ley catalana y buena parte de la literatura que va en esa misma dirección, responden al propósito de construir una memoria histórica apropiada de la que se marginan realidades históricas incómodas, como el hecho de que miles de víctimas del terror y la represión lo fueron en la zona republicana y que ello no fue siempre obra de incontrolados, recuerda Juliá, sino que «en algunos casos las 'sacas' de las cárceles ocurrieron de forma organizada y al mando de gentes uniformadas, por decisión adoptada en reuniones de comités dirigentes de partidos y sindicatos, con órdenes emitidas y firmadas por autoridades y poderes competentes».

En conclusión, estamos ante un libro que es bastante más que una recopilación de artículos monográficos ya publicados. Con las repeticiones y las lagunas inevitables en una obra de estas características, proporciona una sugerente interpretación del siglo XX que en mi opinión resulta imprescindible tomar en consideración, al margen de que se acepte

o no en su integridad. Su tesis central, si es que la he entendido bien, es que el modelo por el que los españoles optamos en la transición democrática no venía predeterminado por las características de la sociedad española en 1975, pero a su vez entroncaba con una tradición española mucho más antigua. De manera muy simplificada, se podría decir que en 1977 cogimos un tren que habíamos visto venir en 1923 y en el que habíamos subido en 1931, pero que en ambos casos había descarrilado. La gran ruptura se produjo en 1936 y su resultado fue un régimen que pretendió anular siglo y medio de historia española mediante la represión de quienes la encarnaban. Una cuestión clave es por tanto la de explicar por qué la experiencia democrática de 1931 concluyó en una guerra civil que sólo una tergiversación histórica podría presentar como un enfrentamiento entre fascismo y democracia. En mi opinión, parte de la respuesta estriba en que en los años treinta muchos españoles pretendían tomar otros trenes que en la Europa de entonces parecían incluso más modernos, el de la revolución social en sus diferentes variantes o el del Estado autoritario en sus distintos modelos. No es una cuestión que Juliá aborde de manera suficiente en *Hoy no es ayer*, pero no la elude en el ensayo final, en el que recuerda que ni los socialistas de 1934, que expresaban su deseo de que la República se muriera, ni los poumistas que en 1936 llamaban al exterminio de los curas y la destrucción de las iglesias, ni los comunistas que en 1937 encubrían con mentiras el asesinato del poumista Nin, defendían la democracia republicana. En cuanto a las columnas anarquistas que sembraron el terror en Cataluña, sus miembros «soltarían hoy una siniestra carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República».

Juan Avilés

MANUEL BUENO LLUCH y SERGIO GÁLVEZ BIESCA (eds.)

Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social

Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, 460 pp.

ISBN: 978-84-87098-52-9

Desde hace varios años, la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas viene realizando una meritoria labor con el objetivo de promover la investigación, el debate y el conocimiento

en torno a la experiencia histórica del movimiento obrero español y, en especial, a la historia del PCE. Como resultado de esta labor se han organizado diversos encuentros, entre ellos el *II Congreso de Historia del PCE. De la resistencia antifranquista a la creación de IU. Un enfoque social* que se celebró en Madrid en el otoño de 2007 y cuyas ponencias aparecen ahora publicadas en *Nosotros los comunistas*. Además de continuar el trabajo para favorecer la «normalización» del tratamiento historiográfico del tema, desde una perspectiva alejada del esquema de hagiografía/denuncia en que se ha movido con frecuencia la literatura sobre el comunismo y basada en una firme base científica, aquel congreso pretendió avanzar hacia una historia social del comunismo español, atendiendo a las prácticas, las experiencias, las identidades o las concepciones políticas propias de la militancia comunista. Un objetivo que, en la introducción firmada por Gálvez y Bueno, se vincula a una combativa posición historiográfica en defensa de la historia social, en oposición tanto a un cierto relato hegemónico de la transición como al empuje de la historia cultural con su «sacralización del discurso y el texto» (p. 29).

El título elegido se hace eco del prólogo que Manuel Vázquez Montalbán escribió a las memorias de Miguel Núñez, en el que reivindicaba la sacrificada lucha antifranquista de los comunistas, tema que constituye precisamente la preocupación central de *Nosotros los comunistas*. En efecto, las mayores aportaciones de la obra se encuentran en torno a dos ejes entrelazados: el estudio de la militancia comunista bajo la dictadura y la participación de los comunistas en la movilización social contra aquel régimen de evidente vocación totalitaria. A través de los capítulos escritos por David Ginard, Xavier Domènech y Francisco Erice nos acercamos a los perfiles sociológicos (mayoritariamente obreros), a las culturas militantes, a los discursos y modelos sobre la militancia, así como a la identidad comunista, con sugerentes aportaciones que nos adentran en un territorio de compromiso, clandestinidad y represión (desde la otra parte, Francisco Sevillano se ocupa de la imagen del comunismo difundida por la dictadura). Un territorio que en absoluto fue sólo de hombres, si bien tampoco integró a las mujeres en pie de igualdad, como muestran las aportaciones dedicadas por Claudia Cabrero e Irene Abad a la experiencia de las comunistas y su aportación a la

lucha antifranquista, fundamental fuese en el apoyo a la guerrilla, en la actividad de las mujeres de preso o en el Movimiento Democrático de Mujeres.

Como bien señala Carme Molinero, la gran apuesta –y el mayor éxito y mérito– de los comunistas en la lucha frente a la dictadura, a partir de los años cincuenta, fue el impulsar una extensa movilización social, que analiza desde una perspectiva global. Gracias al éxito de esta estrategia fue posible avanzar, pese a las difíciles condiciones impuestas por la represión franquista, en la conquista de reivindicaciones obreras, en el desarrollo de movimientos sociales cada vez más amplios, en la creación de «espacios de libertad», creando un tejido social antifranquista y extendiendo una cultura democrática y participativa. Como ámbito central de esa movilización estuvo el movimiento obrero, analizado por Rubén Vega en su crecimiento desde el renacimiento de la lucha en los años cincuenta al desarrollo de las comisiones obreras en los años sesenta y setenta. Asimismo, la aportación comunista al movimiento estudiantil es estudiada por Sergio Rodríguez, subrayando la apuesta del partido por las plataformas unitarias como fueron los sindicatos democráticos de estudiantes. El análisis sectorial se cierra con un texto de Manuel Aznar Soler sobre las relaciones del mundo de la cultura con la lucha contra la dictadura en el primer franquismo, si bien se echa a faltar el análisis de la cuestión en el período posterior (de la que se había ocupado en el congreso Giaime Pala). Se puede señalar también entre las lagunas existentes la falta de una atención específica al movimiento vecinal (cuestión cada vez más atendida por la historiografía, como muestra el dossier sobre *Movimiento vecinal y cambio político* coordinado por Xavier Domènech en el n.º 16 de esta revista).

El volumen se cierra con dos aportaciones entre la historia y el testimonio: una interesante reflexión de Francisco Fernández Buey sobre el tipo de «democracia» a la que aspiraban los comunistas y una valoración crítica de Josep Fontana, en su línea habitual, sobre los errores de la línea seguida por el PCE en la transición democrática.

Estos últimos aspectos se relacionan directamente con dos de las reflexiones más interesantes que nos sugiere esta lectura, en relación con la lucha antifranquista y con la Transición. La primera cuestión, explicitada sobre todo en la aportación de Molinero, pero que planea sobre todo la obra, es la relevancia

determinante del trabajo de los comunistas en la creciente movilización social, la cual creó cada vez más dificultades a la dictadura y, en última instancia, hizo inviable mantenerla después de Franco o limitar el cambio a una reforma del régimen. En otras palabras, que la apertura de un proceso democratizador «no fue producto del pacto entre las elites sino de la presión de la movilización social» (p. 282). Lo cual implica que los logros democratizadores alcanzados fueron herencia primordialmente de la lucha antifranquista, sostenida por el compromiso y el sacrificio de tantos opositores a la dictadura que contribuyeron —como señalaba Vázquez Montalbán— a la necesaria reconstrucción de la «razón democrática», una deuda que el régimen constitucional de 1978 apenas ha reconocido.

De ahí deriva una segunda reflexión, sobre aspectos menos concretados en el texto, que se refiere a los relatos, limitaciones y resultados de la Transición. Ciertamente existe un extendido relato mítico de la transición como nodo fundacional único de la democracia y como resultado, sobre todo, de pactos elitarios entre los aperturistas de la dictadura y los dirigentes de la oposición. Una visión conservadora que es hegemónica en los medios de comunicación, aunque no tanto en la historiografía, por lo que resulta deformante atribuirle a una «construcción institucional-académica» urdida entre el poder y los medios universitarios (p. 28). Pero, en cierta manera, aunque con una valoración muy diferente, esta visión ha penetrado también en sectores de la izquierda, que han leído la transición como el resultado de diseños o designios de los poderes fuertes y acuerdos cupulares que hicieron posible una derrota de la izquierda —en especial de los comunistas— por los errores y traiciones de sus dirigentes. Una visión que tiene mucho que ver, creemos, con factores añadidos como la constatación del pobre reconocimiento hacia la lucha antifranquista, el escaso peso alcanzado por la izquierda transformadora y la frustración por las limitaciones del actual sistema, dando como resultado un rechazo global a la Transición, convertida en una suerte de omnipresente causa explicativa de todos nuestros males. Una interpretación que, en nuestra opinión, aunque sea muy cómoda para designar culpables, resulta simplificadora, inexacta y poco explicativa, no calibra adecuadamente los equilibrios de fuerzas actuantes en los años de la transición y acaba por contribuir indirectamente a minusvalorar los resultados de una movilización popular por las

libertades que, si bien no logró alcanzar la ruptura democrática, sí forzó la apertura de un proceso democratizador que desbordó por completo los estrechos límites del reformismo franquista. Otra cosa bien diferente es lo que sucediera más adelante, en especial en la década de los ochenta, que no estaba prefijado ni determinado necesariamente por el desenlace de la transición.

Hemos bosquejado tan solo algunas de las muchas aportaciones y reflexiones que sugiere *Nosotros los comunistas*, una obra que pese a las lagunas apuntadas —y alguna más, notablemente la falta de atención a las identidades etnoterritoriales o de las características específicas del PSUC— se convierte desde ahora en una referencia en el estudio de la historia de los comunistas españoles, de la oposición antifranquista y, por ende, de la dictadura y de la Transición.

Julián Sanz Hoya

CHARLES POWELL

El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia

Madrid, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011

Charles Powell, autor de obras como *El piloto del cambio* o *España en democracia*, que tanto han ayudado a hacer inteligible la historia nacional reciente, nos ofrece un nuevo libro historia política, que esta vez pone el foco en la dimensión exterior de la acción del estado. En él reconstruye las relaciones bilaterales entre 1969 y 1989, al tiempo que consigue sumergir al lector en la apasionante coyuntura de la transición democrática española y la etapa final de la Guerra Fría.

La solidez del libro tiene mucho que ver con la calidad de las fuentes utilizadas. La política de desclasificación de los archivos nacionales norteamericanos, envidia de cualquier historiador español, le ha permitido manejar la rica documentación generada por el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional. El autor se ha molestado, además, en incluir las direcciones de aquellas que pueden consultarse en la red y ha colgado algunos documentos no accesibles en la página de la Fundación Transición Española (<http://www.transicion.org>).

Comienza analizando el «pecado original» que vició la relación hispano-norteamericana: el apoyo de EE UU al Franquismo desde 1953 a cambio del

uso de bases militares. Explica por qué fracasaron los intentos de reequilibrar su asimetría durante la dictadura: cómo la necesidad del paraguas norteamericano minó siempre la capacidad de sus negociadores para conseguir una garantía de defensa, la incorporación a la OTAN o suficiente ayuda hasta la autosuficiencia militar. Nunca hubo unidad de acción exterior. Desde Asuntos Exteriores querían recuperar soberanía, para los militares lo importante era armamento, pero para el núcleo duro del Régimen, Franco y Carrero, la prioridad era mantener a toda costa el vínculo con EEUU, salvaguardando eso sí las apariencias de prestigio y dignidad nacional; de hecho algunos avances se lograron desde 1963. Retratadas quedan en el libro las decepciones de Castiella, la ambivalencia de López Bravo y la vergonzante cesión de Cortina en 1975.

En los siguientes capítulos, Powell revisa cómo se aceleró la dignificación de los acuerdos desde 1976 (quizá el momento de mayor flexibilidad norteamericana por su interés en apoyar una transición democrática reformista contra-modelo de la portuguesa) y, sobre todo, en 1982, cuando se «renacionalizaron» las bases gracias al ingreso en la OTAN. Finalmente, desentraña por qué no se logró romper el modelo «bases por ayuda» ni se obtuvo una reducción significativa de la presencia norteamericana hasta 1988, después de cumplirse el objetivo último de Washington (una España democrática y estable definitivamente anclada en la OTAN) y coincidir en el poder un gobierno fuerte que pudo jugar con la amenaza de romper la relación defensiva, aunque cediera en lo nuclear. Porque si algo queda claro es la siempre implacable actitud negociadora de EE UU para salvaguardar el uso de las instalaciones militares. Quizá hubiera merecido la pena comparar las negociaciones españolas con las que por esos años estaban llevando a cabo otros países, sobre todo el caso de Grecia entre 1982-3, también bajo gobierno socialista.

Pero sería un error pensar que el libro se queda en una buena historia diplomática; va mucho más allá. En primer lugar, el autor profundiza en el funcionamiento del Estado norteamericano con una bibliografía muy actualizada. Desvela los entresijos del proceso de toma de decisiones en política exterior durante las Presidencias de Nixon, Ford, Carter y Reagan: prejuicios, ideas y proyectos de los Presidentes, el papel de Secretarios de Estado, Consejeros

de Seguridad y embajadores; cómo se establecen las estrategias políticas generales al ritmo de la Guerra Fría; los problemas económicos y los controles impuestos por el Legislativo, herencias ambas de Vietnam. Sorprende comprobar las limitaciones de su poder de influencia y la lenta consolidación (hasta 1983) de una política gubernamental de promoción exterior de la democracia. En España se confirmó el llamado «dilema americano»: cómo la no injerencia en los asuntos internos de una dictadura anticomunista valiosa en la confrontación con la URSS dañó y politizó la imagen de EE UU y limitó su capacidad de maniobra en el momento del cambio de régimen en el país. La única apuesta norteamericana (aunque sólida) había sido cuidar la relación con el futuro rey más una alicorta diplomacia pública. Desde 1975 se intentó recuperar el tiempo perdido gracias al empuje de un embajador ejemplar, Wells Stabler: los líderes reformistas recibieron consejo y aliento para facilitar un cambio sin inestabilidad (muy lejos de una «transición tutelada»), pero faltaron instrumentos (fundaciones similares a las alemanas) y quizás sobró prudencia a la hora de cultivar a la oposición teóricamente rupturista, aunque la embajada apostó muy pronto, con acierto, por cortejar al PSOE y ayudar en lo posible a la UGT a través del sindicalismo norteamericano. El libro saca a la luz el significativo apoyo norteamericano al Rey y a Suárez en 1976 y cómo el temor a la desestabilización, tras lo sucedido en Portugal, hizo que nadie (tampoco los gobiernos europeos) creyera necesario presionar para que las reformas se acelerasen. Powell también aclara el triángulo con Marruecos en Sáhara y el sinsentido de una conexión norteamericana tanto en el atentado a Carrero como en el 23-F.

En segundo lugar, algunos de los contenidos más sabrosos del libro tienen que ver, sin duda, con el juego político español. El autor deja hablar a las fuentes resumiendo conversaciones casi sin glosarlas cuyos protagonistas se retratan solos. La documentación norteamericana no avala interpretaciones revisionistas de la Transición, sino que confirma el decisivo papel de D. Juan Carlos y sus dilemas con el *tempo* de la reforma por la fluidez de la situación y del equilibrio de fuerzas: como novedades, su papel con los altos mandos militares para facilitar la legalización del PCE o el apoyo directo a Suárez en las elecciones de 1977. La embajada captó los dilemas del PSOE ante el proyecto reformista de Suárez y ayudó tímidamente a su incorporación y moderación,

en un esfuerzo compartido con la socialdemocracia europea. La imagen que se refleja de Suárez, de flexibilidad y agilidad política, es muy positiva y su curiosa relación con Carter permite una explicación más congruente de su política exterior: tanto de su *timidez otánica* como de su obsesión por el estrecho de Ormuz. Powell también demuestra que el 23-F retrasó el ingreso en la OTAN, subraya la coherencia de Calvo-Sotelo y cómo se vieron desde Washington las contradicciones de los «jóvenes nacionalistas» del PSOE: del «moderado y pragmático» González, al ideologizado Morán.

En fin, frente a historiadores que trabajan a favor de corriente, otros se atreven con temas complejos y consiguen desvelar cuánto hay de realidad tras tópicos y estereotipos arraigados en la opinión pública, en este caso los vinculados al antiamericanismo. Powell, que pertenece al segundo grupo, se preocupa además de transmitir sus hallazgos con la claridad expositiva de la mejor tradición británica.

Rosa Pardo

EMILIO MAJUELO

La generación del sacrificio. Ricardo Zabalza 1898-1940

Tafalla, Txalaparta, 2008, 426 pp.
ISBN: 978-84-8136-516-0

Con este libro Emilio Majuelo nos presenta una primera aproximación biográfica a una de las figuras más importantes del sindicalismo en los años de la II República, Ricardo Zabalza, secretario desde 1934 de la Federación de Trabajadores de la Tierra, integrada en la UGT. Primera aproximación, decimos, porque a través de esta minuciosa y precisa biografía, que recorre con detalle casi detectivesco todas las etapas de la vida de Zabalza desde su nacimiento en 1898 a su fusilamiento en 1940, Majuelo realiza también una suerte de biografía colectiva del entorno del sindicalista navarro, de manera que el volumen sirve a la vez de presentación y marco para un posterior trabajo en el que se abordará exhaustivamente, tal y como anuncia el autor, la etapa de mayor trascendencia pública de Zabalza. Así pues, Majuelo presenta todo un cuadro familiar y social que nos ayuda a entender en un contexto colectivo la evolución de este líder sindical, enlazando al mismo tiempo con cuestiones historiográficas que trascienden con mucho el marco biográfico, como las relativas a la formación de los

dirigentes sindicales, las transformaciones sociales del periodo republicano en el mundo pirenaico, o la importancia de las mujeres en labores de resistencia y solidaridad frente a la represión franquista.

Para empezar, la propia iniciación de Zabalza en el mundo sindical nos remite a la clásica cuestión en torno al proceso de formación y desarrollo de la conciencia de clase, a su articulación territorial y al peso de factores culturales y simbólicos en su formulación discursiva. En efecto, si bien Zabalza nace en 1898 en el montañoso valle de Baztán, su entrada en la militancia obrera la realiza en Argentina, a donde había emigrado muy joven. A través del seguimiento de su periplo trasatlántico Majuelo nos traza un panorama del ambiente sindicalista argentino, al tiempo que subraya el papel del referente simbólico cristiano, si bien reelaborado desde presupuestos laicos, en la manera en que Zabalza entendió la militancia sindical y afrontó la posterior represión. En este sentido, valores como la solidaridad y el sacrificio por el prójimo, centrales en su militancia socialista, aparecen claramente influenciados, aunque radicalmente reformulados, por una profunda tradición religiosa que había vivido también en su familia.

Una vez de vuelta a España, la presencia de Zabalza en Jaca junto a sus hermanos le permite a Majuelo presentar un interesante panorama sobre las transformaciones que experimentó esta localidad pirenaica en el periodo republicano. En este sentido, la figura clave es la del hermano de Ricardo, Javier, con un claro protagonismo en la dinamización de actividades deportivas y culturales. Así pues, de nuevo la presencia de Zabalza nos sirve como hilo conductor para enriquecer nuestro conocimiento del periodo republicano, esta vez adentrándonos en el ambiente cultural del Pirineo. También nos permite esta biografía conocer mejor el clima social durante la II República en el navarro valle del Roncal, a donde se habían trasladado parte de su familia, debido al oficio de médico de su padre, presentándonos una realidad compleja en la que afloraban los conflictos en torno al uso de la tierra, especialmente del patrimonio comunal. En este sentido, gracias al paso de Zabalza por Burgi y su posterior presencia en Pamplona, entre 1932 y 1934, ya con responsabilidades en la UGT, contamos ya con una nueva biografía de dirigentes políticos y sindicales del entorno republicano u obrerista navarro que nos presentan una realidad más plural que la que nos podría hacer

pensar el importante respaldo popular que obtuvo el golpe de estado de 1936.

Tal y como ya hemos apuntado al principio, seguramente la lectura de los capítulos relativos a la actividad sindical y política de Zabalza en puestos de responsabilidad, entre 1934 y 1939, son las que pueden dejar al lector con la sensación de que quedan importantes aspectos en los que profundizar. El minucioso rastreo de personas y fuentes de información desplegado en otros capítulos contrasta ahora con una menor profundidad en lo relativo a cuestiones relacionadas con el periodo en que fue el máximo dirigente de la Federación de Trabajadores de la Tierra, en especial en torno a la gestación y resultados de la huelga campesina de 1934 o a las discrepancias internas en el PSOE entre el sector largocaballerista, en el que Zabalza se incluía, y otras corrientes. Ahora bien, como ya se ha advertido, Majuelo ha preferido dejar estas cuestiones para una posterior publicación.

Otra de las aportaciones del libro es la amplitud de miras con la que nos presenta la experiencia represiva que Zabalza y su entorno familiar sufrieron desde el inicio de la guerra, con el asesinato de Javier a finales de julio de 1936. En el caso de Ricardo, el paso por campos de concentración y cárceles se produce entre su detención en el puerto de Alicante al final de la guerra y su fusilamiento en 1940. Ahora bien, no termina ahí la represión ejercida sobre la familia. Otro de sus hermanos tuvo que realizar trabajos forzados, mientras que su padre, un anciano médico rural, fue apartado de su profesión y vivió los últimos años de su vida sumido en la tristeza y la pobreza. En efecto, los padres de Zabalza son una parte de esa población desplazada que no salió al extranjero, pero que no podía vivir en un ambiente local asfixiante. Esas mismas razones empujaron a abandonar su residencia a otros familiares o a conocidos de Zabalza, que optaron por el exilio tras el final de la II Guerra Mundial. En suma, toda una serie de movimientos migratorios poco estudiados todavía, diferentes del inicial exilio ligado al avance de las tropas franquistas, y anterior a las migraciones de los años del desarrollismo.

Protagonistas de los últimos capítulos son Obdulía y Ricarda Bermejo, esposa y cuñada, respectivamente, de Ricardo. Sin duda alguna, tanto la labor de su cuñada durante su encarcelamiento en Madrid, como la experiencia de su esposa en el exilio desde 1939 nos

remiten también, en este caso, a cuestiones historiográficas que no han sido abordadas en profundidad hasta los últimos años, como la centralidad de las mujeres en todo lo que era fundamental para la supervivencia de las personas presas y sus familias, así como en lo relativo a la transmisión de la memoria y la identidad política. En suma, nos encontramos ante una biografía que es en buena medida una biografía colectiva, en la que a través de la vida de Ricardo Zabalza podemos profundizar en el conocimiento de la que él mismo, en vísperas de su fusilamiento, calificó como «generación del sacrificio».

Fernando Mendiola

ANA DOMÍNGUEZ RAMA (ed.)

Enrique Ruano. Memoria viva de la impunidad del franquismo

Madrid, Editorial Complutense, 2011, 414 pp.

ISBN: 978-84-9938-058-2

El libro «Enrique Ruano. Memoria viva de la impunidad del franquismo» dirigido por Ana Domínguez Rama constituye un *rara avis* en el campo de la literatura memorial desarrollada, desde diversos signos y con diferentes objetivos, en las últimas décadas. Esto es así porque tiene como voluntad escapar de la mera conmemoración o reivindicación y mantiene en su corazón un tenue hilo que nos permite repensar la construcción memorial desde laderas que, siendo de una fertilidad indudable, a veces han quedado veladas en el debate público sobre la memoria histórica en este país.

En el primer sentido, el de la voluntad que conforma este libro, el mismo procede a proponer un análisis de una gran variedad y densidad temática para permitir contextualizar un hecho, la muerte en manos de la policía franquista del estudiante Enrique Ruano en 1969, para llevarnos más allá del mismo y comprender toda una época. En ese sentido el texto de Ana Domínguez Rama, que inaugura el libro, reconstruye la muerte de Ruano en todos sus contextos —el de la conformación de un nuevo tipo de oposición y de un nuevo tipo de militancia política, el del tratamiento que dio al régimen a la muerte de Ruano, la realidad judicial del caso y la sedimentación de las memorias al entorno de la rememoración de la muerte del joven estudiante— que deviene el punto de partida para el resto del libro. Articulado en cuatro grandes apartados, cada uno se ocupa amplia-

mente de un contexto que nos permitirá retornar al hecho ya no sólo como una muerte desprovista de significado, sino como un cristal que en sus trágicos reflejos nos permite repensar de forma diferente todo nuestro pasado y su construcción memorial en su presente y, a su vez, nos retorna a Enrique Ruano ya no como una «víctima» desprovista de atributos, ni tampoco como un cliché político, sino a un ser humano en toda su amplitud más allá de su tragedia. No era fácil, como sabemos los que nos hemos dedicado a trabajar con la memoria, y ello constituye la principal aportación de un libro que devendrá en una referencia fundamental no sólo de una memoria, sino también para la comprensión de una época.

Así, en su parte primera nos encontramos con un elenco de textos que permiten tanto contextualizar una nueva época para los movimientos opositores, de la mano de Manuel Garí, como acercarnos a la historia del movimiento estudiantil en Madrid, con Jaime Pastor, o reflexionar sobre la contribución de los movimientos sociales al final de la dictadura, con Ismael Saz, o ver una síntesis que pretende ser a la vez propuesta sobre el desarrollo de la historia social de este periodo que se quiere, para la autora, ahora post-social. Esta parte va seguida de una segunda dedicada a la propia historia del F.L.P., donde militaba Ruano, que deviene una interesante síntesis de la mano de García Alcalá, referente ineludible de esta temática, con dos importantes contribuciones de José Luis de Zárraga y Miguel Romero. En este mismo camino, el de una visión multilateral del período y el hecho, el modelo de impunidad específico del franquismo es abordado en la tercera parte del libro desde la vertiente policial por Jiménez Villarejo, informativa por Enrique Bordería y judicial por Cancio Fernández. Queda para el final lo que está en el eje programático del libro, la construcción memorial al entorno de la muerte de Ruano, una construcción que ahora se puede abordar, con múltiples aportaciones de expertos en las temáticas memoriales y allegados al mismo Ruano, desde una perspectiva más amplia que la que teníamos antes de abrir las primeras páginas de este texto.

Y es que, de hecho, el libro permite, y debe ser abordado así, diversas lecturas con diferentes niveles, y ésa es probablemente su principal aportación, pero yo destacaría una en el segundo sentido apuntado al inicio de esta reseña: la de poder pensar desde otras laderas el desarrollo actual de las temáticas memo-

riales. El mismo texto inicial de Ana Domínguez Rama ya nos avisa sobre ello. En la reconstrucción que hace de la potencia del recuerdo de Ruano en sus primeras rememoraciones memoriales, realizadas por el movimiento estudiantil bajo el franquismo, y las conmemoraciones posteriores emerge la imagen de una memoria difícilmente reducible a los parámetros de las políticas memoriales desarrollados hasta día de hoy. Un marco que es retomado y profundizado en el texto de Ricard Vinyes, quien analiza cómo la creación de una memoria que tiene como único fundamento ético el reconocimiento de la víctima vacía a la memoria, y al mismo pasado, de contenido y al presente de capacidad de comprensión y de referentes éticos. Se pierde así en el proceso memorial aquello que de fundamental hay en esta memoria: la decisión ética de resistir a una dictadura, y no la de morir en sus manos. Una línea argumentativa que está en la base de la posibilidad de liberar las acciones del pasado de todas sus constricciones, para servir a nuevos presentes y futuros posibles. Una línea argumentativa, en definitiva, que pretende ir más allá de una acción memorial caracterizada por el ejercicio de reconocimiento de un dolor, convertido en valor absoluto, hacia las barbaries de un pasado sin contextos, en ausencia de cualquier otra decisión ética sobre el mismo. Proceso que nos lleva a una política memorial que tiene más de apología del presente, ese presente dispuesto a «reconocer» y no a «comprender», ese presente que ha «superado» al pasado, que no de confrontación con los legados que lo han tejido de forma conflictiva. En el mismo sentido, el de liberarnos de las coerciones de toda una visión de nuestro pasado presente, Ismael Saz aborda en su texto la crítica a la transición como objeto de interpretación para situar una cronología del cambio político mucho más amplia, que nos permite inscribir la vida y la muerte de Ruano en un nuevo contexto. Una muestra que finalmente nos permite pensar en qué sentido la memoria aún vindicativa reclama una historia que sepa estar a su altura.

Xavier Domènech Sampere

AUTORES

Adoración Álvaro Moya

adoracionalvaro@cunef.edu

Es profesora de Historia Económica en el Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF). Su investigación se ha concentrado en el papel de la empresa como transmisora de conocimientos entre países y, en particular, en la influencia de Estados Unidos en la formación de capacidades organizativas en la empresa española. Entre sus publicaciones recientes destacan «Redes empresariales, inversión directa extranjera y monopolio: el caso de Telefónica, 1924-1965», *Revista de Historia Industrial*, 34 (2007), pp. 65-96; «Foreign Direct Investment, Economic Aid and Modernization: US Firms in Spain (1920-1975)», en H. Bonin and F. de Goey (eds.), *American Firms in Europe, 1880-1980. Strategy, Identity, Perception and Performance*, Geneva, Droz (2009), pp. 209-228 (2009); «Los inicios de la internacionalización de la ingeniería española», *Información Comercial Española*, 849 (2009), pp. 97-112; y «Growing International Business Faced to Political Bargaining: International Harvester in Spain (1952-1980)», *Business History Review*, 52, 3 (2010), pp. 371-389.

Iván Iglesias

iviglesias@gmail.com

Iván Iglesias es profesor de Historia y Ciencias de la Música en la Universidad de Valladolid y profesor consultor en la Universidad Internacional de Valencia. Sus investigaciones se han centrado en la música durante la guerra civil española y el franquismo, con particular énfasis en la difusión y recepción del jazz en España en el marco de las relaciones diplomáticas hispano-norteamericanas. Entre sus publicaciones recientes sobre este último tema cabe destacar: «'No es un lugar, es un sentimiento': La música española como propaganda y alteridad en los Estados Unidos de la Guerra Fría», *Revista de Musicología*, 32/1 (2009), pp. 321-334; «Ni rojo ni blanco: el mito de la Guerra Civil española en la historiografía sobre el jazz», *Etno-Folk*, 14-15 (2009), pp. 369-389; «(Re)construyendo la identidad musical española: el jazz y el discurso cultural del franquismo durante la Segunda Guerra Mundial», *Historia Actual*, 23 (2010), pp. 119-135.

Óscar J. Martín García

oscar.martin@cchs.csic.es

Doctor en Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha desde finales de 2006. Además de coordinar, junto a Manuel Ortiz Heras, el volumen *Claves internacionales en la transición española* (2010), es autor de las monografías *Albacete en transición* (2006) y de *A tientas con la democracia* (2008). Ha realizado diversas contribuciones en revistas especializadas como *Historia Social*, *Political Power and Social Theory* e *Historia Contemporánea*, entre otras. Ha participado en varias obras colectivas y proyectos de investigación. Igualmente ha sido investigador invitado en la London School of Economics, en el Instituto Universitario Europeo de Florencia y en la Georgetown University.

Francisco J. Rodríguez Jiménez

fjrodriguezjimenez@gmail.com

Francisco Javier Rodríguez Jiménez es investigador postdoctoral Fulbright en el Institute for European and Russian Studies de la George Washington University. Su formación y líneas de investigación han girado en torno a la historia de las relaciones internacionales durante el siglo XX, y en especial al análisis del factor cultural en la conexión entre España y Estados Unidos durante el franquismo. Entre sus aportaciones recientes se pueden citar *¿«Antídoto» contra el antiamericanismo? American Studies en España, 1945-69*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010; «Controversias de la Guerra Fría Cultural. Una reflexión desde los *American Studies, 1945-1975.*» *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 36 (2010),

pp. 79-102; «¿Ideología, Educación o Propaganda? Promoción y difusión de los Estudios Norteamericanos en Salamanca, 1939-59» *Studia Historica, H.º Contemporánea*, vol. 26 (2009), pp. 243-271.

Jorge Marco

marco_jorge77@yahoo.es

Es investigador en la Cátedra «Memoria Histórica del siglo XX» (UCM). Ha realizado dos estancias en el Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies, de la London School of Economics (LSE). Autor de artículos y conferencias sobre la violencia política en España, la memoria histórica y la guerrilla antifranquista, codirigió, junto a Julio Aróstegui, el libro *El último frente* (2008), además de ser autor de *Hijos de una guerra. Los hermanos Quero y la guerrilla antifranquista* (2010) y coautor, junto a Gutmaro Gómez Bravo, de *La obra del miedo. Violencia y sociedad en la España franquista* (2011).

Antonio Muñoz Sánchez

Antonio.Munoz@EUI.eu

Antonio Muñoz Sánchez (Gijón, 1971) es doctor en Historia por el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Ha publicado diversos artículos sobre la política de la socialdemocracia alemana hacia las dictaduras ibéricas y las relaciones con la oposición socialista a ambos regímenes, así como sobre la emigración española en Alemania. Su tesis, «La política del SPD hacia el PSOE desde la dictadura a la democracia (1962-1977). De la solidaridad a la *realpolitik*», será publicada próximamente.

Giulia Quaggio

giuliacqua@libero.it

Giulia Quaggio es doctora por la Universidad de Florencia con la tesis «Políticas culturales y transición a la democracia: el caso del Ministerio de Cultura en España (1975-1986)» (2010, tutor Paul Ginsborg). En 2010 ha disfrutado de una ayuda a la investigación de la Fundación Francisco Ayala para llevar a cabo el proyecto «*¿Libertad para qué? Encuentros y desencuentros entre Francisco Ayala y los Gobiernos españoles en la transición a la democracia*». Desde mayo de 2011 es investigadora contratada postdoctoral en el Departamento de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos de la Universidad Complutense (Madrid) con el proyecto «Las políticas culturales del PSOE: base de la consolidación democrática española (1982-1992)», tutor José Álvarez Junco. Colabora con la revista «Spagna Contemporanea».

Óscar Rodríguez Barreira

oscar.rodriguez.barreira@hotmail.com

Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Almería (UAL). Entre 2001 y 2005 fue investigador predoctoral en la UAL, especializándose en la historia social y política del franquismo. Entre 2003 y 2004 realizó estancias de investigación en York University (Toronto, Canadá) y en la Universidad Complutense de Madrid. Entre sus trabajos destacan *Migas con miedo* (Almería, 2008), *Misericordias del Poder* (Valencia, 2011) y diversos artículos en revistas como *Historia Social*, *Ayer*, *Hispania*... Actualmente trabaja como Investigador Postdoctoral en el Cañada Blanch Centre de la London School of Economics & Political Science. Su línea de investigación afronta las resistencias cotidianas de las clases subalternas a las dictaduras meridionales de entreguerras desde una perspectiva comparada.

Felipe Nieto

felnieto@telefonica.net

Profesor tutor de historia contemporánea en la UNED. Doctor en Historia con la tesis *Jorge Semprún: militancia y oposición al franquismo* (2007). Secretario de la Asociación de Historiadores del Presente.

RESÚMENES Y ABSTRACTS

GUERRA FRÍA Y FORMACIÓN DE CAPITAL HUMANO DURANTE EL FRANQUISMO. UN BALANCE SOBRE EL PROGRAMA ESTADOUNIDENSE DE AYUDA TÉCNICA, 1953-1963

Recepción: 25.02.2011 | Revisión: 30.03.2011 | Aceptación: 20.04.2011 | Publicación: 30.06.2011

Este artículo analiza el papel de la ayuda internacional en la difusión de conocimientos entre países. Para ello se examina en perspectiva comparada el impacto que, sobre la formación de capital humano en las empresas españolas, ejerció el programa de asistencia técnica concedido por Estados Unidos a España en el marco de la Guerra Fría. El estudio muestra que, al igual que en el resto de Europa, la ayuda técnica sirvió para difundir las bondades atribuidas al modelo empresarial americano, que los empresarios españoles jugaron un papel relevante en la adopción y adaptación de parte de las ideas y técnicas asociadas a dicho modelo, que la ayuda militar y económica intensificaron los efectos de la ayuda técnica; y que tanto el atraso relativo español como la conciencia de que la propia ayuda generaba oportunidades de negocio diversas alimentaron la receptividad mostrada por los actores locales hacia las técnicas foráneas.

Palabras clave: **Guerra Fría, Modelo Americano, Ayuda Técnica, Capital Humano, Comisión Nacional de Productividad Industrial, Misiones de Productividad.**

This article examines the contribution of foreign aid to the dissemination of knowledge among nations. It does so by analyzing the technical assistance program granted by the US to the 1950s Spain and its contribution to local firms' human capital formation. The study shows that, as in other European countries before, the technical aid was a tool to spread the American business model. It is concluded that: 1) the Spanish entrepreneurs played a great role spreading this model; 2) they did not imitated it but adapted it to its specific business environment; 3) the receptivity shown regarding the foreign ideas and methods was exacerbated by the country's relative backwardness and the business opportunities that arose around the American aid; and 4) the military and economic aid which was granted together with the technical assistance program intensified the effects of the latter.

Keywords: **Cold War, American Model, Technical Assistance, Human Capital, National Center of Productivity, Productivity Drive.**

«VEHÍCULO DE LA MEJOR AMISTAD»: EL JAZZ COMO PROPAGANDA ESTADOUNIDENSE EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS CINCUENTA.

Recepción: 16.03.2011 | Revisión: 20.03.2011 | Aceptación: 20.04.2011 | Publicación: 30.06.2011

Como símbolo musical norteamericano y emblema de modernidad y progreso racial, el jazz tuvo un destacado protagonismo en la propaganda exterior que los Estados Unidos llevaron a cabo durante la Guerra Fría (1947-1991) para intentar mejorar su imagen y ganar aliados. Este artículo analiza el lugar que el gobierno norteamericano reservó al jazz en su diplomacia cultural en España durante los años cincuenta, atendiendo a los diversos agentes, medios y mecanismos de esta propaganda, así como a su relación con los circuitos jazzísticos internacionales, sus condiciones de recepción y sus efectos en la sociedad y la opinión pública españolas.

Palabras clave: **Jazz, Música, España, Estados Unidos, Propaganda, Recepción, Guerra Fría.**

As an American musical symbol and an emblem of modernity and racial progress, jazz had a prominent role in the foreign propaganda that the United States carried out during the Cold War to improve their image and win allies. This article analyzes the place that the American government reserved to jazz in its cultural diplomacy in Spain during the fifties, considering the several agents, means and mechanisms of this propaganda, as well as its connections with the international circuits of jazz, its reception conditions and its effects on Spanish society and public opinion.

Keywords: *Jazz, Music, United States, Propaganda, Cold War.*

«WALKING ON EGGS». LA DIPLOMACIA PÚBLICA DE LOS ESTADOS UNIDOS Y LA PROTESTA ESTUDIANTIL EN ESPAÑA, 1963-1969.

Recepción: 18.03.2011 | Revisión: 12.04.2011 | Aceptación: 20.04.2011 | Publicación: 30.06.2011

Durante los años del presidente Johnson al frente del gobierno de los EE.UU., su aliado autoritario en España tuvo que enfrentarse a una intensa protesta estudiantil. La agitación universitaria fue acompañada de un aumento del antiamericanismo alimentado por el apoyo de los EE.UU. al régimen franquista. La eclosión del activismo estudiantil desafió las intenciones americanas de facilitar un cambio político moderado tras la muerte de Franco que no cuestionase sus privilegios militares en España. Por estas razones, el movimiento estudiantil se convirtió en un blanco prioritario de la diplomacia pública estadounidense dedicada a mejorar la imagen de los EE.UU. entre aquellos universitarios con influencia política. Este trabajo se propone analizar los programas informativos y culturales desplegados por el gobierno de los EE.UU. para atraer a los líderes estudiantiles sin arriesgar la colaboración militar con el régimen dictatorial.

Palabras clave: *Relaciones España-Estados Unidos, protesta estudiantil, antiamericanismo, política exterior, propaganda y diplomacia pública.*

During Lyndon B. Johnson's tenure as President of the United States, his ally the Spanish dictator faced serious student protests. These university upheavals coincided with a rise in anti-American feelings spurred by America's support of the Franco's regime. They also endangered U.S. plans for a moderate transition that would preserve Washington's military privileges in Spain once the Dictator had passed away. Therefore, the students' movement became a primary target for American public diplomacy, in order to improve the U.S. image among those youngsters who enjoyed political influence. This essay will focus on the cultural and informational programs the U.S. government undertook to attract the students' leaders without jeopardizing its military cooperation with the local dictatorship.

Keywords: *Spanish-American Relations, Student unrest, anti-Americanism, Foreign Policy, Propaganda and Public Diplomacy.*

¿«MISIONEROS DE LA AMERICANIDAD»? PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE LOS AMERICAN STUDIES EN ESPAÑA, 1969-75.

Recepción: 07.03.2011 | Revisión: 12.04.2011 | Aceptación: 20.04.2011 | Publicación: 30.06.2011

Concluida la Segunda Guerra Mundial, las transferencias culturales entre las dos orillas del Atlántico se intensificaron. El gobierno estadounidense actuó para potenciar y agilizar esos flujos. La apuesta por tales formas de *soft power* entraba dentro de la batalla cultural que se libraba con el bloque soviético. Fueron bastantes los profesores estadounidenses que se embarcaron en ese proyecto, como «misioneros de la Americanidad». Este artículo describe las experiencias de algunos de los que vinieron a España a través del Programa Fulbright; y sus posibles contribuciones a la proyección de la *American culture* en la sociedad española.

Palabras clave: **Relaciones Culturales Hispano-Estadounidenses, Diplomacia Cultural, Intercambios educativos, Programa Fulbright, American Studies, Soft Power.**

After the end of Second World War, the cultural transferences between the two edges of the Atlantic Ocean increased. The American government acted to boost and to speed up those flows. The bet for such forms of *soft power* entered within the cultural battle which was taking place against the Soviet Union. The number of American professors who embarked on that project, as «missionaries of the Americanness'», was high. This article describes the experiences of some of them who traveled to Spain through the Fulbright program; and their possible contributions to the spread of the American culture in the Spanish society.

Keywords: **Spanish-NorthAmerican Cultural Relations, Cultural Diplomacy, Educational Exchange, Fulbright Program, American Studies, Soft Power.**

ECOS PARTISANOS. LA MEMORIA DE LA RESISTENCIA COMO MEMORIA CONFLICTIVA

Recepción: 16.02.2011 | Revisión: 10.03.2011 | Aceptación: 20.04.2011 | Publicación: 30.06.2011

Las sociedades contemporáneas tienen diferentes formas de afrontar su pasado traumático. Las memorias que promueven la exclusión, el silencio o la inclusión selectiva han dominado en el siglo XX, generando nuevos conflictos sociales y políticos. La memoria de la Resistencia en Europa es uno de los ejemplos más evidentes. En el presente artículo el autor analiza la evolución, las diferencias y similitudes de las memorias de la Resistencia en Italia, Francia y España, apostando por una modalidad de memoria conflictiva. Una memoria problemática que permita el avance historiográfico, la reivindicación de la memoria partisana y, al mismo tiempo, el debate plural necesario en las sociedades democráticas.

Palabras clave: **Memoria colectiva, Resistencia, Guerrilla, Antifascismo.**

Contemporary societies have different forms of facing their traumatic pasts. Memories that promote exclusion, silence or selective inclusion have dominated the twentieth century, generating new political and social conflicts. The memory of the Resistance in Europe is one of the most evident examples. The author of this article analyses the evolution, the differences and similarities in the memories of Resistance in Italy, France and Spain, proposing a model of 'conflictive memory': a problematic memory which permits historiographical advances, the affirmation of the memory of the partisans and, at the same time, the pluralist debate which is necessary in democratic societies.

Keywords: **Collective Memory, Resistance, Guerrilla warfare, Antifascism.**

EUROPEIZAR ES DEMOCRATIZAR: EL SPD Y LA ESPAÑA DEL TARDOFRANQUISMO

Recepción: 20/11/2010 | Revisión: 14/04/2011 | Aceptación: 12/04/2011 | Publicación: 30/06/2011

Este artículo, accésit del I Premio de Historia Javier Tusell, estudia la política del SPD hacia la España de Franco desde comienzos de los años sesenta, y la explica en el contexto de la estrategia del partido dirigida a promover la distensión europea. Sostiene que los líderes del SPD respaldaron los esfuerzos del gobierno de Madrid de aproximarse a la Comunidad Económica Europea por entender que ello serviría para acelerar el proceso de modernización de España y para fomentar las tendencias pro-europeas y pro-democráticas en el país, que llevarían a la autodisolución de la dictadura tras la muerte de Franco. Examina también cómo el SPD en el gobierno se resistió a las insistentes peticiones de su ala izquierda para que renunciara a su posición posibilista hacia España y volviera a la política de presión sobre el régimen para forzar su democratización. Finalmente,

muestra cómo el temor a que la influencia de la Revolución de los Claveles en Portugal pudiese alterar la previsible transición pacífica en España, sobre todo a causa de la capacidad movilizadora del PCE, llevó al SPD a apoyar masivamente al PSOE, partido del que hasta entonces había estado muy alejado.

Palabras clave: ***España, Alemania, Historia de las relaciones internacionales, socialdemocracia, socialismo, europeísmo, tardofranquismo, Revolución portuguesa 1961-1975.***

This article deals with the policy of the SPD vis-à-vis Franco's Spain since the mid 1960s, and explains it in the context of the party's foreign strategy aimed at promoting European détente. It is argued that SPD leaders backed Madrid's intention to get closer to the European Economic Community because this would, in their eyes, boost the modernization of Spain and strengthen pro-European and pro-democratic tendencies in the country, leading to the self-dissolution of the dictatorship after Franco's death. It also examines the scarce influence of the left wing of the party in its claim to the SPD ministers of putting effective pressure on the regime to force its democratization. Finally, it shows how the fear that the influence of the Portuguese Revolution after 1974 could alter the expected peaceful transition in Spain due firstly to the capability of the communist party moved the SPD to strongly support the PSOE, a rediscovered partner after many years of cold relations.

Keywords: ***Spain, Germany, History of international relations, socialdemocracy, socialism, europeanism, late francoism, Portuguese Revolution, 1961-1975.***

POLÍTICA CULTURAL Y TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA: EL CASO DEL MINISTERIO DE CULTURA UCD (1977-1982)

Recepción: 28.01.2011 | Revisión: 20.02.2011 | Aceptación: 12.03.2011 | Publicación: 30.06.2011

Se examina el proceso de Transición española a través de la perspectiva de la gestión política que los Gobiernos de UCD realizaron del campo cultural y de las artes. El actor protagonista es el Ministerio de Cultura, heredero del franquista Ministerio de Información y Turismo. Sobre la base de los cambios socio-culturales que han definido los Gobiernos de Occidente cada vez más interesados en la imagen y en la dimensión simbólica del poder, el análisis intenta contextualizar las transformaciones de la Transición a la democracia española como proceso de reajuste y normalización en relación con otros Estados occidentales.

Palabras clave: ***Democratización, UCD, Ministerio de Cultura, Política cultural, Estado cultural, PSOE.***

The Spanish Transition is examined through the perspective of the UCD political management of the cultural and artistic field. The lead actor is the Ministry of Culture, heir of Franco's Ministry of Information and Tourism. On the basis of socio-cultural changes that have defined Western governments increasingly interested in the image and in the symbolic dimension of power, the analysis tries to contextualize the changes in the Spanish Transition to democracy as a process of adjustment and normalization in relation to the other Western States.

Keywords: ***Democratization, UCD, Ministry of Culture, cultural policy, cultural State, PSOE.***

AUXILIO SOCIAL Y LAS ACTITUDES COTIDIANAS EN LOS AÑOS DEL HAMBRE, 1937-1943

Recepción: 16.02.2011 | Revisión: 28.02.2011 | Aceptación: 20.03.2011 | Publicación: 30.06.2011

Tradicionalmente, la historia de *Auxilio Social* ha sido una historia política. En ella ha dominado el relato de sus líderes y las pugnas de éstos con los de otras delegaciones de FET-JONS o con

dirigentes del *Nuevo Estado*. Más recientemente se han ampliado las perspectivas incorporando una perspectiva de género, el impacto de la propaganda y el recuerdo de los niños que vivieron en sus instituciones. Nuestro ensayo se centra en la relación de *Auxilio Social* con la población y en su capacidad para solucionar la situación de extrema miseria de la inmediata postguerra. Se prestará especial a los Comedores y a la organización interna de la delegación en provincias haciendo énfasis en la corrupción y las actitudes sociales que ésta generó entre las capas desfavorecidas. Un relato de abajo hacia arriba que enmarca la acción de *Auxilio Social* en el debate sobre las actitudes sociales y la vida cotidiana en los años cuarenta.

Palabras clave: ***Franquismo, Auxilio Social, actitudes sociales, políticas sociales, hambre, resistencias***

Traditionally, the history of *Auxilio Social* (AS) has been explained from a political perspective. In this tradition, both the leadership and local branches of the New State and the single party (FET-JONS) have enjoyed particular attention by historians. More recently, there have been new studies on gender, propaganda and personal memoirs (particularly by children). This article addresses the relationship between AS and the general population, exploring the organisation's purported capacity to improving the atrocious social conditions existing in post-war Spain. Special attention is paid to the functioning of AS canteens, organisation of local branches, the extent of corruption, and how all those aspects were perceived by the poorer social strata. This study from below is a contribution to a wider debate on socio-political attitudes and daily life in early Franco's Spain.

Keywords: ***Francoism, Auxilio Social, social attitudes, social policies, hunger, everyday resistance.***

RELACIÓN DE EVALUADORES EXTERNOS EN EL AÑO 2010

José Babiano (Fundación 1º de Mayo).
Dolores de la Calle (U. Salamanca)
Luc Capdevila (Université Rennes 2)
Francisco Cobo Romero (U. Granada)
Inmaculada Cordero (U. Sevilla)
Lorenzo Delgado Gómez Escalonilla (CSIC)
José M.ª Faraldo (U. Complutense)
Ramón García Piñeiro (IES Navia)
David Ginard i Féron (U. Illes Balears)
François Godicheau (Université Michèle de
Montaigne Bordeaux 3)
Cristóbal Gómez Benito (UNED)
Damián González Lamadrid (U. Castilla-La
Mancha)
Carmen González Martínez (U. Murcia)
Emilio Grandío (U. Santiago)
Marco Antonio Landavazo (U. Michoacana,
México)

Encarna Lemus (U. Huelva)
Manuel Loff (Universidade do Porto)
Carlos Malamud (UNED)
Miguel Martorell Linares (UNED)
Pedro Oliver Olmo (U. Castilla-La Mancha)
Juan Carlos Pereira Castañares (U. Complu-
tense)
Tomás Pérez Vejo (ENAH, México)
Julio Prada (U. Orense)
Alberto Sabio (U. Zaragoza)
Pablo Sánchez León (U. Complutense)
Julián Sanz Hoya (U. Valencia)
Joan M.ª Thomas (U. Rovira i Virgili)
Hipólito de la Torre (UNED)
Mercedes Yusta (Université Paris 8)

II PREMIO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA JAVIER TUSELL

La Junta Directiva de la Asociación de Historiadores del Presente convoca el premio de investigadores noveles dedicado a la memoria del profesor Javier Tusell.

1. Podrán participar en el concurso, investigadores en Historia Contemporánea que estén realizando su tesis doctoral o que la hayan ya presentado durante los últimos cinco años, contados desde la fecha del cierre de la convocatoria. Se deberá acreditar la inscripción de la tesis o la certificación de su defensa.
2. Los artículos de investigación deberán ser originales e inéditos sobre cualquier aspecto de la Historia de España del siglo XX, con especial atención a la historia política y de las relaciones internacionales.
3. La extensión de los trabajos no podrá exceder las 8.000 palabras, incluyendo notas y cualquier anexo.
4. Los textos deberán enviarse en papel (tres copias) sin identificación, junto a un sobre cerrado en que el autor presente un breve *curriculum vitae* y acredite la condición de investigador novel según lo establecido en el punto primero. Se dirigirán a la Asociación de Historiadores del Presente (UNED, Senda del rey 7, 28040 Madrid).
5. El Jurado será nombrado por la Junta directiva de la Asociación.
6. El Premio está dotado con 1.000 euros. Podrá concederse un accésit y, en su caso, declararse desierto.
7. El artículo premiado y, en su caso, el accésit serán publicados en la revista *Historia del Presente* en el año posterior al de la convocatoria.
8. El plazo de presentación de originales finaliza el 30 de noviembre de 2011.

SUSCRIPCIONES

Editorial Eneida y la Asociación de Historiadores del Presente coeditan la revista semestral *Historia del Presente*. Los precios de suscripción (cuota de la Asociación), incluido IVA, son:

Suscripción anual individual en España: 35 euros

Suscripción anual en el extranjero: 45 euros

Número suelto: 15 euros

PEDIDOS

Editorial Eneida
C/Valderrodrigo, 4
28035 Madrid

WWW.EDITORIALENEIDA.COM
pedidos@editorialeneida.com

NORMAS DE REDACCIÓN

Los textos enviados a *Historia del Presente* serán originales e inéditos, y deberán atenerse a las siguientes normas de redacción. Corresponderá al equipo editorial decidir sobre su publicación, en un plazo máximo de seis meses, a la vista de los informes expedidos por dos evaluadores externos y del interés del artículo. Se enviarán por correo electrónico a la dirección historiadelpresente@yahoo.es o por correo postal a la Asociación Historiadores del Presente, UNED, C/ Senda del Rey, 7, 28040 Madrid, España.

Los textos irán acompañados del nombre, dirección, teléfono, correo electrónico y centro donde desarrolle su actividad el autor; así como de un breve currículum, de seis palabras-clave y de un resumen (*abstract*) de unas diez líneas (máximo cien palabras), en lengua española e inglesa. Estarán escritos o traducidos al castellano, y todos los resúmenes serán introducidos en la página de la revista en internet.

Deberá constar la sección a la que van destinados y, en su caso, ajustarse a las normas previstas para cada una de ellas: «Expediente» (dossier monográfico), «Teoría» (reflexiones teóricas y metodológicas), «El pasado del presente» (cuestiones de actualidad), «Historiografía» (reseñas historiográficas), «Crónica» (información sobre congresos, conferencias, etc.) y «Lectura» (recensiones de libros).

Los artículos ocuparán un máximo de 20 páginas DIN-A4 a doble espacio, en letra Times New Roman, tamaño 12 puntos para el cuerpo de texto y 10 para las notas (8.000 palabras o 50.000 caracteres con espacios, notas, cuadros e índices incluidos). La primera línea de cada párrafo iniciará con una sangría de un centímetro. Para las recensiones de la sección «Lectura» se aconseja una extensión de 2 páginas (5.000 caracteres) y en ningún caso superarán las 3 páginas (máximo 8.000 caracteres).

Las palabras caracterizadas por algún motivo dentro del texto irán con comillas altas dobles (« »), en *cursiva* las escritas en otro idioma, los títulos de libros, periódicos, revistas, películas, congresos o los nombres de empresas comerciales (*Renfe*). Los guiones de texto serán medios (–), reservándose los cortos sólo para las fechas o palabras compuestas (1936-1939), sin utilizar en ningún caso los largos o bajos.

Las citas textuales dentro del texto irán con comillas altas («»). Sólo cuando superen las tres líneas irán en cuerpo distinto del texto, en letra tamaño 10, donde las citas internas se harán con comillas altas simples (‘ ’), las omisiones o las explicaciones externas entre corchetes con tres puntos [...] o texto [*sic*]. Los cuadros y gráficos deben presentarse numerados y en buenas condiciones de reproducción en blanco/negro.

Se ruega no incluir espacios previos o sucesivos suplementarios en ningún caso; no abusar de las numeraciones en los distintos apartados dentro del texto; poner los números volados o índices de remisión (¹) después de los signos de puntuación, así como seguir estrictamente las siguientes indicaciones para los notas a pie de página (sólo en las secciones «Teoría» e «Historiografía» es posible el sistema americano):

- APELLIDOS, Nombre entero del autor, *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, página/s de referencia (p./pp.); APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», *Título de la revista*, número (mes/año), páginas del artículo (pp.) / *Título del periódico* (fecha: I-IV-2001);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», en APELLIDOS y Nombre del autor/es (comp./ed./coord./y otros), *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, páginas del artículo (pp.);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor (si existe), *Título del documento* (si existe), fecha; Archivo o Centro de investigación, Fondo o nombre de la colección, caja o localización, expediente.

Las remisiones sucesivas a obras ya citadas se harán con los APELLIDOS, Nombre completo del autor, ob. cit. (en redonda), p./pp., cuando se trate de la única obra del autor; o *Título abreviado...*, cit., p./pp. si hay más obras del mismo autor citadas en el artículo. Para las referencias consecutivas, *ib.*, p.–, o bien, *Ibidem* (en cursiva).

La correspondencia relativa a la Asociación de Historiadores del Presente debe dirigirse a:

UNED, Historia Contemporánea/CIHDE

Senda del Rey 7 * 28040 Madrid

www.historiadelpresente.blogspot.com

historiadelpresente@yahoo.es

cihde.uned@gmail.com